Abilio Estévez

CÓMO CONOCÍ AL SEMBRADOR DE ÁRBOLES

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Lema
Terminará siendo verdad
1. Paisaje que ya no existe
Él despierta más temprano
2. El caballo de la calle Samaritana
Ha corrido de boca en boca la noticia
3. El asesino perfecto
Los dos hermanos volvían de clase
4. Jamaica, las Montañas Azules
Nunca se ha sabido
5. Tres Reyes Magos
Hace muchos años
6. El sacrificio de Nerón
Por precaución, lo llamaremos G.S.
7. Grietas
El abuelo tiene más de noventa años
8. Colina de Ettersberg
Pues sí, qué le vamos a hacer
9. Historia de Fantino y el estudiante
Estamos tan lejos de cualquier rincón
10. Lluvia
La casa estará oscura
11. El tomeguín
Un hombre llega a un bar
12. Muerte en Milán
Y aquí estoy finalmente

13. La felicidad
Es bueno despertar temprano
14. Todos los caminos del mundo
Por más que ha intentado
15. El vuelo de los pájaros
Un día comprendió algo evidente
16. Faluca sobre el Nilo
Poco a poco y al final de su vida
17. Soldado ruso
Ahora mismo, si andan por Montmartre
18. Yo sé que nunca besaré tu boca
Fueron años difíciles
19. Historia de la tía Edday el enviado de Dios
Debo contarlo
20. Playa Baracoa,en casa de la tía Emma
Se llamaba José
21. Estrellas propicias
Se dice que Luis XVI
22. Cómo conocí al sembrador de árboles
En las banderas rojas se ha escrito
Razón final
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
Terminará siendo verdad
1. Paisaje que ya no existe
Él despierta más temprano
2. El caballo de la calle Samaritana
Ha corrido de boca en boca la noticia
3. El asesino perfecto
Los dos hermanos volvían de clase
4. Jamaica, las Montañas Azules
Nunca se ha sabido
5. Tres Reyes Magos
Hace muchos años
6. El sacrificio de Nerón
Por precaución, lo llamaremos G.S.
7. Grietas
El abuelo tiene más de noventa años
8. Colina de Ettersberg
Pues sí, qué le vamos a hacer
9. Historia de Fantino y el estudiante
Estamos tan lejos de cualquier rincón
10. Lluvia
La casa estará oscura
11. El tomeguín
Un hombre llega a un bar
12. Muerte en Milán

Y aquí estoy finalmente
13. La felicidad
Es bueno despertar temprano
14. Todos los caminos del mundo
Por más que ha intentado
15. El vuelo de los pájaros
Un día comprendió algo evidente
16. Faluca sobre el Nilo
Poco a poco y al final de su vida
17. Soldado ruso
Ahora mismo, si andan por Montmartre
18. Yo sé que nunca besaré tu boca
Fueron años difíciles
19. Historia de la tía Edday el enviado de Dios
Debo contarlo
20. Playa Baracoa,en casa de la tía Emma
Se llamaba José
21. Estrellas propicias
Se dice que Luis XVI
22. Cómo conocí al sembrador de árboles
En las banderas rojas se ha escrito
Razón final
Créditos

Sinopsis

Aunque todos los relatos aquí reunidos han sido escritos fuera de Cuba, es importante recordar, sin embargo, que tomaron forma en esa otra Cuba inagotable que Abilio Estévez, para bien o para mal, lleva consigo. Y esos relatos desean responder al secreto de un país en peligro de extinción. Su intención es dar la vuelta a la historia que han vivido los cubanos, observarla desde otro punto de vista, un lugar lejano al que no llegan los tópicos y las alabanzas, y procurar entender la vorágine en que se ha transformado la isla. Historias que son testimonios de un fracaso. Que quieren dar fe del deseo de vivir incluso en medio de tanta frustración y hundimiento. Sus protagonistas han perdido el recuerdo o resulta que recuerdan demasiado —la otra forma de olvido—. Son personajes que crean una realidad paralela para soportar la mezquindad del día a día. Que en medio de un desastre incomprensible se proponen resistir.

Cómo conocí al sembrador de árboles

Abilio Estévez

TUSQUETS EDITORES

Si no volviera,
sabed que nunca
partí.
Mi viaje ha sido
quedarme donde estoy,
adonde nunca fui.

«Nota dejada antes de no irse»,
GIORGIO CAPRONI

Terminará siendo verdad que todas las grandes lecturas se convierten al final de la vida en un único libro de páginas interminables. La reflexión viene a cuento porque quería citar una historia antigua, del sureste de China, y sucede que ya no soy capaz de recordar la voz de qué autor, las páginas de qué libro he terminado por apropiarme. La relataré, pues, con mis palabras, a partir de cuanto me permiten la perplejidad de la memoria y la conclusión del olvido: En cierta aldea de Fukian (o Fujián), se sufrió hace muchos, muchos años (cuando aún había bestias en los campos), la amenaza de un tigre especialmente agresivo. No sólo atacaba al ganado, sino además a las personas más vulnerables: niños, mujeres y ancianos. (En aquellos remotos tiempos, a las mujeres aún se las consideraba personas vulnerables.) Un atardecer se reunieron los sabios de la aldea. Estaban desesperados —al modo chino, que se confunde con la serenidad —. Buscaron las soluciones del pasado aún más lejano. Porque no se trataba de acabar con el tigre, un animal tan noble, sino con su hambre. Discutieron durante toda la noche —al modo chino, que se confunde con el silencio—. Y concluyeron que lo más eficaz de ahuyentar al animal sería colocar en cada esquina, en cada casa, enormes banderas con un emblema, una advertencia categórica: EN ESTA ALDEA, LOS TIGRES NO SON BIENVENIDOS.

1

Paisaje que ya no existe

Nada, no teníamos nada, ni el más mínimo objeto o detalle que nos facilitara el brillo de un recuerdo. Habían desaparecido las fotos, los álbumes de las fiestas y hasta el recorte de la columna social de *El Sol,* aquel periódico municipal que en alguna ocasión llegó a dar fe de una celebración patria en nuestra casa (20 de mayo de 1951, por ejemplo), en la que iluminamos con pirotecnia y música de boleros las galerías y la cerrada arboleda. Como la huida había sido precipitada, con fuego y alevosía, carecíamos de recuerdos tangibles (e intangibles). Lo más preciso tenía que ver con las evocaciones —ya se sabe qué son las evocaciones, ese modo estéril de la literatura de salón—. Desdibujada, insegura, artificial: así era lo que quedaba en nosotros de la casa en la que habíamos nacido. Cuando aparecía en las conversaciones de sobremesa, la casa de nuestra infancia poseía tantas formas, colores y detalles como personas sentadas a la mesa. A medida que pasan los años, decía en esos momentos mi madre con sus noventa y tantos años bastante perspicaces, los recuerdos se asemejan a novelas mal leídas durante el rato de un viaje en tren. En dos o tres momentos, con suma delicadeza y una pizca de desaliento, encargamos a alguno de los escasos amigos que regresaban a La Habana que tomaran para nosotros alguna foto de la casa, o de lo que quedara de ella: una puerta, el marco de una ventana, un arquitrabe, una columna o, en último caso, un simple matorral. Y sobre todo, del trozo de calle sembrada de laureles que unía la casa con un paraíso llamado el Parque de los Chivos. Porque si cabía la posibilidad de que la casa no

existiera, la calle sin duda sí, puesto que los caminos siempre son más obstinados. Sin embargo, y a pesar de lo escrupulosos que éramos en anotar la dirección, nadie nos trajo nunca ninguna foto. O sí, trajeron fotos equivocadas de otras casas, de otras calles, de otros parques. Algunas ni siquiera de nuestro reparto Buen Retiro, en Marianao, como si hubiéramos sido tan ilusos de inventarnos la casa y los demás se hubieran puesto de acuerdo para burlarse de la impostura.

A veces, con obstinación digna de mejor causa, mis hermanos y yo nos dedicábamos a dibujar lo que recordábamos. El más acabado de nuestros dibujos parecía el de un niño de tres años. No sólo porque careciéramos de talento, y nuestra torpeza en la composición y las líneas hubiera sido siempre motivo de burla, sino además porque parecía que nunca nos pondríamos de acuerdo sobre la realidad del pasado. Si nos hubiéramos propuesto esbozar un caos, no lo habríamos hecho mejor. Comenzaba entonces la gran discusión. ¡Qué interminables altercados sobre las condiciones y la exactitud de los recuerdos! Los más pequeños hablaban, por ejemplo, del columpio azul del portal; los mayores, en cambio, discutíamos porque en realidad el columpio era rojo y lo habían puesto bajo la sombra generosa de uno de los laureles del patio. Uno de los hermanos se refería siempre a una Virgen de Regla que según él había en una urna incrustada de conchas marinas, mientras que el resto lo rebatía con el argumento de que nuestros padres ni eran religiosos ni tenían mal gusto. Que si se contaban veinte o cuarenta ventanas. Que si los sillones de las galerías tenían cojines de tafetán, de seda o de franela. Que si la mayoría de los cuartos se hallaban en la planta alta... La cocina, de campana, ¿aún se usaba carbón en los últimos tiempos? Ninguno daba por bueno el recuerdo del otro. Y así pasaban los días de ocio y memorias domingueras entre hermanos, alrededor de una cena beligerante. En cuanto a nuestra madre..., bueno, ella ayudaba poco. Para empezar, jamás hablaba de la casa. No respondía nuestras preguntas. No parecía necesitada del recuerdo, al menos de esos precisos recuerdos. Lo de ella tenía que ver con años mucho más remotos, o sencillamente imposibles. Desde que llegó a Savannah, hace ya sesenta años (una vida completa), decidió que la casa no

existía. Alguno de mis hermanos alababa esa actitud como prueba de sabiduría. Otros, en cambio, entre los que me encontraba, considerábamos que su silencio, aquel olvido autoimpuesto, tenía que ver con la culpa. Sabíamos, aunque lo ocultábamos, quién había sido la responsable del incendio.

La casa se levantó en 1917, el año de las dos grandes revoluciones: la bolchevique de Rusia y la Chambelona de Cuba. Fue destruida cuarenta y dos años después, en 1959, el año de la otra Chambelona cubana, la más devastadora. Mi abuelo la levantó con sus propias manos y buenas maderas (el cedro, que resiste la invasión de las termitas) que transportaba desde Pinar del Río para su aserradero (Pedrosa & Hermanos) próximo al Oriental Park, inaugurado cuatro años antes, y que le había servido de inicio para un negocio brillante, porque a partir de 1915 el aserradero comenzó a dejar excelentes dividendos. Entre cuatro puntos cardinales, Oriental Park, la Durañona, el Cuartel de Columbia y los balnearios de la Playa de Marianao, surgió un negocio redondo. La familia pasó de la discreta pobreza a la riqueza evidente. Y la casa fue el centro de nuestro orgullo, el «blasón» de una estirpe sin historia, una gran tradición bastante ilusoria, que inventábamos día a día. A pesar de lo que dicen mis hermanos, recuerdo la casa con bastante exactitud. (Téngase la sagacidad de notar que evito matizar la afirmación anterior con frases del tipo «es probable», «supongo», «tal vez»: obsérvese que soy categórico.) Las rejas de hierro forjado terminadas en punta de lanza sitiaban a duras penas un jardín con los mejores y dulces mangos bizcochuelos, y los grandes mameyes de Santo Domingo, los aguacates catalina, los rosales y jazmines y flamboyanes y almendros de la India, y hasta una antiquísima ceiba (anterior a la casa, anterior al origen del mundo). Tengo la certeza de que si aquel señor solemne y vestido de negro que todos conocemos, hubiese pasado una noche en nuestra casa, habría escrito en el diario con su letra tan presumida como ansiosa: «La noche bella no deja dormir». Para ver propiamente la casa, había que traspasar la verja y adentrarse por un caminito empedrado. Aparecía entonces el hermoso bungaló de dos plantas, alzado sobre gruesos pilotes, con portal corrido, repleto de sillones, y

paredes de madera tan de tono madera que parecían un artificio. Nunca olvidaré la veleta (en realidad no era una veleta puesto que los vientos no la movían) que coronaba el techo a cuatro aguas, y ostentaba una bandera cubana de metal que por alguna misteriosa razón no perdía los colores. Era una casa grande, sin excesos, y sobre todo cómoda y tranquila. Estábamos en la ciudad y no estábamos en la ciudad. Vivíamos en lo que nunca supimos que constituía un estado de ataraxia. Mi hermano mayor suele repetir que cuando abandonamos la casa, no abandonamos sólo la isla sino también un estado exclusivo de criollos epicúreos. Cerca del Oriental Park, nada teníamos que ver con derbis y competiciones. Cerca del Cuartel de Columbia, ninguna relación con guerras o cualesquiera otras batallas humanas. Imperturbables, hubiéramos podido soportar cuarenta días con cuarenta noches de diluvio, hasta el regreso de una paloma con una ramita de albahaca o de hierbabuena.

Una tarde me paseaba por el parque Forsyth. El silencio no sólo me gusta, me hace bien, me devuelve la fe (no en Dios: sino en el mundo, que quizá sea lo mismo); también disfruto de los magnolios robustos, eternos, con el encanto añadido, como de bruma, del *spanish moss*. Los magnolios, me digo, son la prueba del valor del silencio y de que el hombre también posee su lado misterioso. En las tardes de paseo, sobre todo ahora que llega la primavera, me sé pesado y viejo, próximo a algo perdido, a los recuerdos que no tengo, es decir, comprendo lo que resulta imposible de comprender; sé que no soy alguien capaz de detener cada momento del pasado en imágenes fijas (absurdas), y verlas y analizarlas con claridad, para convertirlas en palabras y lograr el discurso, la narración de una vida —mi vida—. Así, solemne, me suelo pasear lento en esas tardes bajo los magnolios del parque Forsyth, en primavera. Y aquella tarde también me senté en un banco. El silencio no era total puesto que se escuchaba un piano a lo lejos: alguien estudiaba sin excesivo entusiasmo un preludio (¿de Scriabin?). Había pocos paseantes. Una pareja de ancianos negros, arrastrando un carrito de la compra y vestidos de riguroso invierno, recorrían con lentitud los arriates. Vi pasar asimismo un coche de caballos enjaezados, para una boda quizá; y, algo después, el carro

blanco del cartero con esa especie de águila azul y el cartel también azul: WE DELIVER FOR YOU. Sonreí mientras en el parque anochecía temprano porque aún teníamos próximo el invierno. No me cabe la menor duda: si alguna vez en la familia fuimos epicúreos, yo, a mi manera, continuaba siéndolo. Fue entonces que un joven rubio, de violenta esbeltez, pasó rapidísimo sobre una patineta con los colores y las imágenes de Iron Man. Descubrí que sobre el hombro, haciendo equilibrios con el brazo curvado y alzado, llevaba un grueso mazo de revistas. Fui capaz de saber lo que ocurriría: una de las revistas se deslizaría hacia el suelo. Me levanté al mismo tiempo que la revista caía. El chico ni se percató. Dos pasos míos significaban medio parque para el Iron Man de la patineta. Me dolió la espalda cuando quise coger la revista. Últimamente tenía punzadas por toda la espalda, así que me incliné de cualquier modo, ocultando la humillación. Cuando fui a llamar al chico, había desaparecido con idéntico furor con el que se había hecho visible.

Un pintor. Claro, ésa podía ser la solución. Un pintor. La idea la provocó un adolescente alígero y una revista. Una revista de arte, de buenas páginas, papel satinado, excelentes reproducciones, publicada en St. Petersburg, Florida. Confieso que no soy un amante de la pintura, pero me llamó la atención una pintora cubana reseñada allí; atmósfera secreta y raros personajes; a veces, horizontes, abismos, celaje y humo. Busqué, por supuesto, los datos de la pintora. Llamé a eso que llaman «agente», palabra que por cierto había asociado siempre con elementos químicos. Después de mil tribulaciones (en rigor, un agente es un muro entre el artista y el mundo), logré un teléfono, una dirección, un atisbo de humanidad. No informé a la familia. Recorrí en soledad las diez horas que separan Savannah de Miami. Hice noche en un Holiday Inn de Orlando. Bajé hacia Miami con esa fatiga, ya conocida, de quien abandona su casa para adentrarse en tierra de nadie.

Joven, excesivamente joven, la pintora no parecía palabrera y eso me gustó. En el estudio había el agradable y metódico desorden de los pintores y el tenaz olor de óleos y disolventes. Ella se sentó frente a mí con una gran taza de té (o eso supuse) y me dijo que vivía en La

Habana, que estaba en Miami sólo de paso, que llegaba del Norte, de la frontera con Canadá. Éste no es mi estudio, aclaró, es el estudio de un amigo. Semejante noticia no sólo me desconcertó: también me hizo sentir un poco fuera de lugar, como si hubiera encontrado un ser de otro mundo. Intenté sonreír como se supone lo hacen las personas que están de vuelta de todas las cosas. Ella también lo hizo, con timidez, y un destello en la mirada que intentaba subrayar que el tiempo no era precisamente algo que le fuera sobrando. Sí, sí, voy al grano, exclamé. Ella alzó una mano con leve y cortés petición de calma. Como yo había rechazado el té, o lo que fuera, me vi en la necesidad de tomar un bolígrafo para ocupar mis manos mientras hilvanaba el relato. Respondió apenas mis preguntas. Supe que había nacido en el Oriente de Cuba y eso también me gustó, justo porque sabía poco sobre el Oriente de Cuba: La Demajagua, Dos Ríos, Bariay, los cafetales..., poco más. Nosotros somos de las antípodas, expliqué, aproximadamente pinareños, mi madre nació en una finca, La Paulina, cercana de Artemisa, donde después se levantó el central Andorra. Di la información en voz baja, algo temblorosa, en busca de su complicidad. Ella entrecerró los ojos sutilmente, como si le diera igual. Eso tienen los jóvenes, pensé, no creen en lugares específicos; entienden, o saben, que todos los lugares son el mismo lugar. ¿Central Andorra?, no sabía que hubo un central con ese nombre. Esa frase sí que no me gustó. Me hacía sentir como un personaje anticuado, un extranjero o un muerto. Hace cincuenta y nueve años que falto de La Habana, del pequeño paraíso de mi casa de madera en el reparto Buen Retiro de Marianao. Descubrí un dejo de soberbia en mi voz, acaso intenté dejar claro que el tiempo confería cierto linaje. Salí con diez años; no precisamente del mejor modo. Durante mucho tiempo me atormentó pensar en inglés. No perdí el español gracias a la tozudez de mi madre y a las lecturas de los libros de un señor estupendo llamado Lino Novás Calvo. Por eso nos mudamos a Savannah. Allá al menos nos hallábamos solos; nadie nos echaba en cara cuánto habíamos perdido, ni mucho menos cuánto se suponía que habíamos ganado. Mi padre era la mano derecha de Fulgencio Batista, expliqué y dejé que creciera una pausa para ver su reacción. La pintora, sin embargo, ni se inmutó.

Bebió de su té, con tanta concisión que no sé si bebió. Usé además el nombre completo del general puesto que no estaba seguro de que aquella joven de veintitantos años supiera algo sobre él. Mi padre fue de los pocos que salió en la comitiva presidencial... Dejé que creciera una pausa. Busqué en la cara de la joven pintora algo que recordara una mueca de reprobación. ¿La comitiva «presidencial»? ¡Dios mío, pensé, qué retórica tan antigua!, esta muchacha pensará que soy idiota. La comitiva presidencial (sonreí para aliviar el ridículo) salió de Columbia en un avión DC-4 con destino a Santo Domingo. Mi padre nos envió a uno de sus ordenanzas para que huyéramos de la casa. Estaba seguro de que aquellos barbudos irían por nosotros —como inevitablemente hicieron—. Entonces sé que hice otro silencio, levanté las manos, suspiré, cerré los ojos. Semejante cadena de acciones no tuvo nada teatral, la verdad: había llegado al centro de la herida. Y cuando volví a romper el silencio, describí la casa con lujo de detalles, que era el único modo de describir su lujo. Lujo afectuoso, por decirlo así. No sé qué largo tiempo estuve hablando del jardín, de la casa misma, de cada rincón. Nunca me había sentido tan elocuente ni tan categórico, y eso que me había propuesto dejar a un lado la pasión. Ella me escuchaba atenta, puede que ligeramente divertida, sin dar muestras de impaciencia. En algún momento preguntó: ¿Y dice usted que no existe ninguna fotografía? Entonces conté la historia que había mantenido en silencio tanto tiempo. No sé por qué me inspiró confianza la muchacha silenciosa que no paraba de beber té (o lo que fuera). Una madrugada de enero de 1959, mi tío recogió a la familia por la puerta de atrás. Había dos Willys-Overland esperando por nosotros. Sólo llevábamos lo puesto. En el último momento, mi madre dijo que había olvidado algo, y yo, que a pesar de mis diez años creía entender lo que estaba sucediendo y me hallaba próximo a la puerta de uno de los Willys, salí tras ella, tan imbuida en la tarea que se había autoimpuesto que no se dio cuenta de mi presencia. Nunca olvidaré la imagen oscura de mi madre en el centro de la sala vertiendo gasolina y prendiendo fuego a nuestra casa. Tampoco olvidaré su mirada, el modo en que se volvió para fijar en mí los ojos devastados y la sonrisa de complicidad que no era exactamente una

sonrisa. Vamos, rápido, ordenó, y me tomó de la mano. No quería, a todas luces, que los demás se percataran de lo que había hecho. Para cuando las llamas cobraran fuerza, estaríamos en la carretera Central, rumbo a Pinar del Río; desde Pinar del Río hacia Laguna Grande; desde Laguna Grande hacia Cozumel; y de Cozumel al Destino o hacia el Misterio. Dos, tres días brevísimos para una transformación tan decisiva. Silencio. Un niño entró corriendo. La muchacha le dijo algo al oído. El niño desapareció. Una señora trajo un vaso de agua y lo depositó frente a mí con una sonrisa. ¿Prefiere una cerveza?, preguntó la señora. Le devolví la sonrisa, incliné la cabeza. Al fin y al cabo, yo era, soy, un señor antiguo. No, no bebo alcohol, mentí, el agua está bien, gracias. La pintora se irguió cuando la señora abandonó el estudio y bebió el último sorbo de aquello que estaba bebiendo.

Y éste es el cuadro. En él no aparece mi casa. Ahí sólo hay algo como un horizonte velado, entre blanco y sepia. O tal vez sí, tal vez en esa blancura sucia, multiplicada y recóndita esté todo cuanto tiene que haber. Quién sabe cómo fue verdaderamente mi casa. Mis hermanos dicen que estoy loco, que se han burlado de mí, mira que pagar por algo que ni siquiera hace el esfuerzo de reproducir una casa... Replico: la verdadera pintura revela el lado secreto de las cosas. Ríen. Ponen los ojos en blanco, ríen. Poniéndome a su altura, con el mayor sarcasmo, les pregunto cómo fue la casa. Y son incapaces de explicar cómo fue eso que ellos llaman «la casa original». Los provoco, vamos, digan, a qué se refieren cuando dicen «nuestra casa». Y continúan riendo y discuten y gritan y desordenan interminables monólogos, disquisiciones inútiles sobre cualquier nimiedad que nada parece tener que ver con el tema. Cierto, se han educado en universidades norteamericanas, y ahí se les puede ver, secretamente cubanos: confusos, incapaces de ordenar dos pensamientos seguidos, sin saber qué hacer con el orden puritano que trataron de inculcarles. Tienen siempre algo líquido, vago, frívolo, inapresable. Un poso ambiguo. Un escaso recipiente donde no existe superficie ni fondo. En cuanto a mi madre, ni siquiera se ha dignado a mirar la tela sepia o gris o densa donde se multiplica un horizonte que ni siquiera lo es.

Y sí, éste es el cuadro y ésta es ahora mi casa. Esa forma sin forma,

ese horizonte turbio. Lo sé por algo que nada tiene que ver con el recuerdo, ni siquiera con mi propia vida. Lo sé porque desde que colgué el cuadro en la sala (se lleva toda una pared) paseo mejor por el parque Forsyth. Quizá no es que haya recuperado algo, quizá es que nada hay que recuperar. Me siento ligero, casi joven, en esas tardes en que hasta logro quedarme dormido en uno de aquellos bancos, siempre el mismo, a la sombra de los magnolios y la magnífica bruma del spanish moss.

Él despierta más temprano que de costumbre. El sonido de la lluvia, el agua leve sobre los muros negros: ha llovido toda la noche en Barcelona. No uno de esos aguaceros de las Antillas a los que estaba acostumbrado, sino la lluvia de siempre acá en Europa, sin deseos, como si también la lluvia se hubiera cansado de caer, como si sintiera el peso de tanta historia, tantas cruzadas, tantos campos de exterminio, tanta trivialidad disfrazada de épica, tanta fatiga. Como se siente agotado del encierro a que lo obliga la lluvia, él sale de casa antes de que amanezca, con la única alegría de un café amargo, un pan duro (sin sal, pan de payés) y la esperanza de lograr el disfrute de la llovizna que las bombillas de la ciudad convierten en gotas naranja. Comprende que le gusta el sobresalto húmedo, tranquilo, de la ciudad entumecida. Los que no duermen, abandonan dormidos los bares o se van dormidos a los trabajos lejanos, bajo paraguas negros. Deduce que el único verdaderamente despierto es él. Mientras camina por la Rambla del Raval, sin prisa, cubierto únicamente por un impermeable que trajo de La Habana, se le ocurre que sería bueno ver el amanecer lluvioso en las galerías difíciles de la plaza Real. Toma, pues, la calle Hospital y pasa la iglesia de San Agustín con el fin de bajar hacia la calle de Sant Pau. Es ahí, en la calle del Arco de San Agustín, que tropieza, casi literalmente, con un joven acostado en la calle. Completamente desnudo, recostado a medias contra la pared, vuelto sobre sí mismo, abrazándose, como si tuviera frío. Pálida en exceso, la piel brilla con fulgores blancos. A él le cuesta deducir que ese joven está muerto. Al final, lo convencen la inmovilidad definitiva, la herida profunda del cuello que, bien mirada, resulta mortal por necesidad; tiene además otras tres heridas visibles, bajo la tetilla izquierda. La lluvia ha limpiado la sangre. La que aún queda, en cantidad sorprendentemente reducida, ha trazado una pequeña mancha

sobre las piedras del suelo, un dibujo negro que el temporal se encarga de diluir. La gravedad de un cadáver desnudo junto a las piedras oscuras de una iglesia, la lluvia de la madrugada y la blancura de la piel, hacen que el cuerpo resplandezca de manera que cualquier persona impresionable, un poco sentimental, podría tomar por milagroso. Porque, además, es un hombre joven y hermoso, como se puede suponer, puesto que todos los jóvenes son hermosos. A primera vista él diría que el muchacho ni siquiera llega a los treinta. Tiene rasgos del norte de Europa. Parece alto y fuerte, como si se hubiera dedicado a pescar salmón. Los ojos aún abiertos muestran un azul antiguo y asombrado. Él también supone que quizá haya sido un homeless. Lo deduce por el pelo amarillo sucio, los pies callosos en cuyas plantas se advierte una mugre dura, resistente a la lluvia. Además, una rápida e incómoda mirada obliga a pensar en un deportista que hubiera recorrido un interminable camino de fracasos. Hay algo sano y al mismo tiempo malogrado en el cuerpo. Provoca admiración, piedad, desasosiego, deleite, deseos de llorar. Una búsqueda no demasiado exhaustiva informa asimismo de brazos y muslos acribillados a pinchazos. Le parece sospechoso, sin embargo, que junto a él no se encuentre ningún saco, bolsa o carro de mercado, algo que se diría consustancial a los vagabundos. No ve la ropa que debía de haber vestido en el momento del ataque. Tampoco el cuchillo con el que lo han apuñalado en el cuello y en el pecho. Nada hay en lo que, sin percatarse de las connotaciones, llama «la escena del crimen» que acceda a presumir un nombre, la razón de haber llegado hasta ahí. Nada permite descifrar la tragedia o la simple historia de este cuerpo muerto —luminoso bajo la lluvia.

2

El caballo de la calle Samaritana

1

El aguacero entra por la ventana abierta y es tanta el agua y cae con tal violencia, que Genoveva (más conocida por Geno) no distingue el patio, el muro que separa su propiedad de la antigua Casa de Socorro. Se han borrado los falsos laureles. Sólo cuando el cielo se rompe en relámpagos se los vuelve a ver con el brillo ilusorio, breve, de una fotografía antigua. ¿Una tormenta de verano en pleno invierno? Tampoco es demasiado extraño.

(¿Qué invierno?, Geno, ese afán tuyo de hablar del invierno como si vivieras en el norte —en el Norte.)

Cuando abandona la cama, está descalza y los pies se mojan con el charco que ha formado la lluvia en el suelo. Cierra la ventana. Sólo queda la tromba golpeando contra las tejas del techo. Con el sonido mitigado de la lluvia, la casa se aísla, pierde el vínculo con cuanto la rodea, y, como siempre, imagina que va en un barco a la deriva. Desde niña, antes de leer a Joseph Conrad, incluso antes de que le contaran la historia de Noé y de saber que existía un punto cardinal llamado Norte, tuvo la impresión de que los aguaceros torrenciales transformaban la casa en un barco. No cualquier barco: un velero.

(Sí, no hay que olvidar que eres una mujer antigua y por tanto muy nostálgica. Te gusta decir de ti misma que vives en un tiempo que no te pertenece, que vas en un velero —un barco de vapor recuerda demasiado la Revolución industrial—, a la deriva... Eso te gusta, no puedes negarlo. Decirlo, decírtelo a ti misma: ya no hay a quién decirle algo. Al mismo

tiempo, y lo sabes, es una imagen que también te inculcó tu hermano Carlos, cuando aún soñaba con descubrir islas en los Mares del Sur.)

El frescor húmedo, la sensación de encierro, de rumbo perdido, la certeza de la incerteza, desconocer qué sucederá, el camino sin camino del mar, el camino como lo que es, un enigma... ¡y la soledad! Las tormentas la hacen sentir más sola que de costumbre y ella vive la soledad como algo memorable. En momentos como éste, se siente protegida y en paz. Quizá la mejor explicación a esta paradoja se encuentre en el hecho de que la tormenta la hace creer que el resto del mundo desaparece y que el tiempo queda inmóvil, como a la espera de cualquier cosa. Aunque quizá haya una razón más banal: el inflexible calor de la isla más grande de las Antillas se mitiga durante algunas horas. Quizá la tormenta tropical nada tenga que ver con los inviernos del Norte, quizá sea lo más próximo a la morriña que se pueda encontrar por estas tierras de las que Dios nunca estuvo muy al tanto.

Genoveva, Geno, es una mujer alta, con una estatura casi de hombre y la complexión de una atleta, a pesar de que nunca le han gustado los deportes y tampoco los ha practicado. Tiene el pelo del color del trigo y los ojos a ratos verdes y a ratos pardos; la nariz grande, como de judía (su padre decía que eran sefardíes), y la frente despejada. Más que su físico, sin embargo, llama la atención el modo en que lo diluye en una actitud de extrema delicadeza.

(Tienes un físico parecido al de Babe Zaharias, y a pesar de eso eres capaz de recordar a Vivien Leigh. Como consuelo, está bien. Habrá que convenir en que eres una mujer optimista. Avanzas en medio de la oscuridad, con algo de feroz y tierna, entre Mrs. Zaharias y Mrs. Leigh.)

Le parece, no está segura, que el viejo reloj marca las dos de la mañana. Significa que se acostó hace apenas una hora y que falta mucho para que amanezca. Ha dormido poco. Sabe que en cuanto vaya al baño, a la cocina, en cuanto beba un poco de agua fresca de la tinaja...

(... hace días que llueve; no pasa el vendedor de hielo; la nevera está inservible...).

... volverá a acostarse y dormirá hasta tarde, sosegada por el ruido de la lluvia, puesto que al fin y al cabo no tendrá que salir de casa.

Dispondrá de todo el tiempo, *su* tiempo, armando flores de papel crepé. Es uno de sus grandes pasatiempos. Tiene todo un cuarto preparado para eso, colección de carreteles de hilos de coser y tejer, alambres de diversos grosores, telas sedosas y aterciopeladas, pliegos de papel crepé y de China, papel de Manila, satinado, papel de revistas propias y el que ha ido recobrando de los basureros, revistas *Life, Social, Bohemia, Carteles, Vanity Fair*... Un día de hace muchos años descubrió su habilidad con las flores de papel, desde entonces no ha parado de hacerlas, de llenar la casa con aquellas maravillas, salidas de sus manos, que no parecen flores artificiales, porque parecen flores naturales que parecen artificiales. Hacer flores y leer. ¿Qué más se puede pedir? Luego del trabajo con las flores, tranquila, repantigada en la butaca de orejas que perteneció a su padre, continuar la lectura de *Tobacco Road;* con calma, con su comedido inglés de secretaria bilingüe (¡graduada del Candler College!), como quien descifra un misterio. Y esperará cualquier cosa que se pueda esperar en la soledad de la lluvia dentro de la vieja casa, junto a la antigua Casa de Socorro (que ahora es una *creche),* entre la arboleda que divide en dos un pueblo tan pequeño. Se seca con una toalla limpia la cara y los hombros que la lluvia empapó en el instante en que cerró la ventana. Y para prolongar la impresión, para no perder el sueño, continúa con la luz sin prender, es la casa familiar, la que construyeron sus padres cuando terminó la guerra del 95 y se instauró la República. Una casa que se alzó junto con la República y fue, como ella, alegre y llena de optimismo. Su hermano Carlos llegó a ella con cinco años. Ella nació aquí, casi al mismo tiempo en que se izaba la primera bandera cubana en el Castillo del Morro. Como es natural, conocía la República y la casa tanto como a sí misma. Desperfectos aquí, desperfectos allá, estragos a los que se pone remedio en cuanto aparecen, un patio más parecido a un monte que a un jardín, porque le gustan los montes, no los jardines. Es *su* casa, espera que no se derrumbe antes que ella, que acaba de llegar a la respetable cifra de cincuenta y dos años.

(Y no sólo puedes andar en medio de la oscuridad, sin perderte —que es lo de menos—, o con los ojos cerrados —que es una simpleza—, sino

que te sientes capaz de saber qué sucede a cada instante en todos sus puntos, todos a la vez, como si la casa y tú estuvieran hechas de la misma sustancia.)

¿Algún sonido inusual o sólo una sospecha? Geno queda inmóvil, con la toalla en las manos. Algo aquí no parece normal. No sabe qué. Tampoco es para alarmarse. Está acostumbrada a batallar con imprevistos. Ya no hay criados, cocineras, jardineros. Por no haber, no hay ni familia. Su hermano Carlos cometió la torpeza de ir a morir en México, con diecisiete años y los deseos enormes de ver una revolución.

(Sé precisa, Geno: la idea —romántica— que tu hermano tenía de una revolución. No olvides que uno de los disparates de tu hermano fue irse a México, en busca de Emiliano Zapata, con un único libro: Los poetas de la guerra, *aquella edición con prólogo de José Martí. Indudablemente Carlos el revolucionario, el sensible al sufrimiento de los oprimidos, el romántico, adoraba la poesía social, o lo que es lo mismo, tenía un pésimo gusto poético.)*

A partir de ese momento, sus padres comenzaron a morir. En cierta ocasión, Geno tuvo un novio (el único) que la dejó plantada cuando ella se negó a entregarle la virginidad antes del matrimonio. Y lo más interesante fue que no se lo negó por moralista, sino por saber (era muy joven) a qué estaba dispuesto él por ella. Como se demostró, su amor alcanzó hasta el primer «no». Y así pasó la juventud, como los trenes de caña que desfilaban con falsa lentitud. Pasaron los tiempos de bonanza. El mundo, es decir, el pueblo, se ha deteriorado en todos estos años. Hasta dos guerras mundiales, por Dios, dos guerras ha habido, como si los hombres tuvieran la pulsión del suicidio. Y acá, en Cuba, lejos de las guerras mundiales pero cerca de las raciales, de las tiranías, del gansterismo. La casa, en cambio, a diferencia de la República, conserva la dignidad. La casa y ella: la dignidad de ambas. Se dice que no tiene miedo. Es lo propio de una mujer vieja y sola.

Nunca abandonó la casa; ella tampoco la abandonó: eran la misma persona la casa y ella. Las islas desiertas que le interesaban sólo tenían valor en su imaginación. Las revoluciones, como la que sedujo a su hermano, le parecieron siempre un derroche inútil de la voluntad

humana. La única vez que estuvo a punto de dejar la casa fue hacia los años veinte, cuando su padre quiso que se fuera a Nueva York a perfeccionar el inglés, aunque en el fondo quería que se olvidara de la desaparición del pobre Carlos.

(El crack del 29 frustró las ínfulas de tu padre, y de paso las tuyas. Y allí te quedaste, para siempre, no para vestir santos porque no hay santos que vestir en esta casa de descreídos. Te quedaste en la casa enorme, sin gatos, sin perros, donde eres la única viva, porque los demás han muerto, andan muertos por ahí, y los muertos no asustan, no estorban, no acompañan —sirven si acaso para un fugaz recuerdo—, y ésa es la verdad, tan cierta como el agua fresca que bebes de la tinaja.)

La tinaja, más antigua aún que la casa, puesto que con ella trasegaron sus padres por la manigua, durante las últimas batallas de aquella guerra llamada (solemne y ridículamente) de Independencia. Tinaja de tiempos de matar.

(Matar aún poseía el vago prestigio de la esperanza.)

Algo no es normal aquí, en esta casa, y Geno lo sabe y prende la luz. Descubre huellas de fango y sangre. No son sus huellas, está claro, no es su fango ni su sangre; son las pisadas de un pie bastante más grande que el suyo, más imperativo; pisadas poderosas que por momentos dan la impresión de marcas dibujadas sobre el suelo.

(Además, reconócelo, Geno, ¡hace tantos años que en esta casa no hay otras marcas de pisadas que no sean las tuyas!: con fango, sangre o sin ellos, que este sobresalto de descubrir lo ajeno es casi de placer.)

Las huellas conducen al sótano. Se da cuenta de que la puerta está abierta de la cocina hacia el patio. Nunca la cierra con llave. Éste es un pueblo seguro, todos se conocen. Cierra la puerta y pasa el pestillo. Busca un quinqué porque en el sótano no hay luz. Baja los escalones, manchados también de fango y sangre. El olor a raíces, a humedad está a punto de detenerla. Algo corre frente a ella, una rata quizá; hay muchas ratas por acá abajo. Y a veces por allá arriba. Se percata de que no lleva nada con que defenderse. Creyó sentir miedo alguna vez de niña, a la oscuridad, a los muertos que aparecían siempre en las conversaciones de sobremesa. El miedo en su vida duró hasta aquella tarde de 1913 en que vio a dos hombres en la calle pelearse a

machetazos; se decía que peleaban por una mujer; los dos murieron desangrados el uno por el otro; Geno se acercó cuanto pudo en medio del gentío que los rodeaba; la expresión de serenidad que tenían ambos muertos la curó del miedo para siempre. Aparte de eso, el fango y la sangre le hacen pensar que quienquiera que haya entrado a la casa no se halla en condiciones de atacar, sino de recibir ayuda. Años atrás, cuando sus padres vivían, en aquel sótano se guardaban las provisiones: sacos de arroz, frijoles de todos los colores, harina; paquetes de café; latas de aceite Carbonell; pencas de tasajo, bacalao en salazón; botes de manteca con trozos de cerdo frito. También se guardaba el ron, el vino y la cerveza. Su madre había sido una mujer sosegada con una única locura: almacenar alimentos, como si existiera la permanente amenaza de una guerra a punto de estallar. Secuela que, piensa Genoveva, deja el haber pasado hambre durante una guerra de machete y reconcentración. Sin embargo, hace años que el sótano sólo sirve para almacenar trastos viejos. A ella le cuesta deshacerse de los objetos que la han rodeado durante la vida. Es una secuela, piensa, que deja el haber tenido una infancia feliz...

(... ¿feliz?, ¿estás empleando verdaderamente la palabra «felicidad»?, ¿qué sucede, Genoveva?, ¿por qué te engañas?, ¿por qué quieres engañarnos?)

Como si algún día fuera posible tomar esos objetos y reconstruir, al menos físicamente, los lugares de su dicha —verdadera o supuesta—. Ahora, los pies descalzos casi resbalan en un charco de sangre fresca. El quinqué ha estado a punto de caer. Por suerte, hay un puntal del que se aferra. Alza el quinqué. Descubre unos pies grandes y negros, sucios de tierra, que sobresalen por detrás de un armario que perdió las puertas.

Es joven, casi un niño. Genoveva diría que tiene entre quince y dieciséis años. El cuerpo, no obstante, es de hombre, grande y fuerte. Seguramente la cabeza también, la cabeza por dentro, piensa, las ideas y lo vivido deben ser los de un hombre. Un niño no puede tener los pies tan sucios ni esa frente sudorosa. Es evidente que nada sabe del paraíso; estuvo en el infierno y no volvió con la famosa flor sino con una herida. Va vestido como un mambí, como debieron vestir los

mambises de hace sesenta años, con el corto pantalón de tela de Rusia, que debió ser blanco alguna vez. El torso, desnudo. La herida visible, en el costado, entre las costillas, bajo el sobaco derecho. Está desfallecido, respira con dificultad. La mira un instante. Hay dolor e indiferencia en los ojos oscuros; ella sabe que no es exactamente indiferencia, sino la herida abierta, el dolor fuerte, piensa ella, hace que cuanto lo rodea carezca de importancia. Nada pregunta, ya habrá tiempo, se dice. Coloca el quinqué en cualquier lugar y se arrodilla. Toca la frente. Lo primero, bajar la fiebre, secar el sudor de la fiebre. Frotarlo con alcohol, romero y orégano. Limpiar bien la herida, ver la profundidad que tiene, aunque por la sangre que mancha el suelo se diría una gran herida. Tendrá que sacarlo de aquí. Llevarlo arriba, a la casa, acomodarlo en una cama, cubrirlo con mantas, como Dios manda. Toma una de esas manos grandes y sucias, que desbordan la suya, y sonríe para darle ánimo, confianza. Muchacho, te pondrás bien, lo único que te pido es que me ayudes, hay que subir a la casa, limpiarte bien. Él vuelve a mirarla y ella no sabe si comprende. No sabe si, para él, ella se encuentra en el mismo sitio, en el mismo tiempo. ¿Me escuchas? Ella cree que él aprieta la mano en señal de asentimiento.

(Vamos, Geno, pasa como puedas una de tus manos por la espalda del muchacho, ayuda a que se levante, es un esfuerzo necesario, aquí está a merced de la basura, la humedad, las ratas, y además un cristiano no debe morir en un sótano, tan cerca de la tierra.)

Se ve que a él erguirse le cuesta casi la vida. Una mueca de dolor y el cuerpo del niño-hombre se estremece. Logra sentarse, sin embargo. Vamos, arriba. Ponerse de pie es un proceso aún más doloroso. No puedo, dice él, y a ella la conmueve el tono de niño que contrasta con la voz de hombre. La perturban la valentía y el miedo en un mismo susurro. Claro que puedes, usa la fuerza, esa que te ayudó a llegar hasta aquí.

Ha logrado acostar al herido en su propia cama. El esfuerzo lo ha dejado tan agotado que parece dormido. A Genoveva la asombra el contraste entre la piel negra y el blanco de las sábanas tan limpias. Acostado allí, es como si al muchacho lo hubieran acabado de bajar de

un barco negrero. Ella ha traído un gran recipiente de peltre con agua caliente, algunas gotas de Maderas de Oriente y una esponja. Le ha quitado el pantalón, lo ha dejado completamente desnudo.

(Es un niño. Es un hombre. ¿De dónde viene? ¿De qué batalla? El cuerpo del niño tiene algo del hombre que ya no será. ¿Cómo es que se ha hecho tan rápido este cuerpo de niño? ¿Cómo es que la vida puede acelerar el tiempo?)

Empapa la esponja en el agua y frota el cuerpo sudoroso, cuya mugre tiñe de oscuro el agua y las sábanas. Lo más trabajoso son los pies. Es evidente que ha subido a los árboles, que ha escalado muros, que ha caminado todo el monte, ida y vuelta, monte arriba, monte abajo, descalzo, no se sabe bien dónde termina la piel endurecida y comienza la tierra. Limpia bien la herida con algodón empapado en agua de Carrara. Él reacciona, como era de esperar, se revuelve cuando ella pasa el algodón y sobre la herida se crea una espuma blanca. La herida es grande, de machete al parecer. La piel está roja allí, abierta como un par de labios. La seca con gasa. Le unta mercurocromo y venda la herida. Por último pone toallas empapadas en la frente, las axilas y las ingles. Lo cubre bien con varias mantas. Prepara un cocimiento con hojas de salvia, llantén y miel. Sin abrir los ojos, él lo bebe con fruición, debe de tener hambre o sed, cualquier necesidad es posible en este cuerpo que arde. Ella cambia varias veces los paños fríos. Escucha la lluvia. No para de llover.

(Dios mío, ¿no parará de llover? Tanto tiempo esperando la lluvia y, como de costumbre, cuando llega, llega en exceso. Siempre la abundancia divina de estas tierras perversas. Siempre. ¿Y qué hacer, Geno, con un adolescente herido en tu cama? No sabes si tu voluntad, tu fuerza bastarán para salvarlo. Podrías ir a ver al doctor Sorondo, si no fuera porque el doctor Sorondo es además un político. Y este herido no es cualquier herido, lo sabes. ¿Por qué lo sabes? Ah, esa pregunta. No es difícil de contestar con el pensamiento; es difícil de contestar con palabras. Tienes en las manos el sucio y roto pantalón como de tela de Rusia y sabes que no es el pantalón de un delincuente, sino de un rebelde. ¿Por qué lo sabes? Ah, esa pregunta...)

A pesar de que no hace frío, la humedad es tan fuerte que se

confunde con el frío. Ni siquiera se ve la Casa de Socorro. Sí, lo salvará sola. No le hace falta nadie. Nunca le hace falta nadie. Genoveva es una mujer que, a fuerza de voluntad, se basta a sí misma. Tiene alguna experiencia en enfermería. Durante el machadato hubo una explosión en la fábrica de fósforos y allá fue ella a la escuelita de Gina Mojena donde improvisaron un hospitalito. También durante el ciclón de 1944 ayudó en las inundaciones del lado de la laguna, donde están las casas viejas. Dentro de una hora más o menos, le dará un caldo de pollo con fideos y pan, alguna aspirina. Mucha limpieza, mucho cuidado de la herida. Tendrá que ir poco a poco. Las fuerzas de este muchacho merecen un lento proceso para ser restablecidas. Toca la frente. Persiste la fiebre. Genoveva se desnuda y se acuesta junto a él, bajo las mantas. Lo abraza. Sabe que es preciso sudar esa fiebre. Y ahí está ella, su cuerpo y su calor, para hacerlo sudar. Tiene su cara próxima a la del muchacho. Lo escucha respirar. Siente muy cerca el resuello fuerte, como de animal. Su propia piel se calienta con la fiebre del muchacho. Él se queja.

(Qué joven es. No puede morir. Todavía no.)

2

(Llueve. Llueve. Llueve. Una larga semana en la que no para de llover. Todo en el mundo, en este mundo, parece paralizado. No pasa el vendedor de hielo, tampoco el de la carretilla con las viandas, el pastelero, ni siquiera Cario, el tamalero, con el que tienes una excelente relación. No pasa nadie por la calle vacía. Las escuelas deben de estar cerradas. En la creche no percibes movimiento alguno. Son días para leer, Genoveva, para hacer flores, escuchar un poco de música en la radio, esa emisora que te gusta, CMBF, Radio Musical Nacional, ofreciendo música y sólo música, como dice el locutor con voz de bajo y entonación pretenciosa. Un pequeño problema es que ni la radio puedes sintonizar. Un gran problema es que tienes un moribundo en el cuarto, del que nada sabes, ni el nombre, ni de dónde viene, ni por qué está en tu casa. Sólo eres capaz de sospechar que lo acecha un gran peligro, y que éste no es sólo el de morir.)

La fiebre del herido no baja de los treinta y nueve grados por más que ella haga cuanto considera apropiado para estos casos. Es probable que la lluvia tenga que ver con la persistencia de la fiebre. Los labios del herido se resecan y ella debe pasarle un algodón húmedo a cada momento. Habla poco y, cuando lo hace, es como un delirio. Llama a un tal general. O bien exclama: ¡Que le avisen a mi general! Y a ella la asustan la voz de niño y el tono fuerte y de miedo. De vez en cuando, el muchacho se revuelve, pide orinar, y ella usa un litro de leche vacío a modo de pato. De todas formas, y por si acaso, ha preparado una especie de culeros con sábanas viejas. Así estarán más tranquilos los dos. Por fortuna, el largo temporal la ha sorprendido con provisiones: tiene arroz, frijoles, malangas, papas, calabazas, un trozo de bacalao en salazón y de tasajo, también carne de cerdo conservada en manteca. Hacia octubre, la temporada de ciclones la obliga a aprovisionarse. Amasa yuca y le salen buñuelos perfectos. El pan lo hace ella misma en el viejo horno de leña. Un pan tosco, casi negro, al que le pone dientes de ajo y sabe a gloria —si la gloria tuviera sabor—. Cree que con esas provisiones pueden sostenerse al menos por dos semanas. A veces, cuando al muchacho la fiebre le baja a treinta y siete y medio o a treinta y ocho, y ella se tranquiliza, se sienta en el sillón, frente a él. Intenta una orquídea de papel que lleva confeccionando desde hace meses. Es trabajoso hacer una orquídea. Requiere excesivos detalles. Además, la orquídea misma es una flor hermosa que al propio tiempo tiene algo de monstruosa. Se nota que la orquídea es un arduo capricho de Dios. Es, se dice, como la herida del muchacho. Como el lado hermoso de alguna enfermedad. De modo que su realización requiere sutileza, cuidado, sensibilidad especial. La belleza de lo monstruoso exige un equilibrio perfecto, algo que no se escore a un lado u otro. Y allí pasa el tiempo, frente al herido, pendiente del herido, y, por momentos, de cómo imitar una orquídea.

(Lo que viene a significar, Geno, que te olvidas de ti misma, que no piensas en ti, ni para bien ni para mal. Por dichosa que digas sentirte con tu vida, ¿vas a negar que a veces los recuerdos te juegan malas pasadas? Bueno, ya sabes, ése es al fin y al cabo el objetivo del recuerdo, alterar el

presente, desquiciarlo, hacerte perder la ilusión de las convicciones. Ah, ese presente y ese futuro que vienen a alterar las posibles certidumbres de lo que vives, ¿no es así? Y por otro lado, acá tienes eso que siempre has pensado que te gusta: cuidar de otro.)

A ratos, sobre todo por las noches, continúa la lectura de *Tobacco Road*. Sin mucho entusiasmo, no por el libro, sino por ella. La preocupación por el muchacho no la deja concentrarse. Sí es cierto que la regocija mucho ese mundo del sur de los Estados Unidos, con sus plantaciones algodoneras y negros que cantan blues. Cuando logra dormir, lo hace al lado del muchacho, abrigada con él, sudando con él. Entrelaza su mano con la suya para que no la sorprenda alguna emergencia. Al menos eso se dice a sí misma. Aunque la verdad es que le provoca un gusto especial esa mano que, siendo tan joven, es tan grande, y la suya, tan pequeña, tan de mujer, se pierde allí y por un momento es él quien parece cuidarla a ella. Tiene sueños raros. Sueños de guerra, de una guerra que no vivió. Se ve en la manigua curando un herido, sólo que el herido no es este jovencito negro, sino el hermano, su querido Carlos, desaparecido en las proximidades de Saltillo, Coahuila, hace treinta y cinco años. Sin embargo, y sobre todo, se despierta al lado de este muchacho que podría ser su nieto, con una sensación satisfecha. Su hermano Carlos desapareció en 1917; el padre murió en 1931; la madre, dos años después. Los primos, la familia, se fueron a Tampa en los últimos tiempos del machadato, donde montaron un negocio de tabaco, y ya no volvieron nunca más. Al principio, abundaron las cartas. Luego, y como siempre sucede, se fueron espaciando, hasta el día en que el cartero dejó de subir la cuesta de Valdés Rosas. Genoveva quedó sola a los veintiocho años de una juventud lo suficientemente hermosa. Los pretendientes no faltaron. Ella los fue descartando uno a uno. No es lo mismo la soltería por falta de encanto que la soltería por arrogancia. La primera frustra; la segunda, también, sólo que con el júbilo y el coraje agregados que confiere el «no te necesito». No estaba en condiciones de ser dominada por un hombre. No en el sentido sexual, sino en el otro terrible de la vida doméstica. Se le revolvía el estómago con sólo imaginarse lavando calzoncillos y pañuelos sucios. Y además, aquella libertad de

dormir cuando quisiera, despertar cuando quisiera, la cama enorme para ella sola, sin sudores, sin ronquidos ajenos. Y ahora... Pues ahí está, cuidando a un herido que puede ser su nieto, con el sobresalto de su desnudez y la satisfacción de velar su sueño y la otra satisfacción de saberse su salvadora. Salvar a alguien ¿no será un modo justo de poseerlo para siempre?

(Llueve, Genoveva, y estás contenta, tranquila, con la casa cerrada a cal y canto. Un poco asombrada, eso sí. Te invade una sensación nueva, o por lo menos olvidada, la sensación de cierta esperanza, aun cuando no seas capaz de decidir con exactitud cuál es el contenido de esa esperanza. No sabes qué esperas. Tampoco para qué.)

3

Y no amanece a pesar de que sea la hora del amanecer. La lluvia no para, el aguacero que se eterniza, parece imposible percatarse de que la noche ha dejado paso al día.

(Por cierto, ¿sabes qué día es hoy? No lo sabes porque en realidad no te interesa. Si hubieras observado el almanaque de la cocina sabrías que es el 14 de octubre de este mismo año de 1952, fiesta de Santa Fortunata virgen y San Bernardo el Peregrino. Y si leyeras las noticias, o escucharas la radio, sabrías que tanta lluvia tiene que ver con la amenaza de un ciclón que trae ráfagas de 290 km/h, y que, dentro de diez días, entrará por la bahía de Cienfuegos y saldrá por Rancho Veloz.)

Por suerte, la fiebre del muchacho ha cedido. Genoveva cree que hubo un momento en que pudo quedarse dormida, sí, tuvo que ser en sueños, vio iluminado el campo de girasoles que está pasado el Callejón de los Perros, y eso es imposible. Iluminado todo el campo y más allá, donde empiezan las casas de tabaco, y se vio a sí misma corriendo entre los girasoles. Debió de ser un sueño bonito, porque durmió y soñó y está bien, dispuesta a todo. El muchacho duerme. No tiene fiebre. Duerme: a saber cuáles son sus sueños. Genoveva abandona la cama y va al baño. Luego, en la cocina, prepara un poco de leche con canela y azúcar prieta.

No para de llover. Pasa la mano por el cristal y sólo logra verse a sí misma intentando mirar el paisaje más allá. No hay paisaje, de todas maneras. Le haría falta salir, comprar algunas cosas. Es preferible quedarse en casa, observar lo que sucede, permanecer alerta. Alguien debe andar buscando al herido. Y ella no sabe todavía quién es el enemigo. Porque hay algo evidente: el enemigo no es él.

(Tendrías que equivocarte mucho, que si algo conoces son los modos que tiene esta isla de mostrar a sus triunfadores y sus perdedores — cualquier cosa que signifiquen ambos adjetivos.)

El color negrísimo de la piel, los pies descalzos y sucios, la herida, el pantalón de tela de Rusia, el olor a manigua..., ninguno de esos «pormenores» induce a error. Después de todo es una suerte que llueva y se borre el rastro de sangre que con toda seguridad el muchacho ha ido dejando en la fuga.

¿Se escuchan los cascos de un caballo? Sí, al parecer un trote que baja por la cuesta de Valdés Rosas. No puede estar segura, la lluvia es engañosa, provoca alucinaciones. El caballo se acerca, o eso supone. Y se asusta. La noche que su padre murió, un caballo estuvo rondando la casa durante la madrugada. Fue la noche de aquel 1931 en el que Kid Chocolate ganó la faja mundial júnior en la categoría *superwelter*. El caballo iba y venía como si necesitara algo o estuviera a la espera de algo. A todos los atormentó aquel caballo (¿sin jinete?) que subía y bajaba por la cuesta aún sin asfaltar de la calle. El tío Perlito salió incluso en su busca y regresó con cara de asombro y una frase de derrota: Hagan como que no lo oyen. Sólo después de que el padre abriera y cerrara los ojos por última vez, dejaron de escuchar el trote agotador. En realidad, a Genoveva no le gustaban los caballos. Creía recordar aquel viaje a Guanabacoa, a la calle Samaritana donde vivía el mayor general Roloff, a presentarle sus respetos y mostrarle a Carlos, el niño al que habían honrado con el nombre del general. Ella tendría tres, quizá cuatro años, y se acuerda borrosamente de algunos detalles. La bellísima casa de madera, con portalón de sillones de rejilla y caoba. Recuerda al anciano de frente amplísima y barba larga y canosa, como de rabino. Recuerda la familia en torno al general, abanicándose con abanicos que eran banderas cubanas. Recuerda que

una vez más le exigieron repetir aquella décima de las reuniones familiares:

Tierra de Cuba ¡florece!
Lindos pájaros ¡cantad!
Que un aura de libertad
los ámbitos estremece.
¡Sol hermoso, resplandece
con tu más límpido rayo!
Salid del mortal desmayo,
almas de la patria mía,
y florece de alegría
¡que llega el Veinte de Mayo!

(Y sobre todo recuerdas el momento en que se repartían las limonadas y saliste al portal sin que nadie te viera; bajaste los escalones «con aura de libertad», hacia la calle, desierta y luminosa. Un caballo sin jinete venía a galope. Persiguiéndolo, viste tres hombres a caballo. El caballo se acercó como un animal gigantesco. Eras tan niña que hasta un caballo tenía algo de descomunal. Echaba espuma por la boca y se le veían los ojos desorbitados. Sabía Dios desde cuándo andaba en aquella huida. Apareció un hombre al frente con una escopeta. Disparó. No sabes si viste o no el disparo que entraba en la frente de la bestia. No lo sabes. Sin embargo, qué bien lo recuerdas. El caballo desbocado lanzó un relincho, levantó sus dos patas delanteras y cayó cerca de ti.)

Vuelve el silencio, es decir, la obsesión de la lluvia que cae sin parar y algún trueno que provoca el fulgor efímero de la calle. Entonces tocan a la puerta. Genoveva vuelve la cara con susto hacia la cama. Él sigue inmóvil o dormido y no parece percatarse de los golpes en la puerta. Ella se aleja con sigilo hacia la sala, tan oscura que se diría una sala del recuerdo. Se aproxima a la puerta. Pega el oído a la madera. ¿Quién podría venir tan temprano, y a caballo, cuando son apenas las seis de la mañana? Y con toda delicadeza hace algo que no hacía desde muchos años atrás, a pesar de que en realidad no tiene la certeza de haberlo hecho alguna vez, quizá en los peores años del machadato: coloca las trancas a la puerta. Coloca las trancas de todas

las puertas. Va cerrando una a una las ventanas, con tal sutileza que demora tiempo en cada hoja. Cuando la casa está cerrada, oscura, silenciosa y bien cerrada, comprende que persiste el sonido del agua sobre el agua, el chorro que baja por los canales del techo, incluso el pequeño torrente que se debe de estar formado en el sardinel. Escucha el trote del caballo. También ese trote choca contra el agua. Quienquiera que sea, se aleja ahora calle arriba, hacia la salida del pueblo. Genoveva se va a la cocina, sin prender la luz.

(Sí, necesitas despertar, entender qué está pasando. ¿Por qué proteger a un muchacho que no sabes quién es, lo que ha hecho? ¿Y si es un ladrón, un asesino, un asesino-ladrón? Vives a escasos metros de la antigua Casa de Socorro, que ahora es una creche, y donde hay dos enfermeras —malas enfermeras, cierto, y qué más da— y un médico que aparece por allí una vez por semana, sobre todo por los piojos y las lombrices. Podrías haber llamado a algún médico de la verdadera Casa de Socorro, o a la policía, y que se hicieran cargo, y tú tranquila a tu vida que no es monótona, tú sabes que no lo es, que los demás piensan que tu soledad te está enloqueciendo, y sólo tú sabes que nunca has estado más centrada que en medio de esta soledad, dueña de una rutina que no lo es, entre flores de papel y libros que aún esperan a ser abiertos.)

El humo, el olor que escapa del colador, marca la verdadera línea de la amanecida. Así, con una taza de café, se recompone el mundo cada mañana. Toma la palmatoria. Va al cuarto. El muchacho tiene los ojos abiertos, fijos en el artesonado del techo. Lo ayuda a beber el café y comprende que la fiebre ha vuelto.

4

El herido mejora y empeora sin que Genoveva pueda entender las razones de aquel cuerpo tan joven y caprichoso. Ella lo cura dos veces al día con el mismo esmero, lo limpia con agua de colonia. Lo alimenta con panes y sopas que improvisa con cualquier cosa. Durante ese tiempo no escucha el caballo. Sentada frente a él, equipada con lo necesario para lograr la orquídea perfecta, suele hablar de los

primeros tiempos de la Cuba republicana. Dice que a Antonio Maceo lo mataron los propios cubanos que no querían un jefe negro en el nuevo Estado. Para la guerra, sí; para la unidad política, superior y soberana, para eso, no. Recuerda que en 1910 —hace sólo cuarenta y dos años—, hubo una guerra contra los negros. Una guerra de la que casi nadie habla ya y en la que miles de negros fueron masacrados. Ma-sa-cra-dos, recalca sin levantar los ojos del papel crepé que riza con un lápiz. Y antes, entre el crimen de Maceo y la guerra de los negros, ocurrió lo de Quintín Bandera, el asesinato oprobioso del general Bandera. Y permite una pausa. Y alza la orquídea para tener un pretexto y mirar así al muchacho mientras finge que estudia el acabado de la flor de papel. El muchacho continúa con el paño de agua fresca en la frente, tiene los ojos cerrados y respira con dificultad. Fue en 1906, si mi memoria no falla, la muerte de Bandera, insiste ella mientras retoca un pétalo más claro, el que da el toque definitivo a la orquídea. Según me contaba mi padre, andaba por aquí con sus hombres, por Wajay, El Cano, Arroyo Arenas, era conocido por los anuncios de jabón, a mí me dio un poco de vergüenza saber que hubo un general de nuestra guerra que anunciaba jabones, también comprendí que si no lo hubiera hecho su familia se hubiera muerto hambre, y tenía muchos hijos, y el caso es que se sublevó contra Estrada Palma, que era un hombre raro y un cuáquero, imagínate un cuáquero gobernando este país, como si Daniel Santos fuera presidente de los Estados Unidos y la Sonora Matancera el poder legislativo. Deja la orquídea sobre la mesita de trabajo y se levanta, se acerca al herido, le toca la frente. Tienes fiebre, no sé qué voy a hacer contigo.

(Abandonas la casa como una fugitiva, con la ilusión de regresar lo más pronto posible. Te olvidas, pues, de aquello que siempre repetía tu madre: «El hombre propone y Dios dispone». No bien bajas la cuesta, comprendes —crees comprender— que algo ha cambiado en el pueblo. Lo descubres negro de tanta humedad, abandonado, casi vacío, borrado entre nubes que bajan a nivel de la tierra. Hasta dirías que hace frío. La lluvia no es por el momento excesivamente fuerte, aunque sí tenaz. Subes al campo, más allá del terreno de pelota. Te adentras en los sembrados, robas

algunas papas, cebollas, lechugas. Como era de esperar, tus pies están llenos de fango. Buscas la carretera Central y no la encuentras. Caminas en varias direcciones. Te acercas a la escuela de la doctora Pinar. La escuela está cerrada como en los días de ciclón. Ves pasar, a lo lejos, a la vieja dueña de aquella quincalla que está en las afueras, camino de la carretera de playa Baracoa. Tratas de llamarla, sólo que está demasiado lejos y la voz se pierde por entre la neblina de esta lluvia. Subes, bajas los caminos que parecen ajenos. Quisieras tocar alguna puerta, pedir ayuda. Tampoco quieres hacer el ridículo. Temes la pregunta: ¿cómo es que se ha perdido, doña Genoveva, si usted nació aquí? La mirada de conmiseración. El gesto de «se está poniendo vieja, doña Genoveva». Cuando escuchas el trote de un caballo, cierras los ojos y te pegas a una pared.)

Por suerte, es el muro de la creche que antes fue la Casa de Socorro. Esto te permite orientarte, llegar a la casa, abrir la puerta como si todo el futuro dependiera de algo tan simple, abrir una puerta y decir: ¡Ya estoy de regreso! No cuenta con que la voz retumbe. Deja en el suelo el paraguas abierto para que se seque. Deposita las viandas sobre la encimera de la cocina. Se mira al espejo y se arregla el pelo. En la cara nada hay que arreglar, esto es así para siempre. Y sonríe porque cree que la sonrisa la ennoblece. Corre al cuarto. Ahí está el muchacho dormido. Lo toca en la frente. Está frío. A veces alza una mano y dice una palabra incomprensible. Estará soñando con la guerra. Estará soñando con el triunfo. Lo arropa bien con las cobijas para que sude más, es necesario que sude todo lo malo, incluso los malos recuerdos. Se arrodilla frente a él y pone la cabeza en su pecho, el oído donde supone el corazón. Late, sí, es un corazón fuerte.

El aguacero. Piensa, sin convicción, que la casa continúa semejando un barco. Con rumbo o sin él. Un barco en medio de la tormenta. Sólo tiene que batallar con el mar, la lluvia, el viento. Y con el tiempo, sin duda, sólo que esto no es exclusivo de los barcos o de cualquier otro artefacto cuyo viaje dependa de los rumbos del viento, de las brújulas, los límites, los puertos lejanos. Es tanta el agua y tan violenta que no hay patio. Se ha borrado el muro que separa su propiedad de la antigua Casa de Socorro. Los falsos laureles desaparecieron o acaso se insinúan tras los tabiques del agua. Sabe

que ahí está la cuesta de Valdés Rosas porque tiene fe. Es capaz de creer en las calles y las cosas. Entonces escucha los cascos del caballo. Mira a través de los cristales borrosos de la ventana. No sabe si es un caballo con jinete. El caballo se acerca al trote, entre el aguacero. Los cascos golpean cada vez con más fuerza el suelo empapado. Divisa el alazán negro. Hay un solo camino, se repite mientras corre a la sala y se aferra a la puerta. Hay un solo camino y éste es el mío, dice.

Ha corrido de boca en boca la noticia: en la orilla de la playa han encontrado un niño muerto. No es común que los niños aparezcan muertos en las playas. O por lo menos no es algo de lo que nos ocupemos a diario. Quizá ha habido muchos niños muertos en playas diferentes: hay tantas playas y tantos niños que sería difícil calcularlo. Además, hay niños que se ahogan porque juegan o intentan nadar. Lo raro es que un niño pierda la vida durante una huida, o que tenga, como este específico niño, la extraña suerte de haber sido fotografiado mientras (huyendo) se ahogaba en la playa. Nadie ha logrado testimoniar la aparición de niños muertos en la playa durante el imperio romano, o el carolingio, ni siquiera durante la Primera Guerra Mundial. En estos tiempos, sin embargo, la fotografía (divulgada) se ha convertido en el nuevo milagro de la Encarnación. Alguien ha dicho que el niño venía de lejos, de Turquía dicen, aunque llegó a Turquía desde Siria, y lo que sin duda parece más extraño es que huyera de las bombas, la sangre y los derrumbes. ¿Nadie consideró oportuno explicarle (no a él, sino a sus padres) que no había lugar donde refugiarse, que las bombas están en todas partes y las playas no son el mejor lugar para morir? (Y lo digo yo, que vengo de Cuba.) ¿Nadie pudo alertarlo (no a él, sino a sus padres) de que estamos en guerra desde aquel pistoletazo de Sarajevo? Después de todo, el niño tenía tres años y nada sabía de playas ni de guerras, mucho menos de muertes. Ni siquiera tenía conciencia de la vida, si es que alguna vez se tiene conciencia de tal cosa. Paseo por la playa y ya no busco conchas, como antes, ni estrellitas de mar. Mi mirada ha dejado de ser inocente. Hoy menciono el nombre del niño muerto cuando me tiro en la cama y apago las luces. Como se comprenderá, no lo hago para invocarlo ni para tener un buen sueño. Tampoco me propongo devolverle la vida, esa ridiculez de que alguien no

muere mientras se halle en nuestros pensamientos. Nombro también la playa de la isla conquistada por Alejandro hace muchos siglos. Después de todo, nadie negará que es un lugar antiguo y también hermoso para morir.

3

El asesino perfecto

Siento como si fuera un mal hombre,
y esta intuición me ha sido dada sólo
para destruirme.

El simple arte de escribir, RAYMOND CHANDLER

Muerte de Orquídea Rodríguez

Se habría dicho que la señorita que de pronto elegí venía de la universidad. Fiel a mi método, yo no la busqué, apareció andando por la calle Zanja, a la altura de la esquina con Escobar, donde está (¡vaya sarcasmo!) la estación de Policía. Traía una mochila pesada, algunos libros en la mano y cara de cansancio. Le sudaban la frente y las sienes; el pelo corto se humedecía en el lado posterior del cuello. Caminaba como si le costara, a pesar de los zapatos *tennis,* muy gastados y que por lo mismo debían de ser bastante cómodos. Llevaba blusa púrpura, gran escote, y jeans espantosos, con una rosa de canutillos malvas en el muslo derecho. Alguien que iba a la universidad, o a la escuela que fuera, con pantalones como aquéllos no podía ser inteligente, ni buena estudiante, ni nada. La elegancia en mi país desapareció con todo lo demás. Me pareció que estudiaba bioquímica o algo así. Estaba seguro de que la muchacha nunca había leído a Paul Celan (menciono a Celan no por dármelas de culto, sino porque lo había estado traduciendo esa madrugada). No era bonita. Tampoco fea. Supongo que su juventud la embellecía. Pensé que se llamaba Orquídea, el nombre de una flor que ya nadie usa como

nombre de mujer. Sólo que en este caso creí probable que fuera el nombre de la abuela paterna, que murió (decidí que trágicamente) antes de que ella naciera. Sospeché que la madre quiso hacer el homenaje a la suegra sin darse cuenta de lo feo que sonaba aquel nombre. En el fondo supe que había decidido el nombre por la chabacanería que emanaba de la muchacha. Orquídea Rodríguez. Deducción a partir de unos jeans con abalorios. Ah, sí, también por supuesto (y esto fue algo que descubrí después) por un unicornio que llevaba pendiente del cuello por una cadenita de plata. Siempre odié los unicornios, tanto como odié el famoso librito de Saint-Exupéry, las canciones de lo que llaman Nueva Trova, las piezas de porcelana (incluidas las de Lladró), las comedias costumbristas y las manifestaciones exaltadas del patriotismo. Aunque lo que yo amara u odiara nada tenía que ver con mis elecciones vespertinas.

(Se escuchan versos de Paul Celan: Una nada / fuimos, somos, seremos, */ floreciendo: /* rosa de / nada, de nadie.)

Orquídea Rodríguez tuvo la mala suerte de coincidir conmigo a la misma hora y en la misma calle. Podía haber salido un poco más tarde de la Facultad de Bioquímica, podía haber sido otra u otro, cualquiera, sólo que fue ella y a eso me atuve. Dejé que avanzara unos metros y la seguí. No me preocupó que sospechara. Hacía años que me había hecho invisible. En Cuba, en aquellos años setenta, para llegar a la invisibilidad no hacía falta ninguna alteración del índice refractivo de los cuerpos, como en la novela de H.G. Wells, Cuando Orquídea llegó a la calle Manrique, dobló y subió por ella; es decir, doblamos y subimos por ella. Pasamos la calle Reina y llegamos a Maloja, esa calle fea y sucia donde Alejo Carpentier insistía en que había nacido sin que nadie lo creyera. Orquídea se detuvo entonces a hablar con una anciana de pelo blanco y mandil negro que llevaba una cesta con tres o cuatro huevos. La anciana le contaba una historia a todas luces trágica, porque se secaba los ojos y hacía muecas y Orquídea negaba con la cabeza, ese lugar común de los gestos que más o menos significa: «¡No puedo creer lo que me estás contando!». Quedaron luego en silencio como personajes de Chéjov. Suspiraron como personajes de Chéjov. Y la anciana, como un personaje de Chéjov,

levantó la cesta con los huevos como si fuera una reliquia y volvió a suspirar. Orquídea revisó en su bolso, sacó un llavero del que colgaba un muñequito de trapo, se despidió de la anciana y abrió una puerta que daba a una escalera. La vi desaparecer. Pensé que alguien preparaba un banquete para esa noche: desde alguno de los balcones llegaba olor a algún guiso y la música inevitable de una orquesta de nombre reiterativo que le cantaba a una tal Marilú, oh, Marilú.

Como era escritor e invisible (que debiera ser una redundancia, a pesar de que algunos se empeñan en estar muy presentes), logré entrar sin esfuerzo alguno a casa de la tal Orquídea Rodríguez. No me veía en la obligación de saltar muros ni de forzar puertas. Desde que decidí escribir sobre un asesino, me convertí en uno perfecto. El único asesino perfecto soy yo. El que carecía de móvil y no dejaba huellas. En casa de Orquídea, como en cualquier otra casa habanera, varias cosas me llamaron la atención: la lámpara de techo con lágrimas de cristal, envuelta en celofán para que no se empolvara; la foto enorme de Orquídea el día de sus quince años, con vestido azul, pamela y *corsage;* los mal conservados muebles de la antigua Orbay y Cerrato; el piano vertical con mantón de Manila que caía en todo su esplendor (aquí debí haber escrito: en toda su decadencia) sobre el panel superior. En la mesa de comer varios libros me hicieron comprender mi error: la muchacha no estudiaba bioquímica sino economía. (Así nos va, pensé.) Orquídea se duchaba. Rectifico: Orquídea estaba en el baño con un cubo de agua del que se iba vertiendo jarritos por encima. Había puesto la radio y cantaba al unísono algo sobre una casita que se había hecho en el campo alegre con troncos de los bosques. Me sorprendió su voz casi masculina, como de contralto. Cuando sentí que el agua del cubo caía con estruendo sobre su cuerpo, y ya sólo tarareaba, concentrada en secarse, me preparé para el momento final o fatal. Final-fatal. No soy de los que improvisan, a pesar de que todo lo tengo rigurosamente pensado como Edgar Allan Poe cuando escribió *The Raven,* me apropié a última hora de un enorme pisapapeles con nieve y la torre Eiffel. Me parapeté tras la puerta, a pesar de que era innecesario: aún conservaba los hábitos de cuando era un ser material. Larga costumbre de un antiguo miedo. Me

escondí lo más posible. Se abrió la puerta del baño. Alcé la mano con el pisapapeles que pudo convertirse, a partir de esa noche, en un pisacabezas. ¡Oh, frustración! Salió del baño envuelta en toallas, con la cabeza oculta por un turbante de toalla. Me deslicé hacia la cocina, tan pequeña y oscura como la mía. Busqué un cuchillo lo más afilado posible. Orquídea estaba sentada al pie de su cama, secándose los pies frente al espejo con mal azogue de una coqueta antigua. Se secaba los pies, se miraba al espejo, se secaba los pies... Acabada de duchar, se veía un poco más hermosa. Por fortuna, ya no cantaba. Me detuve frente a ella. Le mostré el cuchillo que, por supuesto, no vio. Cerré los ojos y clavé el arma en su cuello. Sentí cómo la sangre escapaba de un modo que ahora describo torpemente como «un sordo burbujeo». (Lezama Lima lo llamaría «un surtidor».) La radio continuaba prendida. Ahora se escuchaba una hermosa voz que pedía a alguien que no despertara un alma que hacía tiempo había muerto para el amor.

Una tarde en el Parque de la Fraternidad

Decía Marianne Moore (y quién mejor) que la poesía era un jardín imaginario en el que vivían sapos reales. Y yo me pregunto: ¿qué sucede cuando desaparecen los jardines imaginarios y sólo quedan los sapos? ¿Qué hacemos con ellos? ¿Salir a matarlos? Hablando en propiedad, donde yo vivo no hay ni lo uno ni lo otro —estoy por pensar que nunca hubo jardines ni sapos—. Como Miss Moore, soy un viejo escritor; ella más vieja (murió hace pocos años) y posiblemente mejor escritora. Si se nos mide por la pasión y no por el resultado, soy tan escritor como la señorita de Kirkwood, Missouri. Aunque yo debiera precisar: «Fui un viejo escritor». Hace años que no publico a pesar de que escribo todos los días, como he venido haciéndolo desde que cumplí los quince años. En una época fui famoso. Preciso: como se es escritor famoso en Cuba: te conocen cuarenta lectores y alguna institución te invita cada cinco años a dar una conferencia sobre Rubén Darío y el origen del modernismo, o sobre los *Versos libres* de

José Martí y el origen del modernismo. Publicaba con dificultad, pero publicaba. Me llegaron a traducir en Italia, Francia o Polonia. Me codeé con lo más «granado» de las letras nacionales. En los años cincuenta visité México, Nueva York y París. Desde 1957 viví en San Juan, Puerto Rico. En 1959 cuando triunfó la revolución, imbuido por un apasionado, breve, entusiástico patriotismo, regresé a Cuba. Gracias a un intercambio cultural, en 1963 pasé seis meses en Praga —la ciudad más bella del mundo—. Pocos viajes: muy productivos. En el fondo no me gusta viajar. Nadie que adore como yo un sillón y una lámpara de lectura envidiará el destino de Ernest Hemingway. ¿Qué hace un escritor cazando elefantes? Los cazadores de elefantes están para ser fijados en una página, no para ser imitados. Tampoco es que tenga la ilusión de que cuando encienda la luz de la cocina se inaugure una cascada en el Ontario. Me interesa tan poco viajar como inaugurar cascadas. Vivo en el tercer piso de una calle que alguna vez tuvo su elegancia y ahora es un camino polvoriento. Legalmente, la calle tiene un nombre pomposo, Avenida de Italia, no obstante se llama en realidad Galiano, calle Galiano, así es como todo el mundo la conoce desde los tiempos del general Tacón. Mi apartamento es pequeño, apenas una sala comedor con un balconcito que se abre a lo que fue una famosa peletería llamada California; una cocina para un cocinero que odie su trabajo; un cuarto de baño mínimo, de esos que tienen la ventaja de que te puedes duchar sentado en el W.C. Lo peor del apartamento es su pequeñez; lo mejor, su pequeñez. No requiere un exceso de esfuerzo para su limpieza. Hay (es inevitable) ese ubicuo olor a gas de La Habana y el polvo que sube de la calle Galiano y la oscuridad provocada por un edificio constreñido entre edificios. Si miras hacia la calle, el sol que se refleja allí te deslumbra; cuando miras hacia dentro, la oscuridad de la casa hace que en tus ojos estallen fuegos artificiales. Calor, polvo, oscuridad, olor a gas y a churre forman una combinación tan humana que es inhumana. A veces pienso que la frase «bajos fondos» se originó aquí, en esta ciudad, y quizá en este apartamento. (Habría que consultar a un pobre hombre llamado Máximo Gorki.) Sé que no debiera ser tan injusto y no magnificar la penuria. Vivo a cuatro cuadras del Parque de la

Fraternidad (uno de los grandes monumentos de La Habana) y, si bajo por la calle Teniente Rey, puedo llegar al convento de San Francisco de Asís y de ahí a la bahía, que sucia y todo sigue siendo hermosa. Y aún me quedan los encuentros fortuitos. El misterio de los encuentros: un hombre invisible abraza a otros hombres invisibles. En todo el trayecto tropiezo con numerosas personas, así que elegir es aquí una fiesta innombrable.

(Hace algunos años, cierta escritora de novelas radiales llamada Yeyita Abreu —que en realidad era un hombre y a quien llamaban La-mujer-sin-dientes— me atacó porque en algún escrito alabé la belleza de la bahía de La Habana. ¡Con lo mal que huele, dónde coño tiene los ojos este señor!, dijo más o menos la tal escribidora de novelas radiales, Yeyita Abreu. El señor era yo. Me hizo gracia. Por un lado, los ojos no huelen. Por otro, ¿qué concepto de belleza debía tener esa pobre señora de dientes postizos? Esta mujerona, inculta, insensible, elemental, fea hasta la desesperanza —en realidad era un hombre—, nunca habría entendido la frase de Charles Baudelaire: «Me gusta rodearme de una amable pestilencia».)

Desde mi balconcito puedo ver las copas de los árboles del Parque de la Fraternidad. Como estoy a escasos diez minutos del mar y de la bahía (deliciosamente pestilente), en el corazón mismo de La Habana, soy capaz de escuchar la sirena de los barcos. Lo más notable, sin embargo, consiste en que disfruto del ir y venir, de los que suben y bajan por las aceras techadas de la calle Galiano. Este trasiego es, como he dicho, una fiesta. No estoy seguro de que sepan adónde van o de dónde vienen; eso, sin embargo, no me preocupa. Ayer, un camión atropelló a una anciana. No hubo que lamentar daños considerables. Algunos golpes, un gran susto que se llevaron anciana, chófer y viandantes (yo incluido). Nada destacable. Pongo este ejemplo para que se tenga constancia de que estoy al tanto de cuanto ocurre en la calle. ¿Qué más se puede pedir? Quizá el lujo sea esto. Quizá tengamos un concepto equivocado de la buena vida, o simplemente de la vida. Es probable que morir por la patria sea vivir. Quizá sufrir apagones de varias horas, con muy poca comida (cartilla de racionamiento incluida), cortes del suministro de agua y ningún derecho a nada (mucho menos a la protesta) y al concepto de vida

propia sea un modo de ganar la gloria de los héroes. Algún día se sabrá que los bajos fondos eran altos y que los cubanos de la segunda mitad del siglo XX vivíamos en el lujo. Es cierto que no nos dimos cuenta: al fin y al cabo, ningún europeo se despertó el 28 de julio de 1914 y se dijo: «Hoy empieza la Primera Guerra Mundial». Sin embargo, así como no me interesa inaugurar cascadas en el Ontario, tampoco me interesa ser un héroe. Yo no quiero ser un héroe. Yo (humildemente) sólo necesito leer, escribir en paz y elegir las personas que van a morir y adelantarme, matarlas, ver cómo mueren, como aquel personaje de las *Notas de un simulador*.

Tampoco quiere decir que sea pobre de solemnidad. Poseo algunas cosas valiosas, a saber: un ejemplar de *Bustos y rimas* de 1893, que perteneció a Félix Lizaso y tiene su exlibris; veinte o treinta ejemplares de la revista *Sur;* una carta de Alfonso Reyes; otra de Julia de Burgos; un pequeño grabado de René Portocarrero dedicado a un tal Celedonio y fechado en 1937 (que fue justo el año en que cumplí los quince años). También soy dueño de un radio-tocadiscos Crown (que alguna vez fue portátil), y que traje de Puerto Rico en mi regreso a la patria liberada, y algunos discos buenos: Beethoven, Caruso, el trío Matamoros, Ernesto Lecuona, Rita Montaner, Agustín Lara... Y el más importante de todos, un disco de Pau Casals con su firma, porque yo lo vi, lo conocí, lo escuché... De la radio sólo sintonizo Radio Reloj, para saber la hora, y en ocasiones la CMBF, Radio Musical Nacional, ofreciendo música y sólo música. Adoro el programa de ópera de Ángel Vázquez Millares. Como Dios manda, no tengo televisión. Tampoco familia ni amigos: consecuencia de vivir mucho. Los que no murieron (se suicidaron), se fueron de Cuba, que es otro modo de morir; los hay que hicieron ambas cosas y por tanto murieron dos veces. Trato a mis vecinos con distancia y, en consecuencia, así me tratan ellos a mí. Supongo que me consideran un hombre raro. Tal vez piensen que me doy importancia. Y no, no es cierto que me dé importancia. ¿Importancia de qué, si ni siquiera me llamo Ernesto? Soy como aquel personaje de Proust que se escondía de los demás no por desprecio, sino por miedo al desprecio. Siempre me han dolido los rechazos, por eso saludo y continúo mi camino. Si me encuentro con

un niño, digo adiós con la mano: nunca aprendí el tono adecuado de hablar con los niños. Esos encuentros de vecinos en la escalera (el ascensor no funciona desde el mismo primero de enero en que el archipiélago cubano se convirtió en el Primer Territorio Libre de América) tienen lugar sobre todo por las tardes. El momento en que salgo a caminar la ciudad en busca primero de la ciudad y segundo de las víctimas propiciatorias.

No, no soy pobre de solemnidad. Cada madrugada me siento a escribir y dudo que alguien como Rockefeller o Rothschild conozcan esta riqueza. Escribo sobre los asesinatos de la tarde anterior, como podría escribir sobre un hombre que alcanzó la invisibilidad en las calles de La Habana —la ciudad donde los cuerpos son tan sustanciales (y nunca mejor dicho) —. También podría escribir sobre cómo la ciudad se destruye en medio de una extraña guerra donde no hay disparos, trincheras, bombas ni ejércitos enemigos. No soy pobre de solemnidad porque, así como soy un asesino perfecto, soy el perfecto *flâneur* de los escombros, el que pasea sin ser visto y todo lo ve y todo lo oye y todo lo sabe en una ciudad donde se ignora hasta lo más elemental. Escribo y escribo. ¿Que no me dejan publicar? Eso es un pormenor. La perla es la enfermedad de la ostra. Y ¿cuántas ostras enfermas, que nadie verá nunca, no habrá en el fondo de los mares de la Polinesia?

Los paseos tienen lugar luego de una breve siesta y de haber aprovechado la mañana escribiendo la-novela-que-nadie-leerá. En la novela cuento la historia (creo que ya lo dije) de un asesino que elige sus presas al azar, y no tiene un móvil y ni siquiera es psicópata. Y entonces, ¿por qué mata? Bueno, puede que sea ése el dato oculto, la teoría aquella del iceberg. O quizá porque es sólo un hombre triste y solo que necesita redimirse ante sí mismo. O quizá porque es sólo un hombre. Tal vez porque toda la vida se sintió menospreciado por los otros. Será una hermosa novela y nadie la leerá. Mi hermosa y pequeña venganza. Aunque el mundo nunca se ha dado por enterado, he pasado la vida en guerra con él. El mundo es un gran campo de batalla. A mi manera, yo soy el vencedor. No necesito ningún premio, ni siquiera el Nobel. Jorge Luis Borges es una centena de veces mejor

poeta que Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, más conocido como Pablo Neruda, sólo que este último pertenece al Partido Comunista y adora a Stalin. (Cosas de la Academia Sueca y de un envidioso llamado Artur Lundkvist, quien recibió el Premio Lenin en 1958.) La moraleja la escribió Alejo Carpentier: «¡Comemierdas!, como si yo no supiera desde hace rato que el escritor que se pelea con la izquierda está perdido».

(Voz de Tita Merello: Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé. / En el 510, y en el 2000 también... Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor / ¡Ignorante, sabio o chorro, pretencioso o estafador!)

Con esta novela lograré la redención. Se joderán. Que se jodan. Nunca leerán mi novela. Y como no tengo ningún Max Brod (traidor) a quien hacerle el encargo, la quemaré yo mismo. Una de las cosas que se aprenden con la edad es que después de dos guerras mundiales, varias guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones, espías y chivatos, miedo, hambre, necesidad, apagones, una guerra fría que es lo mismo que dos guerras mundiales, y una guerra sin guerra en la que los edificios caen como por cansancio, ¿a quién puede atraer la historia de un anciano que pasea por La Habana? Conozco asimismo mis limitaciones. No soy Stefan Zweig escribiendo *El mundo de ayer,* ni Guillermo Cabrera Infante escribiendo *Tres tristes tigres*. He sido, soy, un escritor correcto. He tratado, trato, de hacerlo lo mejor posible, he puesto mucha pasión —la que me iguala, insisto, a Marianne Moore—. Me faltó, creo, *Sturm und Drang,* o comoquiera que se llame esa *otra cosa* que hace de un escritor un ESCRITOR. Me faltó matar, valor para matar. Por fin comprendí, razón por la cual es justo lo que hago ahora.

La escalera de mi edificio es empinada, angosta y oscura —extraordinariamente oscura—. Tiene luz, el problema es que los bombillos duran escasas horas: los roban muy pronto —y lo entiendo —. De manera que cuando bajas con extremo cuidado esas escaleras, pensando en que de un momento a otro te vas a ir de cabeza, y llegas por fin al último escalón y sales a la acera ancha, techada, grandiosamente construida de la calle Galiano, sientes que cuanto has vivido conduce a ese instante. Cada tarde es lo mismo. Cada momento

de salir a La Habana es único. Idéntica epifanía cada tarde. Por lo general, el sol disipa los colores y convierte las paredes en espejos que te obligan a cerrar los ojos un instante. Pestañear. Llevarte la mano a la frente como una visera. Volver a abrir los ojos. Constatación de que estás vivo y de que por tanto posees mayor fuerza que la realidad. El ir y venir es parecido siempre. Han cambiado los modos; se ha perdido la elegancia (que parece lo de menos, y no lo es); se habla un dialecto imposible, un cubano secreto, casi indescifrable; se escuchan músicas agresivas; se ha transformado el propósito, sólo que las personas siguen de un lado para otro como si tal cosa. Más que cualquier tratado, semejante trasiego informa sobre el instinto de supervivencia de los seres humanos. Como hay poco tránsito, paso la calle sin llegar a la esquina y sin esperar la luz roja de semáforo alguno. Tomo por la calle Barcelona, llego a la calle Industria, por detrás del Capitolio, continúo por delante de la fábrica de tabaco Partagás, y ya veo ahí delante de mí ese monumento al buen gusto que es el Parque de la Fraternidad. Hay pocos lugares tan acogedores. En ciudad tan maltratada por el sol, no hay como un parque lleno de árboles, de arriates, de platabandas y de cómodos bancos desde los que mirar la vida y cualquier otro misterio. Me uno a los viandantes del Parque (me encanta esta palabra, «viandante», que aparece en el diccionario de Nebrija) en busca de mi próxima víctima. No como un viejo jubilado, que lo soy. Tampoco como el joven que alguna vez fui. Ahora soy invisible y eso me confiere la mayor impunidad. En cuanto tal, yo soy simplemente el hombre que busca y, como tal, no tengo edad alguna. Alguien que lo mismo sabe que le queda poco de vida como que está dispuesto al asombro de la eternidad o a cualquier otro asombro menos cotidiano. Hace muchos años, aquí, en este Parque de la Fraternidad, conocí al primer sacrificado y tuve los primeros avisos de lo que sería mi novela, mi gran novela.

Acababa yo de regresar de mi apartamento de Santurce, en la otra de mis ciudades, San Juan, Puerto Rico. Los años 57 y 58 los pasé allí, trabajando en una compañía de seguros. No había huido de la Cuba de Batista, donde no me iba tan mal (eran tiempos en los que si no te metías en política no te pasaba nada —a diferencia de lo que sucedió

después, que tenías que meterte en política obligatoriamente para que no te pasara nada—). Me había ido para huir de un amor desdichado. Del amor, desdichado o no, siempre hay que huir. Llegué a Miami, que entonces era una playa, unas cuantas casitas y un buen café en Allapattah. No obstante, había algo triste en el Miami de aquellos años: la sensación de que no estabas en ningún lugar, ni en Cuba ni en Estados Unidos. Me sentí allí como un Robinson Crusoe sin ánimo de supervivencia —y sin Viernes—. En cuanto la compañía de seguros me propuso abrir una oficina en Santurce, no lo pensé dos veces. En Puerto Rico fui todo lo feliz que se puede ser. Ignoro de qué pájaro eran Cuba y Puerto Rico las dos alas. Sí debo reconocer que allí me sentí como Nils Holgersson a horcajadas sobre un pato silvestre. Regresé a La Habana en abril de 1959, cuando, como todos —o casi todos—, fui víctima del entusiasmo nacional. Viva-Cuba-libre. Etcétera.

(Música. Aquí se escucha música de himno. «Giovinezza», por ejemplo. «Salve o popolo d'eroi, salve a patria immortale...».)

La idea de mi novela apareció de forma ocasional. Hace muchos años. Una tarde, casi anocheciendo, andaba yo por el Parque de la Fraternidad en uno de mis paseos habituales. La Habana comenzaba a dejar de ser la misma. Caía sobre ella una mezcla de júbilo e incertidumbre, la emoción de una libertad precaria, como si nadie creyera posible tanta felicidad y todo pudiera venirse abajo en cualquier momento. Las noticias de los cotidianos fusilamientos (la guillotina pasada por la Revolución industrial) echaban sombra sobre la alegría que había provocado la llegada de aquellos rebeldes sucios y vitales que se habían apropiado de nuestra vida. Fidel Castro daba discursos interminables en los que las palomas (¿adiestradas?) revoloteaban sobre su cabeza como una prueba de la divinidad de su presencia (la de Castro) y nosotros, el rebaño, su rebaño (el de Castro), lo escuchábamos con los ojos cerrados y la boca abierta. Allí, en la esquina de las calles Reina y Amistad, frente a la Sears, mirando hacia el Palacio Aldama, había un rebelde apostado. Lo recuerdo como si ahora mismo lo tuviera delante. Nunca se borró de mi mente la imagen hermosa de aquel negro, muy joven, casi un niño, alto,

delgado como un junco, escasa barba, vestido de verde olivo, la camisa medio abierta y el collar con cuentas de santa Juana (¡también llamadas Lágrimas de Job!) y el AK-47 colgado del hombro. Cuando se percató de que lo observaba, me sonrió con algo que yo no supe si era tristeza o candor. ¿Cómo está, combatiente?, pregunté. En mi puesto, camarada, respondió con una inclinación de cabeza y deje excesivamente oriental. No eres habanero, ¿verdad? Hizo un gesto que tal vez quería decir que venía de todo lo lejos que se podía venir. Soy de Remanganaguas, en Contramaestre, camarada, donde el diablo dio las tres voces y no se oyeron. Eso está lejos, dije porque no sabía qué decir. Y que lo diga, camarada. ¿Y cómo te trata La Habana? Todavía no me trata, estamos de vigilancia, no hemos visto nada, muy poco, el hotel Hilton, el Cuartel de Columbia y esto que tengo delante, camarada, ese parque que se parece al de Contramaestre, ese edificio de ahí y esta tienda. Y luego de una pausa, agregó: Dicen que hay mucha diversión por acá. Y entonces, sin transición, me dijo que tenía diecinueve años, que era el menor de diez hermanos, que todos los hombres de su familia habían subido a la Sierra Maestra, que él había sido el último en subir, el primero en bajar, el único que estaba en La Habana, camarada, del batallón de Camilo Cienfuegos, un macho, macho, con un par de cojones, y qué contento de contribuir a la liberación de mi patria y... Dejé de escucharlo. Me gustaba aquella perfecta cara negra, me gustaban su voz, su aspecto cansado, el sudor que marcaba los sobacos, el collar de santa Juana, la sonrisa, la juventud, la ingenuidad, pero el discurso me parecía tedioso, sobre todo en alguien que no necesita discursos, ni siquiera necesita hablar. Su sola presencia fue capaz de transmitirme una alegría que hasta ese momento no había experimentado. Y esa arma, ¿dispara? La pregunta era una broma, por supuesto, una broma y una provocación. Quería jugar con el niño negro de Remanganaguas, Contramaestre. La quitó de su hombro, la miró, la pesó... ¡Que si dispara!, camarada, no sabes cuántos batistianos hijos de puta han caído gracias a este rifle y la puntería del combatiente que tienes delante. Me tendió el arma. Toma, pésala, acaríciala. No supe qué hacer o decir. Mantenía el arma hacia mí como si hubiera descubierto un viejo sueño mío y quisiera

complacerlo. ¿No se supone que nadie debe tocar tu rifle? Confío en ti, camarada, se ve que eres de los nuestros, ¡cógelo! No me quedó más remedio. Cogí el rifle. Aspiré el olor del aceite con que lo había limpiado. El arma vieja brillaba como nueva. La culata tenía grabadas dos letras. El negro me miró sonriendo; en esta ocasión la sonrisa nada tenía de triste o candorosa. Mi alegría de momentos antes desapareció. Tuve deseos de salir corriendo, sin el arma, claro, salir corriendo hacia mi casa y echarme en la cama y dormir y dormir y dormir. Oye, mira, no quiero esto, dije, ¿y si se dispara? El muchacho lanzó una carcajada. ¿Qué te pasa, camarada?, que no se diga. Afortunadamente tomó el rifle y lo volvió a colgar de su hombro. Escupió en la acera y limpió con el dorso de la mano un hilo de saliva que había quedado colgando de su mentón. No sé si descubrí dureza en su mirada o acaso un cierto repunte de burla. Había caído la noche y en las sombras, con los ojos amenazadores, el negro se veía aún más hermoso.

Y sin embargo no me di cuenta de qué significaba el encuentro. Hasta días después no fui capaz de entenderlo, cuando tuvo lugar la revelación. Recordando cuanto había ocurrido la tarde-noche anterior, mi imaginación fue capaz de corregir el hecho. Y en el recuerdo, que tanto tiene de imaginación, lo maté. Con la misma arma que me hizo coger en mis manos. Y fue el primer capítulo de mi novela. Un alzado negro de diecinueve años llegado desde Remanganaguas (donde primero llegó el cadáver de José Martí) es asesinado en el Parque de la Fraternidad por escritor invisible.

El bibliotecario

El protagonista de mi novela y yo tenemos algo en común: para matar necesitaríamos previamente un *rapport,* por breve que sea, con la posible víctima. A veces no es posible y se mata igual —tampoco hay que ser ortodoxo—. El rapport es preferible. Hay que conocer a quien le otorgas el poder del sacrificio: mirarlo a los ojos, escucharlo hablar, saber qué espera (o qué no) de la vida. Debe de esperar algo; si carece de sueños o aspiraciones entonces ya no tiene sentido el

sacrificio. Sólo con dos o tres de mis asesinados no tuve relación alguna. Orquídea Rodríguez fue una. Un señor que encontré en la Alameda de Paula fue otro; lo vi tan desvalido, tan débil, tan fuera de todo que no tuve valor de acercarme a conversar con él. Como cojeaba por una posible poliomielitis, usaba bastón. Recuerdo que a pesar de su indefensión conservaba cierta dignidad. Había sido bibliotecario de la Biblioteca Nacional cuando todavía funcionaba en el Castillo de la Fuerza. Según decían era bastante bueno en su trabajo. Yo nunca le hablé. No me gustaba su modo desamparado de ir por la vida. No me gustan las personas débiles; rectifico: no me gustan las personas que hacen visible su debilidad. A veces he llegado a pensar que no es que las rechace, sino que hay algo aún más complicado: que me devuelven mi propia imagen. Por las razones que fuere, nunca me dirigí a él. Él sí me reconocía, sabía quién era yo. Habría clasificado mis libros, el poemario de juventud (aquel engendro) titulado *Una muerte gloriosa,* y aquel otro, *Elogio de la guillotina,* mi personal homenaje a la entrada de Castro en La Habana. Alguna vez coincidimos en el Castillo de la Fuerza y yo lo evitaba, prefería irme con la grande de María Lastallo, de estatura tan pequeña. Lo maté una noche de aguacero. Habíamos estado guareciéndonos en las galerías del antiguo Teatro de la Alameda. Todo parecía indicar que no escamparía nunca. Cuando amainó, lo vi salir renqueante por la calle Mercaderes. Lo seguí. Me desesperaba la lentitud de sus pasos. En algún momento miró hacia atrás, como si temiera. Me tenía sin cuidado porque ya para entonces había logrado cierto grado de invisibilidad, y aunque así no fuera, no creo tener aspecto de asesino. La lluvia arreció cuando ya estábamos casi a esquina con la calle Acosta. Entonces me desesperé y le arrebaté el bastón de un rápido movimiento. El bibliotecario perdió el equilibrio y cayó en uno de los tantos charcos de la calle. Se rompió la frente, se le hizo una herida cuya sangre el aguacero lavaba constantemente. Como sus espejuelos habían salido disparados hasta más allá de un metro, trató de mirarme y no lo consiguió. Sus ojos sin el artefacto de los cristales carecían de vida, lo cual no impidió que viera en ellos el brillo opaco del miedo. No lo disfruté. A pesar de que supe cuánto había descubierto para mi novela, no lo disfruté. No soy

un psicópata. Conozco la compasión. Soy simplemente un escritor muy cansado del mundo que le ha tocado vivir y que necesita terminar una novela sobre Cuba. Me incliné sobre él. Con una mano le tapé los ojos; con la otra, apreté su cuello hasta que supe que ya no respiraba. Es fácil escribirlo. No fue fácil llevarlo a cabo, y no porque el pobre hombre se defendiera demasiado, la verdad, sino porque un cuello es algo bastante arduo de quebrar. Lo dejé allí, muerto en el charco, y salí corriendo hasta el Arco de Belén. La lluvia justificaba la prisa. Además, insisto, soy invisible. Aquella noche decidí que nunca más estrangularía. Ni siquiera a un recién nacido. No sólo es arduo: requiere intimidad.

Segunda muerte de Amalia

La tarde que maté a Amalia hacía años que ya ella estaba muerta. Fue un acto de inevitable justicia. Le debía la muerte, la muerte que se merecía y no la que tuvo, en la tranquilidad de su cama con sus sábanas de holán, en aquel caserón de El Cerro que colindaba con el palacio de Arango y Parreño. Amalia (mi madre) no fue una mujer mala; tampoco buena; fue desapegada, displicente con cuanto tuviera que ver con los afectos. Egoísta, como toda niña bien. Debía su nombre a una novela argentina que mi abuela adoraba. A diferencia del personaje de la novela, no creo que mi madre amara alguna vez más que a sí misma. A mi padre le daba lo mismo, porque mi padre vivía más en el Capitolio que en la casa y, además, era famoso por las amantes que tenía. Así que fui yo el más perjudicado con aquel matrimonio de mis padres. Tal vez semejante situación familiar sirva para entender que yo siempre haya preferido «los bajos fondos», los sapos del jardín, rodearme de una amable pestilencia, y que aceptara en un principio el mundo de los cortacabezas que bajaron de la Sierra Maestra para implantar el reino de la delación, del miedo, la ineficacia, el hambre y la vulgaridad. (En mi descargo: semejante idilio sólo duró tres años, no más.) El caso es que en la novela fui en busca de mi madre. Decidí que fuera el verano de 1947. Elegí ese año

porque fue hermoso, el del debut de Jackie Robinson en las Grandes Ligas y el mismo de su visita a La Habana. Fui a recoger a Amalia (siempre la llamé por su nombre) en un Chevrolet (que nunca tuve: nunca supe conducir; pero un detalle como ése no puede echar a perder una historia). La llevé a la playa. Mi madre estaba entre divertida y suspicaz: desde pequeño yo había sido un rebelde, nunca demasiado cariñoso con ella, en correspondencia a su falta de cariño. Me opuse a estudiar derecho —ambición de mi padre—, también medicina —ambición de mi madre—. Y para ser lo suficientemente rebelde, no estudié. Académicamente, se entiende. En cuanto cumplí los dieciocho años (1940: nueva Constitución de la República, vida nueva), me fui de la casa. Me alquilé este apartamento en el que ahora vivo. El caso es que, contraviniendo las costumbres familiares, convencí a mi madre para llevarla a Guanabo. Entonces el viaje era más largo y también mucho más fascinante que ahora, por entre campos, palmerales y bohíos —idílicos.

(Rasgueo de laúd y guitarra. Maracas. Se escucha una voz: Susurran los platanales, / al pausado son del viento, / y con blando movimiento / se oyen murmurar los mares.)

Nos detuvimos en la parroquia de Santa Ana de Campo Florido. Comimos mangos en Barreras y mamoncillos en la boca del río Guanabo. Anduvimos un poco por la playa. Luego, por la ribera del río, hacia dentro, donde un grupo de muchachos bañaban sus caballos. Nos sentamos en una piedra, bajo un ateje. El ambiente tenía mucho de ideal. Los muchachos hablaban con los caballos y entre ellos mismos y jugaban, se echaban agua los unos a los otros. No había excesivo calor. La brisa que llegaba de la playa agitaba los árboles y el olor a tierra del río. Amalia habló como nunca. No se parecía a la Amalia que yo conocía, sino a la que me hubiera gustado conocer. De pronto se había convertido en mi madre. Y conversamos en el ranchón, casi llegando a La Veneciana, donde almorzamos pargos fritos con fufú, ensalada de aguacate y copas heladas de Hatuey, *la gran cerveza de Cuba*. Conversamos en el bote en el que navegamos hacia el horizonte por donde en un rato se pondría el sol de la tarde mágica, completamente mágica, y, claro, debía aprovechar la luz, y

por eso en el momento en que le decía a mi madre por primera vez cuánto la quería, la lancé por la borda, y vi cómo batallaba por no ahogarse mientras yo le gritaba cuánto la quería, y oí sus gritos sin palabras, más bien aullidos, y los ojos de desesperación en los que no había pregunta, sorpresa, reproche, sólo desesperación. Y se hundió rápidamente. Bueno, no, no es cierto, no se hundió rápidamente. Es increíble el esfuerzo que es capaz de desplegar una persona para no morir.

La invisibilidad

Te advierto, esto de matar y escribir una novela al final resulta muy agotador. *El simple arte de matar,* dijo Raymond Chandler; y esta frase habrá que tomarla como una *boutade* del gran escritor. Matar nunca es simple. Aun cuando como yo seas un hombre invisible. Me han dicho que los tiempos han cambiado; y aunque no me lo hubieran dicho, habría supuesto igual que los tiempos cambiarían, siempre cambian, es lo propio de los tiempos, y Cuba no iba a escapar a semejante regla por más dominada que estuviera por una Voluntad Superior. Te digo, y debes creerme, que en aquellos años setenta convertirse en invisible no exigía demasiados esfuerzos. En mi caso fue más simple de lo que nunca creí. Escribí un librito de poemas titulado *Elogio de la guillotina*. Estaba convencido (aún lo estoy) de que era un librito que exaltaba los principios de la revolución marxista-leninista. No obstante, los compañeros que estaban al frente de lo que estaban, no lo consideraron así. Supongo que no les gustó la palabra «guillotina» —demasiado francesa para su gusto—. En el lapso de un mes fui desapareciendo de todas las instituciones, registros, páginas que daban fe de mi paso por la Tierra. No sólo de esta tierra (centro de un archipiélago) con poco más de cien mil kilómetros cuadrados, sino de toda la Tierra. Si al principio fusilaban de verdad, más tarde lo hicieron de modo menos sangriento, mucho más sofisticado. Ni siquiera tenían que secuestrarte o lanzarte al mar desde un avión. Desaparecías sin más, así de simple. El poder perfecciona su poder.

Nadie tocaba a tu puerta, el teléfono no sonaba, nadie se acercaba a ti, nadie te saludaba por la calle. Si abordabas a alguien, en el mejor de los casos respondía con evasivas y sin mirarte a los ojos. Sólo te dejaban el miedo. Un miedo enorme, ubicuo, todopoderoso, cuyo rasgo predominante consistía en su falta de realidad.

(«Como un perro», dijo. Y era como si la vergüenza debiera sobrevivirle.» Franz Kafka: El proceso.)

No hay bestia por feroz que sea...

... que no haya sentido un toque de piedad, decía Ricardo III en la tragedia de Shakespeare. Mi personaje se llama Eladio (homenaje al grande de Eladio Secades) y ha tenido más éxito que su creador con los asesinatos. Es probable que tenga mayor pasión. O tal vez mayor humanidad. O que al ser joven esté armado de la justa intrepidez. No es menos cierto que su condición de personaje le confiere una cierta inmunidad. Por más invisible que sea el autor, no deja de ser una persona de carne y hueso. Mi Eladio es una criatura de palabras, hecha con palabras. Así, gracias a ese manto mágico que usa como Sigfrido en *El anillo de los nibelungos,* se desplaza por toda La Habana, no sólo por este pequeño centro en el que yo me muevo, con lo cual ha sido un verdadero dolor de cabeza para la policía, sólo eficaz cuando persigue crímenes políticos. Él trabaja con mayor minuciosidad que yo. Es capaz de sutilezas que a mí jamás se me ocurrirían. Se va a las periferias, a los barrios marginales, a la Virgen del Camino, a Marianao, La Lisa, Arroyo Arenas, San Francisco de Paula, reparto Mañana, Mantilla, El Caballo Blanco... Entra en cerveceras, centros de entrenamiento para boxeadores y muy semejantes de rehabilitación mental. Acecha en escuelas, solares, cárceles, fábricas, posadas, policlínicos. Incluso en el Tribunal Supremo (donde antes estaba el *Diario de la Marina)* y en la Plaza de la Revolución. En cierta ocasión, acuchilló a un poeta mulato y comunista que echaba maíz a los gallos finos de un jardín. (Por lo menos a éste no le darían el Premio Nobel.) Y aprovechó para asfixiar

a una cocinera (también poeta) que andaba cerca de aquel poeta mulato comunista que alimentaba a los gallos finos del jardín. También mató a un poeta de segunda fila que andaba por la ciudad con la cabeza alta y los ojos despreciativos, como si fuera Petronio a punto de abrirse las venas en la bañera de alabastro. Lo asesinó del modo más simple: le dijo cuánto admiraba su poesía y el Petronio caribeño bajó la guardia. Y acabó con la vida de cientos de personas haciendo estallar un barco de nombre francés en los muelles de Tallapiedra. A altas horas de la noche, mi Eladio se va al bosque que rodea al Hospital Clínico Quirúrgico de la calle Veintiséis. Es un lugar maravilloso no sólo porque se halle próximo al Bidet de Paulina, sino porque además es uno de los lugares de *cruising,* y ya se sabe que en el cruising (mucho más si es habanero) el miedo y la desprotección hacen aún más intensa la llama doble de la sexualidad. Sin embargo, Eladio tiene su moral. En el bosque, sólo da sustos, no mata, se ocupa de pequeños juegos que agregan acaso sobresalto al sobresalto de los encuentros furtivos. Eladio piensa, con razón, que bastante tienen esos pobres muchachos como para tener que morir asesinados. Ya se encargan otros.

Si yo pudiera algún día remontarme a las estrellas...

De pronto, hacia las dos de la tarde, se descompone el mediodía. Rompe un aguacero como todos los aguaceros, con apariencia de eterno y hay relámpagos que (así suele decirse) parten el cielo en dos. La electricidad, que no necesita de aguaceros para esfumarse, deja el apartamento semejante a una cueva en plena noche. Como no tengo velas, enciendo una lamparita de aceite (y eso que tampoco tengo aceite). Son las dos de la tarde y parecen las dos de la mañana. Siento *vagos dolores en los músculos, hondas tristezas en el alma* (ay, Julián del Casal, ay tus «Tardes de lluvia»). Pienso que se echará a perder mi paseo vespertino, mi caza, y por tanto la razón de mi vida, mi trabajo de escriba. Me tiro en la cama. Cierto, también necesito descansar. Me digo que debo romper la apatía, cambiar las sábanas de la cama,

bastante sucias, con olor a cuerpo viejo y mal dormido. Escucho el aguacero allá afuera, en la calle Galiano, y me provoca los raros sentimientos que despiertan siempre los aguaceros: sensación de libertad y sensación de encierro. Se vive de paradoja en paradoja. Bonita retórica. Frases que no dicen nada y suenan bien. Debo escribirla para desarrollarla después, sólo que mis ojos se cierran (y el mundo sigue andando). Me quedo dormido, no sé durante cuánto tiempo. Tampoco recuerdo si tuve algún sueño. Cuando despierto, hace una tarde hermosísima. Es lo que tienen las turbonadas de verano, acá en El Caribe, que el mundo se acaba durante una hora o dos, y luego, como si de verdad un espíritu se moviera sobre la faz de las aguas, todo se rehace, reaparece brillante y recién creado. Me preparo para salir. En la escalera casi tropiezo con una señora que nunca he visto. Una mulata vestida de blanco y con todos los collares del mundo colgados del cuello. No sé cómo decir con originalidad que me mira con ojos penetrantes. El problema es que me mira con ojos penetrantes. No sé si quiere ser asesinada o si pretende asesinarme ella a mí. Como la escalera es angosta, cada uno debe pegarse a la pared para que pase el otro. Cruzo las manos sobre mi pecho e inclino la cabeza. Señora, digo. Ella se inclina igual y sonríe. Tendrá suerte, me dice. Le respondo: Ya lo sé. La calle está limpia, hermosa, húmeda después del aguacero. La Habana hace un esfuerzo por no parecer destruida. Bajo hasta la Esquina del Pecado, Galiano y San Rafael; tomo por esta última calle; camino con calma por ella, porque es una de las más hermosas de la ciudad. En uno de los dos cines contiguos, el Dúplex y el Rex Cinema, ponen un documental soviético, *Fascismo corriente,* y una película soviética, *La balada del soldado*. En el teatro García Lorca se anuncia la temporada de ópera con *Rigoletto* (Gilda: María Remolá). Atravieso el parque Central, me interno por la calle Obispo. La calle huele a tierra, a tejas mojadas y a trasiego. En los charcos se refleja el último sol. En la esquina del hotel Ambos Mundos, hay un muchacho que me llama la atención. Muy joven, tendrá diecisiete, dieciocho años. Es alto y parece un corredor de larga distancia: piernas altas, torso espigado, músculos fuertes y discretos, largo cuello... Tiene además esa contención de los deportistas cuando

no están en la pista o en el gimnasio, esa imposibilidad de contener las fuerzas. Va mal vestido como casi todos en La Habana. No obstante, en un muchacho como él la ropa carece de importancia. Lo miro con cierto descaro. Me responde con otra mirada más descarada todavía (tiene los ojos verdosos). Incluso sonríe. Y es la sonrisa lo que de verdad me conturba, a mí, que soy un anciano acostumbrado a muecas, indiferencias y sonrisas. Paso por su lado. Continúo calle abajo. Me sigue. No miro hacia atrás; sé que me sigue: tengo suficiente experiencia en perseguir y en ser perseguido. Además, soy escritor, escribo una hermosa novela que será destruida, y eso (al menos se supone) me otorga una cierta sabiduría sobre las conductas humanas. En la Plaza de la Catedral, ya vamos andando juntos, en silencio, uno al lado del otro, como amigos, o mucho mejor: como abuelo y nieto. Aspiro el olor de su cuerpo. Los cuerpos sudan mucho en esta isla y yo continúo pensando que me gusta rodearme de una amable pestilencia.

Estamos sentados en silencio, uno al lado del otro, en el banco mojado de un parque.

(«Nadie sabe que ese parque donde está Luz y Caballero meditando frente a la Avenida del Puerto con el codo apoyado en una rodilla, del lado de allá un busto de Saco y del lado de acá uno del Padre Varela, es el Parque de los Filósofos.» Calvert Casey, «El amorcito», en El regreso, *Ediciones R, La Habana, 1962.)*

Un barco petrolero entra a la bahía, acompañado por los prácticos, con estrépito de sirenas. El barco, dice el muchacho, lleva una bandera roja, ¿de dónde es esa bandera? Escucho su voz por primera vez. Es la voz justa, la que necesita ese cuerpo, esa cara y esa edad. Soviética o china, digo por decir algo, porque en realidad no veo bandera alguna. Tampoco es que esté pendiente del carguero. La luz de la tarde es aún tan fuerte que el Castillo de La Cabaña se pierde como en una neblina. Todo se pierde como en una neblina. Nadie pasea por el Parque. Solos estamos él y yo, un castillo a lo lejos y un barco que pasa. ¿Cómo te llamas?, pregunto. Y sé que pronto será de noche y sonrío y me vuelvo y sus ojos verdosos están sonrientes. Sus labios son oscuros y sonrientes. ¿Tienes dónde dormir?, pregunto. Cuento con usted, responde. Mi casa es pequeña, pero. Hago una

pausa teatral. Suspiro. Intento contener mi ansiedad. Soy escritor, escribo una de las mejores novelas que se han escrito en este país, lo cual no es tan difícil. Y me echo a reír para que sepa que ha sido una broma. Lo sé, responde, sé que es usted un escritor y que escribe una novela. Y es entonces cuando comprendo que ya es de noche y que mi destino, como el de un personaje, está perfectamente trazado. ¿Nos vamos? No es una pregunta sino una orden. Y yo obedezco.

Los dos hermanos volvían de clase por la línea del ferrocarril de Samá, saltando de traviesa en traviesa. Hacía años que el tren no pasaba por allí y no había traviesas; incluso a trechos faltaban los rieles, un detalle que, por supuesto, carecía de importancia: los niños saltaban igual. Además, todo hay que decirlo, la tarde se veía tan linda que cualquiera, aunque no fuera un niño, se hubiera puesto a saltar por la vía, de traviesa en traviesa, donde ahora crecían los dientes de león, las hierbas de Guinea, las margaritas silvestres y había gallinas picoteando, perros callejeros y hasta algún chivo. No hacía demasiado calor; la brisa llegaba desde el Golfo y traía el olor de los placeres. Los dos hermanos llegaron a la casa, y no se detuvieron. Continuaron incluso más lejos de lo que pensaban, más allá del río, a pesar de que no había ni vestigios del antiguo puente. Suerte que el río se estrechaba allí y fue fácil pasarlo, incluso gozar pasándolo: un salto, mojarse los pies, resbalar sobre los cantos rodados. La ciudad fue quedando atrás. Se internaron por campos de caña de azúcar y platanales. Ni siquiera se detuvieron a comer los mangos y las guayabas que encontraron por el camino. La alegría no permitía un minuto de descanso. La alegría tampoco permitía más alegría. Cuando llegó la noche (la noche cerrada, como se suele decir) la brisa dejó de batir, sobrevino el calor de siempre, el sofoco habitual y los dos hermanos siguieron saltando de traviesa en traviesa. Al fin y al cabo sólo eran dos niños dispuestos a hacer equilibrios y jugar.

4

Jamaica, las Montañas Azules

Tous les oiseaux des bois
sont beaux de son bonheur.

«Ballade»,
ÉDOUARD GLISSANT

Para Renée Clémentine Lucien

Decidió tomar el tren Milán-Zúrich. Quería cumplir un lejano sueño: cruzar por tierra varios países, Suiza, Francia, España, Portugal. Había comenzado el viaje en Siena con el propósito de terminarlo en Lisboa. En Milán, antes de continuar rumbo, paseó por la ciudad que no conocía y que le pareció gris, excesiva y bulliciosa. Admiró el Duomo y se fascinó con el interior del Teatro alla Scala, desde cuyo paraíso no pudo conmoverse con un discreto *Don Giovanni,* aunque sí le bastó tener presente que butacas, lámparas, dorados y cortinajes se habían regocijado con la voz de Maria Callas. Dos días después, calculó que había llegado por fin el momento de iniciar su caprichosa excursión. Anduvo con calma por la vía Pisani. Por alguna extraña razón, no se percató de que iba demasiado ligero. Se adentró en el tumulto del edificio mussoliniano de la estación Central. El tren más próximo salía en una hora. Se dirigió a la ventanilla de ventas, compró el boleto y sesenta y cinco minutos más tarde, cuando el tren abandonó la estación (con esa pereza de los trenes que atraviesan viejas ciudades rumbo a viejas ciudades), cayó en la cuenta de que había olvidado el equipaje y de que había caminado tanto por Milán

que llevaba más de veinte horas sin dormir.

Compuesto únicamente por vagones de segunda clase, el tren iba casi vacío. Su compartimiento sólo lo ocupaban, además de él, otras dos personas: una chica y un chico. Ella era hermosa y, con toda seguridad, musulmana, puesto que iba vestida de oscuro y llevaba la cabeza cubierta por un velo. Él valía por dos, era un negro alto que tenía, a pesar de la piel oscura, un pelo rizado y rojizo; las gafas de miope, con cristales montados al aire, disminuían sus ojos enrojecidos; le llamó la atención que vistiera indumentaria impropia del otoño, un *dashiki* de lino crudo, y que los enormes pies estuvieran únicamente cubiertos con sandalias de cuero. Uno de los dos, la musulmana o el negro, tenía un remoto olor a limón que él tampoco supo si provenía de una fruta o de algún agua de colonia. Buenas noches, había dicho en italiano, a pesar de que aún no había oscurecido. Le gustó el modo en que la chica miró alegre por la ventanilla y pareció querer comprobar la veracidad de lo que iba a responder: *Good afternoon,* respondió. Tenía ojos grandes, oscuros y una mirada que quiso calificar de audaz. Disfrutó también del modo ceremonioso que tuvo el negro de ponerse en pie para dejarlo pasar a su asiento, junto a la ventanilla, cuando ya el tren comenzaba a abrirse paso por Milán. La delicadeza del gesto, la sonrisa suave, impropia de su tamaño, revelaba su juventud. Le habían gustado asimismo los ademanes cariñosos con que la chica dispuso a su lado una gastada bolsa de lona. El joven abrió un pequeño librito, preparado al parecer para un viaje largo. Pensó: Ella se llama Fátima, es profesora de idiomas; él se llama Namdi y es un príncipe del reino de Benín... Los ojos se le cerraban y el agotamiento le impidió concentrarse en otra cosa que no fuera el paisaje. Tenía la esperanza de caer en una cama cómoda, de sábanas limpias, en algún hostal barato de Zúrich.

Antes de dar paso al campo lombardo, como toda gran ciudad, Milán comenzó a olvidar su encanto y desplegó su desencanto: se transfiguró en almacenes, naves industriales, inmensos silos de cualquier cosa, de no se sabía qué. Luego, por fin, fueron fresnos, cipreses, olivos, jardines de terrazas, carreteras negras, vacas pastando, edificios con techos a dos aguas, campanarios húmedos,

inmóviles contra un cielo fácil, de nubes bajas. Hasta esa mañana, pensó, nunca había hecho un viaje en tren que implicara dos países. Nunca entendió bien el concepto de frontera —tampoco es que ahora lo entendiera mucho—. Siempre había imaginado una muralla interminable, custodiada por banderas y puestos militares, una marca dolorosa en la tierra, una grieta. Y si las fronteras son las cicatrices de la historia, ¿qué sucede con los países que carecen de fronteras? Si la frontera es el mar, ¿cuál es la herida?, ¿cuál es la historia?, ¿cuáles son las cicatrices que exhiben las islas?

Por extravagante que parezca, mirando el paisaje del norte de Italia, recordó un viaje en tren desde La Habana hasta lo que había sido un cafetal francés del siglo XIX, en la Gran Piedra, junto a una aldea llamada El Brujo, próxima a Santiago de Cuba, en la zona más elevada de la isla. Fue en enero de 1962. Él acababa de cumplir quince años. Hacía sólo unos meses que Ernest Hemingway se había disparado con una escopeta, en su casa de Ketchum, Idaho; él llevaba su tímido homenaje en el bolsillo: *Green Hills of Africa,* en la edición de Scribner's que le había regalado su padre. Una travesía peculiar: no recordaba haber cambiado de paisaje. Hubo montañas, sí, sobre todo al final del viaje, sin embargo, carecían de nieves perpetuas y eran de un verde blancuzco, bajo un sol violento que arruinaba los colores. Los valles también se veían efímeros, semejantes a desfiladeros. Tampoco había castillos, iglesias románicas, puentes sobre ríos profundos, cumbres borrascosas. En su lugar, bohíos, varentierras, paraderos vacíos y cercas de gajos. Durante las veinte horas desde La Habana hasta El Brujo, el tren se abrió paso por entre granjas, arboledas idénticas y palmares que parecían sacados del lienzo de un paisajista vehemente, algo cursi y poco imaginativo. Ningún policía les pidió identificación; no hubo control aduanero: no hacía falta. No se necesitaba pasaporte. El pasaporte era un artículo de lujo y, por tanto, innecesario. A nadie se le ocurría tener pasaporte. Y, aunque pueda parecer paradójico, quienes lo tenían eran considerados elegidos, personas a las que el destino había dedicado un generoso guiño, ya que indicaba algo de sumo valor: cruzarían el mar. Por tierra, en una isla como la suya, no hacía falta pasaporte. El viaje,

cualquier viaje, se resumía a dar vueltas y vueltas, incansables vueltas sobre un punto fijo. En Cuba, salir, viajar y llegar significan lo mismo. Y ésa fue la primera revelación de aquel remoto viaje de 1962.

Hasta él mismo se sobresaltó: había hecho una declaración en voz alta, con cierto impulso declamatorio. La chica musulmana, posible profesora de idiomas, lo miró sonriente y preguntó algo que él no entendió. Con cara de sorpresa, el ceño fruncido, el joven y probable príncipe africano alzó una mano y sacudió la cabeza en negación que se quería afirmación o dar a entender que no hablaba español. De igual forma, él quiso adoptar una expresión de perplejidad. En su francés inseguro, comentó que estaba cansado. No veo la hora santa de echarme a dormir. Con gesto de comprensión, ella le recomendó, en inglés, que echara una cabezada. El joven habló en francés: él también necesitaba horas de sueño, venía de Brescia, de ver a un hermano que había sufrido un accidente en una fábrica de telas, ya estaba fuera de peligro, gracias a Dios, y, él, Nadir (me llamo Nadir, dijo, o eso fue lo que entendió, parecido a Namdi, no me equivoqué tanto), quería aprovechar ahora para ver a otros hermanos, desperdigados por Europa. La musulmana inclinó la cabeza, con expresión de susto, declaró a su vez, con solemnidad, que se llamaba Kira, que había salido hacía ocho días de la ciudad, Višegrad, en Bosnia, junto al Drina; aspiraba a llegar a París. El joven negro tendió una manaza que él estrechó con emoción inexplicable. Encantado de conoceros, exclamó en italiano. Placer, *piacere*. Mi nombre es Cisco, bueno, no es mi nombre, me dicen así, desde niño, y voy a Zúrich aunque ahora mismo ignoro la razón. Kira resolvió que ésos eran los mejores viajes, los que carecían de un porqué, *a trip without a cause,* dijo. Nadir, a su vez, lo miró sin confusión, comprendía qué justo podía ser eso de viajar a cualquier ciudad del mundo sin propósito concreto, y reveló, con sorna, que él sí sabía a qué iba a Montbéliard (eso fue lo que entendió). Voy a ver a otro hermano, el mayor, hace más diez años que no lo veo, *dix ans sans le voir*. Somos siete hijos, agregó, soy el único que *maintenant* vive con los viejos en Senegal. (Pues no, no es un príncipe de Benín.) Voy a París en busca de trabajo, observó Kira con turbación, y al instante reconoció que siempre había

soñado con París, con caminar por París y vivir en París. Nunca he estado en Bosnia ni en Senegal, nunca he estado en el este de Europa ni en África, admitió él compungido. No creo que haya nada de bosnio en mi país, sí mucho de africano, indudable, mi país es medio africano, ¿sabe? ¿Es usted español?, preguntó Kira. Un poco, no y sí, un poco español y un poco africano, de ultramar. Hizo una pausa, observó a Kira y a Nadir con cara de «hablo en broma», e hizo una mueca para dar a entender que no hablaba en serio: ¡qué difícil bromear en una lengua que no es la propia! Soy cubano, admitió con reticencia. Suspiró. Siempre que reconocía su nacionalidad, terminaba suspirando. ¿Cubano de Cuba?, preguntó Kira. Estuvo a punto de responder: No, cubano de Malasia, pero se contuvo, le pareció un chiste malo y grosero. ¿Mar Caribe?, preguntó Nadir. Sí, cubano de Cuba, de la Llave del Nuevo Mundo, Antemural de las Indias Occidentales, Golfo de México, mar Caribe... Fidel Castro, dijo Kira. Che Guevara, dijo Nadir. Él agregó: Y José Lezama Lima, Wifredo Lam, Ernesto Lecuona, Bola de Nieve y Rita Montaner... Volvió a suspirar, con mayor énfasis. Miró a través de la ventanilla, pensó: ¿Cubano de Cuba?, y tú, ¿eres realmente turca de Bosnia?, y tú, ¿senegalés de Senegal? Me gustaría decir: Soy cubano de Malasia; estoy seguro de que no suspiraría. Volvió la mirada a los ojos hermosos y negros de Kira y creyó que regresaba de un sueño. Pestañeó varias veces para disipar la fatiga de los párpados que se negaban a mantenerse abiertos. ¿Y si soy yo quien viene de Višegrad? ¿Y si soy yo quien termina en Senegal? Ahora vivo en Siena, explicó, desde hace dos años; antes viví en Sevilla, hacía una investigación en el Archivo de Indias, cinco años disfrutando del barrio de Triana, justo al lado del Guadalquivir, Sevilla, qué linda ciudad, *Sevilla tuvo que ser, con su lunita plateada,* en verano no hay quien resista el calor, justo decirlo, y lo proclamo yo que de calor conozco más de lo que quisiera, Sevilla es Sevilla. También ahora suspiró. También el verano de Višegrad puede ser sofocante, comentó Kira y extrajo un termo de la bolsa de lona y ofreció café. Café turco, bueno, mejor que bueno, el mejor café del mundo, y su voz tenía una agradable nota de dulzura. Bebieron el café en vasitos de papel. En Cuba sólo hace fresco durante

los aguaceros, explicó Cisco y sin transición agregó: Maravilloso café, qué razón tienes, sí señor, el café turco de Višegrad. En Senegal el invierno es sofocante, y con eso no hace falta decir más, y, en lugar de suspirar, Nadir lanzó una carcajada potente y el café se derramó sobre su dashiki de lino crudo.

Caía (o remontaba) la noche. Aparentaba borrarse la diferencia entre el cielo y la tierra. Las nubes bajaban hasta el campo, lo cubrían de bruma, como en un cuento gótico. Aunque no hubiera podido asegurarlo, le pareció que, como en un cuento gótico, comenzaba a caer una levísima llovizna. Fresnos y cipreses despuntaban por entre las sombras. A ratos se distinguía un muro, una torre. En ocasiones, los cipreses surgían y semejaban torres punzantes entre la niebla de la anochecida. A pesar del cansancio (o provocado por él), recordó que en la Gran Piedra, en el cafetal próximo a El Brujo, la noche llegaba del mismo modo, las nubes, el cielo mismo bajaba hasta la Tierra y la cubría de humedad, una humedad hermética. Con cada ocaso tenía lugar aquella aniquilación de la realidad. Hasta que los primeros rayos del sol se encargaban de recomponer la apariencia de las personas, los árboles y las cosas. Cierto que, si bien eran las menos, había noches claras, sin nubes ni descendimientos. Momentos de celebración. Adaptadas a vivir entre las nubes, las familias de la Sierra permanecían más tiempo del habitual en los sillones de los portales, dejaba de importarles el tiempo, cantaban, conversaban, se abanicaban hasta las doce de la noche, la una de la mañana, bebían café suave, hacían planes de futuro, miraban el cielo brillante, reconocían constelaciones, las descubrían, las bautizaban, paseaban por calles que la luna transformaba en algo esperanzador.

Sucedió una de esas noches despejadas. La tía Vera, hermana de la madre (en aquellos años una muchacha poderosa y llena de ilusiones), le hizo un guiño, lo llamó con un gesto. Subieron por el atajo hasta las ruinas de lo que hacía muchos años había sido la casa de los dueños del cafetal. Él las había visitado pocas veces; nunca a esa hora. Creyó que con la noche las piedras, entre las que ahora crecían helechos arborescentes y que habían sido una casa, con cuanto de protector tenía esa palabra, reavivaban el secreto de la vida pasada. En aquel

lugar se habían refugiado los franceses que huían de los jacobinos negros. En el monte, los franceses ocultaban su temblor y su miedo. Y, a pesar de ser un adolescente, comprendió qué importante fracaso había significado, al fin y al cabo, aquella huida. El caserón, y las vidas mismas que pusieron mar de por medio, habían terminado en montón de polvo y piedras viejas, vencidas por una maleza donde se escuchaba el silbido de las sabandijas, se descubría el viso fugaz de los cocuyos, se intuían las mariposas nocturnas, los mosquitos, y se presagiaba el aleteo breve de los caos y las lechuzas. Dejaron atrás lo que había sido el comedor y la gigantesca cocina. Entre el aroma húmedo de la espesura, aún parecía percibirse el olor del carbón de los fogones. Entre ocujes, palos y jagüeyes, lejos del resto, se alzaba la torre desde donde se divisaba el cafetal y el trabajo de los esclavos. La tía Vera lo hizo pasar con una reverencia de anfitriona satisfecha de su amabilidad. Milagrosamente conservada, la escalera de guijarros negros trepaba torcida, entre escalones concisos. Subieron lentos, como si quisieran lograr la ingravidez. Ni siquiera se escuchó el sonido de los pasos. En lo alto, en la balconada, los recibió la brisa y un espacio de dos o tres metros que había perdido la mayoría de los balaustres; alguno, todavía fijo, daba idea del quiebre salomónico de la madera y de la supuesta elegancia de los franceses. Cierra los ojos, lo instó la tía. Respira, ordenó, respira fuerte y huele. Por un instante, él supuso que volaba por sobre el cerro. Sintió el aroma del monte. Aspiró el olor de las bestias vivas y muertas, de la tierra empapada. Incluso la amenaza de la lluvia lejana, de las algas, de la sal y del terral que iba y venía del mar. Imaginó también que escuchaba el murmullo de la marea. Con extraordinaria suavidad, la tía lo hizo enfrentarse a cada punto cardinal. Luego le ordenó que abriera los ojos y él vio la noche, es decir, comprobó el hondo barranco de oscuridad donde se prendía un brillo de galaxias remotas y se adivinaba una negrura insondable. ¿El mar? El Caribe, respondió ella. Sin mirarla supo qué expresión de contento tenía la hermosa cara de la tía. Aguza los ojos, muchacho, hacia allá, hacia el suroeste. No quiso darse prisa. Dejó que la mirada se deslizara lenta por la cerrazón del horizonte, donde habría botes, chalupas, barcos seguramente

silenciosos. Descubrió una luminosidad. No era algo intenso, nada del vigor en aquellas luces, a lo sumo un resplandor, un simple destello, el anuncio de una aurora improbable y las cimas de unas montañas que semejaban nubes. La tía lo abrazó. Ahí tienes, Jamaica, son las Montañas Azules, las luces de Jamaica.

Se descubrió solo en el compartimiento. ¿Desde cuándo el tren estaba detenido? Miró por la ventanilla. Supuso que estaban en una estación. Policías vestidos de negro, o de un verde oscuro, iban de un lado a otro. Sobre uno de los portalones acristalados de la estación leyó: Domodossola. Junto a la puerta abierta del tren, una anciana harapienta, hablando por lo bajo, golpeaba con un gajo de fresno el cristal de la puerta. *Cosa succede?,* preguntó él. *Bombardamenti*; *siamo in guerra,* respondió la anciana con voz jadeante. Cisco buscó su reloj y se percató de que no lo tenía, debía de haberlo dejado en el equipaje. ¿Qué hora es? La anciana lo miró con expresión dolida, se encogió de hombros o hizo un gesto que equivalía a encogerse de hombros. *Non mi interessa, siamo in guerra, signore*. Él sonrió, captaba la broma, en caso de que lo fuera, por supuesto.

Serían más de las doce de la noche. Hacía frío. La llovizna tenaz y sesgada rompía la inmóvil neblina que ceñía las luces de las farolas. No se veía ningún viajero. Sólo los policías, de un lado a otro, sin prisa, con la calma y el empaque de quien se cree dueño de alguna autoridad. Sin pensar en sus sesenta y tantos años, Cisco saltó al andén. *Cosa sucede?* El policía ni siquiera se molestó en mirarlo. El tren se había convertido en una línea apagada, con aspecto bestial, un monstruo muerto. A lo lejos se escuchaba el ladrido de un perro. El silencio se extendía desde la oscuridad de la estación hacia la otra oscuridad de los raíles húmedos y mal alumbrados. Se subió el cuello de la americana y sólo por un buen abrigo lamentó haber olvidado el equipaje. Escondió las manos en los bolsillos. Avanzó hacia la puerta de la estación. Le abrió un policía joven, parecía un adolescente disfrazado para un carnaval. Creyó que en lugar de entrar a una sala, salía a la intemperie. Había un ambiente frío, de luces ofensivas. Cuarenta, cincuenta personas se agrupaban en el centro del salón. Miraban a un lado y a otro, con recelo, hablaban por lo bajo. Otro

policía tomaba notas en una carpeta. Localizó a Nadir, era fácil descubrirlo con su enorme estatura, su cara desamparada, sus espejuelos de cristales montados al aire y el dashiki de lino crudo. *Cosa succede?* Nadir abrió los brazos en gesto de desaliento. Cisco se dio cuenta, una vez más, de aquella indefensión de Nadir que no se correspondía con su aspecto poderoso. Kira estaba a su lado. Intentó sonreír y sus ojos grandes la desmintieron. En su comedido inglés explicó que había problemas con los pasaportes, con los visados, con la burocracia policial. *The fucking immigration police!,* gritó una gorda que parecía filipina. Por instinto, el cubano palpó su documento en el bolsillo interior de la americana; no era un pasaporte cubano, por fortuna, sino un *passaporto,* con la estrella, la rama de roble enlazada con la de olivo, símbolo de la paz y la nobleza de los pueblos. Y no sintió alivio. Tengo hambre, se quejó un hombre de piel aceitunada y turbante blanco. Estamos pagando la culpa de Gavrilo Princip, explicaba un señor de aspecto elegante, intentando ironizar, sin conseguirlo. *Est-il temps de plaisanteries? Is it time for jokes?* ¿Es momento para bromas? Un niño comenzó a llorar. Una voz de mujer lo calmó en castellano. La puerta se abrió. La anciana del bastón gritó con tono teatral: *Siamo in guerra.* Y nadie le hizo caso.

Cisco reconoció que ya no podía más, el cansancio era más fuerte que él, demasiado denso el ambiente de la estación, necesitaba un poco de aire, dijo, salir a la noche, respirar la libertad de la noche de Domodossola y quizá echarse en un rincón, dormir una hora, dos horas, un día entero de ser posible, sin soñar siquiera, un buen letargo que se pareciera a la eternidad. Ahora, para colmo, le dolía la cadera izquierda, como siempre que lloviznaba y hacía frío, la maldita artrosis, los años, la peor enfermedad. Kira y Nadir rieron, asintieron, estuvieron de acuerdo, con esa indulgencia que muestran los jóvenes hacia las quejas de los mayores. Kira observó que ahora sólo quedaba esperar qué decisión tomarían las autoridades, si podrían seguir viaje, si los obligarían a permanecer allí, si los enviaban a un «centro para inmigrantes», ese eufemismo que en realidad quería significar otra cosa. *To wait. That's the only solution, wait.* Esperar. *Avec de la patience, on arrive à tout.* Salieron al apeadero cuando el reloj marcaba las dos

de la mañana. Ningún tren esperaba en los andenes. Las numerosas líneas de hierro se arqueaban y relumbraban inútiles hacia ambos lados de la noche. Lloviznaba con porfiada prudencia. Volvió a escucharse el ladrido inverosímil de un perro y creyeron sentir el grato olor de la leña que ardía. Había seres humanos satisfechos, claro que sí, seres humanos que habían bebido café con leche y dormían o conversaban con las chimeneas prendidas, pensó Cisco, y eso quiere decir que hay dos, tres, cuatro realidades, y nosotros entramos en otro tiempo, en otro modo de la existencia, como si, en una tarde tranquila, hubiéramos decidido atravesar la pantalla de un cine hacia una vieja película de guerra. Se dijo que la situación y el lugar tenían algo de falso y una tranquilidad frágil como una pieza de cristal. Kira se alzó en la punta de los pies; pareció querer alcanzar algo que estuviera en lo alto; preguntó a Cisco si él tenía pasaporte italiano. El cubano respondió que sí. Kira y Nadir lo miraron sorprendidos. ¿Y qué haces aquí? *Que faites-vous ici?* Podías estar en el tren, llegando a Zúrich. ¿Qué responder? Alzó las cejas, se encogió de hombros, suspiró, se inclinó en una reverencia que pretendió ser divertida. Por nada, por tener algo que hacer o por darle un sentido a la escena, buscó en los bolsillos de la americana algo que no tenía y que, por supuesto, no encontró. El negro tocó el hombro de Cisco y éste sintió como un corrientazo. También yo, también yo estoy cansado, sí, la verdad, necesito echarme en un rincón y dormir y dormir y dormir, reconoció Nadir. Kira comentó que le encantaría estar en su casa de Višegrad, desde cuyas ventanas podía ver un puente sobre el Drina. Y dejaron que se organizara un largo silencio. Y fingieron mirar cómo la llovizna atravesaba los haces de luz de las farolas y cubría los rieles con un largo centelleo. El senegalés cantó con agradable voz de tenor: *De l'autre côté des nuages, était un nouveau paysage...* Una joven rubia rubia, de ojos azules y cachetes rojos, les llevó unas mantas del ejército. Mejor que las mantas pareció su sonrisa. Y la frase que acompañó la sonrisa y que ellos no entendieron. Se arroparon gozosos. El joven policía, el que aparentaba un adolescente disfrazado, emergió de entre las sombras, se quitó la gorra y pareció aún más joven, despreocupado, contento. *Porterò il pane,* anunció antes de desaparecer

otra vez entre las puertas de la estación. Se sentaron en el suelo. Alguien (¿un niño?) hacía equilibrio entre los rieles empapados. Kira desajustó el pañuelo blanco y movió la cabeza en una negación que, en rigor, mucho tenía de afirmación: gesto rápido, simple, que pareció descubrir un deseo largamente reprimido y desplegó un plácido olor a limón. La cabellera negra se liberó ondulada, hermosa, cayó sobre sus hombros para embellecerla más. Cisco sintió deseos de pasar el dorso de su mano por aquel pelo negro y brillante. Nadir volvió a cantar: ahora había admiración en su voz. El policía reapareció con una bandeja de *cornetti* recién horneados. A sus espaldas, una anciana declaró, en francés, que el tiempo cambiaba sus leyes cuando se saboreaba el primer pan de la madrugada. Comieron sin hablar, sin mirarse, pensaron que el bienestar tenía necesidad de retraimiento, de silencio, de egoísmo. El cierzo frío sesgó aún más la llovizna y levantó las hojas de un periódico que se desplegaron, dieron vueltas, ascendieron y terminaron por desaparecer. Cisco creyó distinguir algunas cursivas negras, un titular que no entendió, tampoco hacía falta, alguna guerra, claro, un loco que descarga su enajenación en un colegio de Denver, un padre que mata a sus hijos para vengarse de una madre, una madre que hace lo mismo para vengarse de un padre, un barco que naufraga muy cerca de Cagliari, un bombardeo en Alepo, en Galguduud, algo así, sin duda, el horror cotidiano, los trapos sucios, muy sucios, las habituales miserias al alcance de todos, ese horror de todos los días que lleva a un hombre a dispararse en Ketchum o a clavarse una aguja de artesano en el corazón. ¿Por qué, se dijo Cisco, volvía a pensar en *Green Hills of Africa* o en un buen poeta cubano? Las hojas del periódico se abrieron aún más, planearon, quedaron detenidas un instante antes de descender con pesada ligereza. Cisco vio cómo se precipitaban las hojas inofensivas con las noticias aterradoras. Y en ese instante, hacia el noroeste, en el sitio donde el periódico se había dispersado, se manifestó un resplandor que interrumpía la oscura y antigua cicatriz que debía separar Italia de Suiza.

No llamó la atención de sus compañeros, no hizo falta: su mirada fija y su expresión de intranquilidad (¿alegre, aturdida?) hicieron que

Kira y Nadir se volvieran intrigados. Olvidados del cansancio, se pusieron de pie. Avanzaron hacia el borde del andén. Nadir abrió la boca y nada dijo. Kira, tan hermosa con su pelo suelto, alzó la mano; nadie supo (tampoco importó) si esbozaba un gesto de adiós o de acogida. Inmóviles, sin decir palabra, cerraron los ojos, como si temieran que la más mínima torpeza apagara las luces de aquella ciudad, aquel país tras el macizo de montañas.

Nunca se ha sabido (y sabemos que no se sabrá) si Abraham Lincoln tuvo la dicha final de ver la cara de Lewis Powell aquella noche del Ford's Theatre. Se dice que Mary Todd, es decir, Mrs. Lincoln, sí pudo verlo y fue la razón más poderosa de que nunca lo olvidara. También se especula con que los propios verdugos no estuvieron dispuestos a ejecutar a Powell. Sólo fueron capaces de ponerle la soga al cuello, después de ocultarlo bajo una capucha blanca. ¡Qué útiles han sido siempre las capuchas blancas!

5

Tres Reyes Magos

¿Han visto la estrella?

Mino se había sentado de un salto sobre el muro de piedras. Llevaba todavía el pantalón raído, sucio del trabajo diario, y, como siempre, el hermoso pecho descubierto, aquel pañuelo rojo ciñendo la cabeza, con el que intentaba (y a veces conseguía) parecer fiero. ¿Han visto la estrella de Dios? Miré a Rafael. Estoy seguro de que Mino también lo hizo; lo traicionó un brevísimo pestañeo, una alteración leve, nerviosa, de su cara ruda, donde se notaba la oscuridad de una barba incipiente. Rafael continuó impasible, como la blancura de su cara, que ni el sol lograba alterar. La estrella de Dios anuncia el nacimiento del Hijo. Y el provocador esta vez articulaba con exageración, acentuaba la sonrisa, hablaba con voz potente, mientras el otro, que no estaba dispuesto a dejarse molestar, alzó los ojos con suma lentitud, miró la estrella, y con voz tan ronca que no parecía suya dijo: Sí, ya sabemos, la estrella de Belén. Mino escupió. (Me gustó que escupiera.)

Era imposible no haber visto la estrella. Ostentosa, allá en un cielo de brisas y aves raras, un cielo que no era negro (tampoco azul), de escasas nubes. Por desilusionar, el Duce recalcó que las aves no eran golondrinas, sino murciélagos. Ella, la estrella, sí que resultaba evidente, desde que comenzó a atardecer resultaba evidente, porque yo la vi cuando nadie todavía se había percatado, en el momento de salir del campo de caña más o menos sembrado, y volver al campamento, a bañarnos, a continuar, porque esa noche excepcional

tendríamos trabajo. Allí estaba, en un cielo atardecido, desafiando al sol, brillando ya como si en verdad quisiera anunciar algo. Aunque, por supuesto, mayor esplendor tenía en la noche de ahora. Y mayor todavía, pensé, en los ojos de Mino, porque los ojos grandes y negros se iluminaban al mirar hacia lo alto. Es la estrella de Belén, repitió Mino con seriedad, es decir, con cierta punta de burla, mientras algunos de los que siempre estaban riéndole las bromas, de los más dispuestos al choteo, se ponían a cantar:

Esta noche es Nochebuena, vamos al monte, hermanito...

Hubo risas. Muchos hasta aplaudieron y miraron también a Rafael, que continuaba siendo, de todos nosotros, el único que tenía valor para reconocerse católico. Él, ya lo he dicho, había aprendido a no dejarse alterar, y no aceptaba provocaciones, y se le podía ver sentado sobre una piedra, silencioso, blanco, imperturbable la cara linda, ahora sin mirar la estrella, sin mirar a nadie, con los ojos bajos, escribiendo en la tierra con la ramita de un árbol, fiel a la imagen de sí mismo que había logrado crear y de la que poco se sabía (mucho menos si toda aquella actitud correspondía a una verdadera humildad o a un exceso de orgullo). Alguien, para continuar molestándolo, comenzó a rezar el padrenuestro con voz de falsete. Otro lo secundó tocando un cajón. Se improvisó una conga con el padrenuestro. De otro salto, Mino bajó de la cerca. Basta ya, gritó, aquí nadie se burla de ningún compañero. Y está de más decir que las risas cesaron y se impuso el silencio, porque a Mino le gustaba jugar, no que jugaran, y le gustaba mostrarse magnánimo y justo, y era además el jefe del campamento, y también el secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas en el colegio, y, lo más importante: sabía dar órdenes y hacer que se le respetara. Las risas buscaron más tarde otros motivos, hasta que llegó el camión que nos trasladaría a la granja donde, según explicó entre carcajadas el Duce, festejaríamos el nacimiento del Hijo de Dios.

(Por primera vez yo celebraba las navidades fuera de casa. Y si empleo este verbo alegre, dichoso, «celebrar», es por seguir una práctica demasiado arraigada en mi familia, una obstinada costumbre que intentaba

sobreponerse a las circunstancias ásperas —severas— en que vivíamos. Hacía años que las navidades estaban prohibidas en Cuba. Hacía años también que mi familia las festejaba a escondidas, prescindiendo de lujos y los sibaritismos de otras épocas, intentando que la fecha continuara siéndolo de unión. No importaba que ahora parte de la familia se dividiera entre New Jersey y Miami, o que a mi tío Pablo lo hubieran encerrado en la cárcel por haber pegado fuego a su ferretería el día en que el Estado decidió expropiársela. El núcleo central, mi abuela, mis padres, mi tía Sara, mi hermana y yo continuábamos allí, en la casona de Marianao, armando el pesebre y el árbol en el cuarto de los trastos viejos, y poniendo bajo en el tocadiscos villancicos en la voz de Bing Crosby, y cenando lo que pudiéramos, lo que encontráramos, a puertas y ventanas totalmente cerradas. Ese año, sin embargo, yo no podía estar presente para la ceremonia de Navidad. Para evitar evocaciones religiosas, para educarnos en el más estricto sentido del deber laboral —agrícola—, las escuelas cambiaron para diciembre sus fechas de trabajo voluntario. Y al trabajo voluntario bajo ningún concepto se podía dejar de asistir.)

La granja a la que nos llevó el camión de la cooperativa no estaba lejos del campamento y se llamaba La Virgen. Ignoro si el Duce poseía suficiente sentido del humor como para haber planeado el llevarnos aquella noche a un sitio con tal nombre, o si el nombre constituía una simple casualidad. Nos esperaba un campesino sin sonrisas ni palabras, que nos hizo pasar a una gran nave en cuyo centro crecían varias montañas de vainas de frijoles negros. El Duce se detuvo junto a una de las montañas y exclamó: Compañeros, tenemos el privilegio de ver cómo se cierra una época y se inicia otra, somos los privilegiados de la Historia, los elegidos, los que poseemos la enorme facultad de poder transformar el mundo con nuestras manos, se han terminado los tiempos de la servidumbre, en los que unos hombres se constituían en lobos de otros hombres, esta noche comenzamos muchas cosas, y entre ellas comenzamos a destruir los rezagos de la antigua sociedad burguesa, esa sociedad que tanto daño ha causado a nuestro pueblo, ahora nos toca a nosotros, a los humildes, y vamos a arrasar con todo, vamos a arrasar con las supersticiones, porque el hombre, el hombre trabajador, es el único Dios verdadero, y como expresó sabiamente

Carlos Marx la religión es el opio de los pueblos... Y de ese tenor continuó el Duce su discurso de media hora. El Duce, nuestro profesor de historia, pasaba la mayor parte del tiempo echándonos discursos. Por cualquier motivo nos endilgaba una de aquellas arengas que a veces no entendíamos. Creo que por eso lo habíamos apodado el Duce, porque tenía pasión por la Revolución y los discursos, aunque por lo demás era alto, delgado, mulato y llevaba una perilla como la de Malcolm X.

Se dio la orden y nos fuimos sentando alrededor de las montañas de frijoles, junto a grandísimas cestas que iba proporcionándonos el campesino carente de palabra y de sonrisa. Se inició el trabajo. Las vainas vacías comenzaron a caer en una cesta. Los frijoles en otra. Se hizo un inoportuno silencio en la nave de la granja iluminada con faroles de queroseno.

Todavía faltaba más de una hora para las doce. Mino me llamó con un gesto, y con un gesto me indicó que saliera. Fuera de la nave, la noche no parecía percatarse del suceso histórico que el Duce anunciaba, ni del cambio de época que, según él, estaba teniendo lugar. Me vi frente a una de esas noches habituales de diciembre, estrelladas, ligeramente cálidas, recorridas por una brisa húmeda que agitaba los árboles y se esparcía con aroma a flores y a tierra. La estrella continuaba allí, acaso más alta. Con nostalgia, me pregunté qué estaría haciendo mi familia en ese instante. Recordé el árbol, con adornos azules, en el cuarto de los trastos. Recordé el pesebre que tía Sara había traído de México. Imaginé la mesa puesta y hasta escuché la voz de Bing Crosby. Hace diez años, me dije, yo pude ser feliz en una noche como ésta. No tuve tiempo de sentir lástima por mí mismo, de deleitarme en la melancolía, porque Mino salió con Rafael por la puerta lateral de la nave. Siempre que podía, el comunista se hacía acompañar por el católico, y hablaba mucho con él, lo «atendía», como se expresaba en la jerga de la Juventud Comunista. El verbo «atender» quería decir «convencer», hacer cambiar de bando. «Asunto político», se decía. Se instituyó que un militante comunista debía ayudar siempre a aquellos que padecieran «debilidades ideológicas», debían ayudar a que esos infelices salieran de su error y abrazaran la

única ideología verdadera: el marxismo-leninismo. El caso más flagrante de «debilidad ideológica» lo constituía Rafael, puesto que, a pesar de tantas charlas y reuniones, no acababa de renunciar a su condición de católico practicante. Tenemos que ir al campamento a buscar agua, ordenó Mino, y pasó el brazo por encima de mi hombro, como solía, para fingir que se sentía mi igual, o para recalcar la diferencia, o quizá para comprobar que mi cuerpo estaba temblando.

Vamos por el camino del río, volvió a ordenar (siempre ordenaba), es más corto y más chévere. También más oscuro, ripostó Rafael, tajante, con aquella extraña voz ronca y el tono de desafío que desmentía la beatitud y la belleza casi femenina de su cara blanquísima. Qué, ¿tienes miedo?, y la inflexión que Mino agregó a la pregunta dejó traslucir la sonrisa de burla que él se preocupó por no llevar a los labios. Quien camina derecho camina seguro, contestó Rafael y echó a andar rumbo al río.

En realidad no había tal río sino un cauce seco a cuyos lados crecían las cañabravas. El sonido del viento entre las cañabravas tenía algo de música, de murmullo, de risa. Como arriba el cielo de la noche era claro, se podía ver el camino, el lecho del río, seco y harto de piedras blancas y de algo como el recuerdo del agua. A ratos las piedras relumbraban. Caminábamos sobre las piedras, haciendo equilibrio, levantando los brazos hasta ponerlos en cruz. Somos los Tres Reyes en busca de un recién nacido —el joven comunista que volvía a la carga—. Acompañó estas palabras con una de sus hermosas sonrisas. Me pareció que esta vez hasta Rafael se vio obligado a sonreír. Por delante de nosotros cruzaban a veces insectos iluminados, sombras de murciélagos y hasta fuegos fatuos. Yo miraba, olía, escuchaba y hasta saboreaba (no podría ahora precisar cuál de mis sentidos andaba más despierto, porque si es cierto que la Isla adormece la mente, también lo es que despierta los sentidos). No hubiera podido explicarlo entonces con seguridad, pero aquella exaltación alegre de olores, sonidos, sensaciones que era el camino del río sin agua en una noche de diciembre, me hizo tener por primera vez conciencia de mi cuerpo.

Había logrado olvidar a mi familia. No pensaba en la posible cena

que en ese momento estaría celebrándose en mi casa de La Habana. Alguien explicó que por mayo, cuando comenzaban las lluvias, el cauce se llenaba y el río volvía a convertirse en río. Sin embargo, aun estando seco, caminaba yo por aquellas piedras lavadas imaginando que lo hacía por entre aguas. ¿Qué es para ti primero, preguntó Mino puntilloso, el espíritu o la materia? En este momento, la materia, respondí con toda la audacia del mundo. Mino se volvió y me observó con mayor sorpresa que complacencia en la sonrisa detenida. Bien dicho, y alzó un brazo e hizo una señal de victoria con los dedos. La noche estaba tan cerca, tan presente, que casi se podía acariciar. Mino, que ahora iba delante, habló mirando hacia lo alto: Esa señora, la Virgen, debe de haberla pasado en grande, la verdad, porque si para una mujer es sabroso gozar con un hombre, imagínate lo que debe ser gozarla con Dios. Rápido, con rapidez que las palabras no permiten narrar, el católico tomó al comunista por los hombros, lo puso frente a él y le lanzó un golpe a la cara que lo derribó. Mino cayó sobre las piedras. Su contrincante no dio tregua, se lanzó a su vez sobre el adversario y comenzaron a golpearse con furia antigua, con furia que llegaba desde otros rincones y lejanías, y que nada tenía que ver con la vulgaridad que Mino acababa de decir. No supe qué hacer: retroceder un poco, ponerme a salvo (mi miedo no es asunto de ahora). Los dos cuerpos se golpearon y confundieron entre las piedras del río, bajo la luz de la estrella.

Se cansaron de golpearse. Estaban el uno sobre el otro, sobre los guijarros blancos. Rafael se irguió un tanto y se llevó una mano a los labios, donde descubrió un rastro de sangre. No hubo en su cara expresión de susto o de sorpresa. Se había dicho que simplemente necesitaba tener la certeza de que se trataba de sus labios y su sangre. Los ojos de Mino tampoco mostraron sentimiento especial. Volvió la cabeza a un lado, escupió y llevó luego su mano a la boca del otro, tocó la sangre, intentó mirarla con cuidado en la oscuridad como si viera sangre por primera vez. No había en el movimiento pizca de miedo, odio o compasión. Luego se llevó a los labios su propia mano con la sangre de Rafael. Sonrió. Rafael cerró los ojos. Y como si probar la sangre no fuera suficiente, Mino buscó con su boca la boca del otro.

A pesar del miedo, de mí mismo, esta vez no hui, todo lo contrario, me acerqué, me senté junto a ellos. Rafael dejó que Mino limpiara con su lengua la sangre de su boca. Más que verlos besarse, los escuché. El chasquido de ambas bocas mezclando sangre y saliva llegó a ser más fuerte que cualquier otro sonido del río seco, de la noche. Me acosté sobre la tierra. El terral movía las copas de las cañabravas.

Regresamos al fin donde los otros, con el agua. Mino gritó: Aquí está el vino, compañeros. Se despertó una carcajada general. El resto de los muchachos continuaban abriendo vainas de frijoles, entre risas inexplicables, chistes absurdos y canciones en donde un guerrillero, al tiempo que se quejaba de lo lejos que andaba su amada, declaraba un gran amor por el pueblo, su fe en la lucha, en la victoria final. Satisfecho, el Duce alzaba el brazo y repetía, recalcaba con euforia: Se acabaron las supersticiones, muchachos, Dios ha muerto, hemos llegado al futuro y ustedes son por fin la esperanza. Supongo que eran aproximadamente las dos de la mañana.

Hace muchos años, más de cincuenta, vi a un hombre llorando en el Sloppy Joe's. Eran los últimos tiempos de aquel bar y de casi todo. La decadencia del bar, célebre en La Habana, coincidía con numerosos desastres. Éramos pocos los allí reunidos, lo recuerdo, cinco o seis personas en el amplio espacio con buenas mesas y sillas de Viena, ventiladores de techo y paredes empapeladas con fotos de turistas norteamericanos y norteamericanos que habían vivido en Cuba. Todos bebíamos lo mismo, ron «bautizado» le decían al ron pasado por agua, sin hielo, en vasos que en realidad habían sido botellas verdes, recortadas con un cordel después de tenerlas un tiempo en agua hirviendo. El hombre que digo estaba en la barra. Era el único que estaba en la barra y lloraba con discreción aunque de modo resuelto. A veces pasaba la mano por la madera noble de la barra como si ya supiera que pronto no volvería al bar y sollozaba, o al menos a mí me lo pareció. Había un solo camarero, un mulato de cuarenta años (camisa blanca, pantalón negro, zapatos plásticos) que había conocido tiempos mejores, un antiguo boxeador, decían los habituales y agregaban que muy bueno, por cierto. El hombre hablaba con el camarero cuando éste enjuagaba los vasos en una palangana de agua sucia. Comentaba algo del pasado, cosas que nosotros no escuchábamos a las que el camarero no prestaba demasiada atención. Parecía como si ya hubiera escuchado antes aquellas mismas palabras. En un momento alcé la mano y pedí al camarero que me trajera otra línea de ron. El hombre que lloraba me miró. Yo lo miré. Vi sus ojos rojos de tanto llorar, el miedo de sus ojos y lo que me pareció una boca temblorosa. Tenía una edad imprecisa, entre los cincuenta y los sesenta años. El hombre señaló hacia la calle. El camarero me hizo seña de que no hiciera caso, que no mirara hacia donde el hombre indicaba. No pude evitarlo, sin embargo. Me volví en el instante en que de

una perseguidora, parqueada en la acera del hotel Plaza, descendían dos policías que vinieron hacia nosotros.

6

El sacrificio de Nerón

Había un batey llamado Cayo La Rosa junto a una gran fábrica textil. Parecía un pueblo norteamericano. *Village* y *factory* construidos hacia 1931 por un señor de Easthampton, Long Island, llamado Dayton Hedges, todavía en medio de las consecuencias del crack del 29. El neoyorquino inició su negocio de telas y luego quiso mejorar, según declaró, las condiciones de vida de los obreros. El batey tenía calles arboladas, casitas precedidas por cuidados jardines con arbustos podados de manera caprichosa, portales con fuertes sillones de caoba, puertas mosquiteras y patios lo suficientemente grandes como para que estuvieran sembrados de árboles y pudieran criarse animales. La brisa pasaba por allí siempre con olor a árboles y a paños limpios. A pesar de que quienes vivían en aquellas casas eran los obreros (de diverso rango), mientras los ingenieros lo hacían en otros chalés más apartados y espaciosos, lo cierto es que la convivencia no se veía afectada en exceso. Cayo La Rosa era un pueblo en paz. Delante de cada casa, había un carro fabricado en Detroit, y nunca demasiado antiguo. Se puede suponer que, como en cualquier lugar donde los hombres conviven, habría algún conflicto —no tan grave que no se pudiera solventar con presteza y sin la intervención de la guardia rural —. Si acaso, alguna comedia de equivocaciones: tragedia, ninguna. Además, la textilera ofrecía buenas condiciones de trabajo. Se ganaba bastante dinero, se vivía con la comodidad adecuada como para no entregarse al énfasis de la desdicha. Los obreros pertenecían a lo que Kautsky llamó «La aristocracia obrera». Si ibas a trabajar cada día, sin

ausentismos y retrasos, a fin de año te veías premiado con un aguinaldo generoso. Por supuesto, había nacimientos, muertes, bailes de quinceañeras, accidentes, comidas campestres, enfermos (más o menos graves), guateques, repentistas que improvisaban en los guateques, proyecciones de cine al aire libre, conciertos de la Sonora Matancera, adulterios, discusiones por los mangos de algún árbol en terreno privado, fiestas de guardar, casi ningún robo, y si no había cementerio era porque los muertos se sepultaban en el verdadero pueblo, en Bauta, a escasos tres kilómetros de distancia.

Abel y Merito eran dos hermanos que solían pasar muchos fines de semana en el Cayo La Rosa. Merito, el mayor de los dos, sentía una gran pasión por el campo. Le gustaba montar a caballo, perderse por las afueras del pueblo y sentir la libertad y la alegría que le proporcionaban el sao, los pies descalzos y saber que era el responsable de cuanto hiciera. Decía que de mayor tendría una gran finca sembrada de árboles frutales y una cuadra de caballos andaluces. Abel era más de leer cómics o ir al cine (le encantaban *Tarzán, La legión invencible* y *Centauros del desierto),* no compartía el entusiasmo por el campo, aunque lo complacía (y lo animaba) el buen humor de su hermano. De modo que la mayoría de los viernes, el padre los recogía en su Mercury a la salida del colegio San José y los llevaba a casa de los tíos Machito y Ofelia. Ya el propio viaje tenía algo de maravilla. La mayor alegría comenzaba cuando pasaban La Novia del Mediodía y se adentraban en los campos. Se detenían en Punta Brava, donde unos parientes del padre y bebían las mejores champolas del mundo. Luego, volvían a parar en casa de Carmita (conocida como la Mulata Filipina), que siempre les preparaba frituras de malanga y agua recogida en una tinaja que sabía mejor que todas las aguas del mundo. Ofelia y Machito, los tíos por parte de madre, vivían en el batey de la textilera. Se habían casado en 1929 y ya en 1931, cuando se inauguró la fábrica textil, comenzaron a trabajar en ella y se mudaron a lo que en aquellos años concentró unas cuantas casas de madera, sobre horcones. Fueron, pues, los primeros en tener el privilegio de abandonar las labores del campo, para entrar en los telares y ganarse la confianza de Mr. Hedges. Como no tuvieron hijos,

parecían disfrutar la llegada de los sobrinos nietos. Los agasajaban y mimaban a su manera, que no consistía en afectos, sino en dejarlos hacer cuanto quisieran. Tenían además un hermoso patio con naranjas, mangos, mameyes, aguacates y varios animales: dos jicoteas, un conejo, un gallo, cinco o seis gallinas (catalanas del Prat) y tres perros, todos machos, llamados *Pilatos, Machado* y *Nerón*. De modo que Abel y Merito llegaban, soltaban las mochilas, se cambiaban de ropa y salían a divertirse a los campos, seguidos por los perros (sobre todo por *Nerón),* hacia las vaquerías, hacia la laguna Ariguanabo. Se encontraban con otros muchachos, más allá, donde había lomas, un molino en desuso y una torre militar (en ruinas) de los tiempos de España.

Alta y desgarbada, la tía Ofelia iba siempre vestida de blanco y usaba espejuelos enormes, de armadura de carey, y un extraño modo de hablar que tenía que ver con la falta de fijeza de su dentadura postiza. Según Merito se parecía a Olivia, la novia de Popeye. El tío Machito, por su parte, era más pequeño que ella, más regordete y extremadamente jactancioso: a espaldas de su mujer, se pasaba el tiempo hablando de sus conquistas amorosas y de la grandiosa potencia de su «porra viril» (así llamaba a esa parte de su cuerpo). Era conocido por todos que Machito tenía una relación extramatrimonial con Filito, hermana de Ofelia, y quien a su vez estaba casada con Mauri, hermano de Machito. Una traición por partida doble, como decía el padre de los hermanos, cara de asombro y negando con la cabeza. La verdad es que nadie entendía cómo aquel hombre inmodesto, a ratos juguetón y a ratos irritante, pedante siempre, evidentemente apasionado, convivía con aquella mujer escuálida, desairada, silenciosa, un poco triste y severa como una cuáquera. Todos estaban seguros de que si no tenían hijos, la culpable tenía que ser Ofelia. Vaya usted a saber, solían decir en la familia, qué viento helado recorrerá el útero de esa mujer. Sin embargo, con Abel y Merito, Ofelia desplegaba todas las amabilidades de las que era capaz. No le gustaban las niñas, sino los niños. A las niñas ni las miraba. A los niños les regalaba pelotas y bates de béisbol. Y los exhortaba a que no tuvieran jamás actitudes de niña. En cierta ocasión, a Ángel y

Merito les regaló dos pares de guantes de boxeo. Y cuando la madre de los muchachos le dijo un día que los pondría a estudiar violín, la tía Ofelia puso el grito en el cielo (casi literalmente) y la madre optó por no volver a hablar de violines en la casa del Cayo La Rosa. Tampoco intentó explicar a la tía Ofelia, tan parecida a Olivia, la de Popeye, qué era un violín.

Y no había peligros en la casita de los tíos, apartada de la fábrica, casi al borde del bajío, junto a las cochiqueras. Además, Abel y Merito pasaban la mayor parte de los días en el campo. Los perros se iban con ellos. *Pilatos* y *Machado,* más viejos, jadeaban, se cansaban y pasado cierto tiempo regresaban a la casa. *Nerón,* en cambio, mucho más joven y juguetón, los seguía hasta el final y parecía evidente que se divertía tanto con ellos como ellos con él. *Pilatos* y *Machado* habían sido perros callejeros recogidos por Machito. *Nerón,* en cambio, había sido un regalo de la señora Liza Hedges y parecía un rottweiler, tenía el pelo oscuro y el mismo cuerpo musculoso de los rottweiler. Abel, sobre todo, adoraba al perro y el perro lo adoraba a él. Cuando se cansaban de jugar pelota, subían a los árboles a atisbar la llegada de las fuerzas enemigas. Y cuando se cansaban de otear el horizonte y se hartaban de que no llegaran las fuerzas enemigas, pescaban biajacas en la laguna. También subían a la garita en ruinas. Luego se perdían hacia las zonas de los cañaverales, por las guardarrayas por donde pasaban las carretas de cañas con los bueyes de nombres militares: *Capitán, Comandante, General...,* mientras los carreteros, empapados de sudor, con los sombreros de yarey también negros de sudor, gritaban palabrotas con las aguijadas en alto. A veces, se iban con los tirachinas a cazar palomas. O jugaban a indios y vaqueros. O construían un fuerte con anuncios de Coca-Cola y cajas de cerveza. O comían mangos y guayabas hasta atiborrarse. Dormitaban siempre bajo los laureles. Algunos días, intrépidos, se iban lejos, hasta la finca Don Julio, donde la tierra era roja roja y había casas de tabaco y se escuchaban los pitidos de los trenes de carga y *Nerón* ladraba a sus anchas, no se sabía si de alegría o de extrañeza.

Una tarde de cierto diciembre regresaron a la casa cansados y cubiertos de tierra. Como estaba por llegar la Navidad, no había

rincón del pueblo que no estuviera profusamente adornado. Se habían encalado los contenes de las aceras y un trozo del tronco de los árboles. De una acera a otra, lucían banderitas, flecos de papel crepé y bombillas chinas, Los árboles, plenos de luces de colores. También iluminadas, las casas mostraban falsos abetos, trineos enigmáticos y muñecos de nieve construidos con gasa. En cualquier lugar sorprendía un cartel con letras doradas que deseaba MERRY CHRISTMAS AND HAPPY NEW YEAR. Abel y Merito se echaron en la hierba del patio. El sudor comenzaba a secarse y dejaba un brillo feliz en la piel. Después de tanto correr y jugar, mirar hacia lo alto, al enramado de árboles, al cielo de la tarde, provocaba una satisfecha sensación de descanso. De pronto, sin embargo, escucharon un revuelo, un golpe, algunos ladridos. Vieron pasar a la tía Ofelia como una exhalación. Se había quitado el delantal e iba dando trapazos a los árboles. ¡Maricón, gritaba, maricón! ¿Qué pasa, tía Ofelia?, preguntaron a coro los hermanos. Ella ni los miró. Tropezó en el suelo de cemento que conducía a la cocina y se le cayeron los espejuelos, desorientada en medio de su enfado. También había perdido uno de sus zapatos ortopédicos. Machito, ¿dónde coño estás? El viejo apareció sin camisa y con un tabaco apagado en la boca. ¿Cuál es el problema, vieja? Haciendo un esfuerzo por mantener los dientes postizos en su lugar, la tía Ofelia respondió: *Nerón, Nerón*. ¿Otra vez? Otra vez, respondió ella. Y recalcó casi con un alarido: Y esta vez del todo, hasta el final. Tiró el delantal y salió con un cuchillo. No seas idiota, Ofelia, deja ese cuchillo, no hay necesidad de ensuciar el patio. Machito entró a la casa y regreso sin tabaco y con una cuerda. Bueno, no era una cuerda, sino en realidad uno de esos cables que usa la compañía de teléfono. *¡Nerón,* acá!, gritó Machito. El perro vino hacia él, como siempre, moviendo la cola. Abel acertó a preguntar: ¿Qué le pasa, tío Machito? Está enfermo, respondió el viejo. ¿De qué? El viejo lanzó a Abel una mirada que asustó al muchacho. Nunca antes, que él recordara, había visto una mirada semejante en aquella cara siempre jovial. Abel cargó al perro. No le vas a hacer daño, dijo. El tío Machito le ordenó que lo volviera a poner en el suelo. No le vas a hacer daño, repitió Abel. Merito dio un paso y se colocó delante del hermano. ¿Cuál es el

problema?, preguntó. El viejo le dio un empujón y Merito casi cae al suelo. No tengo que darte explicaciones, mocoso de mierda. Ofelia, que había recuperado el zapato y los espejuelos, le arrebató el perro a Abel en un descuido, lo apretó contra su pecho, se inclinó hacia el adolescente y exclamó: Es como una perra, una puta perra, este perro se deja montar por otros perros, ¿lo oyes? Abel vio cómo se movían los dientes postizos y sintió un fuerte olor a ajo. Le entregó el perro a Machito, que le ató el cable al cuello, hizo un buen nudo y se fue hasta la mata de naranja. Ató el otro extremo de la cuerda a una de las ramas más fuertes y lo soltó. El perro se sacudió, movió desesperadamente las patas y se balanceó inmóvil, con la boca y los ojos abiertos. La tía Ofelia suspiró y entró a la cocina. El tío Machito miró a los muchachos e hizo un gesto que acaso quería indicar que se perdieran de allí. Ellos no se fueron. Se sentaron en la tierra hasta que los llamaron a comer. Más tarde, casi a medianoche, el perro continuaba colgado del árbol, un poco más hinchado, cubierto por un enjambre de moscas verdes.

Por precaución, lo llamaremos G.S. Nació y creció en un pueblecito del Paraná próximo a la ciudad de Resistencia, en las inmensas llanuras del Chaco. Fue un niño hermoso, un adolescente aún más hermoso y luego un hombre arrebatador, de esos que se disputan los modistos, los fotógrafos, los directores de cine, los generales y los terratenientes. Y con ellos habría ido si no hubiera sido porque odiaba a los maricones y si no le hubiera dado por lo que él llamaba «mi altruismo». Porque desde que tuvo uso de belleza y razón, sintió la necesidad de ser útil a los demás. Creció con una fuerza y elegancia natural que fascinaba a mujeres y hombres. Vivía en una familia tranquila que se dedicaba a la pesca fluvial. G.S. estudiaba por las mañanas, pescaba por las tardes y ayudaba así a la economía de la casa. Era, pues, útil a su familia, aunque para él eso no bastaba. Aspiraba a servir a una familia mayor, la humanidad. Primero pensó en hacerse sacerdote; lo descartó el día que el sacerdote de su pueblo le dio un beso en los labios y se arrodilló ante él, como si él, G.S., fuera un dios necesitado de ofrendas. Lo apartó dulcemente, con misericordia, y lo asesinó de un golpe en la cabeza con una cruz de plata maciza. Luego quiso ser médico, inclinación que duró hasta el día en que una de sus hermanas, por negligencia médica, murió de peritonitis. También se le pasó por la mente ser maestro, sólo que su escuelita estaba formada por un aula donde había dieciocho niños, número insignificante de personas, bastante lejos de la idea que cualquiera, por ingenioso que sea, puede hacerse de la humanidad. Cierta noche despertó a orillas del Paraná. Se había quedado dormido luego de una tarde fatigosa de pesca. Cuando despertó estaba solo. Lo primero que vio fue el cielo del Chaco, de un azul secreto cruzado por el brillo recóndito de miles de nebulosas. Se supo enorme, capaz de abarcar el universo en todos sus misterios. Se irguió como si pudiera tocar

el cielo. De hecho, alzó los brazos, abrió las manos y saltó. Enseguida se acercó al río, se contempló en uno de sus charcos y se supo tan bello que sintió deseos de llorar. Desde la muerte del cura, y a pesar de la perfección de su crimen, sabía que era un asesino, y allí, aquella noche, reconoció y aceptó el destino con la serenidad propia de un sabio. Soy, seré, se dijo, un asesino piadoso, un asesino por el bien de los hombres. Consideró, además, que no es lo mismo un asesino, que un asesino altruista y, sobre todo, con tanta belleza. Pensó en bellos asesinos, como Lewis Powell, por ejemplo, aquel joven de Alabama que acabó con la vida de un presidente norteamericano durante una función de teatro. La lista de asesinos que era también de hombres soberbios podía ser interminable. (Cada vez más interminable, con el paso de los tiempos y las generaciones, y si no que se lo pregunten a Ramón Novarro). No obstante, G.S. no soñaba con la gloria de apuñalar a una persona en un callejón oscuro. Tampoco sacar la pistola en un garito de mala muerte. No le proporcionaba placer valerse de las propias manos. Entre él y un asesino cualquiera existía una gran diferencia, se dijo, porque como todo el mundo podía comprender, había asesinos vulgares, es decir, inocuos, controlables, que se saciaban con menos y mayor rapidez. Porque había, además, otra notable divergencia: un simple asesino en serie mataba por darse placer a sí mismo, mientras que para el tipo de asesino al que aspiraba G.S. el asesinato no sólo era una de las bellas artes, sino además uno de los ejemplos mayores del imperativo categórico. Así fue como este hombre sorprendentemente guapo, al que arbitrariamente hemos llamado G.S., echó a andar por el mundo en busca de razones de peso para ser útil y matar. Subió y bajó en motocicleta el macizo andino. Remontó la Región más transparente del aire. Navegó por el Golfo de México y por el Mediterráneo. Vivió en La Habana, que es una manera de decir que estuvo al tanto de los altibajos (los bajos) de la Historia. Conoció la historia y la Historia. Y fue su protagonista. Un personaje de tragedia, como decían algunos. Un director de ópera bufa, como decían otros. Se vio envuelto en disturbios sociales, genocidios, revoluciones. No inventó la guillotina, como se sabe, aunque llegó a retocarla hasta el punto de hacer de la guillotina un instrumento magnánimo y de nuestra época. Fue periodista, partisano, arquitecto, cirujano y director de banco. Y, sobre todo, hijo del siglo. No prestó

atención al amor de las mujeres, porque cuando se va «en busca de montes», nadie se detiene a «recoger las piedras del camino». Tampoco prestó atención a los hombres, por los que sentía un poco de asco. Atravesó los desiertos de Gobi y del Sahara. Durmió a la intemperie en varias de las diecisiete mil islas de Indonesia. Adoró y fue adorado en el imperio de la China. Pretendió destruir las pirámides de Egipto porque habían sido levantadas con trabajo esclavo, aunque fue descubierto y, por primera vez, obligado a huir. Vivió clandestino en Argel, Tánger y Ginebra. Asesinó en los cuatro puntos cardinales. Y, como se supone, por el bien de los hombres. Hasta el fin, sus manos se mantuvieron limpias como manos de santo. Otra noche memorable despertó a orillas del Zambeze. El cielo parecía el mismo del Chaco. Y es que el cielo nunca ha parecido percatarse de las fronteras y las divisiones humanas. Sin embargo, como habían pasado los años (ya no era un muchacho), no se supo dueño del Universo, sino un poco, un poquito de polvo en una mano superior. Una brizna de paja en el viento, como el título de aquella novela venezolana que había leído en su adolescencia. En vez de alzar los brazos al cielo, en esta ocasión tocó la tierra. Buscó a su alrededor y no vio a nadie. Ni personas ni animales. La soledad es algo que se aprende de golpe, a orillas del Zambeze o de cualquier otro lugar. Anduvo un poco más, bordeando el gran río. Subió, bajó montañas, pasó calor, hambre y frío. Tuvo sueños horribles, en los que él era un rey decapitado. Hasta que una mañana, mientras se desnudaba para bañarse en un charco, sintió los disparos. En realidad, supo que disparaban antes de que dispararan. Nunca se le pudo negar su instinto y su experiencia en muertes. ¿Qué edad tenía cuando cayó de rodillas sintiendo la bala que rasgaba su espalda? Ya no era un muchacho y continuaba tan hermoso como el primer día. Hasta sus ejecutores lloraron cuando vieron el cuerpo desnudo a la orilla del charco. No cabe duda: fue un buen asesino, un asesino piadoso y, sobre todo, un soberbio ejemplar masculino. No mereció morir como murió, solo, sucio, harapiento, famélico, desnudo y en una emboscada. Y, lo peor, tan próximo a su destino final, las cataratas Victoria.

7

Grietas

A pesar de que vivíamos en el cementerio, la casa tenía algo de extraordinariamente jovial. Mi primera casa (que siempre es la mejor), con el techo alto, a dos aguas, las tejas supuestamente rojas que el sol y la lluvia habían lavado hasta un rosa mustio, blancuzco o casi amarillo, negro por los bordes, que contrastaba (y hacía juego) con las paredes que se encalaban todos los años —para la noche de Fieles Difuntos, ¡qué fiesta!—. En las paredes, rigurosamente blancas, se abrían múltiples ventanas azules, de visillos, con cortinas de gasas que daban a un soportal corrido, satisfecho de tiestos con flores, crotos, helechos, jazmines y galanes, atestado también de sillones de cedro con balancines poderosos, y columnas que no eran verdaderas columnas, sino pilastras de maderas por donde trepaban las hiedras y las piscualas con sus florecitas de un rojo ridículo, y con las que mi hermana y yo nos hacíamos collares.

Aun dentro del cementerio, o quizá por eso, se alzaba como un monumento al entusiasmo. Una casa encantadora, alegre, armoniosa, clara como no he vuelto a vivir en ninguna otra, a la sombra de la ceiba enorme, veterana (trescientos años, calculaba Padre, el positivista). Fue precisamente la casa, su vivacidad, la que convenció a Madre (ayudada por Chana, claro está —nuestra *orisha* personal—). Porque lo cierto es que Madre nunca estuvo demasiado convencida de querer pasar la vida en un cementerio. ¡Es tan contraproducente...!, se quejaba sin sudar, blanca, peinada, ajustando el peinado con peinetas de carey, fingiéndose sombría. ¡Y todo el tiempo que nos quedaremos

luego, allá abajo, por obligación...!, volvía a quejarse, no sin razón, un poco más animada, casi sarcástica. ¿No estaremos tentando al destino?, y cerraba los ojos, mano en alto, sibilina. Padre se quitaba el ennegrecido sombrero de yarey, soltaba la carcajada. Sudaba. Sudor que venía provocado por el calor y por la alegría que nunca lo abandonaba. No sudaba como un trabajador, sino como un científico. Por exceso de convicciones, positivista, siempre positivista, lector trasnochado de Comte. Era un hombre intenso, de físico imponente, para el que no existían otros misterios que los sueños; consideraba que el miedo se erradicaba con sólo abrir los ojos y tomar «debida posesión de las cosas». Qué seductor: hablaba de «las cosas». Decía «las cosas» con la seguridad de quien hablara de un vasto imperio de su propiedad. Existe una soberbia en todo el que piensa mucho. En la realidad no hay misterios, sino ignorancia, sermoneaba cada noche a mi hermana y a mí ese rey sudoroso y divertido, extemporáneo, positivista (siempre con la frente despejada), no existe misterio que una buena mirada no alcance a deshacer, y si algo las asusta, niñas, mírenlo bien, obsérvenlo en detalle, verán qué ridículas y vanas son las circunstancias que provocan el temor. Su ausencia de dudas, su insolencia, su filosofía. En eso consistía, por decirlo así, su ideología (palabra fea, ¿no?), y tal vez semejante lógica le haya permitido trabajar desde jovencito como sepulturero (sepulturero de lujo, puesto que se encargaba también de lavar, maquillar y vestir muertos, dejarlos llenos de coloraciones como figuras de cera, muertos que se fingían vivos, satisfechos de sus silencios y de sus cachetes enrojecidos en los ataúdes de cedro). Con esta sola idea, con esta sola vanidad, se mantuvo imperturbable hasta el final de su vida. Fue afortunado. Jamás se dejó alterar por lo que Madre llamaba «el lado incomprensible de la vida». Todo lo contrario. Con los años llegó a ser ayudante de forense en el Hospital Militar, hasta que lo nombraron director general de Cementerios del Municipio (Marianao), con derecho a casa pagada por el ayuntamiento. Existen casas y casas, declaraba Padre con resolución y voz de fiesta, hay casas cuyas ventanas permiten el acceso a los siete mares, otras muestran montañas o árboles o verdes valles (adoraba aquella lacrimosa

película de John Ford —no hay hombre sin contradicciones—), las hay asimismo abiertas al laberinto de otras casas, y algunas casas ciegas también, que nada ven de la tierra, de la tierra de la Tierra, pero en esta casa nuestra, única en el mundo, las ventanas permiten apreciar un paisaje de mármoles, cruces, flores, que en lugar de hablarnos de la muerte, nos habla de la vida, porque hasta donde se sabe esos mármoles y esas flores las han traído los vivos, y allá dentro, en esos sepulcros, hay una intensa vida que no podemos imaginar, ¿qué más, digan, qué más se puede pedir? Madre pedía más. O pedía otras cosas. Madre se hallaba en la orilla opuesta en la que se acomodaba Padre, se instalaba en una soberbia de signo distinto. No había personas más diferentes. Tal vez así convenga a los matrimonios perfectos. Madre, tan fuertedébil, tan asperodelicada, tan independientedependiente, tan temerosovaliente, sin sudor, dueña de pañuelos blancos, de seda, abanicos japoneses, peinetas de carey, bien peinada (había sido maestra de *kindergarten)*. Al principio se negó a vivir donde los demás estuvieran gozando o sufriendo (mucho la angustiaba el ligero matiz que separaba ambos gerundios) la eternidad de su eterno descanso. Insisto: pasearse viva por entre carne podrida, huesos o cenizas humanas le parecía acaso una excesiva prepotencia que a la larga debía ser castigada. Nunca lo dijo así, no era tan torpe. No se daba el lujo de ser explícita, aunque estoy segura de que podía murmurar (sólo murmurar, por supuesto), que en la realidad no había ignorancia sino enigmas, jeroglíficos, sin duda alguna, jeroglíficos, que no existía materialidad, certeza, ilustración que una buena mirada no lograra deshacer en misterio, y que si algo nos asustaba (¡sensibles tienen que ser, eh, niñas!), constituía la prueba infalible de que existían fuerzas oscuras y de que nos enviaban mensajes.

Por encima de sus aprensiones, a Madre le gustó la casa la primera vez que la vio. También la cautivó el cementerio y no fue capaz de aceptarlo. Lo descubrimos quizá en sus ojos quietos, más benévolos que de costumbre, en su mirada sabia, mirada de alguien que ha llegado a un paraje hermoso donde intuye que, muchos años atrás, se libró una batalla. Cierto que el cementerio era un hermoso campo repleto de casuarinas, de aguacateros, de jacarandás, de falsos álamos,

de gomeros, y de cruces y ángeles de mármol, cuyo silencio estaba siempre acompañado por una brisa que no podía disfrutarse en ningún otro lugar de La Habana. Ése era su lado «visible», o como recalcaba ella: el «comprensible». El problema venía cuando se trataba «del lado incomprensible». En casos así, Madre nunca quería confiarse plenamente. Fue por eso por lo que días antes de mudarnos al cementerio se hizo acompañar por Chana. Hablo de la negra vieja, nuestra orisha familiar, la negra vieja de la vieja casa de la calle Ángeles, número 9 (orillas del río, el Quibú). A escondidas de Padre, Madre contaba para todo con Chana. No daba el más mínimo paso sin consultarla. (Ahora también está allí, por cierto, en una tumba de sobrio granito comprada por nosotros.) En aquellos años no había vieja más grande y más gorda y más negra en todo el reparto Zamora. Tan negra que parecía recién traída desde Camerún en un barco negrero. Se sabía bien cuándo hablaba de las cosas cotidianas y cuándo de las milagrosas. Si se refería al día a día de la vida, usaba un español confuso, de palabras torpes, pronunciadas a medias, o no pronunciadas, palabras que ella buscaba con la desesperación de los ojos pequeños, antiguos, solitarios, de un blanco bilioso, y con las manos diminutas, gruesas y trabajadas que alzaba al cielo. Cuando, en cambio, hablaba del «lado incomprensible» (ella, por supuesto, no solía usar esa frase), su español adquiría una claridad pasmosa, y las palabras eran limpias, brillantes, hasta bonitas, y la sintaxis alcanzaba una precisión casi literaria. Su voz rota, de negra vieja, conseguía entonces un tono cálido, más hermoso aún cuando rompía a cantar sus cantos del Calabar. Chana recorrió la casa aún vacía. Fumó tabaco. Hizo que el puro humo se esparciera por cada rincón. De cuando en cuando, se detenía, se concentraba, escuchaba, afirmaba, negaba, sonreía, se enfadaba, quedaba perpleja, hacía gestos con los que espantaba supuestas figuras del aire. ¡Puta, vete, puta mala, fuera de aquí! En esos momentos Madre le alcanzaba la jícara repleta de aguardiente. Temblorosa, la negra, tan vieja vieja que casi no podía tenerse en pie, levantaba la jícara, bebía un sorbo, no, no bebía, en realidad detenía unos segundos el trago en los labios, y luego lo escupía con una agresividad que daba miedo. Se estremecía. Se le

erizaba el poco pelo, estirado por peines de hierro hirviendo. Tiraba un coco contra el suelo y lo rompía con fuerza. Luego, reunía los pedazos blancos, cerraba los ojos que ya parecían cerrados: estaba haciendo el máximo esfuerzo por entender. Escuchábamos el susurro de sus cálculos. Tomaba un manojo de albahaca, amapolas, flores blancas, empapado en agua de colonia, polvo de cascarilla que se elevaba como el humo, e iba golpeando las paredes rítmica, rítmica, tac-tac-tac, mientras cantaba. Mucho más tarde, se iba a la ceiba, arrastrando los pies y llevando tras ella el humo del tabaco y la cascarilla. Allí se quedaba. Acariciaba el tronco como si fuera el cuerpo de un hombre. Entre ella y el árbol parecía haberse establecido un vínculo oculto. Hasta que el sol comenzaba a perderse entre nubes rojas, negras, rojas, grises, rojas, velocísimas, de lluvia, por allá, por el lado próximo y tan lejano de la playa de Jaimanitas.

¿Y de qué sirvió el *ebbó* de la negra Chana, si los muertos no dejaron dormir a Madre? Mi hermana y yo nunca tuvimos miedo. Sería mejor decir que sí, que teníamos miedo, sólo que el miedo no era el que todos conocen, sino un susto que nos daba una satisfacción inmensa, que sobresaltaba, difícil de explicar. Por alguna razón que nunca comprendimos, algunos sepulcros nos conmovían más que otros. No quiero decir que fueran más o menos hermosos. No soy tan tonta ni tan frívola ni tan cínica de hablar de mármoles, brillantes o no, ni de las estatuas expresivas, dramáticas, dolientes o piadosas. Tampoco de la afectación de los epitafios. Las frases contenían una mayor o menor carga de pasión, tan apasionadas a veces, desfachatadamente apasionadas, que daban ganas de reír. En la mayoría de los casos eran frases rimbombantes, sin verdad, para salir del paso. Nos conmovía algo que nada tenía que ver con la arquitectura, ni con la escultura, ni con la poesía, mucho menos con la compunción, la misericordia, la nostalgia o la risa. Digo algo secreto, que no participaba del orden físico, afectivo o religioso de las cosas, y que a mi hermana y a mí nos impresionaba sin que supiéramos por qué. Había, por ejemplo, un pequeño mausoleo sin epitafio, en el que no podíamos detenernos sin que ambas nos echáramos a llorar. No había razones, lógicas o no, únicamente menciono un pequeño

mausoleo sin nombre. Hacia el final, donde estaba, abierta siempre la fosa común, y donde Padre y sus ayudantes amontonaban los huesos de los que carecían de familias, había cráneos que suscitaban nuestra clemencia o nuestra ira, nuestra risa o nuestra circunspección, exactamente como nos ocurre con las personas (con las personas de carne y hueso, quiero decir). Tocar un fémur a veces nos conducía hacia una paz imperturbable. Otros cráneos nos hacían sollozar; acariciar los huesos amarillentos parecía ponernos en contacto con tragedias o melodramas. De modo que entre panteones y monumentos pasábamos el día y parte de la noche. Allí jugábamos, estudiábamos. Entre las tumbas, íbamos aprendiendo a vivir. Allí me enamoré o me apasioné como sólo sabemos enamorarnos o apasionarnos en la adolescencia.

Hacia el final de la tercera calle, bajo el flamboyán, estaba el sepulcro de Flavio Aquiles Galiano. Había nacido en Puentes Grandes en 1904 y muerto allí mismo en 1923. La tumba era de cemento pulido, con un supuesto trabajo de embellecimiento que imitaba mal la pompa de los mármoles y que el paso del tiempo había roto por varios lugares. En esas fisuras crecían los helechos más altos y verdes del cementerio. En la cruz de hierro, en un medallón incrustado, protegido por cristales cóncavos y potentes, se halla la foto de Flavio Aquiles, casi un daguerrotipo. Era, es, y puedo jurarlo, el joven más bello del mundo. Todo el tiempo que he vivido después no ha sido otra cosa que la búsqueda de ese hombre. Buscar esa belleza ha sido una de mis metas. Buscar esa belleza que desapareció del mundo tantos años antes de que yo naciera. Nunca he vuelto a ver otro Flavio Aquiles. Nadie con semejante hermosura se ha vuelto a cruzar en mi camino.

Ahí está, pues, la fotografía de Flavio Aquiles Galiano, en 1923, supongo, poco antes de su muerte. Tiene el pelo oscuro, ondulado; la piel sepia de la foto se sabe que es blanca; los ojos oscuros, voluptuosos, miran a la cámara con aire de seducción; la nariz, grande, por supuesto, y poderosa, de invasor, nariz de moneda antigua, de general griego o romano; los labios, que sonríen con tímida prepotencia y algo de temor que contradice la mirada, se

entrevén entre la barba bien recortada que enmarca una mandíbula de aventurero. No lo niego: me angustia que «haya sabido» que se acercaba la muerte. Me llena de terror saber que «lo supo». En ese momento lo amo como se ama en la vida, que es un amor más intenso que el de cualquier novela de amor. Lo amo del modo en que se ha amado desde siempre, como a un hombre muy hombre, como a un hijo.

Cada día, llego temprano con la pucha de flores silvestres, que son las que convienen a un muerto tan vivo. En la fiambrera de la cocina, donde coloca Madre las copas de agua que apaciguan la sed de los fallecidos, su copa es la más limpia, la más grande. Y puesta por mí. En las tardes, cuando mi hermana se ausenta (la han obligado a dar clases de piano para que active el apolillado órgano de la capilla, para que sea maestra ella también), beso la foto, la beso mucho, y me acuesto sobre la tapa del sepulcro a la espera de cualquier mensaje. Un mensaje que nunca sé si se producirá, al menos de la manera en que yo entiendo los mensajes. De todos modos, le hablo, ¿qué me cuesta? Le cuento de mi corta vida, de mis proyectos, le ruego que aparezca en mis noches, en mis sueños, si ha habido otros íncubos, ¿por qué no tú?, vivo demasiados sueños con íncubos y a ellos debo la poca o mucha experiencia de mis noviazgos.

Y en el único sueño en que aparece, no aparece. Me doy un baño, perfumo mi cuerpo con colonia 1800, me peino, me preparo, sé que voy a su encuentro, él me espera desnudo bajo el flamboyán. Sin embargo, el sueño se queda en este ritual de los preliminares. Me digo: ¡Deprisa, no hay tiempo que perder, se desvanecerá, así sucede en los sueños! Y así es, porque ahí termina. No me encuentro con Flavio Aquiles. Encuentro el espejo, un espejo enorme y adornado como nunca he visto. Y mi propio cuerpo reflejado allí, mi escualidez adolescente, mi pelo revuelto, mis ojos abiertos, mi ropón de dormir empapado de sudor. No voy a su encuentro, tampoco él viene al mío. No es el íncubo, sino la espera.

A la mañana siguiente cuento y vuelvo a contar la frustración, tirada en la tumba, igual que siempre. Nadie, nada, no responde. La manía del silencio. La muerte, el silencio, los muertos con esa

parquedad tan empecinada. Silencio, silencio. Madre oye voces —o eso dice—. El flamboyán enrojece el suelo y provoca sombras húmedas y otras nostalgias menos notables. Nada más. Entonces aprovecho y le hablo de las voces, las voces que Madre escucha en las noches, en las madrugadas. A Flavio sí le hablé de las voces, le pedí ayuda, después de todo él estaba allí, allá, distante, y algo debía conocer, digo yo, aunque su respuesta fuera el silencio.

El ebbó de la Chana nada pudo contra las voces que Madre escuchaba. Cada lunes la veíamos aparecer (religiosamente: nunca mejor dicho) con los ojos oscuros (abiertos, cerrados, en todo caso oscuros), el bolso de hierbas y las frutas que ofrendaba a los orishas que vivían en la ceiba (frutas que luego Padre se comía a escondidas). Madre nada sabía de mi noviazgo, lo que no le impedía hablar de las voces una y otra vez, con cansancio o alegría o nostalgia, según el tiempo, o según *su* tiempo. Me acosan, exclamaba, no me dejan vivir. En cuanto, al margen de todo, dueño de su propio reino de certezas, Padre, positivista, lector de Comte, atendía entierros, preparaba la capilla, plantaba flores, cortaba otras, podaba árboles, sembraba árboles, pintaba de blanco un trozo de los troncos de las palmas, abría platabandas, enjalbegaba muros, ponía veneno a los insectos, trampas a las ratas, quemaba el cúmulo de ratas muertas y de hojas secas, limpiaba los mármoles sin brillo y los hacía brillar, los ángeles, vírgenes y cristos de mármoles que los pájaros cagaban una y otra vez, con esa indiferencia de los pájaros. También levantaba mausoleos y abría nichos... Pero nada sabía de voces, mucho menos de voces tan remotas. Quizá se hacía el desentendido. Si se hubiera dado por enterado, se habría visto en la obligación de burlarse, y a veces prefería volver la cabeza, respirar con fuerza, cantar por lo bajo e ignorar. Padre no era cualquier hombre, podía ser tan inteligente y sutil que daban deseos de comprenderlo y hasta de acompañarlo en sus incursiones expertas por los panteones.

Ni mi hermana ni yo escuchábamos aquellas voces que decía Madre. Sí creímos que era verdad que ella las oía. En aquellas sombras que seguían a las comidas, cuando Padre se tiraba en el suelo, sobre una manta poblana, acompañado por una pequeña lámpara en forma

de cirio (una bombilla eléctrica que falsamente lloraba cera falsa), y un libro de José Ingenieros, Madre semejaba una actriz pasada de moda que se llevaba las manos a la cabeza y deambulaba por la casa, perdido el rumbo, cualquier rumbo, y se asomaba a las ventanas cuyas gasas sucias se agitaban por la brisa que no corría en ningún otro sitio de Marianao, ni posiblemente de La Habana. Se desesperaba, se abatía. Más tarde, veíamos la lucecita errante, un poco más errante y más intensa que la de cocuyos y luciérnagas, por entre las sepulturas, por entre las ramas de los gomeros. Y no eran fuegos fatuos. Nunca nos fue concedido ese privilegio, los fuegos fatuos. Sino uno de los muchos candiles del soportal. Madre con uno de los candiles del soportal. Madre y su sombra por entre urnas funerarias, bajo la mirada sin pupilas de las vírgenes, buscando palabras, epitafios, sombras, apariciones posibles que le hicieran entender, encontrar la clave de las voces, de los mensajes. Ignoro si ella misma había supuesto que las voces significaban mensajes, o si Chana tenía que ver con la suposición. A la mañana siguiente, mi hermana y yo desandábamos una y otra vez esos caminos en busca de no sabíamos qué, porque al menos estábamos seguras de que los ecos no quedaban colgados de cruces y de árboles como los harapos de un superviviente.

Una mañana descubrimos las grietas. No, no descubrimos las grietas, descubrimos la relación misteriosa entre las grietas y las voces. No es lo mismo. Mi hermana se detuvo en la tumba de Flavio Aquiles, agrietada, inundada de hierbas, hendida por el centro. Se arrodilló. De primer momento no entendí el supuesto fervor de aquel acto. Un segundo después sospeché que había descubierto mi secreto y se burlaba de mi amor. No seas idiota, replicó impaciente, me limito a escuchar. Y pegó el oído en la rajadura. Cuando se irguió, vi en sus ojos una sonrisa de inteligencia. Pues claro, hija, será necesario taparlo todo, por estos huecos un mundo se cuela en el otro. Se irguió presurosa. Hay que buscar piedras, dijo. Aunque la mañana estaba oscura y del Quibú llegaba un olor a légamo y a mierda, no llovía. Trajimos las piedras del otro lado, desde aquel campo que mi Padre dejaba en reserva, para cuando el cementerio necesitara crecer (los cementerios también crecen, no dejan de hacerlo), y donde había

palmas reales, y margaritas silvestres, y lomas de tierra roja cubiertas por matas de calabaza que por error las aves carroñeras picoteaban con insistencia. Recogimos las piedras en los sacos de cemento vacíos que se almacenaban en la caseta de los enseres. Volvimos con las piedras, a ocultas, y fuimos tapando los agujeros, uno por uno. Esfuerzo largo, de tiempo, esmerado, minucioso. Al terminar, nos sorprendió el silencio monumental que se había apoderado del cementerio, de la casa, del mundo. Silencio que lo abarcaba todo, incluidas nuestras voces de auxilio. Conversaciones mudas en la mesa de las comidas, en las tardes de los sillones del portal. Movimientos callados, inútiles y cansados. Se dejaron de oír relojes, portazos, llantos, campanas, martillazos, aguaceros. No hubo pasos. La frialdad de la noche no volvió a quebrar las tejas hirvientes del techo luego de catorce horas de sol.

Y descubrimos la extraña relación entre las cosas y los mundos. Porque el silencio provocó la fijeza y la fijeza provocó la oscuridad y la oscuridad apagó olores y sabores. Vivimos un largo día, oscuro, anodino, noche larga, oscura, anodina. Padre andaba de un lado a otro, alguien a quien habían quitado la razón en una discusión importante. No entendía. Evidentemente no entendía. Madre tampoco. La veíamos perderse por la casa, un poco menos actriz, abatida de verdad, sigilosa, mirándose furtiva a los espejos, tocándose el cuello con extrañeza, atándose al cuello los pañuelos de seda de sus tiempos de maestra, ajustándose las peinetas de carey. De la garganta desgarrada de la negra Chana no escaparon los cantos del Calabar. Las manos parecieron preguntar: ¿Qué es esto?

No pude soportarlo. Sólo esperé dos noches. Busqué el pico de Padre y corrí a la tumba de Flavio Aquiles y aparté, rompí las piedras que cegaban las grietas. Hay que entenderlo y aceptarlo: por algo se resquebrajan las tapas, de mármol o no, con que se cobija a los muertos. Y así anduve horas y horas por el cementerio, descubriendo grietas, provocándolas con el pico, hasta el cansancio, exhausta, hasta que me eché en la hierba y me quedé dormida, bajo la ceiba centenaria, junto a la casa.

El abuelo tiene más de noventa años y apenas se aleja de la que fuera su mesa de trabajo. Hubo una época en que los mapas eran pliegos comprensibles, dice, y qué fácil aprender a leerlos, se consultaban a diario, solían marcarse con largas líneas que parecían caminos, cordilleras, lagos, ríos con pequeñas banderas rojas, blancas y azules. El abuelo se aferra a su bastón con las dos manos, como si pudiera perderlo. Y luego recalca que se veían allí, aún más auténticas, las ciudades con sus nombres esperanzadores: la verdad de las ciudades, edificios, calles, multitudes..., que se pasaba de un lugar preciso, una cruz entre meridianos y paralelos, y hasta otro lugar preciso en las antípodas. Rápido, una brevísima recta entre los polos, y se prendían las lámparas, se desplegaban los mapas sobre las mesas, y algo se revelaba, como si fuéramos los dueños del mundo, recalca el abuelo, como si el mundo estuviera al alcance de cualquier salto, de cualquier aspiración. La diferencia de tonos (sólo eso) nos llevaba desde lo alto a lo profundo. Madre trae una taza de café acabado de hacer, con tal de obligar al abuelo a un silencio, por breve que sea. Él, sin embargo, no se da por enterado. Y dice que vivíamos en cualquier redondel, en cualquier mancha de los papeles desplegados. Y fue así, enfatiza con la voz rota (el exceso de vida rompe la voz), que aprendimos a sospechar que en la errancia se hallaba la fijeza, que un papel desplegado sobre la mesa marcaba el destino. Y qué felices. Y señala con la mano hacia algún lugar lejano, antes de beber el café.

8

Colina de Ettersberg

Me alegra saber que el señor Bellver tampoco tiene prisa. A estas alturas ¿qué sentido tendría? Si existiera un verdadero gusto por el viaje, del viaje por el viaje, debiera ser esto que sentimos ahora, luego de habernos adentrado en los campos cubiertos por la noche. A veces, a lo lejos, se descubre una luz; el brillo anuncia un pueblo, Bessan, Sète, Le Crès, aunque resultan tan efímeros que ni siquiera tengo tiempo de saber si son avisos verdaderos. Ignoro si el tren es antiguo o lo parece. Viajábamos en uno cómodo, con televisión y música. En la frontera entre España y Francia nos obligaron a cambiar, y ahora vamos en éste, de esos de compartimientos, con viejas cortinitas en las ventanillas y butacas de cuero gastado. El señor Bellver y yo vamos solos en el compartimiento. Él se ha descalzado y colocado los pies en la butaca de enfrente y diría que se ha quedado dormido. Respira con suavidad, a veces dice algo que no acierto a comprender.

Muchos años atrás, trabajé en la terminal de Trenes de La Habana, ciudad donde nací, y hace años, casi desde mi llegada a Barcelona, soy vendedor de maletas. En realidad, ya no sé si lo «soy». El presente del verbo es algo que se comprobará después de este viaje. Mi tienda (que no es mía) es un espacio estrecho y largo atestado de bolsos y maletas de todo tipo. Las hay malas y mejores; ninguna excelente; estoy hablando de una modesta tiendecita de barrio, llamada Colina de Ettersberg, que se encuentra doblando por la calle de Santa Catalina. El dueño es el hombre que ahora va conmigo en este tren y que duerme a mi lado, el señor Bellver. Catalán o tal vez mallorquín, como

su nombre indica, Tomeu Bellver. Como muchos catalanes o mallorquines viejos, tiene a veces un aire de superioridad que no concuerda con la realidad. Parece, además, escapado de una estampa de la Guerra Civil. El señor Bellver es viudo, sin hijos, y se diría construido con maderas viejas, las que han sobrado de algún astillero de principios del siglo XX. Doblado por el peso de su eternidad, viste siempre la misma levita negra (no niego la posibilidad de que tenga una larga colección de levitas negras) que ya no es negra, sino de un marrón mareado, con destellos azules. Siempre está serio, como es de recibo. Habla tan poco como yo; sonríe menos. Tal vez por eso se ha establecido entre ambos una resuelta simpatía, que no se manifiesta como cualquier simpatía. Es probable que ambos nos percatemos del parecido que existe entre nosotros. No soy tan viejo como él, aunque tal vez él suponga que sí, que nacimos al mismo tiempo y hasta que vivimos las mismas peripecias, porque en el fondo, se viva en Europa, América o el lejano Oriente, las peripecias de la vida son siempre las mismas. Pienso que me considera un coterráneo y un contemporáneo porque las escasas veces que habla más de lo debido y se refiere a su vida, usa palabras que no entiendo o deja silencios que suponen mi complicidad. En esos casos, no lo saco de su error. Al contrario, me limito a hacer lo mismo. Esbozo ante él una brevísima historia harta de sobrentendidos.

Aparte de que nos parezcamos, el señor Bellver ha tenido razones para estar satisfecho conmigo. He llevado bien la tienda. Desde joven, he sido serio y responsable, sobre todo con el dinero de los demás. Disfruto con las maletas y mucho más con el hecho de venderlas y, quizá, gracias a mí, el negocio marchó. En todo caso, marchó con la mayor o menor eficacia con que suelen marchar estos negocios de barrio que terminarán siendo barridos por una sociedad que odia lo pequeño y lo pobre y los barrios y la vida tranquila. Esta sociedad (ojalá me equivoque) sólo aspira a lo grande y ostentoso y se desespera por adelantar el Apocalipsis. Me vanaglorio de mi trabajo, de mi buen gusto para disponer los productos, de saber mostrar las bondades de las maletas y ocultar, sin excesivo cinismo, sus imperfecciones. Sé hablar del precio como quien se dispone a un acto

de generosidad. Sé mostrarme amable, sin exceso, como debe ser. Los clientes, moros en su mayoría, magrebíes, paquistaníes, árabes, musulmanes o no, y sobre todo mujeres pálidas y hermosas, de ojos oscuros, que llevaban pañuelos y velos de seda, y poseen la suficiente suspicacia como para reconocer que, como ellos, yo he llegado de lejos (incluso de más lejos). No eran capaces de adivinar mi procedencia, aunque en la confusa cartografía de su imaginación yo viniera de allá, del otro lado del mundo —lado contrario del que llegaban ellos—. Poseían la delicadeza de saberme diferente; carecían, sin embargo, de la suficiente fineza de oído como para identificar el acento en otro idioma. Tampoco es que les importara. Algo les decía que el no haber nacido en el mismo sitio en que se vive, que haber llegado de tierras remotas y haber dividido en tres o en cuatro la propia vida, como habría hecho un cirujano forense, puede (o debe) conferir cierta complicidad, como si se perteneciera a la misma cofradía, a la misma logia. Lo noté en la manera cómoda que tenían de entrar en la tienda y saludarme. Nunca supe si lo que suponían era justo. A veces deducía que sí; a veces deducía que no. Y no ocupaba demasiado mi pensamiento. Supe, en cambio, que la clave de mi gentileza, como la de muchísimas cosas en esta vida, radicaba en un precario equilibrio. Una mezcla de sonrisa franca con mirada de desconfianza. O bien, no sonreír y tener en los ojos un poso de benevolencia. Confianza, desconfianza, dulce cautela, cierta vulnerabilidad: fui (soy: quizá seguiré siendo) alguien que, por encima de todo, se comprometió con vender maletas. Es la «clave» de mi vida, y no me arrepiento. Otros descubren curaciones para enfermedades, arengan pueblos o escriben libros. Yo vendo (vendía) maletas. No tengo de qué quejarme. El triunfo no pasa por el aplauso ni por los periódicos, sino por el modo en que cada cual se mire en el espejo y repose la cabeza sobre la almohada. Pasaba más tiempo en Colina de Ettersberg del que estaba obligado. Por supuesto, nadie, salvo yo mismo, me impuso las diez u once horas de trabajo. La verdad, me sentía a gusto en la tiendecita angosta, como en mi propio apartamento angosto. Disfrutaba de la visión que tenía, el trasiego constante de la calle: la imagen que conseguía tras la caterva de bolsos

y maletas. Cómodamente sentado en una butaca de orejas, al final de la tiendecita, vislumbraba el inútil ir y venir de los viandantes, ese pasar superfluo del mercado a la casa, de la casa al trabajo, más allá de las maletas, con la alegría de que nadie me observaba y de que no iba a ninguna parte. He venido de lejos, me decía con ingenuidad: los viajes terminaron para mí. Y me alegraba recalcarlo. No puedo negar que siempre me gustaron los viajes. Me complacían los rituales que acompañaban los viajes.

En La Habana, durante años, limpié los vagones de los trenes que llegaban de Camagüey, de Holguín, de Santiago de Cuba. Sonará raro, pero qué hermoso es descubrir los rastros de un recorrido de casi veinte horas: vasos mugrientos, botellas vacías de cerveza, papeles diseminados por el suelo, periódicos leídos y vueltos a leer, algún peine o almohada mugrientos. Los estragos de la ansiedad y del cansancio, de la desesperanza, la ilusión o de ambas cosas, que por algo se parecen tanto. A veces encontré cosas mucho más valiosas: libros con páginas dobladas e incluso escritas, gotas de sangre (o de cualquier otro fluido) sobre la falsa piel de los asientos, trozos de papel escritos, fotografías, pañuelos bordados, estampas religiosas... En una ocasión descubrí la nota de un suicida. Con letra cuidada, alguien anunciaba su decisión de lanzarse entre las líneas al paso del próximo tren. Por más que indagué, nunca supe de nadie que hubiera hecho semejante cosa, así que concluí que el escritor de la nota se lo había pensado mejor. Y me alegré. Llegué a una conclusión bastante posible: el suicida en potencia miró a través del cristal de la ventanilla y descubrió algo, una colina, un árbol, una casa. Siempre creí que bastaban pocas cosas para que un suicida dejara de serlo. Aunque, por supuesto, también se pueda afirmar lo contrario.

En este tren, el señor Bellver duerme a mi lado. Yo recuerdo que, desde el primer momento, entre él y yo ha existido algo que compartimos, una especie de dignidad, por decirlo así. A veces me dije que se trataba del orgullo de los que habían vivido mucho y sabían qué significaba semejante condición. A mi manera, he apreciado tanto al viejo Bellver que algunas tardes hasta me atrevía a visitarlo en su piso de la calle Entença. Y él, era evidente, me lo agradecía. En su

apartamento el viejo acumulaba muebles de valor y algunas piezas de arte, no todas hermosas ni tampoco meritorias (incluso, si digo «piezas de arte» es para que se me entienda con rapidez). Los muebles y los cuadros se hallaban amontonados de modo que se precisaba de un ojo agudo para reconocer algo que valiera la pena. Como un acueducto en desuso, la casa olía a remota humedad cavernosa. Había allí, me repetía (no sé de dónde me viene la vena poética), un eco atrapado, la resonancia de un grito antiguo. Solía imaginar que aquella casa, muchos años atrás, había sido un almacén, un cobertizo desmantelado. Otras veces llegué a conclusiones peores y deduje que la casa de Bellver debió de haber sido una cárcel. Cuando me daba por ponerme inspirado (bastante a menudo), opinaba que daba lo mismo, que era un templo sin dioses, que rezumaba un hermoso vapor polvoriento. Y es que, a pesar de la carencia de luz, de los muebles se elevaban hermosas columnas azules. Espero que se me perdonen mis veleidades líricas. Soy un hombre antiguo, que creció escuchando boleros y leyendo a Juana de Ibarbourou y a Amado Nervo. Bellver solía ofrecerme té de Ceilán. Lo subrayaba: ¡té de Ceilán! En esas ocasiones, nos sentábamos en el muzarabí (con esa palabra designaba el balcón inclinado, negro, de cortinas verdes y cerradas). A mí el té de Ceilán me sabía igual que el té de Panamá, lo que no impedía que sonriera ligeramente y diera mi aprobación con varios pestañeos y cabezadas sin vehemencia. Por otra parte, era cuanto él esperaba de mí. Casi no hablábamos. Apenas nos mirábamos. No hacía falta. En las tardes de elocuencia, yo contaba algo de mi vida; él correspondía con algo de la suya. Como he dicho, éramos (o somos) parcos, evasivos, y usamos largas pausas (nada teatrales), frases sin terminar, silencios tácitos. Las personas no han descubierto aún cuánto se puede narrar con un silencio justo. A veces ni siquiera valía la pena que habláramos. Le mostraba los cuatro dedos de mi mano izquierda. En alguna ocasión debí contarle cómo perdí el quinto: en el momento de saltar al andén, el anillo quedó sujeto del andamiaje de la puerta de un expreso de Oriente (Oriente de Cuba: no confundir con el Orient Express). En correspondencia, él alzaba la manga de la levita y revelaba el número azul (97378: lo sé de memoria) que lleva tatuado

en uno de sus antebrazos. Tampoco nos sorprendíamos cuando los relojes (y eran muchos) recordaban las horas, cosa que sucedía a cada instante porque cada reloj señalaba una hora diferente. Tanto se marcaba el tiempo en aquella casa que supongo que carecía de valor. Si había tanto tiempo, no había tiempo alguno. Y él y yo, los dos, viejos cansados en medio de la algarabía enloquecida de las campanadas, quedábamos inclinados, buscábamos en el aire, esperábamos acaso el portento de una campanada fuera de lugar que precisara (por fin) la hora verdadera. Y terminábamos por encogernos de hombros, como dos actores que conocen a la perfección sus cadenas de acciones. ¿El tiempo? ¡Mierda! Semejante complicidad bastaba entre el dueño de la tienda y yo, su fiel empleado. Después, con otra inclinación descuidada de cabeza y un breve apretón de manos (que no era un apretón, sino un leve roce de los dedos, como cuando se toca un pez muerto), me retiraba a casa, al cuarto con baño y cocina al que ostentosamente llamaban (los demás, a mí nunca se me ocurrió) con una palabra inglesa: *loft*.

Y ahora toca hablar de un personaje secundario que por un instante se convirtió en la protagonista. Mahalia. Hace meses, en Colina de Ettersberg tuve una ayudante, Mahalia. A pesar del nombre, venía de Filipinas. Una mujer hecha y derecha (había cumplido ya los veintiséis años). Sin embargo, tenía una exquisita ambigüedad: a ratos semejaba la mujer que era y a ratos la niña que había sido. Quizá sea algo propio de los filipinos. O de los asiáticos en general. Prolongar para siempre un hermoso distintivo de inocencia, para confundir a Occidente. No era alta, tenía el pelo negrísimo, la piel de un color que en mi niñez se habría dicho «aceitunada», y los ojos no sólo achinados sino también elocuentes, burlones, divertidos, seriamente divertidos. Como me sucedía con casi todos los jóvenes, Mahalia me provocaba sentimientos encontrados: por un lado, entusiasmo y seguridad; por otro, una cierta vergüenza, un rubor, como si descubriera de pronto que había olvidado vestirme. Mahalia hablaba un castellano gracioso, salpicado de palabras en tagalo y en inglés. Me ayudaba a traer y llevar las piezas más pesadas, y se encargaba de bajar, con una larga vara, los bolsos que colgaban del techo. Un día, sin embargo,

desapareció sin decir nada. Ni siquiera cobró su paga mensual, ni el monto acumulado de las vacaciones. Recuerdo que lo último que me dijo fue que acababa de ser tía y se iba a Girona a ver a su hermana recién parida. Anochecía rápidamente cuando la vi dirigirse a la estación, cargando una mochila negra. Luego pensé que debí haberle dado un abrazo. Hubiera sido muy simple decirle adiós como se debe. Pues bien, hace cinco o seis noches reencontré a Mahalia en la estación de Sants. Salía de los andenes con aspecto cansado. Cargaba una mochila y arrastraba una maleta roja. Le hice señas con la mano y se detuvo con su fácil sonrisa entre infantil y sensata, cariñosa, como siempre. Qué bueno verte, ¿cómo estás? Cansada y bien, cansada y feliz. Nos sentamos en una de aquellas incómodas butacas en que los viajeros esperan la llegada de su tren. Ella ajustó la mochila sobre sus muslos, reprimió un bostezo y cerró un momento los ojos. Cuando volvió a abrirlos me di cuenta de que los tenía más achinados que de costumbre, enrojecidos, con una mirada lejana, que parecía llegar desde algún lugar remoto. Vengo de Girona, dijo, *very nice* mi sobrino, bellísimo, un filipino-catalán bellísimo. Los ojos achinados y enrojecidos me acecharon un instante y luego intentaron evitarme, huyeron hacia cualquier esquina del vestíbulo de la estación. Fue en ese instante cuando comprendí, cuando terminé de darme cuenta. Y no sólo terminé de darme cuenta, sino que también lo dije. Tú no vienes de Girona. Y sonreí para que se percatara de que no era una reprobación, para que comprendiera que no había necesidad de mentir. Claro, claro, vengo de Girona, insistió, de donde mi hermana y mi sobrino. Negué con la cabeza sin dejar de ver aquellos ojos lejanos y, de repente, tan diáfanos. Alzó una mano. Se diría que habría querido apresar algo que estuviera en el aire, en la fea luz de aquel salón no-salón. No vienes de Girona, recalqué, y fue tal mi excitación, la alegría por mi hallazgo, que Mahalia no pudo evitar una carcajada. Entonces, ¿de dónde vengo? No quise revelarle mi descubrimiento. Posiblemente no hubiera entendido qué había visto y leído en sus ojos: Barcelona, Figueres, París, los campos cercanos a París, el camino hacia Alsacia, la frontera con Alemania, las riberas del Rin, los castillos alemanes, los Alpes nevados, los campos italianos, hacia el

Adriático... No, no quise decirlo. Hubiera tenido que explicar demasiado. Sólo que en lugar de recogerme en mi casa, regresé a la del señor Bellver.

Una noche extraordinariamente hermosa, el señor Bellver abrió la puerta como si me hubiera estado esperando. Esto es algo que aún hoy no acabo de comprender. ¿Cómo no me percaté antes de lo que tanto él como yo estábamos necesitando? Como siempre he sido dado a sacar conclusiones solemnes, pensé: Existe una secreta armonía en los pequeños episodios de la vida, un orden recóndito, un impulso, un fin en el desenvolvimiento de las cosas. Pregunté: ¿Será cierto que todo se halla escrito en algún libro? No lo sé, dijo él, estas cosas no las sé, tal vez tampoco haga falta saberlas. Lo cierto es que señalé su antebrazo, allí donde debían estar los números tatuados, y reclamé: Perdóneme, sólo ahora he caído en la cuenta de que... No me dejó terminar. Se encogió de hombros y sonrió. Fue al muzarabí. Abrió una de las puertas de cristales. La calle Entença se veía húmeda, recorrida por un viento fresco. Lo que de Barcelona se apreciaba desde aquel balcón tenía algo de imagen en blanco y negro, de película antigua, de cuando el cine aún tenía algo de milagroso.

Ya sé que no es ésta la explicación de por qué el señor Bellver y yo estamos ahora en este tren, cruzando la noche de los campos de Francia. Sí es, en cambio, la primera fuerza, el primer impulso sin el cual no se podría completar alguna explicación. A través del cristal de la ventanilla, intento divisar los campos negros. A veces sorprendo un brillo a lo lejos, descubro una casa, la marca que pregona la cercanía de un pueblo. Un centelleo fugaz ni siquiera me permite constatar su certidumbre. Más que el paisaje, en el cristal se refleja lo que está de este lado (el señor Bellver, dormido, a mi lado), sólo que se diría del otro lado. Lo veo más viejo acaso porque es un reflejo y los reflejos siempre tienen algo de verdad y porque es, además, el reflejo de un viejo dormido. Los pies descalzos reposan sobre el asiento de enfrente. ¡Qué extraño el modo en que ha extendido los brazos sobre los muslos, con las palmas vueltas hacia arriba! Incluso en la superficie del cristal, es fácil distinguir el número que tiene tatuado en uno de sus antebrazos. Repito el número que sin darme cuenta he aprendido

de memoria. Luego trato de olvidar el espejismo para ser capaz de concentrarme en el exterior, divisar algún árbol, alguna casa, el letargo de algún pueblo que, ahora mismo, se olvida de cualquier espanto. Pego la frente al cristal. Me digo: Ésa es Francia, ésos son los campos de Francia, aunque no es verdad que vea campo alguno, sino a mí mismo y a un viejo dormido en el asiento de un tren. Aunque no me oye, le digo que estamos llegando, que sólo unas horas y entraremos al bosque de Turingia.

Pues sí, qué le vamos a hacer, tampoco hay que culparse por ello: hubo un tiempo en que los vimos aparecer como si fueran dioses. Irrumpían al amanecer. Descendían por las laderas con la aureola del sol a la espalda y las banderas y los himnos y decían lo que queríamos escuchar: que venían a salvarnos. «Marchando, vamos hacia un ideal», cantaban, sonreían. Las sonrisas tenían algo enfático puesto que estaban enmarcadas por barbas orgullosas, ropas sucias y maltrechas, sobre caballos blancos y sin ensillar. Y al ideal nos aferramos (tampoco hay que culparse) porque nada hay más grato que dejarse llevar, dejar que otro asuma el papel de responsable de nuestras vidas. Si ellos sabían el camino, por qué tardábamos en unirnos a la tropa, rumbo al futuro, a la perfección. Se nos prometió la gloria, y como queríamos algo de magia, aceptamos la promesa. El reino de los cielos sería el reino de este mundo. Y hubo un tiempo en que muchos creímos que al fin «la tierra sería un paraíso» y dejamos que las huestes invadieran nuestras casas y cantaran más himnos y otros aleluyas. Así fue como vimos con alegría que rompían las puertas, las ventanas de nuestras casas y hacían saltar los techos. El despojo tuvo valores de restitución. El despojo era por nuestro bien. El bien-sagrado-de-todos. El despojo se convirtió en el modo supremo de la generosidad. Para alcanzar el Mundo Nuevo se hizo preciso que no quedara piedra sobre piedra. El faro del mundo sólo brillaba en la más rigurosa oscuridad. Eso explicaron y eso entendimos. Y sucedió que entregamos la inocencia y la esperanza. El futuro de la justicia se levantaría sobre el horror del presente. No fue exactamente así como lo dijeron aunque fue lo que en verdad quisieron decir. Cada mañana convertida en una mañana para el hambre. ¿A quién le importa entonces que un poeta se levante la tapa de los sesos? ¿A quién le importa que una mujer se lance de un séptimo piso? ¿A quién le importa

que otros dos poetas mueran de nada, que mueran sólo por morir? ¿Quién se interesa por la desaparición de Adonais mientras busca, entre montañas de escombros, una antigua foto de París, un libro roto, un mendrugo de pan? Y así fue (tampoco hay que culparse) como aprendimos a cerrar los ojos. Borramos la palabra «No». Cuando queríamos negarnos sacudíamos la cabeza en señal de asentimiento. Y comprobamos qué era en verdad una guerra sin guerra, la antigua táctica de la «tierra arrasada». Al final —ahora lo sabemos— estaba perfectamente calculado. Los salvadores habían llegado para la condena. Los recibimos como a los dioses que devastaron la comarca. Y ahí está la prueba, señor, si no me cree, sólo necesita asomarse al campo, sólo un momento, y lo comprobará: todo está calcinado. Ni la hierba crece.

9

Historia de Fantino y el estudiante

El estudiante conoció a Fantino hace muchos años, en ese parque tan especial de la Avenida del Puerto, frente al seminario de San Carlos y San Ambrosio, que se llama (o se llamaba) Parque de los Filósofos. El estudiante había conseguido salir por un tiempo de su refugio marianense gracias a que un amigo, que debió regresar al pueblo de sus padres, le dejó la casa por unos meses. El estudiante tenía un objetivo noble: aprovechar el tiempo en soledad para terminar su tesis de grado en la universidad, un trabajo sobre las consecuencias que habían dejado en la vida cotidiana cubana las dos intervenciones militares norteamericanas (1898 y 1906). La tesis amenazaba con volverse interminable. Había acumulado excesiva información y ahora le costaba seleccionar y encontrar una estructura adecuada. La casa del amigo consistía en un pequeño cuarto sin baño en una azotea de la calle Sol, próxima al antiguo convento de Santa Clara. Tenía una ventanita alta que miraba hacia el este, una cama personal, una mesita con su silla de Viena, robada de algún café habanero venido a menos; sobre la mesita el reverbero coincidía con la máquina de escribir; el inevitable ventilador soviético fijado de la pared removía con estrépito el calor húmedo; un sillón de rejillas sin rejillas, repleto de cojines que intentaban inútilmente sustituirlas. Lo más valioso del cuarto parecía ser lo que tenía que ver con la mierda: un tibor de porcelana con ribete dorado que el amigo (tan pueblerino y por tanto, esnob) repetía, hasta el cansancio, que había pertenecido a la familia Manrique de Lara. La fealdad de la azotea, y lo que se veía

desde ella, ayudaba a que el estudiante trabajara sin ensoñaciones. Sólo algunas vecinas solían ir a tender allí, y por lo general la preocupación por sus propias vidas, la angustia por la batalla de la vida cotidiana, hacía que casi ni se fijaran en él. Poco antes del anochecer acudían algunos adolescentes escandalosos que usaban un banco para alzar pesas y contar proezas imaginarias. Lo más grave de la azotea tenía que ver con que estaba expuesta al sol de levante y de poniente. No había modo de huir de las incandescencias de las losas de barro cocido. Hacia las dos o las tres de la tarde, parecía imposible continuar trabajando. El calor descendía o subía (el estudiante nunca lo supo) como una lava impalpable. De manera que no le quedaba otra que bajar hasta la bahía, pasear por la Alameda de Paula, recorrer la antigua aduana del puerto, mirar los viejos edificios, las paredes ennegrecidas, las calles antiguas, sucias, ir a sentarse sobre la hierba, bajo los falsos laureles del Castillo de la Fuerza. Terminaba sentado en uno de los bancos supervivientes del Parque de los Filósofos. Siempre terminaba allí, frente a la estatua de José de la Luz y Caballero. El estudiante pensaba que tenía algo de privilegio vivir cerca de esa zona que, por encima de cualquier desastre, continuaba siendo amable, bien pensada, resistente (con una resistencia digna), donde los árboles aparentaban mitigar la canícula, y *embalsamar el aire* —algo imposible por el hedor sucio y persistente del petróleo y de los peces muertos que escapaba de la bahía—. Deambulaba por los callejones con la intención de mirar la ciudad como debieron haberla mirado Ramón Meza, Enrique Hernández Miyares, Julián del Casal. Decía por lo bajo algún trozo de poema que lo llevara hasta los años de principios de siglo que, por alguna ingenuidad propia de la edad, consideraba más felices. Pensaba en la tesis; pensaba en el futuro; añoraba, recordaba, leía, veía pasar a los que, como él, buscaban resolver alguna incertidumbre, regresar a un pasado que nunca conocieron y disfrutar de un poco de aire menos violento. También le gustaba ver llegar y salir barcos de la bahía. Y, como del mismo modo en que se decía que amaba La Habana, se decía que la detestaba, que añoraba el resto del mundo, planeaba cómo entrar furtivamente a alguno de los buques, viajar de polizón hasta Funchal, Cádiz o Valencia. Ejercicios de

imaginación, de esos de extrema juventud que sabía que nunca llevaría a cabo. Tenía no obstante diversas formas de contento. Muchas tardes, cuando ya los muros comenzaban a perder el reflejo del último sol, solía ver a un grupo de muchachos junto al Anfiteatro de La Habana que ensayaban una rueda de casino. No escuchaba la música, sólo los veía bailar. Los movimientos rítmicos, insolentes, voluptuosos, le provocaban placer, nostalgia o envidia —vaya usted a saber—. Asimismo veía cada tarde a una señora con desgastada bata de seda que llevaba comida a los gatos callejeros en una cazuela de hierro; decían que estaba loca, quizá fuera cierto (mujer y dos o tres gatos: locura; el estudiante conocía muchos casos), no sólo porque hablara con los animales (eso era algo común), sino porque además les cantaba canciones de Schubert, y decía de sí misma (a quien tuviera la paciencia de conversar con ella) que había sido la soprano elegida por Pro Arte Musical para el estreno de *El holandés errante* en el teatro Auditorium. El estudiante creía que de Wagner en La Habana sólo se había estrenado (más de treinta años atrás) *Tristán e Isolda*. Por el parque pasaban asimismo señores trajeados (aún mantenían la entereza), y que parecía que llegaban andando desde la VI Conferencia Panamericana; mujeres cansadas, como si no hubieran dormido en varias noches, muchas vestidas de milicianas, las boinas ladeadas sobre las cuidadosas marañas del peinado. Parejas sudorosas, abrazadas. Algún joven, con grabadora al hombro, dejaba la estela de bolero: «Vivo solo sin ti, sin poderte olvidar / ni un momento nomás. / Vivo pobre de amor en espera de quien / no me da una ilusión...». También había un número significativo de policías a uno y otro lado. Desde la bahía llegaban los bocinazos de los buques (banderas soviéticas, yugoslavas, polacas) que entraban cargados de mercancías de las que nunca se tendrían noticias.

Una de esas tardes el estudiante conoció a Fantino. No era su nombre de verdad, parecía evidente. Se hacía llamar así como podría haberse hecho llamar Leopoldo, Manuel o Francisco. El estudiante nunca supo su verdadero nombre. Tampoco es que hiciera falta. Se dijo que era uno de esos cubanos cuya ausencia de nombre (y de apellido) los hacía mucho más reales y misteriosos y poderosos. La

tarde justa de la primera conversación, la portada de un grupo de papeles terminó por desprenderse y salió volando, como la *feuille morte* de un otoño absurdo, para caer justo a los pies del hombre, quien se inclinó con ligereza, la recogió, la observó y la devolvió diciendo: Estar fuera del juego es una manera de estar en el juego equivocado. El estudiante no supo qué responder y sonrió. Por un lado lo sorprendió una frase tan elaborada en un hombre más bien rústico; por otro, hubo algo en su observación que lo asustó, acaso un reproche, como si hubiera querido aclarar que ciertos libros no-se-debían-leer.

Porque el estudiante estaba leyendo aquel día, con mucho trabajo (era la copia de una copia mimeografiada, con páginas sin grapar), un poemario publicado hacía poco y que se titulaba *Fuera del juego*. El libro había obtenido un premio importante y provocado un escándalo internacional. La censura, el escándalo, por supuesto, habían despertado un interés inusual y, como el libro resultaba difícil de encontrar, alguien había tenido la buena (peligrosa) idea de copiarlo y tirarlo clandestinamente en esténcil. Las copias andaban de mano en mano. Había que leerlo con presteza para que otro pudiera hacerlo y después otro y otro. Quizá fueron aquellos papeles los que hicieron que Fantino se fijara en el estudiante. Antes, aquel hombre y él se habían cruzado varias veces sin que ninguno mostrara el mayor interés.

Se puede conocer la fecha exacta de aquel encuentro porque un hecho histórico marcó el inicio de un fracaso colosalmente histórico, o mejor dicho, la culminación de múltiples fracasos y el inicio del desastre. El día anterior, Fidel Castro había dado un (interminable) discurso en el teatro Chaplin (antes, teatro Blanquita; después, teatro Karl Marx) con el que dejó inaugurada la Zafra de los 10 Millones. Cualquier cubano de entonces sabrá qué significó la palabra «zafra» asociada con la cifra excesiva. La «cosecha de caña dulce» (según la RAE) no sólo paralizó la vida del país, la de cada cubano y en particular (importante) la del propio estudiante. El fracaso no fue del país, sino de todos, de cada uno, a pesar de que no dependió de cada cual, sino de la voluntad omnímoda de un solo hombre. Aunque

aquella tarde el naufragio estaba aún en el futuro, algo se intuía. Nadie sabía entonces lo que estaba por llegar.

El estudiante llegó al parque. Fantino (que aún no había revelado que se llamaba Fantino) estaba sentado en el banco habitual del estudiante, como si lo estuviera esperando. Iba vestido con cierta elegancia, aunque habría que tener en cuenta que en aquellos años las calles de La Habana parecían invadidas por legiones de macheteros, de milicianos (la alianza obrero-campesina como moda) y cualquiera que llevara una ropa medianamente correcta parecía el colmo de la distinción. A lo lejos, el estudiante se dio cuenta de que los muchachos no practicaban la rueda de casino. Creyó que un raro silencio violentaba aquel lado de la ciudad. Dudó si quedarse en el banco o continuar como si no hubiera reparado en la presencia del hombre. Tenía tanto miedo (un miedo sin razón) como deseos de quedarse allí. Saludó con la timidez que lo caracterizaba y se sentó al otro extremo del banco. ¿Cómo va el señor Padilla?, y la pregunta, acompañada por una sonrisa (labios amoratados, dientes blanquísimos, barba cerrada), fue el saludo. El estudiante respondió que bien, que así así, que casi bien, que lo había leído de un tirón, no le quedaba otro remedio, tenía que entregar la copia. El hombre no respondió. La sonrisa había desaparecido. Los ojos estaban fijos en el joven. Una leve arruga unía el entrecejo. El estudiante sintió un alivio cuando se escuchó la sirena de un barco que pensó que disiparía la tensión. Pudo observar el Castillo de La Cabaña y un carguero de bandera panameña conducido por el práctico hacia algún muelle de la bahía. Había pocas personas sentadas en el Malecón. El estudiante cerró los ojos. Volvió a escuchar la sirena. Experimentó de pronto un enorme cansancio, o quizá sería mejor decir el presagio de un enorme cansancio (si es que las dos frases no significan lo mismo). Mi nombre es Fantino, dijo el hombre. Sin abrir los ojos, el estudiante sonrió, afirmó, intentó ser amable. Y tú, ¿cómo te llamas?, ¿o quieres que lo adivine? Tengo la capacidad de adivinar, dijo, los dioses me concedieron ese don.

El hombre tendría treinta años, doce más que el estudiante. Eso lo supo más tarde porque como el hombre era de piel cobriza, con algún negro y algún chino inmediatos en la familia, en el primer encuentro

le dio la impresión de que apenas rebasaba los veinte años. También debieron pasar muchos días para que el estudiante se percatara de que había tropezado con un hombre reservado. Se trataba de uno de esos seres, más comunes de lo que parece, cuya amabilidad es una máscara y no se ofrece a la primera. Lo cerrado del hombre se iba desvelando poco a poco, con cada día de encuentro. El estudiante se fijaba hoy en los ojos oscuros, achinados, de una inteligencia peligrosa; mañana en el pelo encrespado, en la barba negra que enmarcaba los labios gruesos, de sonrisa entre condescendiente y burlona (como si estuviera al tanto de cuanto acontecía en la vida del estudiante), y tenía la certeza de que nunca sería capaz de conocerlo. Tres días después, por algún movimiento de la conversación, se percataba de las manos grandes y fuertes. Su voz, o su acento (en alguna ocasión posterior le dijo —tal vez en broma— que había nacido a orillas del Toa), tenían un tono cadencioso de «ordeno y mando». Sin ser alto, parecía crecer con el paso de los días. Un cuerpo exacto de soldado, pensó una tarde el estudiante.

A partir de entonces, Fantino estuvo siempre allí, en el mismo banco. Como si esperara al estudiante. Mientras, la vieja soprano daba de comer a los gatos y elevaba lo más posible la voz apagada con un desentonado *«Du holde Kunst, in wieviel grauen Stunden…».* Por la Avenida del Puerto pasaban los pisicorres pintados de verde olivo, con inmensos altavoces en el techo, el insistente tono locutoral que recalcaba por si no lo habíamos entendido: ¡Los diez millones van!, ¡Y de que van, van! Siempre allí Fantino, a la hora en que el estudiante aparecía en el parque, luego de haber dado mil vueltas a la idea de no ir. El estudiante se sentaba junto a él con la sacudida dichosa de quien carece de opciones; alguien que ha sido vencido, cayendo en la tentación —*¿el infierno es el otro?*—. Hay momentos en que la felicidad se parece a una derrota, se repetía a sí mismo a modo de consuelo y con ese tono lastimoso con que siempre se hablaba a sí mismo. Entonces, sin que el estudiante preguntara, Fantino contaba del río Toa, de su niñez en las afueras de un pueblo llamado Palenque de Yateras; de su padre medio haitiano, trabajador del café con los haitianos; de su madre blanca, rubia, Blanca (así se llamaba), a quien

la vida se le iba en atender al marido y a los cinco hijos... Años de miseria, mucha miseria, recalcaba Fantino, que no hubo hasta ahora un solo presidente con vergüenza. Por esa razón, con diecisiete años, se alzó, dijo, me alcé en el valle del Cajuerí, y participé en la guerra, hasta que un mes antes del triunfo, en una escaramuza sin importancia, me hirieron en una pierna y tuvieron que llevarme clandestinamente al hospitalito del doctor Martínez, en Palenque de Yateras, y ya no pude volver a la revolución, sólo se me permitió conocer desde mi cama que habíamos logrado la victoria, que por fin el pueblo sería libre, que acabaríamos con el imperialismo yanqui y que íbamos a construir el paraíso en la Tierra. Y la historia, que muy bien hubiera podido ser cierta, al estudiante se le antojaba otra historia de ficción, un invento especialmente creado para él. Había algo fantástico, no en la historia misma (que parecía perfectamente posible), sino en el modo de narrarla, en lo correctamente organizada, en la inflexión distante, en una primera persona no demasiado fiable —narrador sin fe—. Fantino parecía moverse siempre entre la verdad y la mentira. O quizá... Bueno, el estudiante no sabía, se limitaba a asentir, sonreír, y, de acuerdo con las circunstancias narradas, ponía cara de pena, de comprensión o de felicidad. Reaccionaba sin certeza, aunque admirado, puesto que no podía negar cuánto lo perturbaba descubrir el modo en que aquel hombre intentaba fascinarlo con una historia, o mejor dicho con las palabras de una historia, cuando su sola presencia ya tenía suficiente vigor para él y provocaba un encantamiento cada vez más enérgico.

Algún día contó el año que pasó «sirviendo a la patria». A petición suya, y por mediación de un capitán amigo de su padre, lo incorporaron al pelotón de fusilamiento del Castillo de La Cabaña. Qué enorme satisfacción, chico, no sabes lo que es eso: ver desfilar uno a uno, carentes de elegancia y dignidad a aquellos esbirros que habían hecho daño y que ahora temblaban de miedo, tropezaban, iban a pasos renuentes hacia el paredón del Foso de los Laureles. Algunos, para ser justos, morían con decencia; otros en cambio se meaban y cagaban en los pantalones, y no es una manera de hablar, te lo juro, se meaban y se cagaban, maricones que habían matado sin piedad pero a

quienes la idea de la propia muerte los descomponía hasta la diarrea. En el pelotón se sabía que no todas las armas estaban cargadas con balas de verdad; eso no impedía, no obstante, que Fantino sintiera que cada bala se escondía en su rifle, que él y sólo él limpiaba al país de la escoria.

Fantino y el estudiante paseaban algunas tardes por las anchas aceras que bordean la ribera de la bahía, desde el Muelle de Caballería hasta el Castillo de la Punta. A veces se desviaban hacia la Alameda de Paula, o paseaban por la estación Central de trenes para terminar en el parque de la calle Arsenal. Incluso en alguna ocasión llegaron a los elevados, a los pies del castillo de Atarés. Fantino volvía sobre las historias de su niñez y adolescencia y de cuando en cuando deslizaba algunas preguntas que al estudiante siempre le parecían inconvenientes. ¿Cómo podría explicar que aquel hombre estimulara en él tanta seguridad como desconfianza? A su lado el estudiante era un joven indefenso que, al mismo tiempo, tenía la ilusión de estar protegido. Cuando Fantino hacía silencio, el estudiante comenzaba a explicar, con ese tono exaltado (delirante) de los que tienen dieciocho años y no saben bien lo que dicen, que el mayor propósito de su vida consistía en recorrer mundo, que nada le interesaba más que romper el muro que bordeaba la isla y salir a la vida de cuanto había más allá: valle del Nilo, meseta tibetana, inmensidades de la Pampa, aluviones pantanosos del Mississippi, la región más transparente del aire, desierto de Gobi... (La épica del estudiante no se desenvolvía, como la de Fantino, en una alucinación del pasado; su épica parecía más libre porque se desarrollaba en el futuro.) En esos momentos, mientras hablaba de dormir al pie del Sacré-Cœur, de unirse a un grupo de vagabundos en el Flushing Meadows-Corona Park, o de perderse como Arturo y Alicia en la selva del Amazonas, el estudiante reconocía una cierta ferocidad en el otro, que detenía el paso, y lo escudriñaba con mirada que únicamente al final, cuando ya no había remedio, fue capaz de entender.

Por las noches, cuando la soledad se apropiaba de la azotea y la puerta que permitía acceder a ella se cerraba con llave, el estudiante acostumbraba a dejar abierta la de su cuarto. Por la única ventanita

no entraba la más mínima brisa. No es que por la puerta abierta se colara alguna brisa (era la hora en que las losas de barro cocido crujían y despedían el calor del día), sólo que saber que estaba abierta estimulaba la ilusión. Al estudiante le gustaba la relación que él era capaz de establecer con la noche. Disfrutaba del olor a gas, del silencio (inexplicable) que se apoderaba de calles que regresaban al bullicio en cuanto amanecía; a veces podía contemplar las estrellas, escuchar el grito de alguna gaviota (aunque de esto no estaba seguro). Las sirenas de los barcos provocaban que la ciudad pareciera el mundo entero. Se asomaba a los terrados de los edificios que permitían ver la soberbia cúpula del capitolio, y conocía un atisbo de algo que él llamaba felicidad. Había otras cosas que, por el contrario, estimulaban en él cierta tristeza. No sabía por qué, por ejemplo, los haces de luz que se reflejaban y recorrían el cielo, como si estuvieran en guerra, y la llama perpetua de la torre de la refinería de Tallapiedra provocaban en él aquella sensación de espanto.

Fantino apareció una noche en el cuarto, bastante tarde, a pesar de que el estudiante aún estaba despierto. Había estado leyendo hasta tarde y cuando intentó dormir comprendió que sería inútil. Permaneció echado en la cama, sin esperar, sin pensar, con algunas imágenes del día y el brillo inverosímil de las letras impresas de tantas páginas leídas en inglés. Entonces descubrió una sombra en la puerta y pensó, porque era lo más lógico, que se trataba de una alucinación. Prendió la lámpara. Trató de disimular la sorpresa. Fantino, sí, Fantino que entraba lento al cuarto, demasiado parsimonioso, mirando hacia todos lados como si estuviera constatando algo que ya sabía. Se sentó en la cama. Estaba tan cercano que el estudiante sintió su aliento, el vaho del sudor de un día completo. Perdóname, dijo, necesito tu ayuda. El estudiante nada respondió, quizá no pudo. Supo acaso que se apropiaba de él la recurrente sensación de júbilo y de miedo. Tengo que pasar la noche aquí, recalcó Fantino, casi en un susurro. No había ruego en su voz, sino aquel habitual acento de un mandato. El estudiante atinó a levantarse. Tenía un pedazo de pan y se lo ofreció. También le dijo que podía hacerle un té negro, de esos tés soviéticos que llegaban de Georgia, aclaró. Fantino rechazó el té; el

pan se lo comió de dos bocados, sin cerrar del todo la boca. Recorrió una vez más el cuarto con la mirada y afirmó como quien está de acuerdo con alguna idea repentina: ¿Te molesta si duermo aquí esta noche? El estudiante se sintió en la necesidad de responder que no aunque ignoraba, razonó, cómo harían, la cama tan pequeña, el cuarto tan pequeño... El hombre abrazó al muchacho (qué olor a sudor), le dio las gracias, sonrió y concluyó con una frase que, explicó, repetía su madre: Una noche la pasaba un sapo debajo de una piedra. Yo duermo en el suelo, anunció, estoy acostumbrado. Se desnudó. Se echó en la cama. Apagó la luz. Pero Fantino al parecer no creía de verdad en aquello del sapo y la piedra, porque no se acostó en el suelo, se echó en la cama, al lado del otro, con la cabeza para los pies. El estudiante supo del calor de sus piernas, de sus pies (qué olor a sudor) y, por supuesto, quedó tenso, sin saber qué hacer, sin moverse, con la conciencia de que cualquier movimiento podía desencadenar una catástrofe. Aunque por fortuna y casi al instante, escuchó la respiración enérgica de Fantino en el sueño, que se confundía con el estruendo oscilante del ventilador soviético que parecía a punto de caerse a pedazos.

Tengo miedo de salir a la calle, reconoció Fantino. La Habana, dijo, se había convertido en lugar peligroso. Rogó encarecidamente al estudiante que lo dejara estar allí, unos días, sólo unos días, hasta que se resolviera el problema. Al estudiante el ruego le sonó artificial; en él parecía haber escondido un mandato. Sintió la incertidumbre de quien escucha una verdad con la certeza de que es falsa. No sabía qué pensar. No supo encontrarle un porqué a la mentira.

Cinco días (con sus noches) estuvo Fantino encerrado en el cuarto. La puerta que antes se mantenía siempre abierta debió cerrarse a las miradas de las vecinas que subían a tender y de los adolescentes que se reunían a la anochecida alrededor del banco de las pesas. Sólo el muchacho bajaba temprano en busca de algo que comer. Se iba hasta Jesús María donde una anciana gordísima llamada Saturnina vendía croquetas de pescado dudoso y panes de harina incierta. Sabía que, si iba temprano, en una antigua cafetería de la calle Obispo podía encontrar refrescos de limón. Así lograron sobrevivir los cinco días. El

estudiante no tenía problemas para, como decía Fantino, «dar de vientre» (al estudiante la expresión siempre le daba gracia, una expresión primitiva, de campo adentro, pensaba el estudiante). Lo hacía con el decoro indispensable, porque un amigo, carpetero del hotel Ambos Mundos, le permitía usar el baño de los empleados. Fantino, en cambio, debía valerse del tibor de los Manrique de Lara que el estudiante se encargaba de vaciar cada noche por un desagüe roto del cuarto piso. Como el cuarto no tenía baño, se improvisaba con una palangana que el muchacho había rescatado alguna vez de un basurero de la calle Picota cuando se encuentra con la de Desamparados.

La mañana del quinto día el estudiante despertó más tarde que de costumbre. Eran las diez de la mañana y el sol pasaba a través de la ventanita alta y formaba triángulos de luz sobre las sábanas. Fantino no estaba ni en el cuarto ni en la azotea. Las vecinas lavaban y tendían. Saludaron al estudiante sin sombra de burla o de suspicacia. Se fue al hotel Ambos Mundos y pasó después por casa de Saturnina a comprar pan con croquetas. Cuando regresó, Fantino no había regresado. Tampoco regresó esa tarde, esa noche. Tras dos días de expectativa, el estudiante esperó a que cayera la tarde y salió como había hecho hasta hacía unos días. Bajó hasta la calle Oficios y se vio en el convento de San Francisco. Anduvo con calma y apariencia despreocupada. Dio la vuelta inútil alrededor del Castillo de La Fuerza. En el banco habitual del Parque de los Filósofos había dos ancianos que discutían algún tema con vehemencia y sólo cuando el estudiante se acercó hicieron silencio y bajaron los ojos. Salvo ellos, el parque estaba tranquilo. Al estudiante le pareció que un niño trepaba por el tronco de un árbol. El cielo se había nublado hacia el norte y cualquiera hubiera jurado que llovía mar afuera, porque el mar, el horizonte y el cielo hacían pensar a lo lejos en un muro color gris compacto. Regresó sobre sus pasos. Se sentía nervioso y trataba de no aparentarlo. Pasó bajo un cartel que decía: ¡Palabra de cubano: Van! Llegó a la Plaza de la Catedral y se sintió ligeramente bien en la oscuridad de los portalones de los palacios de Casa Lombillo y Marqués de Arcos. El restaurante El Patio estaba vacío aunque se

escuchaba el piano de Esther Montalbán. El piano, bolero tras bolero, «otra noche esperé, otra noche sin ti aumentó mi dolor...», hacía del silencio una amenaza aún más extraña. Siguió por la calle Empedrado, hasta el mar, otra vez. Deambuló sin saber qué hacer, adónde dirigirse. Se fue hacia el suroeste, o eso creyó. En algún momento comprendió que se hallaba próximo a los muelles de Tallapiedra. Un hombre, que recogía cosas de la basura, se irguió para mirarlo. El estudiante dio un rodeo para no aproximarse demasiado. Se descubrió pensando en el alcantarillado de La Habana, en los beneficios higiénicos de la ocupación norteamericana. Se preguntó cómo sería la ciudad sin albañales. Aunque no miró directamente al hombre, el estudiante supo que había abandonado el basurero. Desde el balcón de un edificio apuntalado, una mujer gritó algo, no supo qué. Por aquel camino se llegaba a la Vía Blanca, pensó. Escuchó su nombre desde un lugar absurdo. No reconoció la voz. Quiso no hacer caso. Inexplicablemente se supo tarareando el bolero de El Patio, el piano de Esther Montalbán. No miró hacia atrás para no revelar desconfianza. Imprimió (eso creyó) resolución a sus pasos. El problema fue que no supo qué hacer con los brazos, ¿dónde los colocaba?, ¿cómo los hacía balancearse?, ¿se puede caminar con los brazos cruzados sobre el pecho? Volvió a escuchar su nombre. Casi a su espalda. Tampoco en esta ocasión la voz pareció conocida. Una voz sin intensidad, sin vida. Se decidió a mirar. No vio a nadie. Avanzó un poco más. El cielo estrellado nada tenía que ver con aquel callejón por el que iba. Cuando llegue a aquella esquina, se dijo, echaré a correr. No tuvo tiempo. No vio llegar el primer golpe. No supo siquiera desde dónde llegaba. No fue capaz de percibir la amenaza o su sombra. El estudiante sintió en cambio la fuerza que lo lanzó a la tierra. Oyó la voz, la misma voz sin vitalidad que lo increpaba. Apenas tuvo tiempo de saber qué vergüenza o qué miedo lo asombraron. Y fueron después los golpes, el dolor intenso, la sangre y además la esperanza o la certeza de que cualquier horror iría cediendo poco a poco a una placentera inconsciencia.

Por fin llega el día en que podríamos
abandonar el infierno, pero enérgicamente
rechazamos tal ofrecimiento, pues,
¿quién renuncia a una querida costumbre?

El infierno, VIRGILIO PIÑERA

Estamos tan lejos de cualquier rincón del mundo conocido que, si queremos sobrevivir, no queda otro remedio que educarnos en la práctica de la miseria. Ya sabemos: nada, nadie, nos salvará, y estamos incapacitados para hacerlo nosotros mismos. Así, como la indigencia, las ruinas y la desesperanza, cualquier peligro se nos ha convertido en habitual. Por ejemplo, los tigres, nuestros tigres (verdaderos o falsos) que vigilan cada noche puertas y ventanas. ¿A quién se le ocurriría prescindir de las fieras, de sus huellas en el fango, de su olor a madriguera, de su sombra en las noches —cuando desfilan a lo lejos, por detrás de las farolas prendidas—? Decimos que los tigres no son bienvenidos. Lo hemos escrito en cada esquina, pero lanzamos por las ventanas trozos de huesos y carne podrida (la que no podemos comer) para que no se den por aludidos con los avisos, para que sepan que siempre se les espera. Esta ciudad vive del miedo. ¿Alguien sabe qué sería de esta ciudad sin los tigres que la acechan?

10

Lluvia

Sube acá y te mostraré las cosas
que van a suceder...

Apocalipsis, 4:1

Primero, el terral. El anuncio de aquel viento repentino y sucio con olor a pantano. Desde la tarde anterior habíamos podido ver el cielo recorrido por nubes rojas y rápidas, tan bajas que parecían rozar las copas de los gomeros. Siempre con la sospecha de lo que tenía lugar en el cielo, Padre salió de casa, previsoramente cerrada a cal y canto, se quitó los espejuelos. En lugar de mirar hacia arriba, hacia el cielo, se acuclilló y miró, tocó la tierra que a esa hora estaba negra. Se irguió y dijo con aquel tono de profeta que tanto le gustaba adoptar: Mañana caerá un aguacero.

Al día siguiente, desde temprano, en un supuesto amanecer que las nubes no quisieron permitir, nos despertó, más intenso que la noche anterior, el vaho de las raíces y «las entrañas empapadas del mundo» (ésa era la sentencia habitual de Padre los días de tormenta). Digamos que el aguacero irrumpió por fin en el otro sueño, en el más inaudito, en el de la realidad, y las calles, los árboles, las casas desaparecieron tras los sucesivos lienzos del agua. Nadie faltó, lo recuerdo. Nadie quedó encerrado, nadie quiso permanecer, como en otras ocasiones, mirando desde la ventana, y dejar pasar un suceso como aquél, que siempre tenía el valor de los descubrimientos: la lluvia deshaciendo la consistencia de las cosas más consistentes. Todos querían comprobarlo

por sí mismos, saber que sí, que era verdad, y sin faltar uno, sin desayunar, casi sin asearse, corrieron a las calles mujeres y hombres, sanos y enfermos, ancianos y niños, austeros e impúdicos, optimistas y sombríos, infelices y bienaventurados, envidiosos y nobles de corazón. Nuestro pequeño pueblo, todo, se lanzó a las calles oscurecidas por nubes urgentes que simulaban inmensos pájaros prehistóricos. Vimos descender un río de agua y de gente; agua turbia que se dejaba caer con fuerza desde las líneas del tren, desde los caminos altos, desde las colinas, desde los sembradíos y arrebataba a su paso las hojas y las ramas de árboles doblegados por el torrente, para entrar a los jardines, amenazar las puertas de las casas, y penetrar finalmente en ellas. Aunque nadie se dejó perturbar por semejante intimidación (o, lo que es lo mismo, el miedo no había hecho su aparición definitiva). No recuerdo a alguien tan cuidadoso que se detuviera a contemplar la altura que alcanzaban las aguas del aguacero de verano que era, al mismo tiempo, el último de noviembre. Supongo que andaban preocupados por abrir los brazos, por correr y girar, como en los bailes o en las ceremonias, hacia los numerosos rumbos del viento, y levantar la cara al cielo, ansiosos por que el agua golpeara allí, con fuerza, como si aquella tormenta no fuera el preludio de tantos peligros.

Fui de los pocos que no quiso participar de aquel ritual primitivo. Yo tenía mi propia alegría y mi propia ceremonia. Escapé contento de saber que no tendría clases esa mañana, con la inmensa satisfacción de saber las horas de travesía que me esperaban, solo e inmóvil en mi escondrijo. Corrí hacia la cuesta de las últimas casas; dejé atrás la parroquia, los potreros; bordeé el cementerio, hacia el camino de palmas que llevaba a la inmensa arboleda que me gustaba llamar «el bosque», y en cuyo centro, demasiado tiempo atrás, se había levantado la antigua estación de trenes. El lugar podía haber sido nostálgico si no fuera porque provocaba un poco de miedo. El edificio, o lo que alguna vez fuera el edificio, carecía de techo; sólo conservaba, además del nombre, algunos muros de piedra y lo que sin duda debió haber sido un hermoso piso de mármol, salpicado de helechos, así como las bases descoloridas y devastadas de falsas

columnas corintias de un hierro oscuro, casi verde. Siempre recuerdo uno de los muros, en el que se veía un retorcido entramado de hierros desde donde con seguridad se vendían los billetes.

Contaban los viejos más viejos, con cierto orgullo y hasta con regocijo, como si la saborearan, la historia de aquel loco acaudalado, el señor Marqués de la Laguna, que nunca fue marqués, ni mucho menos, aunque sí es cierto que acumuló una gran cantidad de dinero. Se decía que había sido un pobre campesino de Lousadela, cerca de Lugo, una aldea perdida de Galicia, y que llegó como soldado de la primera guerra de Cuba, y acá en la isla se quedó, casado, como Dios manda, con una negra bellísima. En nuestro pueblo hizo fortuna gracias a una fabriquita de tabaco que creció y creció, y fue la primera y única fábrica de nuestro pueblo en toda su historia de doscientos años. Y referían los viejos que, además de su negra, y sus descendientes, mulatos y hermosos, como Dios manda, la pasión del Marqués no eran los habanos sino los trenes. Por eso había empleado gran parte de la fortuna en construir la estación, ahora en ruinas, grandiosa en otro tiempo, tan desmesurada y con aspecto de teatro de zarzuela; fuera de lugar, por completo, en el anodino entorno de nuestro pueblo. Explicaban que el Marqués se propuso (y consiguió) que por el pueblo olvidado, casi sin nombre en los mapas de la isla, pasaran los trenes más rápidos, los ferrocarriles principales de la región de Occidente, los que llegaban de Pinar del Río cargados con las pacas de tabaco curado para la fábrica, y a La Habana se iban con pocos pasajeros y abundantes brevas de calidad. Lo más extraño, sin embargo, fue siempre el vagón. Porque, aparte de la estación estrafalaria, el Marqués se hizo construir, en alejados raíles que a ningún sitio conducían ni conducirían jamás, un vagón especial, con todos los lujos, el más suntuoso de los vagones, mucho más señorial, detallaban, que aquel de Madrid donde viajaba la mismísima María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Quienes lo conocieron cuando aún era lo que era, hablaban de un vagón azul con puertas de maderas nobles y alfombras de Savonnerie, cortinas hechas con satines de la China y butacas de pieles traídas de Saint Louis. Allí, durante muchas tardes y muchísimas noches, iba a recogerse aquel señor gallego de Lousadela,

soldado de la primera guerra de Cuba, y luego cacique de nuestro pueblo, con la orden expresa de no ser molestado. En su vagón inmóvil, ajeno a nuestro pequeño mundo, y a todo el mundo, bajadas las cortinas chinas de satín, permanecía días enteros, para reaparecer (cuando reaparecía, cuando le daba la gana) con los ojos brillantes y hablando sin parar y con un entusiasmo que nadie se sentía capaz de entender.

Casi todas las tardes, como aquel marqués que nunca fue marqués, iba al viejo vagón y me escondía y lograba las más gloriosas de las escapadas. Sí, el vagón olvidado me servía para desaparecer del caserío y de su lánguida rutina. En él solía recorrer largas praderas, valles improbables, cordilleras que se perdían entre las nubes, y que, como buenas cordilleras, no terminaban nunca. Invocaba nombres que buscaba en los atlas, en los libros de Verne, de Stevenson, de Salgari, de Melville... Nombres espléndidos de ciudades desconocidas (más espléndidas mientras más desconocidas), para otorgarles a mis aventuras el rumbo y el misterio que deseaba. Conseguía alejarme del pueblo. Me iba a lugares de lejanías excesivas que, no tengo que decirlo, en mi casa hubieran sonado a desvaríos: Renania, Viena, Brujas, Roma, Budapest, Veracruz, Zaragoza, París... En aquel coche, lo juro, pasé sed en el desierto de Mojave, y perdí el rumbo en la sierra de Curupira, y sentí terror ante el inmenso macizo de los Bongo, y conocí la extensa blancura de las tierras blancas de Baviera, y supe que el tiempo no transcurría, o lo hacía de otro modo, en las amarillas estepas de Kirguisia. No obstante, aquel día, aquella mañana de noviembre, lo que importaba era el presente del aguacero. Ese ahora cerrado y ruidoso de la lluvia torrencial. No había necesidad de invocar la imaginación: la lluvia tiene la virtud de sustituirla con eficacia.

Hubo un momento en que todo se detuvo, como si se hubiera suspendido el ritmo natural de las cosas Aunque no sea fácil, intentaré explicarlo. El cielo sombrío y áspero descendió como una piedra. El turbión simuló una cortina inmóvil, como si el viento hiciera más denso su color terroso y quedara fijo entre los árboles. Y es que los árboles mismos se podían ver con una quietud amenazadora. Digo que

se podía ver el silencio, tan visible como una pared. Resistente, oscuro, definitivo silencio, tan pesado como el cielo. Me senté en aquel suelo sucio, ya sin alfombra, del vagón del Marqués. Tenía miedo, por supuesto. Un miedo cuya causa concreta no hubiera sabido revelar y que a lo sumo llegó acompañado de conjeturas, de premoniciones, de una melancolía anticipada. De algún modo lo supe: no quedaba otro remedio: escuchar, espiar el aguacero, esperar. ¿Esperar? Sí, aceptar la espera y tener miedo.

Debí ponerme de rodillas y mirar a través de las anticuadas ventanillas que ya carecían de cortinas y cristales, y por las que debía de colarse el viento, el agua, la tormenta. No estaba detenido, no. Aunque el vagón no estuviera avanzando por entre el torrente, las cosas, y digo «las cosas», a falta de expresión mejor, comenzaban a moverse a mi alrededor. Primero, fue un caballo, como una exhalación. Luego, dos, tres caballos encabritados. Hombres desnudos emergían de la lluvia. Hombres con machetes y expresiones feroces. También desnuda, una tea en alto, una mujer pasó corriendo hacia no supe dónde. Lo recuerdo: me asombró que la lluvia no lograra apagar del todo el fuego de la antorcha. El viento estaba poblado de gritos que no se escuchaban. El silencio persistía, como la oscuridad. Dos hombres se enfrentaron a machetazos. El agua se tiñó de rojo, un rojo oscuro casi negro, y bajó como el torrente de los sembradíos y se desplomó hacia donde supuse que estaba el pueblo. En algún momento fueron muchos los caballos desbocados, con hombres montados a pelo, que combatían a golpes y a machetazos. Y hubo otros hombres, también desnudos, que iniciaron una batalla cuerpo a cuerpo. Se alzaron machetes, brazos, dagas. Se alzaron y bajaron con rapidez. Los cuerpos se enrojecieron; la lluvia los limpió. Se despedazaron casi sin saña. Parecieron cumplir un acto calculado y necesario. Cayeron al agua. A veces cayeron juntos, como si luego de tanto pelear hubieran accedido a la despedida de un abrazo. El tren avanzó sobre el agua roja. Sentí que cruzábamos por entre los cuerpos, por entre el torrente casi negro y los trozos de brazos, manos y piernas. Hubo relámpagos que no eran relámpagos. Nada tenía que ver este viaje con los hermosos paisajes de las praderas de Indiana.

Tampoco con las marismas de Venecia. Ni con el Rin a su paso por el lago de Constanza. Era un tren desvencijado que se abría paso por entre una matanza.

Luego de la tormenta, el pueblo regresó al orden de sus cansadas costumbres. Con toda lógica, en ese interminable verano de la isla, después de la lluvia, las nubes se abrieron y descubrieron un cielo atardecido, terso, levemente encendido por el sol del ocaso. Abandoné el viejo coche, las ruinas de la sombría estación del Marqués de la Laguna. Volví cauteloso a mi casa. Intenté ir despreocupado, sonriente, como si nada temiera. Mis miradas eran las de alguien que «nada había visto, que nada sabía». Logré simularlo con eficacia, todo hay que decirlo. Sin embargo, era fácil comprender que los demás iban fingiendo como yo. Conversaban, cantaban, reían, igual que yo. Con idéntico artificio. Los vi mover brazos, manos y caderas, los vi bailar, simular que gozaban al son de un entusiasmo mentiroso. Hasta un niño hubiera podido descubrir en cada palabra, en cada sonrisa, en cada actitud, una punta de sobresalto, de sospecha, hasta de terror. Una pregunta ondeaba como una bandera destrozada, en el aire pulcro de la tarde de noviembre, después del aguacero.

La casa estará oscura a pesar de la ventana abierta al calor y a la laguna de Condado. La neblina indicará que el amanecer es todavía una tendencia pausada, como el agua. Detrás del lago, brillarán por contraste los edificios altos. Y cerca, como cada día, pasará el joven atleta. Mantendrá perfecto el inevitable equilibrio sobre la tabla de surf. Alto, delgado, ligeramente musculoso, la piel oscura, vestido sólo con traje de baño, la cabeza cubierta por un pañuelo rojo. Irá lento como el amanecer, como el agua. El remo apenas conmoverá la superficie de la laguna. Supondrás, como cada amanecer, que debe de ser la única hora posible para el entrenamiento. O bien se irá más tarde a Río Piedra, o bien al taller, la oficina, la cafetería. Dirás adiós, como es costumbre. Él alzará uno de sus brazos y sonreirá. El brazo, todo el cuerpo brillará de tanto sudor. El esfuerzo es esa luz, la luz de la piel, dirás por lo bajo. Pero hoy sucederá algo nuevo. Después de meses, el atleta se desviará de su ruta. Se aproximará. El sol por fin dará de lleno sobre la figura del joven. Se desharán los restos de neblina. La laguna brillará a semejanza del cuerpo del atleta. Todo será diferente y nada habrá cambiado. Ahí estarán las palmas del jardín, verdes y empinadas, como torres. El pájaro que habitualmente revolotea, se volverá a posar sobre la uva de playa. No te sorprenderás. Ni siquiera cuando escuches una voz:

For you they'll be no more crying.
For you the sun will be shining.

Lento, veloz, como si no avanzara, el atleta se acercará a la orilla. Para entonces será completamente de día.

11

El tomeguín

No eran hermanos, ni siquiera parientes y sin embargo sorprendía el inmenso parecido entre ambos. En el pueblo, a Fernando y a Fernando José los llamaban «los jimaguas», y eso que pocos estaban al corriente de lo más asombroso: que habían nacido el mismo día del mismo año. De haber conocido semejante circunstancia, los del pueblo, ¿qué no hubieran sido capaces de murmurar? Por supuesto, también ignoraban que a veces, en las tardes, dormían abrazados, sudaban juntos y compartían los mismos sueños y hasta las mismas dudas. No eran gemelos, no estaban emparentados, sus familias apenas se conocían, y esa ausencia de filiación permitía acaso que aquellos dos muchachos se unieran más. Por otro lado, y por razones del santoral (habían nacido el 30 de mayo), los dos tenían el mismo nombre. Eran altos, delgados, bastante fuertes: catorce años cumplidos con alegría y disposición. Tenían rasgos parecidos, casi exóticos, como si no fueran del pueblo, como si hubieran llegado de lejos. Ojos de rasgadura más tártara que china; bocas grandes, dientes recios, vulnerables a la sonrisa; pelo lacio, ingobernable y mal cortado, de un color oro que no se sabía si tenía que ver con la sangre o con tanto sol al que se exponían. Fernando conservaba la piel blanca, como si el sol no pudiera o no quisiera dorarla; Fernando José, en cambio, tendía a la oscuridad, como una moneda de cobre. Pasaban juntos el día y parte de la noche. Solían correr, andar por los campos. Recogían mangos, guayabas y aguacates que luego, en una canasta del padre de Fernando, vendían por las esquinas del pueblo. Construían hermosas

jaulas para pájaros. Cuando terminaban las clases en la escuelita de Valdés Rosa, el tiempo no les alcanzaba para huir a lo largo de la línea del tren que bordeaba el cementerio, hacia potreros, corrales y arboledas. Decían, como si estuvieran convencidos, que en los campos se aprendía más que en el aula. Junto al charco al que (nunca se supo el porqué) todos llamaban el Mar Muerto, rodeado de güines duros y flexibles, se habían construido un varaentierra con pencas de palma. Y allí, en aquel silencio, Fernando, el más hábil con el güin, construía las jaulas que Fernando José imaginaba.

Sucedió durante los días previos al catorce cumpleaños de uno y otro. Fernando pidió a Fernando José que lo dejara solo. No dijo para qué. Tampoco hizo falta. Durante esos días, en la soledad del varaentierra, construyó su regalo de cumpleaños: una hermosa jaula, la más trabajada y grande que había hecho hasta entonces, redonda y alta como un minarete, en la que encerró un tomeguín del pinar que había comprado por dos pesos, a Asunción, Achón, el chino viejo y pajarero de Capellanías. El tomeguín, robusto e inquieto, con máscara negra y cuello amarillo radiante, se movía como un príncipe en la jaula con aspecto de torre medieval.

De modo que poco después de que amaneciera aquel 30 de mayo en que cumplían catorce años, el más blanco de los amigos tomó la jaula-castillo con el tomeguín-príncipe, y decidió dirigirse por primera vez a la casa de maderas encaladas del otro, en lo más retirado del pueblo, más allá del tanque de agua, pasando la zanja y la línea del tren, a un lado de la pesa de caña, en una calle de tierra que lindaba con los campos, si no es que la habían levantado en el campo mismo. Escondió la jaula en el jardincito, tras un rosal y un cactus enorme, y, antes de tocar a la puerta, desató la camisa que llevaba atada en la cabeza como un pañuelo, la vistió correctamente y hasta la abotonó. La madre de Fernando José asomó la cara con una sonrisa tranquila, sin sorpresa, como si estuviera segura de que sólo podía ser el amigo del hijo quien tocara a esa hora. Buenos días, dijo. Parada allí, en la puerta, con el sol que la obligaba a entrecerrar los ojos, dio la impresión de que estuviera estudiando al chico que tanto se asemejaba a su hijo. En la sonrisa había algo de seguridad y de avenencia.

Levantó la mano, un gesto ágil y quizá inexplicable. Tenía sobre los hombros una coqueta bata de satén. La voz hermosa, grave, próxima, respondió a una pregunta que él no había hecho: Espéralo, está al llegar. Fernando entró a la sala como a una cueva. Había una gran diferencia entre los espejismos del callejón y los del camino, la casa anochecida, húmeda, de maderas impregnadas con un olor que, al parecer, persistía de tantas noches de sueño, de las transpiraciones y los consuelos del descanso. El sol se filtraba a través de las hendijas de las tablas viejas y alabeadas, y hacía más empañada la oscuridad. Tú sabes de mi hijo más que yo misma, rio ella, y echó la cabeza hacia atrás; el gesto mostró un cuello hermoso y blanco (de piel más blanca que la del hijo). Vine a traerle este regalo, y él señaló hacia el jardín como si la jaula pudiera verse a través de las maderas. Sin perder la sonrisa, la madre asintió, y recalcó levantando el dedo de uña roja, como si advirtiera de un peligro: Viene pronto, no me dijo que lo esperaras, y sé que lo hubiera dicho. Desapareció tras la cortina de caballitos de mar que ocultaba la puerta que daba al pasillo, que él creyó largo y mucho más sombrío. Quiso deshacerse del deslumbramiento de la calle, acostumbrarse a lo oscuro. De las paredes surgieron las caras sonrientes de las fotografías. En los rincones, se hicieron evidentes los muebles, las butacas de rejillas, las comadritas, el aparador antiguo, de madera tallada con tiradores que debían de ser dorados, donde no cabía una mota más de polvo, y una mesa en cuyo centro había un búcaro abarrotado de flores de papel. La mujer regresó con el pelo negro, largo, suelto, que caía sobre los hombros. Vestía falda oscura, de dobladillo bordado, y blusa de encaje. Los ojos continuaban dando la impresión de que habían descubierto algo simple, que provocaba una alegría inocente. ¿Quieres un poco de café? Él pensó que no quería café y se descubrió diciendo que sí. Ven, acompáñame, no te quedes solo. Siguió a la mujer por el pasillo no tan oscuro como había imaginado, aunque sí mucho más largo. Cada tres o cuatro metros se abrían huecos sin puertas, con cortinas de caballitos de mar. Allí, el vaho del sueño escapaba con mucha mayor persistencia. Qué calor. Se volvió, unió las manos, lanzó un suspiro. No me digas nada, un infierno y estamos en mayo, ¿qué

será cuando llegue agosto? Abierta al patio donde picoteaban las gallinas, la cocina apareció al final. Tenía una mesa grande y rústica sobre la que había granos y mazorcas de maíz, un fogón viejo, y las cazuelas de hierro negro colgadas de las paredes. Si la sala se veía sucia, la cocina, en cambio, estaba limpia y recogida. Él vio a la madre trajinar. Un poquito de café nada más, dijo, desayuné hace poco. La madre vertió el contenido de una vasija de barro en un jarro de peltre que puso entre los carbones encendidos. Unos segundos, y sirvió el café en sendas tazas. Siguiendo un gesto de ella, él se sentó a la mesa. Cuando trajo los jarros, ella se sentó también. Se había esparcido por la cocina el aroma del café. Y también un largo silencio que ella aprovechó para componer, sobre sus senos, la blusa de encaje. Él observó cómo la madre del amigo bebía del jarro de lata, lenta, alargando los labios, enseñando la punta de la lengua. Esto le hizo pensar que para ella un jarro de café era uno de los mayores gozos posibles. Apuró el suyo, dulce y claro. Como ignoró qué hacer, se limpió las uñas manchadas con la esencia de los güines y los alambres de las jaulas. Se supo turbado; no supo por qué. ¡Cómo tienes esas uñas, muchacho! Es el güin. Son iguales, tú y el otro, ¡ay, Dios!, son iguales, por algo son amigos. Qué digo amigos..., ¡si es que parecen...! No completó la frase como si la avergonzara la palabra que estaba a punto de pronunciar. Se echó hacia atrás, lo miró largo, entrecerrados otra vez los ojos sorprendidos y risueños. Se arregló el pelo. Fernando se dio cuenta de que la sonrisa de la madre tenía un enorme parecido con la de Fernando José cuando se le ocurría una idea descabellada. Hijo, ésta es tu casa, ofreció rápida, inexplicable, sin dejar de observarlo. Él no supo cómo agradecerle aquella frase fuera de lugar y volvió a reparar en las uñas ennegrecidas por el güin. La madre se levantó con excesiva lentitud, casi con pereza, recogió los jarros y los llevó a la palangana que servía de fregadero. ¿Le dijo cuándo volvía? No me trates de usted, respondió ella. Sólo entonces Fernando se dio cuenta de que iba descalza. Sus pies eran pequeños, un poco más pequeños aunque tan bien formados como los de Fernando José; la única diferencia eran las uñas, pintadas de rojo, con lunas blancas. Se acercó, tocó la cabeza del muchacho. Cómo se parecen..., tú y mi hijo.

Él afirmó con la cabeza. En el pueblo dicen que somos hermanos. Se extendió tanto el silencio, que pareció que ninguno de los dos tenía intención de romperlo. Te quiere mucho, reconoció ella al cabo. Una gallina subió a la mesa, picoteó las mazorcas de maíz. La madre ni siquiera se molestó en ahuyentarla. Sí, tienen razón. Es verdad, se parecen mucho..., la voz fue aún más grave, más cálida. Pellizcó su barbilla, lo obligó a levantar la cara y le acarició la mejilla. Él sintió un lejano y agradable olor a jabón y también a flores. Es terco como un mulo, ¿tú también lo eres? Él negó con la cabeza. Ella soltó una carcajada. No sé para qué pregunto. Responderás tercamente, que no, que no, como un mulo. Es igual. Son iguales. Ven conmigo, ven. Le apretó un brazo, como si fuera un niño, o como si fuera su hijo. Lo obligó a levantarse, a seguirla de nuevo por el pasillo hasta una de las puertas de los cuartos. En el cuarto había oscuridad. Creyó ver la cama sin tender y la ropa tirada sobre una butaca. La mujer abrió la puerta de un baño y lo precisó: A ver, dame esas uñas. Él extendió las dos manos abiertas. Ella tomó un cepillo, lo pasó sobre el jabón humedecido y comenzó a limpiarle las uñas, con suavidad y energía. La espuma se coloreaba de un carmelita verdoso. Enjuagó las uñas, las cepilló otra vez, sin enjabonarlo, varias veces. Para que no queden rastros de esa hierba dura de las jaulas. Y luego, con un suspiro: Qué manos tan lindas, parecen las de una muchacha gigante, ustedes son tan parecidos... Tomó una toalla limpia, secó las manos con fuerza; después con menos fuerza, casi una caricia. Tanto a él como a ti, me gustaría pintarles las uñas, de rosa, como si fueran muchachas. Se sentó en la cama. Siéntate aquí, pidió, dando un golpecito en la cama, hay menos calor que en el resto de la casa, este cuarto es el más fresco, no abro la ventana porque a esta hora el sol... No terminó la frase. Fernando se sentó donde indicaba la mujer. Miró un reloj sin números que había sobre la mesa de noche. ¿Qué hora es? Ella se encogió de hombros. Ese reloj no sirve, niño, en esta casa hay cinco relojes y ninguno sirve. Nunca sabemos la hora. Cerró los ojos e hizo una larga pausa. Yo miro por las ventanas y ya, no me hace falta reloj, me gusta imaginarme el tiempo. Pasó una mano por su frente, volvió a arreglarse el pelo, abrió los ojos. Así es mejor, no te creas, vivir sin

saber qué hora es, saber que llegó el día, la noche porque amanece y oscurece, nada más. Se inclinó para alcanzar una penca tirada en el suelo; se abanicó unos segundos el cuello, los brazos, la nuca. Puso los ojos en blanco, acaso para hacer patente el placer que le provocaba abanicarse. A continuación se volvió y lo abanicó, pasó una mano por la frente del muchacho, quiso levantar inútilmente el mechón de su pelo. El mismo pelo, Dios mío..., cuando niño, el trabajo que daba peinarlo..., si se lo dejaran crecer, yo misma les haría unas hermosas trenzas y se las recogería aquí atrás..., como me hacían a mí cuando niña, ahora ya no tiene importancia, el peinado de ustedes es estar despeinados, sucios y despeinados..., me hubiera gustado tener una niña, me gustaría que tú fueras una niña. Tocó la frente, el cuello del muchacho. Sudas. Eso me gusta en los hombres, me gusta que los hombres suden, los más viriles son los que más sudan, mi hijo suda tanto, a veces debo cambiarle las sábanas cada día, las manchas de sudor son del tamaño de su espalda..., yo hubiera querido una niña. En efecto, él sentía el sudor, las gotas que se deslizaban por las sienes y por la espalda, a veces pasaba la lengua por el labio superior y percibía el sabor salado. Había un calor desesperante en el cuarto cerrado a cal y canto que según ella era el más fresco de la casa. Quítate la camisa, niño. Y sin darle tiempo para negar, para explicar que le daba vergüenza, ella misma comenzó a desabotonarla. La lentitud con que lo hizo demostraba una inquietante destreza. La camisa desapareció sin que él se percatara. El pecho, por supuesto, brillaba de sudor. Ella pasó por allí la mano sosegada, casi maternal. Él miró el techo de guano, de donde colgaban (ahora inmóviles) esas banderitas de colores de todas las casas del pueblo, gracias a las cuales se tenía la ilusión de distinguir el correr de la brisa. Claro, cómo no van a sudar..., están llenos de vida. Le pellizcó, con extraordinaria suavidad, una tetilla. Aunque continuaba con los ojos clavados en el techo, supo que la madre dejaba de sonreír, que desplazaba la mano de una tetilla a otra. Supo que las tetillas, ligeramente abombadas, y alrededor de las cuales hacía poco habían comenzado a brotar vellos rubios y enmarañados, empezaban a despertar, y que avisaban al resto de su cuerpo. Sintió que ella acariciaba suave las tetillas húmedas

como si deseara que los vellos perdieran su aspereza. Aquel otro es igual, si lo sabré yo, que soy su madre, ¡Dios, suda tanto...!, exceso de enjundia, digo yo, es el vigor sobrante, que se suda, bueno, quiero decir, no hay cuerpo que resista el forcejeo de esa entraña dentro, tanta vida acumulada, cuando uno tiene la edad que ustedes cumplen hoy, tiene el mundo dentro, ¿entiendes? La vio levantarse, ir al escaparate, abrir una de las puertas y sacar una antigua caja de bombones forrada con papel dorado, atada con cintas verdes y rojas. Creyó que una expresión de melancolía borraba por un instante la picardía de los ojos. Aquí está mi juventud. Los mejores años de mi vida, la felicidad y la energía. Desató las cintas, abrió la caja. Observó el interior con expresión maravillada, como si el contenido la asombrara. Avanzó hacia la cama, sin dejar de inspeccionar el interior de la caja, volvió a sentarse. Secó, teatral, una lágrima imaginaria. Niño, ¿no te sientes inmortal?, cuando jovencita, yo era inmortal. Sacó riendo de la caja una foto amarillenta y la tendió. Él vio una joven hermosa, con el mismo pelo largo, abundante y suelto, y un vestido de flores. Parecía observar el mundo a través de una nube. Bonita, ¿verdad? La voz tenía ahora también algo de satisfecha. Él afirmó sin levantar la vista. Trece años. Irguiéndose, la miró con fijeza y por un momento se sintió tentado a decir algo. Bajó la mirada sin articular palabra. No lanzó la pregunta que se convirtió en una respiración dificultosa, o un susto, o una excitación. ¿Qué ibas a preguntar? Linda muchacha, pero usted sigue siendo una hermosa mujer. Y era verdad. Y se percató de que ella sabía que era verdad, aun cuando parecía concentrada en la cajita. Le alcanzó otra foto. En ésta se la veía de cuerpo entero, vestida de blanco, traje largo y blanco, acaso de tules, cintas de raso, recostada a una columna salomónica, como una actriz. Tratando de imitar a Lili Damita, el día que cumplí catorce años, la misma edad que tú y mi hijo cumplen hoy. Miró el reloj sin números. Dejó la caja sobre la mesa de noche. Estuve enamorada de Richard Arlen, me enamoré de él cuando lo vi en *Alas*. Ahora estaba seria, en silencio como si esperara una observación que él desconocía. Acarició otra vez el torso del muchacho. Atrajo al muchacho hacia sí de tal modo que la frente de él quedó contra su vientre. Él se dejó atraer,

dócil, sin preguntarse nada, con algo de susto (un susto alegre), y la rara sensación de que todo aquello resultaba tan magnífico como inevitable. Le gustaba aquel olor a jabón, a hierba, a flores. Le pareció que escuchaba la respiración de la mujer. Su presencia se deshizo rápida y sintió que Fernando José ocupaba el lugar de la madre. «No es ella, pensó, eres tú.» Y sin casi darse cuenta, comenzó a acariciar las piernas de la madre. Con el dorso de la mano, ella secó la espalda empapada de Fernando. Catorce años, como mi hijo, hoy empiezas a ser un hombre, aunque me gustaría pintarte las uñas. Y soltó una falsa carcajada. Él se desprendió de las manos, se irguió, titubeó, trató de atrapar la camisa. Echada hacia atrás, ella volvió a observarlo fijamente, a la boca, al pecho, con su mirada de radiante asombro. Él se dejó caer dócil sobre las sábanas sucias.

Fernando recordó la primera vez que había visto desnudo a Fernando José (fue asimismo la primera vez en que Fernando José vio desnudo a Fernando) aquella tarde de agosto, casi anocheciendo, en que se habían despojado de la ropa en La Madama, unas ruinas del tiempo de la colonia, más allá de la finca Potrerillo, un poco por divertirse y otro poco porque hacía un calor de lumbre, y mucho más porque, según se contaba, los antiguos miembros de la casa, masacrados durante la última guerra de independencia, aparecían durante las noches, completamente desnudos y cubiertos por una luz azul. Y así, desnudos, se acostaron uno junto al otro, sobre la hierba, sobre los helechos de la antigua cocina del caserón, a esperar a los muertos. No podía olvidar la respiración agitada de Fernando José (al ritmo de la suya), el perfil completo que él sabía tan semejante al suyo, las manos que buscaban las otras, sin saber exactamente qué manos buscaban y cuáles se dejaban encontrar. Él mentía, decía que tenía miedo. El otro lo abrazaba y respondía, tembloroso, que no había razón. ¿O había sido al revés? La noche se traspasaba, con idéntico fuego, las antiguas vigas del techo. Enlazados, sudorosos, simulando que acechaban a los muertos y que tenían miedo. Hermosa noche, la de los muertos de La Madama. Los muertos nunca aparecieron. Ellos, abrazados, se fingieron muertos.

Se dejaron deslumbrar por el brillo de la tierra apisonada del

callejón. Él colocó su mano en la frente a modo de visera, alcanzó el jardín de un paso largo y sacó la jaula del escondite. Detenido un instante frente a la puerta, observó la larga y luminosa franja. El callizo parecía perderse hacia los potreros. Siguió la línea del tren, saltó de traviesa en traviesa. Como de costumbre, el sol confundía el paisaje, un amasijo de tono blanco. Siempre, a esa hora, el paisaje tenía algo indefinido, como un reflejo en la superficie blanco verdosa de alguna laguna quieta. A lo lejos, las lomas se borraban tras la bruma de un fuerte resplandor azul. La mañana se convertía en mediodía. El silencio se iba mezclando con el calor y con la luz. Cada hoja inmóvil de cada árbol inmóvil mostraba idéntico brillo y olor a incendio. Pasó junto al cementerio cuyos muros casi no se distinguían. Dejó atrás los potreros. Llegó a la laguna, llamó al amigo y el grito, como era de esperar, quedó suspendido sobre los falsos nenúfares. Se sentó a esperar junto a la orilla cubierta de juncos. Sus pies se hundieron en el agua. Le gustó el frescor y el breve sonido del agua. Se quitó la camisa, volvió a atarla a su cabeza. Ahora la jaula le pareció pequeña y frágil. Abrió la portilla y sacó al tomeguín asustado.

Un hombre llega a un bar y pide cerveza negra. Ha hecho una larga travesía. Bebe directamente de la botella. Me acabo de comprar una casa cerca de aquí, explica al camarero. Bienvenido, responde el hombre mientras limpia el mostrador. Es una casa hermosa, con maderas nobles de estos bosques de New Jersey. El camarero sonríe. El hombre recalca que han sido gozosamente torcidos los caminos para llegar a esta casa. Mi casa está en Long Hill Road, explica, como si el otro necesitara la constatación. Un pequeñísimo y bajo palacio de amplio porche (con columpio) y puerta enorme, de 1907, que los dueños anteriores se hicieron traer desde un antiguo fuerte de Montana. El techo, a cuatro aguas, es recio, construido a conciencia, para los temporales. También hay un jardín, explica mientras bebe la cerveza helada. El camarero le ofrece un platico de aceitunas negras. Al menos en primavera y verano será un hermoso jardín, ríe el camarero. Ahora llega el otoño, recalca el hombre, y las flores aprovechan el último momento y comienzan a recogerse antes de desaparecer durante el tiempo que persistan los vientos y las nieves, sin embargo, y tiene que creerme, aun en invierno, será un jardín. Lo creo, vaya si lo creo, responde el camarero con una carcajada. La cocina es lo más extenso de la casa, el lugar donde comer, escribir y descansar, y en las noches se alza un silencio tan abierto que duermo en lo alto, por encima del mundo. El sagrado mundo. Usted lo ha dicho, el sagrado mundo. ¿Otra cerveza? Sí, otra, usted no sabe lo que esta casa significa para mí. Puedo imaginarlo. No, no puede, vengo de tan lejos..., de todas las guerras, de todos los desiertos, de todos los bosques y los mares (que no son siete, eso es mentira, son muchos más), vengo del odio y también del amor, y de un amor que nada tiene que envidiar al odio, vengo del horror y de la maravilla, y le juro que necesitaba llegar a mi casa, descansar. Entonces, está usted en el lugar

justo. Aquí, sí, en esta casa de Long Hill Road. ¡Qué bien! Por fin un rincón donde olvidar que alguna vez tuve esperanzas inocentes. Un largo trago y la cerveza negra baja alegremente por su garganta. Y le digo que se aprende, claro que se aprende, porque óigame bien, amigo, la esperanza puede ser algo que ya ocurrió. O el presente, comenta el camarero que cree que entiende (y no, no entiende). Será mi última casa, y será la mejor, próxima al Passaic River, en esa bellísima calle perdida que se llama Long Hill Road.

12

Muerte en Milán

Para Michèle Ramond y
Milagros Ezquerro,
en Sète, donde *«la mer fidèle y dort sur mes tombeaux!»*

Mi nombre es Salomón Arenales. Soy (fui) poeta cubano. Escribo la palabra «poeta» sin rubor alguno. La otra palabra, el gentilicio, me provoca cierta turbación, aun cuando no sea justo, puesto que nada de lo que evoque semejante gentilicio es culpa mía. Yo sólo puedo responder por mis poemas (buenos, regulares o malos), por algunas circunstancias de mi propia vida y tal vez (no estoy seguro) por mi cobardía (que ya es bastante). Ni siquiera soy responsable de mi muerte. Debo además aclarar que fui acuchillado en una calle bastante oscura (no recuerdo su nombre) luego de abandonar la estación Central de Milán. Y estoy convencido de que, para colmo, nunca serán aclaradas las condiciones en que se produjo mi muerte. Sé que no se investigará suficiente. No pierdo de vista lo que es una obviedad: aun cuando para mí mismo el asunto de mi asesinato constituya un suceso de importancia esencial, para los demás consistía en un pormenor, una pequeña noticia dentro de un mundo de «grandes» noticias (falsas o no), donde desde hace mucho el espanto se convirtió en suceso habitual. Cobarde, sí (mucho); ingenuo, no. Tanto vivo como muerto, nunca me hice ilusiones. Es lógico que para los otros haya acontecimientos de mayor envergadura. Por aquellos días, por ejemplo (no sé bien si antes o después de mi asesinato), tres jóvenes yihadistas, que comenzaban a vivir, se pusieron al volante de un vehículo y en el

Puente de Londres acabaron con la vida de once personas que también comenzaban a vivir (o por lo menos pretendían continuar con sus vidas). Entre los muertos, un hermoso español que recorría las calles en monopatín y que se detuvo a defender a las víctimas. (¿Aún queda heroicidad?) De manera que, en ese ambiente enrarecido, mi caso terminó olvidado en algún cajón de la estación de Policía, o peor, en un contenedor de basura de algún *sestiere* recóndito. Ningún policía, comisario o detective estuvo dispuesto a investigar la muerte de un viejo maricón que para colmo era inmigrante y, al momento de su deceso, se hallaba lo suficientemente enfermo como para que un asesino se tomara el trabajo de empuñar un cuchillo y clavárselo en el vientre (¡con la energía que se precisa para acabar con la vida de un hombre!). Los detectives y los analistas de la conducta pensarían, con razón, que había algo raro, imposible, inútil, en el homicidio del viejo que ni siquiera poseía un antiguo reloj que poder robar. Conclusión: yo, Salomón Arenales, poeta cubano en el exilio, y por eso mismo poeta olvidado, pasé a engrosar la lista (más numerosa de lo que se sospecha) de las víctimas de crímenes perfectos, eso que los norteamericanos lacónicos y precisos llaman *cold case*.

Justo será recalcar, sin embargo, lo que siempre subrayé, antes y después de morir: que yo fui, desde mi nacimiento, una especie de cold case. Fui alguien a quien buscaban silenciar por todos los medios, volverlo invisible, una especie de fantasma que se halló con persistencia en una lista, ni siquiera el nombre en una lista, sino un número, pura estadística policial, tanto vivo como muerto, caso frío, gélido, en la sala de autopsias del Istituto di Medicina Legale, a la espera de alguna conclusión, a pesar de que no fui un mal poeta (o quizá —es útil insistir— justo por ser un poeta aceptable). Y que conste, comento todo lo anterior sin autocompasión, con absoluta ecuanimidad, incluso con una pizca de la alegre ironía que por fortuna me acompaña más o menos siempre, aunque con mayor énfasis durante los últimos años de mi vida, más ahora que padezco una muerte mayor que la de antes. Muerto, muerto. Muerto total, a todos los efectos.

Como cada noche, también aquella madrugada (serían

aproximadamente las dos de la mañana) abandoné la estación Central de Milán, camino de mi refugio en Quarto Oggiaro. Últimamente iba mucho a la estación Central. Cerca de la casa de mi niñez, por detrás de lo que fue en tiempos gloriosos el palacio de Francisco Durañona, todavía quedaban las ruinas de la vieja estación que hacía el trayecto desde Puentes Grandes hasta Hoyo Colorado. Allá nos íbamos los muchachos por las tardes, luego de clases, a correr y a jugar, a imaginar viajes larguísimos, hasta la India (como se ve, aún no sabíamos qué significaba vivir en una isla). Desde entonces me han gustado las estaciones de trenes; hasta las feas, o las horrendas, como es el caso de la más importante estación de Milán. Es una estación pretenciosa, fascistona (inaugurada en 1931). Espacios desalentadores, luz intensa, ausencia aterradora de amparo, tanto para el que parte como para el que llega. Si algo aprendí a lo largo de mi vida, fue que por un lado andaba la realidad y por otro la imaginación. Quiero decir que por fea que se presentara la realidad de la estación de Milán, allí estaba la imaginación o, más precisamente, la literatura para recomponerla. Y comoquiera que fuese, a Milán llegaban trenes, de allí partían trenes, había trasiego de viajantes, fardos, matules, maletines, pañuelos, despedidas y encuentros. Amantes que se decían adiós (más abundantes que quienes se daban la bienvenida), con los ineludibles besos de la impotencia. Hijos que marchaban a su destino, casi siempre con júbilo. Personas que regresaban luego de un triunfo que ellos creían un fracaso. Ancianos que partían solos y, por supuesto, nunca levantaban el brazo del adiós. Muchos «liaban bártulos» (¡hermosa frase en desuso!) y se alejaban, se iban, quizá por un tiempo, quizá para siempre: «por un tiempo» en ocasiones ¿no es el modo de enmascarar un «para siempre»? Las líneas de hierro se bifurcaban en todo sentido, hacia los cuatro puntos cardinales, o los cuatro vientos, hacia la Toscana, el Lacio, la Campania... Hacia el norte de los lagos y los Alpes. ¿Qué mejor símbolo para hablar del viaje que una estación de trenes? Siempre dije y repetí machaconamente que quizá el viaje sea la metáfora capaz de explicar al hombre y su relación con el mundo. Mucho más que los aeropuertos, donde todo ha tenido un aire efímero, leve, volátil. Las

estaciones de trenes servían para entender ese «misterio completo»: la huida, la ausencia, el vacío, la impalpabilidad y también lo terrenal. Es que soy (mejor dicho, fui) un hombre antiguo, demasiado antiguo, de una época bastante anterior a mi nacimiento; siempre supe que era un hombre del siglo XIX, y esa condición me permitía el lujo de no comprender ciertas cosas. Para mí resultaba más fácil admirar un zepelín que un Airbus A380. Hubiera preferido asistir en el Campo de Marte a la salida de aquel globo llamado *Ville de Paris*, del toldero Pérez, que ver en Cabo Cañaveral el despegue de una nave hacia el espacio. ¿Qué se le ha perdido al hombre en el espacio con tantas cosas desperdiciadas que hay por acá, sobre la estricta tierra de siempre (baldía o no)? Y después de todo, en los aeropuertos existe siempre algo aséptico, inhumano, frívolo. Esas tiendas una detrás de otra que venden cosas inservibles sin las que no se puede vivir... Librerías con el último best seller sobre alguna catedral misteriosa o sobre el robo de una importante obra de arte... Ese mundo ridículo del yuppie, del joven o la joven trajeados con ropas oscuras y bien cortadas, maletines de cuero, pelo envaselinado hasta la rigidez, bufandas cursis, aire pretencioso de quien tiene las claves del dinero y, en consecuencia, de la vida verdadera. Edificios terriblemente policiales. Como se sabe, los ángeles huyen cuando ven aparecer a la policía, aun cuando a veces los policías parezcan ángeles. La policía fue creada en el momento justo en que el hombre comprobó la muerte de Dios. Los aeropuertos, como los cuarteles o las cárceles, no se prestan para inspirar un libro de sonetos.

Por eso iba cada tarde a la estación Central de Milán. Es pavorosa, cierto, pero a ella llegaban y de ella salían trenes. Y eso es lo que me importaba. En cuanto anochecía, me dirigía hacia allí con mi antiquísima libretica Chautauqua (de 1921) y mi bolígrafo, a tomar notas y ajustar endecasílabos que se me daban con suelta elegancia (lo digo sin jactancia). En aquel lugar atroz, las horas se iban rápidas y gozosas. Como me sentaba en el suelo, apartado de todos para observar mejor, a veces incluso me caía la moneda de algún viajero piadoso (o indiferente: eso nunca estuvo claro), con la que iba a la máquina expendedora de refrescos y adquiría una Coca-Cola que

invariablemente me recordaba mi niñez, mi adolescencia habanera, los Ten Cents de las calles Monte, Galiano y Obispo, la Sears de la calle Amistad, frente al parque de nombre tan bonito y falso, «de la Fraternidad». También me recordaba la máquina expendedora de refrescos del colegio Flor Martiana, mi colegio, adjunto al Cuartel Militar de Columbia.

Una calurosa madrugada de agosto, abandoné la estación de trenes rumbo a mi refugio de Quarto Oggiaro. Últimamente parecía difícil ver estrellas en Milán. Sin embargo, algo en el cielo de la noche, o en la tierra oscurecida por el cielo de la noche, permitía presentirlas. Un cielo profundo, quieto, de verano, al que no lograban perturbar los reflejos naranja de las farolas. Se sentía con fuerza el olor de los olivos que no había; aroma que yo disfrutaba sobre todo porque nada tenía que ver con los olores del jardín de mi casa, allá, en La Habana, o la perseverancia de jazmines y galanes de noche de las calles que rodeaban al Parque de los Chivos, rincón preciso donde viví hasta los dieciocho años. Lo más parecido podía ser el olor de los almendros de la India bajo cuya sombra nos sentábamos a machacar los frutos inútiles. Era jueves. El día de mi muerte fue un jueves 17 de agosto. Había pocas personas en las calles, si acaso algún taxi, fiesteros trasnochados, algún trabajador o trabajadora de la noche, con esas caras entre tristes, esperanzadas y como borradas por el sueño. Bajé por Battista Pirelli hasta la rotonda de Aldo de Benedetti. Me sentí dichoso. Cuando llegué a la vía Filippo Sassetti me interné por un laberinto de calles. Iba convencido de que mi libro de sonetos sobre viajes, partidas y regresos sería un éxito. Hasta tuve la ingenuidad de creer que podía sacarme de la miseria.

Un pequeño milagro tuvo lugar en una esquina. Siempre dispuesto a leer los mensajes del mundo, me di cuenta de que una de las farolas, que estaba apagada, se prendió en cuanto estuve debajo. Aquella luz repentina reiteró la sensación de buen augurio. Me supe no sólo alegre, sino relajado, dueño de algo intangible, una sensación de libertad como cuando andaba de adolescente por la Calzada Real hacia el Puente de La Lisa o hacia las inmediaciones del Cuartel Militar. Nada tenían que ver estas calles, austeras, señoriales a ratos,

con la calzada ancha, inquieta y pueblerina de mi juventud; sólo que desde hacía mucho había descubierto que carecía de importancia que un rincón, una calle, un edificio, un parque se asemejaran a otros del recuerdo. En ocasiones, solía decirme, una magdalena mojada en té no hace revivir otra magdalena mojada en té de sesenta años atrás. Podías beber hoy té con magdalena y recordar, en cambio, el café colado en el viejo colador de tela y el pan duro con azúcar prieta. Suponía que asimismo, como me sentía en ese instante, debí de haberme sentido años atrás, cuando corría por aquel reparto Buen Retiro del Marianao en el que había nacido. Me daba gusto comprobar que, a punto de cumplir setenta y dos años, aún no había perdido las conexiones con el niño que fui. De todas las cosas que yo era, y había sido, algunas transitorias, otras más o menos imborrables, la de mayor persistencia tenía que ver con el niño que había sido alguna vez. Llegué a un parque en el que había varios jóvenes reunidos. Parecían jugar a las cartas. Eran hermosos. En realidad no los vi bien, el caso es que sé que los jóvenes que juegan a las cartas a las dos de la mañana en el parque de una ciudad son inevitablemente hermosos. Una anciana vestida de blanco, muy maquillada, con un perrito shih tzu entre los brazos, me saludó como si me conociera de toda la vida. Respondí al saludo sin excesivo aspaviento (tuve miedo de que fuera una puta), como si el milanés fuera yo y ella la cubana. De pronto me descubrí cantando:

Corazón que olvidaste mi consejo,
sufrir más ya no te dejo
si la dicha no concibes
y te empeñas en sufrir...

Entonces escuché que me llamaban. Aunque no era mi nombre, sino algo así como Rafael, Manuel, Ismael. Eh, oiga, Ismael, amigo. La voz potente. Voz de joven. Siempre tuve experiencia con las voces, supe distinguirlas, tenía el poder de deducir numerosos detalles a partir de las voces, y sé que tenía un acento sin acento, un italiano demasiado claro o limpio para ser italiano; pronunciaba con precisión cada palabra en el silencio inanimado de la noche. Escuché los pasos

seguros. Como todo flâneur, también tenía experiencia con los pasos. Y sentí la presión de la voz y de una mano en mi hombro. Y no quise volverme de inmediato. Reconocí una sensación de mi juventud, cuando iba por las calles del *cruising* habanero. La emoción de saber que alguien se acercaba con intenciones delicadamente sibaritas. (Hay momentos en que olvidas lo anciano que eres.) Tanto en el amor como en los encuentros fortuitos, incluso en cualquiera de las relaciones humanas, un toque de indiferencia siempre viene bien en esos casos. Indiferencia, displicencia, cierto tono de estoy-de-vuelta-de-todas-las-cosas, el súmmum del *savoir faire*. Sonreí. Ante el miedo o el sobresalto, el deseo y el otro miedo del deseo, y por difícil que parezca, esbozar una sonrisa puede servir de mucho.

Muchos, muchos años atrás, en La Habana, tuve numerosas experiencias similares. No puedo quejarme: tuve una bonita adolescencia. Era rubio, de ojos azules en una tierra mestiza, de muchos negros. Tenía, además, el aire aristocrático que nunca supe de dónde venía. Es conocido que siempre se aspira a lo contrario de lo que se es. Los negros de la ciudad se volvían locos conmigo y yo me volvía loco con los negros de la ciudad. Así que no me faltaban amantes ocasionales. De todos aquellos encuentros, hubo uno sin embargo que marcó mi vida para siempre. Se puede resumir más o menos así: Salía yo del cine Payret después de ver una película de Kurosawa: *Cielo e infierno*. Soy capaz de recordar bien la película no sólo por el impacto que me provocó, sino por lo que sucediera después. Lo que vino a continuación, la grabó definitivamente en mi memoria. Salí del cine pasadas las once de la noche. Atravesé el parque Central y bajé por el Paseo del Prado. En esos años la guagua para Marianao, la que me llevaría a mi casa, salía de la esquina del hotel Sevilla-Biltmore. Cuando pasé la calle Virtudes, hacia lo que hacía unos años había sido el American Club, sentí que alguien me seguía. Ya para entonces comenzaba mi conocimiento sobre el lenguaje de los pasos. De manera que tuve la certeza de que no eran pasos agresores. O tal vez eran pasos de otro tipo de agresión; un ataque satisfecho, por decirlo así. Me detuve a mirar una de las columnas del edificio, como si me importara la textura de aquellas

piedras del siglo XIX, un joven sensible ante la vieja arquitectura habanera. Para darle verosimilitud al acto de detenerme y pasar la mano por la piedra, quizá pensé en Julián del Casal:

Nací en Cuba. El sendero de la vida
firme atravieso, con ligero paso...

Como vivía en una ciudad donde el disimulo constituía una de las formas más seguras de supervivencia, y por joven que yo fuera, sabía a esas alturas que para triunfar en el arte del disimulo, es preciso primero conformar la mentira dentro de uno mismo. Por tanto, una imagen: joven amante de la arquitectura admira una de las numerosas columnas de la ciudad. Y la otra imagen: mulato alto, bellísimo, musculado, de unos treinta años, con el pelo a punto del *black power* y camiseta ajustada con imagen de Malcolm X, se detiene junto a joven que admira una de las numerosas columnas de la ciudad. El joven se percata entonces que admirar una columna puede tener connotaciones que van más allá de lo arquitectónico, y, tímido al fin, baja los ojos y los alza, lo mira un instante. Lo miré un instante. Lo admiré para siempre, aun cuando pasó lo que pasó y cuando por su culpa me obsesioné con salir de Cuba, la insistente idea de salir de aquel infierno y no regresar jamás. Y eché a andar. Y el mulato acomodó su paso al mío, junto a mí, sentía el olor de su agua de colonia barata, de su limpieza. Buenas noches, dijo con la voz apropiada para aquel cuerpo y aquella prestancia. No sé si respondí. Sonreí. Ante el miedo o el sobresalto, el deseo y el miedo del deseo, y por difícil que parezca, esbozar una sonrisa puede servir de mucho. Lo miré otro instante. Me dije: Se parece a Sam Cooke. Sam Cooke no murió asesinado en un motel de California, está aquí vivo, cuatro años después en La Habana. ¿Cómo te llamas? Dije el nombre falso que siempre decía en esos casos: Marcelo. Yo me llamo Toni, ¿quieres venir conmigo? No respondí. Lo seguí dócil. Me llevó al Sloppy Joe's, a lo que quedaba del Sloppy Joe's, aún con sus fotografías en columnas y paredes, y aquel olor a sudor, humedad y tabaco. Saludó al camarero. Con su chaqueta blanca y sucia, el camarero daba la impresión de que se había quedado allí, en el mismo lugar tras el mostrador, ante los

espejos, desde hacía muchos años. Guiñó un ojo y afirmó con la cabeza. Toni sonrió y pidió un ron para él y un refresco de naranja para mí. Ni siquiera me preguntó si me gustaba el refresco o la naranja. Deslizó la mano por mi espalda, la detuvo en mi cintura y se inclinó. Olía bien su agua de colonia. Me deslizó al oído: Te espero en el baño. La frase me asustó y excitó. Era joven y aún no conocía ciertas prácticas. O las conocía sólo de oídas. Bebí el refresco fingiendo calma. El camarero me miró con lo que me pareció una mezcla de burla y compasión. Me puse de pie y miré a mi alrededor. Había dos o tres hombres más en el bar, en mesas diferentes. Entré al baño. Toni estaba frente a uno de los urinarios. Tuve deseos de volver la espalda, salir de allí. De repente pensé que estaría mejor en la calle, al fresco de la noche. Toni sonrió malicioso y me hizo un gesto con la cabeza, una invitación a que me acercara. Llegué junto a él y miré sus ojos oscuros. Se volvió hacia mí y puso su mano en mi cabeza. Fue el instante en que entraron tres hombres, tres policías de paisano. Nada dijeron, no hizo falta. Toni me puso las manos en la espalda. Sólo dijo una palabra. Maricón, dijo, en el momento en que los cuatro me sacaban de allí con rumbo a la estación de Policía de la calle Monserrate.

Ahora, en Milán, cincuenta años después, volví a sonreír. Sabía que ante el miedo o el sobresalto, el deseo y el miedo del deseo, y por difícil que parezca, esbozar una sonrisa puede servir de mucho. Me volví, pues, sonreído. Casi no pude ver la cara de quien me hablaba. La calle estaba oscura. El chico llevaba una de esas sudaderas sin mangas y con capucha que usan los cantantes jóvenes. Era alto, más alto que yo. Sólo pude ver los brazos vigorosos y tatuados, el trazo rápido, entre la luz y la sombra, de una frente, una nariz, unos labios. *Come va la vita, Rafael?,* me dijo. *No, il mio nome non è Rafael,* respondí sin perder la sonrisa. (Hay momentos en que olvidas lo anciano que eres. ¿Ya lo dije?) Y adiviné que el joven se inclinaba con agilidad (una agilidad que hablaba de juventud y entrenamiento) y aspiré un fuerte y seductor olor a transpiración, olor a cuerpo fresco, sin duda alguna, y a ropa que no se ha secado bien, tufo a humedad; un olor que solía resultarme desagradable en cualquier otro que no

fuera un hombre joven. El chico me abrazó. Cerré los ojos. Sí tuve la sabiduría de saber que aquel abrazo nada tenía de abrazo. Intuí la mano, el cuchillo, la puñalada que abría mi vientre. Dolor intenso y breve —más breve que intenso—. Menos intenso de lo que imaginé que podía doler que te abrieran el vientre. Un dolor que desapareció con la misma ligereza con la que apareció. No supe cuántas veces aquel cuchillo entró en mi vientre. ¿Una vez, dos, tres veces? Adiviné que no había saña en aquel acto. Ni siquiera demasiado interés. Tuve tiempo de percatarme incluso de que el chico estaba temblando. Es nuevo en estas cosas, pensé mientras caía de rodillas. Y yo que solía decir (irónicamente, claro) que carecía de religión como no fuera la poesía, me descubrí llamando a Dios. ¿Dios?, preguntó el muchacho. Intenté detener algo (¿el intestino?) que me pareció que, al deslizarse hacia a la calle, me dejaría vacío por dentro. El muchacho se quedó un instante frente a mí. No huyó. Soltó una interjección, lo que supuse una mala palabra en algún idioma desconocido. Al viejo poeta sentimental que era yo, le pareció que el joven estaba llorando, aunque también podía ser una idea autocomplaciente, resultado de mi habilidad para componer escenas sensibleras. Quise decirle que no llorara, que no valía la pena, y que, por favor, me dejara ver su cara. Necesito verte, dije, creí que dije, y en realidad fue un suspiro lo que salió de mis labios. El muchacho tomó el cuchillo que había caído al asfalto, lo limpió, lo guardó. Miró cómo yo agonizaba en el suelo. Desde mi posición yacente, esa posición en la que casi siempre había observado a los hombres, sólo vislumbré el redondel negro de la capucha. También lo vi alejarse en silencio. Pasos sospechosamente tranquilos. Una tranquilidad cargada de juventud, impaciencia, miedo, como si viniera de una fiesta macabra y se dirigiera a otra fiesta macabra.

Así fue como terminó todo para mí. En una calle oscura de Milán. Tres y veintisiete minutos de una madrugada en la que yo, Salomón Arenales, poeta cubano, a diferencia de otras ocasiones, no esperaba (y ni siquiera buscaba) la solución de la muerte.

Y pisamos, aplastamos, deshacemos
ese polvo que no tiene culpa.

«Tierra natal»,ANNA AJMÁTOVA

Y aquí estoy finalmente y como debe ser: en cualquier parte, en mi patria. Esta misma casa de Long Hill Road, junto al Passaic River, es la tierra que no conquisté; no luché por ella. No expulsé al «extranjero invasor», tampoco la enriquecí de palabra y obra, ni la regué con nuestra sangre, redentora o no. En este nuevo lugar, nadie vino a exigirme que hiciera hermosos sacrificios, que muriera por ella. En este nuevo lugar, nadie me obligó a escoger entre la patria y la muerte. No tuve que elegir. Ni canté himnos ni grité alabanzas. Vine de lejos, eso sí, de la ciudad bombardeada que nadie bombardeó, donde amanecía siempre al borde de todas las catástrofes, siempre en silencio, construyendo barricadas, abriendo túneles, animado por discursos sin fin y declaraciones de independencia que me ataban de pies y manos; donde la guillotina mudaba en objetos domésticos, cotidianos (aunque no menos definitivos). Cualquier reclamo fue inútil. No pude, no pudimos impedir que la ciudad se convirtiera en ridícula hacienda familiar. Yo y todos vivíamos sin derecho, en la casa de otro, como de prestado. Y en silencio, ya lo he dicho y lo repito porque es necesario: en silencio. No perdí un brazo, no di voces, no clamé en desierto alguno (no hay desiertos en eso que llaman «la patria de origen»). No agredí (me quitaron la fuerza) y sí, en cambio, permití que me agredieran. Fui la sombra obediente. Me caracterícé por la cobardía, o por algo más simple: un empecinado deseo de vivir a cualquier precio. Apreté los dientes y me fingí obrero y soldado. Al final, una rara esperanza, la sospecha de que no había poder capaz de arrebatarme ese

trozo de tierra que era mío porque estaba en mis poros y en las uñas y en la lengua inmóvil: ellos (los de siempre) me forzaron a arrastrarme por la tierra, me apremiaron a morderla. De modo que la conocí bien; comprobé su sabor. Por eso, a esa tierra, aunque la creí perdida, la encontramos siempre en lugares remotos: París, Barcelona, San Juan, el desierto de Gobi, al borde del río Paraná... Conmigo siempre, sin desaparecer. Y ahora mismo es la tarde y aquí estoy, en este bosque de hayas y de abetos en Long Hill Road, como si estuviera en los cañaverales, bajo mangos y tamarindos, y escucho la voz de Madre: «Muchacho, lávate las manos, es casi de noche». Y sé que todo está bien. Cada cosa en su lugar. Los caminos, que parecían interminables, condujeron al mismo lugar, porque al fin y al cabo ella, la tierra, mía, tuya o nuestra, tampoco tuvo la culpa.

13

La felicidad

Ahora, después de tanto tiempo, no puedo asegurar que el suceso guardara relación con mi cumpleaños, sí estoy dispuesto a garantizar, en todo caso, que era domingo. Yo sólo iba a la laguna los domingos. El invierno, como siempre que llegaba mi cumpleaños, sacudía por fin las ramas de los aralejos y los mangos, con sus vientecitos leves, terrosos, del norte, y dejaba caer las primeras lloviznas, un escurrir inseguro que se dispersaba como neblina antes de llegar a la tierra. La tímida revelación invernal agregaba exaltación al viaje de los domingos. Tan inesperado y efímero el invierno, que su presencia transformaba el paisaje, como si de pronto despertáramos en otro sitio, como si luego de tanto sol, la isla no fuera la isla, sino un paraje lejano, de cobijas, nubarrones, escarchas y sombras.

Para llegar a la laguna, yo solía tomar el tren. Y digo «tren» porque se desplazaba sobre raíles y porque alguna vez lo había sido, y porque además así lo continuábamos llamando con esa obstinada voluntad por mantener la nobleza de los tiempos y las cosas. Hablo en realidad de dos coches viejísimos, casi sin techo, sin cristales en las ventanas, tirados por una locomotora antigua, de vapor y vía estrecha, que iba dejando a su paso un rastro de humo blanco. Único tren que cruzaba por mi pueblo, realizaba un trayecto zigzagueante desde Marianao hasta Guanajay, vadeaba los más recónditos caseríos (Guatao, Corralillo, Matilde, La Fautina), atravesaba Vereda Nueva y se detenía en todos los pueblos, en cada una de las estaciones, por perdidas o ilusorias que pudieran parecer. Lo veíamos dos veces cada día: a la

ida, entre diez u once de la mañana; y a la vuelta, entre cuatro o cinco de la tarde. Nunca se detenía en la estación, sino un poco más adelante, casi en el patio de mi casa. El conductor, Maringo B., era amigo de mi familia, y siempre bajaba a beber un jarro de café. Gracias a Maringo B. y a la amistad de mi familia con él, podía realizar yo, totalmente solo, a gusto y sin pagar, aquellos viajes hasta la laguna en busca del güin para mis jaulas.

Además, mis padres estaban orgullosos de mis jaulas. Con toda humildad debo reconocer que en mi pueblo (e incluyo muchos pueblos de los alrededores) nadie hacía las jaulas como yo. Lo había aprendido de mi abuelo, y lo había aprendido bien. Qué digo bien: extraordinariamente bien. Incluso mejor que mi abuelo, si iba a hacer caso a lo que decían cuantos lo conocieron. En mis manos, el güin no tenía misterio. Es preciso que sea sincero y reconozca que nunca he vuelto a ver jaulas para pájaros como las mías. También es cierto que ya casi no existen, que es un arte perdido, como muchas otras cosas que van desapareciendo de este mundo despreocupado. Supongo además que, como todo arte, aquel de hacer jaulas no sólo tenía que ver con la habilidad de mis manos, sino también con una mezcla de zozobra y serenidad, con mi obstinada paciencia, con los desasosiegos de mi imaginación, y con las epifanías de los dioses. En cualquier caso, lo sé, eran construcciones admirables y hasta fastuosas. Se alzaban con primor, casi por milagro. Palacios y pequeños alcázares para sinsontes, tomeguines, canarios y jilgueros. Castillos que primero «veía» con los ojos cerrados, siempre acostado sobre las baldosas frías del suelo de mi casa o sobre la hierba húmeda, junto al brocal del pozo ciego, y que más tarde mis manos se encargaban de convertir en algo tangible, manejando, con pericia que a mí mismo sorprendía, las dóciles varillas de güin.

En cuanto a lo que llamábamos pomposamente «la laguna»... Nada, ninguna laguna, un pequeño charco sin nombre, cercano a la laguna verdadera, la de Ariguanabo, donde encontraba el mejor güin, el más empinado, duradero y manso que haya vuelto a encontrar nunca. Los fines de semana, por lo general, el tren iba repleto de familias endomingadas que viajaban de un pueblo a otro, a reunirse con otras

familias, a comer, a beber, a dar gracias y celebrar los dos días de descanso. Me conocían y me saludaban. Cuando llegábamos al crucero de la finca El Anón, Maringo B. disminuía la marcha del tren y me decía adiós con la gorra gris de ferroviario. Yo me lanzaba jubiloso al camino rojo, con mi morral al hombro. Las familias también me decían adiós, con la deliciosa melancolía que suelen provocar los días de ocio, mucho más cuando se mezclan con los trenes. Yo agitaba mis brazos con la extraña fruición que suele provocar saltar de un tren, un domingo cualquiera, en medio del campo. «Adiós, adiós», gritaba. Y seguía por aquel sendero que sólo José Isabel y yo conocíamos, abierto por entre el monte no demasiado intrincado. Sendero seguramente desbrozado por nosotros mismos, y que bajaba, entre zarzas y aromas, en suave declive, hasta la laguna cubierta de malanguetas, hostigada por aquellas pequeñas y enhiestas cañas que llamábamos güin. En cuanto me acercaba, el agua de la laguna se adivinaba en la piel. El sudor no era sudor, sino un presagio, la delicia de un presagio. En medio del silencio sagrado y autoritario del monte, se escuchaba un rasgarse de hojas, el salto de algún sapo, un aguacate demasiado tierno, demasiado verde, que el viento lanzaba sobre los falsos nenúfares. Y el aroma del agua llegaba con la misma intensidad que tenía aquel otro aroma de los aguaceros que se desplomaban en septiembre sobre la tierra seca y ávida de ciclones. Y yo advertía el sabor dulzón, dichoso, que humedecía mis labios. Solía sentarme en el tronco caído de una palma, puesto que debía entrar en la respiración de la laguna antes de comenzar a cortar el güin. Ante todo, se hacía preciso permitir que el silencio penetrara en uno con toda dignidad, y, por supuesto, había que conocer el modo justo, exacto, de cortar las pequeñas cañas. No era algo que cualquiera estuviera en capacidad de hacer. Si se cortaba mal, el güin se secaba mal, perdía su solidez, se doblaba como un tallo muerto, dejaba de ser útil, para jaulas o para cualquier otra cosa. Me sentaba, además, a esperar a que José Isabel llegara desde El Cayo La Rosa, donde pasaba los fines de semana, en casa de sus abuelos. Venía andando o corriendo, porque mi amigo no andaba, su impaciencia no le permitía andar como a todos los demás. Y, por otro lado, hasta la laguna no existían, desde ningún punto,

caminos indulgentes para los carromatos o las bicicletas.

En la tarde, con los güines necesarios para el trabajo de la semana, sí que nos íbamos juntos hasta el crucero de El Anón, y esperábamos a que pasara el tren con Maringo B. y su gorra gris, y nos sentábamos satisfechos entre las familias que regresaban con las bolsas llenas de mameyes, mangos y papayas, con un cansancio que nada tenía que ver con el de cada día, porque era el cansancio jocoso de los sillones, las hamacas, las bromas, las risas, las comidas, las cervezas, los rones y los juegos de dominó.

Ese domingo de enero, sin embargo, en el que yo cumplía dieciséis años, sucedieron cosas fuera de lo habitual. Como es lógico, no fui capaz de darme cuenta entonces. El presente, muchas veces, cobra su forma definitiva en el pasado, de manera que sólo ahora, al cabo de tantos años, tengo la certeza de que no habíamos despertado a un día cualquiera. Aunque ahora mismo continúo sin la certeza de saber si cuanto aconteció tuvo o no relación con el pequeñísimo acontecimiento de mi cumpleaños. Pequeños detalles, diría yo, pequeños anuncios, tuvieron lugar desde temprano. Maringo B., por ejemplo, no se bajó a tomar el café; dejó, con evidente descortesía, que mi madre fuera con el jarro hasta la locomotora. Los vi hablando por lo bajo, con una concentración que me pareció intranquila. Mi padre, que venía de los campos, tenía la ropa seca a pesar de la llovizna. Tampoco traía el machete al cinto. Se unió un instante a mi madre, y vi que hablaba con el maquinista con idéntico cuidado. El tren iba vacío. Bueno, casi vacío. Había un afilador de tijeras sentado en un alejado asiento del último vagón. Cuando me acerqué a él para sentarme en una butaca lateral, vi que era un negro viejo, de edad incierta: como todos los negros de pelo blanco y cuerpo macilento, también éste podía haber cumplido lo mismo setenta que cien años. Vestía una camiseta blanca, sin mangas, con cuello de botones dorados, y un pantalón de lino doblado hasta media pierna. Me llamó la atención la ropa limpia, extraordinariamente limpia, de un blanco impecable, y que desprendiera incluso un aroma fresco, a flores, a vetiver, que llegaba hasta mí con más fuerza que el olor de los falsos laureles mojados por la llovizna. Aquella ropa aseada desentonaba con

los pies descalzos, como cueros endurecidos y cubiertos de tierra. A su lado, un estropeado abanico de guano tejido, una pequeña bolsa y la gran rueca azul, estructurada y provista de manivelas, que es, junto con la zampoña, el instrumento inevitable de los afiladores de tijera. No respondió al saludo que le hice con la mano. No se movió. Ni siquiera pestañeó. Al cabo de unos segundos me atreví a mirarlo de frente y adiviné que tenía los ojos opacos, borrados, sin pupilas, como si hubieran sido creados con una mezcla de cristales y cenizas. Como siempre, el tren disminuyó su marcha. Estábamos en el cruce de El Anón. Maringo B., sin embargo, no me saludó con su gorra gris. Bajé del tren con una sensación difícil de definir, como si cuanto estuviera sucediendo en el domingo de mi dieciséis cumpleaños fuera habitual y al propio tiempo estuviera aconteciendo por primera vez. El camino hasta la laguna, debo reconocerlo, era el mismo. Más húmedo, más verde, menos sofocante, aunque con idénticas zarzas y aromas, idéntica algarabía de gorriones y pericos, y la profecía inevitable del agua: sus falsos nenúfares, el olor a tierra que tanto me gustaba.

Me senté en el tronco de la palma caída. Algo me decía que debía esperar durante más tiempo la llegada de José Isabel, así como el momento preciso de cortar los güines. En efecto, mi amigo llegó pasado el mediodía, con aire cansado y triste. Ignoro si «cansado y triste» son las palabras adecuadas. En cualquier caso puedo asegurar que no era el José Isabel que yo conocía. Éste sonreía siempre, era fuerte, impaciente, animoso, dispuesto a cualquier cosa que significara «entrar en acción». Tenía un año más que yo y me hacía ver la vida a través de su euforia y de su fuerza. Y es que a pesar de sus diecisiete años, José Isabel era un hombrón alto, construido como con cables de acero. Se descubría una contradicción entre el cuerpo poderoso y la mirada mansa, clara, jovial de ojos verdosos, que parecían haber vivido mucho. No conocía el desánimo. Y sobre todo, cortaba el güin como nadie, si bien carecía de la paciencia necesaria para crear algo con aquellos tallos amarillentos. Miraba mis jaulas con el asombro con que se miran los actos de magia. Yo admiraba su seguridad, su bondad y su fuerza. Él admiraba mi concentración, mi entrega y mi destreza. El José Isabel que llegó aquel domingo tenía algo distante. Sonreía,

como siempre, es cierto, sólo que era una sonrisa sin alegría. Sus ojos se habían oscurecido, habían perdido, en cierto modo, el júbilo benévolo, la sabiduría. Hasta su cuerpo prepotente mostraba un cansancio poco común. Le pregunté qué le pasaba. Dejó que transcurriera un largo silencio antes de responder que no sabía, que en efecto algo debía de sucederle, ignoraba qué, que tal vez tuviera que ver con el día, con la llovizna, con el camino enfangado, o con que no había desayunado, no, no sabía. Le recordé que era mi cumpleaños y se lanzó sobre mí sonriendo, fingiendo que me golpeaba, y hasta aquel juego, tan habitual, carecía de fuerza y autenticidad. Quedamos luego acostados sobre la hierba, sin hablar, mirando el cielo gris o rojizo, las ramas de los aralejos, la fragilidad de la lluvia cuyas gotas desaparecían entre las hojas de un verde casi negro.

Dije que iba a bañarme en la laguna. No era algo que hiciera a menudo, eso de bañarme (palabra inadecuada) en las aguas siempre frías y siempre sucias de la laguna. No me daba gusto entrar en aquel pantano. Creo que sólo me había sumergido en él una o dos veces. Y en esas pocas ocasiones el agua no había ascendido más allá de mis rodillas. José Isabel sí solía hacerlo. Cada domingo entraba al agua, y cuando salía, más bien parecía que hubiera llegado del centro de la tierra: su piel estaba opaca, cubierta de lodo, de hojas, de tallos negros que simulaban sanguijuelas, con un fuerte olor a musgos y a negrura. Y es que no bien se apartaban los falsos nenúfares y se ponían los pies en el fondo, éste parecía agitarse, se agitaba de verdad, y la superficie, terrosa de por sí, se confundía con el fondo. Me daba mala impresión que alguna parte de mi cuerpo entrara en contacto con algo oculto. Me incomodaba que mis ojos no pudieran controlar lo que sucedía debajo de mis muslos. Siempre temí, y temo, a las cosas que no soy capaz de ver. Entré en el agua con aprensión y frío. La desnudez no resultaba apropiada para el día de enero. El agua, la tierra con apariencia de agua que es una laguna, estaba aún más sucia que de costumbre, y se hubiera dicho que una capa de hielo la cubría. Mis pies se hundieron en el fango. Experimentaron el contacto desagradable del fango, de las piedras escurridizas y las raíces de las malanguetas. Caminé hacia el centro de la laguna como si apartara un

obstáculo pesado. Por un instante, el agua perdía su inmovilidad. Sólo se alteraba a mi alrededor, en pequeñísimas ondas que desaparecían de inmediato. Desde el fondo ascendía el olor a musgo, a oscuridad, a hierbas podridas. Hubiera jurado que los falsos nenúfares se apartaban a mi paso. Sentí enormes piedras que caían al agua y supuse que eran las ranas y los sapos. Aunque sabía que allí no se podía nadar, lo intenté. Mi cuerpo se hundió entre las grandes hojas verdes. Atiné a cerrar los ojos. Volví a la superficie con la inevitable sensación de que no salía del agua sino de la tierra. Respiré profundo y miré a lo alto. Me pareció que veía pasar un pájaro blanco. Supuse que debía regresar a la orilla. Por el contrario, avancé un poco más. El agua cubrió mi pecho. Mis ojos estuvieron al nivel de las malanguetas. No carecía de belleza aquella superficie verde, donde se abrían unas pequeñas flores blancas, cercada por los güines de la orilla. Me di cuenta de que desde allí el mundo se veía diferente, como si estuviera cubierto por una bóveda. Llamé. Quise escuchar el eco que no se produjo. De las ramas altas de los aralejos cayeron lentas hojas negras. Salvo eso y el lejano ladrido de un perro, hubiera dicho que me hallaba en un paisaje pintado, que era la figura detenida de un lienzo gigantesco. En ese instante imaginé cosas, demasiadas cosas que ya no puedo enumerar. Imaginé, por ejemplo, una jaula redonda, rematada por una ancha cúpula de güines verdes. Imaginé una música para esa jaula, una música nueva para mí. Imaginé un pájaro plateado, de metal, inmóvil, por supuesto, y con las alas abiertas. Imaginé que la jaula se hallaba en una terraza de cristales, y que afuera, el paisaje se veía blanco, con nieve, como yo imaginaba entonces la blancura y la nieve. Cerré los ojos con la esperanza de lograr que lo imaginado no se deshiciera. Cerrar los ojos me obligó a dar un paso que no fue un paso, porque el agua de las lagunas no permite pasos en falso. No fue, pues, un paso, sino un desplazamiento equivocado. Como si anduviera por el aire, por el cielo. Las lagunas se parecen al aire, al cielo, y perdí el fondo. Desapareció la sensación resbaladiza de las piedras, las hierbas del fondo. Sin abrir los ojos, agité los pies para mantenerme a flote. Como no estaba en el mar, ni en la tierra, fue otro movimiento infructuoso. Supe que algo me atraía desde el fondo. Al tratar de negar

esa atracción, desesperada e instintivamente, los pies encontraron raíces, lianas, tallos largos. Algo se anudó a mi pierna izquierda y empujó hacia abajo. La indecisión, el miedo. Tal vez abrí los ojos. Tal vez sólo descubrí una confusión y abrí los brazos. Como en el cielo, como si intentara volar. Y, claro, así como no hubiera podido volar en el cielo, tampoco podía en la laguna, y en ningún otro lugar. Son cosas que se aprenden rápido, que incluso se saben sin que se aprendan. El agua me vencía con rapidez. No era sumergirse en el agua, claro está, sino en el fango. Estoy seguro de que me sorprendió cómo dejaba de transcurrir el tiempo. Dejé de respirar durante aquella eternidad.

Los brazos me levantaron, me sostuvieron por los sobacos, me llevaron a los güines de la orilla. Cuando abrí los ojos con un largo suspiro, José Isabel estaba sobre mí, hundía mi abdomen, abría mis brazos, pegaba su boca a la mía, intentando transmitirme la vitalidad de su aliento. Al ver que yo reaccionaba, quedó inmóvil, en posición de acecho. Los ojos verdosos, pegados a los míos, abiertos por el asombro, volvieron a adquirir poco a poco la jovialidad y la sabiduría. Suspiró a su vez, sonrió de un modo que no olvidaré. Una sonrisa a la que faltaba poco para abrirse en una franca carcajada. Profirió unas cuantas maldiciones y se irguió de un salto. Desde mi posición yaciente, lo vi como lo que en ese momento era, un gigante. Los dos estábamos cubiertos de hierbas y barro. Cualquiera que hubiera observado desde fuera el paisaje de la laguna no nos habría descubierto, hasta tal punto nos confundíamos con cuanto nos rodeaba. Salvo la sarta de maldiciones, José Isabel no dijo nada más. Yo tampoco. No valía la pena romper aquel silencio, recalcado por los ladridos lejanos del perro. Nos vestimos con lentitud, sin mirarnos, casi sin darnos cuenta de lo que hacíamos. No supe sin continuaba lloviznando; tampoco me importaba. Como era de esperar, no recogimos el güin de mis jaulas. Nos sentamos uno al lado del otro en el tronco caído de la palma.

El tren no pasó esa tarde. Regresamos al pueblo andando: haciendo equilibrio sobre los rieles, como un par de niños, fingiendo que éramos el tren de los domingos. Alzado, mi brazo derecho se enlazó al brazo izquierdo y también alzado de José Isabel, y, a pesar de que mi

amigo era más alto y de extremidades más desarrolladas, hallamos de alguna manera la proporción justa para mantenernos estables sobre los raíles, y recorrer el largo camino hasta la casa. Mucho antes de aproximarnos a los primeros corrales, había caído la noche rápida, fría y sin lunas. El viento sacudía con fuerza las ramas de los aralejos. No llovía, o tal vez sí, no puedo asegurarlo. Es probable que la llovizna se hubiera convertido en la neblina que borraba los perfiles de las cosas. Bastante tarde, entramos en las primeras calles. Las farolas ya estaban apagadas. Oscuro como la noche, el pueblo formaba parte de la noche, compartía su idéntico silencio. Sabíamos que no era un pueblo abandonado porque escuchamos el llanto de un niño y una voz de mujer que intentaba calmarlo, una canción de cuna. Además del canto de los gallos enloquecidos del pueblo, que cantaban a cualquier hora. En la puerta de mi casa, José Isabel pasó su mano por mi cabeza. Con tanta oscuridad, no pude ver la sabiduría de sus ojos verdosos. Sin embargo, su mano en mi cabeza reveló cuanto había en ellos, lo que hubiera querido decir y no dijo. Creo que tampoco sonrió. Mi recuerdo, en cambio, lo ve sonriente. ¿Nos vemos mañana?, me preguntó.

Entré en casa sin hacer ruido, como un fantasma. Supongo que mis padres dormían. La única vida parecía proceder de la llama de una vela encendida ante la imagen de san Martín de Porres. Me acosté en el suelo, sin desvestirme. Las baldosas estaban frías y todo olía a flores. Quise dormir, pero con tanto júbilo, imposible que cerrara los ojos.

Es bueno despertar temprano en estos días extraños. Te dices que por suerte (¿o será por desgracia?) ya es imposible hablar del «mundo conocido», ni siquiera de islas lejanas y desiertas, de regiones inaccesibles, exóticas y por eso encantadas. ¿Qué sería hoy de hombres como Gauguin o Robert Louis Stevenson? Todo es próximo. Las antípodas están al alcance de la mano. El mundo se convirtió por fin en el famoso pañuelo (profecía autocumplida), y ésa es quizá la prueba concluyente de que, como diría Enrique IV al duque de Guisa: «Sólo resta esperar y no asombrarnos de nada». Cada ciudad es un barrio unido (superpuesto) a otros barrios. Y cualquier noticia es tu noticia. Ayer leíste en la prensa, por ejemplo que mil personas murieron en Italia, que un volcán sepultó ciento cincuenta almas. Hoy, en esta radiante mañana de primavera, se habla de las personas que se suicidan cada día. Muchos huyen, sin comprender que el cambio de lugar no garantiza el cambio propio, que los problemas están en las vísceras, y son, como ellas, de por vida. Otra noticia son las Antígonas que buscan muertos entre los muertos. ¿Regresan las palabras de Paul Valéry en aquella conferencia de 1919? Allí, donde declaraba el poeta de La jeune Parque *que «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales»; para más adelante recalcar con desesperación: «... las circunstancias que podrían mandar las obras de Keats y de Baudelaire a unirse con las de Menandro, no son ya totalmente inconcebibles: están en los periódicos». Cada cierto tiempo regresa la incertidumbre. Volvemos a presentir la catástrofe. Se vuelven a sufrir las guerras, con el agregado de que cuanto sucede en Jayapura sucede también en la Plaza de España. El pánico es el mismo al de aquellos tiempos en los que el mapamundi únicamente mostraba los contornos de Anatolia y las costas orientales del Mediterráneo. Sí, por supuesto que es bueno despertar temprano en estos*

días extraños. A ti, que eres tan dado a deambular siempre por lugares diferentes a aquel en el que estás, cualquier estímulo te aleja de la calle Eusebi Estada en la que vives y, apenas sin abrir los ojos, tienes la breve ilusión de que vagabundeas por un bosque de la taiga. O en medio del campo, de cualquier campo, en la cabaña de alguna arboleda perdida de los Cerros de Escazú, de La Habana, de Wisconsin. Es contundente el silencio. Quizá lo sea más porque lo tenías olvidado. Hacía años (no sabes cuántos) que no escuchabas aquí, en el centro mismo de Palma de Mallorca o de cualquier otra ciudad, el canto de los pájaros. Cada día te despierta lo que supones un mirlo (no eres hábil en eso de identificar el canto de los pájaros). Hay muchos mirlos en los árboles del Parque de las Estaciones —eso lo sabes—. Ya avanzada la mañana, el silencio continúa enmarcado por el canto del mirlo. También por el olor de los plataneros recién verdecidos. Y crees sentir también el ladrido lejano de algún perro y alguien que repite machaconamente un estudio de piano, como en una novela de Carson McCullers. Ninguna voz humana. Mucho menos coches, trenes, buses, aviones. De ahí la ilusión: estás en alguno de esos lugares imprecisos con los que invariablemente se ha dado gusto tu lado delirante de eremita. Cierras los ojos. Otro instante con los ojos cerrados. Sospechas que sería atractivo permanecer en ese espacio maravilloso, entre sueño y vigilia, con el sobresalto tentador de creerte lejos, solo, varios siglos atrás. Beber el café, asomado al balcón y contemplar las calles vacías, de una serenidad que se diría imposible y permanente. Así debió de ser, piensas, la Palma de Mallorca de los tiempos almorávides. Nadie se detiene a pensar cómo fueron las ciudades antiguas, aquellas de los primeros siglos de nuestra era, amuralladas y con calles estrechas y sucias en torno a una iglesia, en medio de algún camino comercial. Bueno, te dices, en rigor nadie se detiene a pensar. Y acaso en estos días has logrado volver a ensimismarte, a escuchar el canto del mirlo y tener la conciencia prodigiosa del silencio. Descubrir cómo queda atrás el invierno, y cómo el día transita de las sombras a la luz y de vuelta a las sombras, con lentitud, pereza y gusto. El tiempo alcanza hasta para amasar el pan propio (es prodigioso el olor del pan recién horneado, diría Marguerite Yourcenar), abrir la botella de vino, cortar el jamón en lascas finísimas; deshuesar las aceitunas y poner sal a los tomates. Y abres el libro que hace mucho querías releer. Y

vuelves por segunda o tercera vez a Dostoievski, a Los demonios, *porque el tiempo es propicio a las novelas extensas. Nadie vendrá a interrumpir: no hay eventos programados. Por un tiempo, se acabó la prisa, y ahí, apoltronado en el sillón de orejas, te dices que nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos inmortales, que Valéry estaba equivocado, que la inmortalidad es el instante, sólo el soplo de este segundo en donde están la placidez, el vino y el libro. También, cuando te cansas de leer y comienza a caer la noche, accedes a esa otra eternidad efímera de sentarte ante el ordenador (ocupa el lugar de aquella virgen página que siempre había ocultado su blancura), y escribes con toda la paciencia, sin esperanza y sin pesimismo, con una cierta fe que se parece a la alegría: Es bueno despertar temprano en estos días extraños.*

14

Todos los caminos del mundo

Prefirió la bendición del agua a los rayos celestes.

El mito de Sísifo, ALBERT CAMUS

En el invernadero

Después de muchos años de *oscuridad* (así, con ese manso eufemismo intento referirme a los años difíciles), he logrado algo de luz y certidumbre. Sobre todo de paz. Mi casa es grande. Se halla rodeada de vegetación, apenas se la ve desde la calle, algo que siempre me ha parecido una enorme ventaja, porque mi casa es grande pero es fea. Me paseo por ella sin preocupación (o con la preocupación mínima), principalmente de noche, cuando la barriada se sume en las sombras, acompañada por un fuerte silencio que no logran apagar las voces enfáticas de los actores de las telenovelas. (Hablo de las telenovelas mexicanas y venezolanas; en las cubanas los actores no son enfáticos, no porque sean buenos, sino porque nada tienen que enfatizar.) Hasta este día del encuentro con el muerto, con un muerto conocido, he logrado sentirme a salvo. No sé con certeza a salvo de qué, aunque sí reconozco en cambio que me creo protegido del mundo (dicho así, en grande), sobre todo de este mundo que considero desconocido y a punto de irse al garete (excelente expresión marinera). En ocasiones me paseo incluso por el jardín como si yo fuera el último habitante del planeta devastado. Soy el personaje de un supuesto epílogo de *La guerra de los mundos*. En momentos así, no

puedo dar crédito a la felicidad que siento. El jardín (por llamarlo de alguna manera) es espacioso: una especie de montecito descuidado, que no deja de tener encanto. El descuido nada tiene que ver con mi desidia, sino con una razonada decisión. Prefiero mantenerme lejos de las miradas indiscretas (sobre todo de las miradas policiales o «políticas», que en este país —y como corresponde— vienen siendo lo mismo) y además porque siempre me ha parecido más estético disimular la casa, el ridículo de una casa que ambiciona imitar un castillo medieval en un barrio de Marianao, Buen Retiro, cuyas primeras residencias se levantaron hacia 1850. La casa escondida y el pequeño monte acentúan la satisfacción de esa soledad que sospecho haber estado buscando toda la vida. Mejor solo que mal acompañado —transposición coloquial de una frase de Pascal—. El castillito fue levantado hacia 1905 por mi bisabuelo materno, enriquecido gracias a una floreciente cuadra de caballos en las tierras donde luego se construyó el Oriental Park, el hipódromo de Marianao. Hay que reconocer que el bisabuelo tenía el mal gusto monumental de los advenedizos. Afortunadamente, murió pronto, en 1931, con más dinero del que hubiera soñado en sus noches de campesino nacido en Pinar del Río. Sus descendientes, más cultos, o más instruidos, o menos ostentosos, o más cautos, o menos insolentes, ocultaron el castillo lo más posible. Por supuesto, no se olvidaron de hacer crecer el negocio de caballos de carrera; sí, en cambio, de encubrir arriates, platabandas, fuentecitas con querubines y hasta aquel invernadero al modo francés, con buenos vidrios y herrajes, donde se contaba que el bisabuelo no cultivaba orquídeas (que eran inútiles) sino tomates (que se podían comer). La familia levantó otras casas. Esta fue la herencia de mi madre. Aquí vivió ella hasta su muerte y aquí viví desde que vi la primera luz (enceguecedora). Aquí contemple la desaparición de una familia, que es lo de menos. Aquí amé y sufrí y tuve aspiraciones que se frustraron, hasta el presente, en que el mundo conocido se ha convertido en el mundo desconocido. Y el mundo desconocido, a su vez, en una fantasía. Me encuentro solo en una casa demasiado grande, y, aunque parezca mentira, satisfecho de mi soledad. Muy joven, cuando soñaba con París y Buenos Aires y Viena y Nueva York,

nunca pensé que sería dichoso en el castillito risible del reparto Buen Retiro. ¿Que la soledad consiste en esta conformidad fascinante? Yo sólo doy mi opinión.

La noche de octubre se siente pesada, calurosa, húmeda en exceso, lo cual no sorprenderá a nadie: vivimos en una isla pesada, calurosa, húmeda en exceso. Se dice que un ciclón, con extensa área de bajas presiones, se ha creado cerca de San Vicente y las Granadinas, y lleva rumbo norte-noroeste, o lo que es lo mismo hacia acá, hacia la Isla Grande. Yo sé de la cercanía del ciclón por el sofoco inmóvil de la noche. Con los años uno aprende cosas. La ciudad (o al menos Marianao, esta parte de la ciudad en la que vivo, y en particular esta calle antiguamente llamada Rubau) parece un velero en calma chicha. Paseo por el jardín. Digo paseo por el jardín como si fuera un personaje de Jane Austen; en realidad intentar caminar por aquí no es ningún paseo. Llevo una linterna china de luz tristona. Intento calcular cuántas tormentas, entre huracanes y vientos plataneros, han pasado por esta casa. Ella y el jardín siempre salen vencedores. Ningún huracán puede con ellos. El castillito es fuerte, levantado con piedras de Jaimanitas; no importa que su estructura, su techo y sus paredes no se hayan tocado en cincuenta años; ahí está, con cierta firmeza, soportando canículas y los tiempos malos. Si alguien no avezado anduviera por el jardín, tropezaría, caería constantemente con las raíces de los árboles y la maraña de la hierba sin cortar. Como es mi monte personal, lo conozco palmo a palmo, cada mata, cada piedra, cada desnivel. Y a pesar de eso, debo andar con cuidado. Algún tiempo atrás, los muchachos del barrio solían saltar la verja en busca de mangos, aguacates, guayabas y guanábanas, hasta que tuve la feliz idea de convocar las viejas supersticiones, y colgué huesos humanos (que no eran huesos humanos, sino de un esqueleto anatómico que me regaló mi padre cuando casi me obligó a estudiar medicina) y cruces de madera, y pinté algunos troncos y paredes de la casa con signos yorubas y de palo monte. Remedio santo (y nunca mejor dicho). Nadie volvió a entrar, jamás. ¿Que si divierte imaginar qué estarán hablando de mí en el barrio, de mi fe en la brujería? Sí, me da gracia: alguna vez fui tímido y me gustaba pasar inadvertido,

ahora todo me da lo mismo. A veces me da pena ver cómo se pudren los mangos. Me consuelo diciéndome que todo lo que es de la tierra debe volver a ella (frase que no sé de dónde he sacado; pienso en la perra *Laika,* que murió en órbita) y aspirando el olor dulzón de la fruta podrida que se mezcla con el de la hierba, de la tierra, de la noche. Ahora mismo juraría que ha empezado a llover. Escucho las gotas sobre las hojas, sobre todo sobre las hojas coriáceas del gomero. Es sólo un sonido leve, muy leve, la sensación de una lluvia que ignoro si está cayendo de verdad. A veces parece que llueve y no llueve; también ocurre lo contrario. En esta isla todo es engañoso. El bochorno de la noche sí que no lo es, por más que llueva no desaparecerá por eso, antes al contrario, se harán más intensos el calor, la calma chicha, la humedad y cuanto eso conlleva, que es la desesperación. De pronto, un golpe de música excesiva llega desde los televisores, como un Addinsell aún más empalagoso que Addinsell: no sé por qué recuerdo la música de *Goodbye, Mr. Chips*. En el lado que da a la otra calle, donde las tumbas de los perros de mamá y la caseta de aperos que nunca se usan, hubo (hacía muchos años) una caballeriza. Los mejores caballos, los elegidos, se quedaban allí, a la mirada cuidadosa de la familia. «El ojo del amo engorda al caballo», en el sentido más directo de la frase. Un poco más lejos, se alza el invernadero. Hace años que pierde vidrios y los herrajes se deshacen en guijos ennegrecidos. Y justo en el invernadero que no es invernadero, ahora mismo, en esta noche que presagia un lejano ciclón, descubro la indecisión de una luz. Para hacerme invisible, apago la linterna.

Reconozco que nacer antes de que el doctor Castro entrara en La Habana me ha servido siempre de orgullo, como si haber llegado antes que él y la revolución, me redimiera de algo que yo mismo no sabría explicar. Me hubiera gustado estudiar arquitectura o historia del arte, pero la universidad era para los revolucionarios, decían entonces y (supongo) continúan diciendo ahora. Y yo, que he visto siempre en todo aquel proceso una forma grotesca, caribeña, del caudillismo habitual empeorado por una policía educada (es un decir) en la Unión Soviética, me sentí entonces como un funámbulo sobre la cuerda floja:

sin barra y sin red. Hubo incluso un momento, hacia 1961, en que mi familia quiso enviarme a Estados Unidos durante lo que se llamó Operación Peter Pan (mi madre fue muy amiga de Polita Grau). No sucedió por alguna razón burocrática o porque al final a mis padres les dio miedo pensar qué haría yo solo y niño en un país desconocido. A saber cuándo nos reencontraremos, dijo mi padre, sin percatarse de que era una falsa disyuntiva, de que no había solución, de que habría problemas tanto si me iba como si me quedaba. Tuve por tanto que ser un campeón en el uso de las máscaras y las simulaciones. Para sobrevivir, había que ir inventando personajes según hacia dónde soplara el viento. No es que me considerara un as del disimulo, sino uno más en un pueblo de simuladores brillantes. Mi diferencia con muchos otros fue que tanto esfuerzo me sirvió de poco y no logró graduarme. No pude convertirme en Le Corbusier, ni siquiera en Mario Romañach. Un deplorable suceso que contaré de inmediato dio al traste con cualquier aspiración. Durante años, y sin poder moverme de Cuba, me debí limitar (y no por propia voluntad) a un trabajo de inspector de la Dirección Municipal de la Vivienda (lo peor que podía sucederle a un aspirante a arquitecto: casi tan terrible como reparar centrales azucareros). Por fortuna y sin las ambiciones de la juventud, ahora estoy felizmente jubilado. No necesito mucho. Con poco, con casi nada, me sé acomodar a las dificultades de la vida en este país que ha construido minuciosamente su propia destrucción. Cierto, en Cuba hay menos que poco. Así que, seas estoico o no lo seas, debes adecuarte a vivir con lo que tengas. Nada hay que se pueda hacer al respecto. Llevo la ventaja de ser un hombre frugal. He leído sobre Epicteto y he leído a Séneca y sus libritos están sobre mi mesa de noche. Hace mucho que repito la Plegaria de la Serenidad. He aprendido a resignarme, a sobrevivir con casi nada. Está bien vivir en un grotesco castillito, en medio de un monte, no obstante haber llegado a ser el más pobre de mi familia, desde que el bisabuelo abandonara el Paradero de Mangas en busca de una vida mejor. También sospecho que me he convertido en el más dichoso de la familia, por aquello de que el deseo y la felicidad no pueden vivir juntos. Nada espero, ni la muerte, porque cuando ella esté yo no

estaré. Tampoco es que carezca de todo. Lo fundamental, pienso, tiene que ver con los otros alicientes de la vida. Aparte de un techo y un jardín, poseo tres o cuatro cosas que me dan alguna alegría: una excelente biblioteca, numerosos libros de arte; gracias a que hace años logré cambiar un cáliz de oro por un reproductor de videos y algunas películas VHS, continúo disfrutando de algunos clásicos del cine; tengo una maravillosa colección de discos de vinilo, así como un tocadiscos Philips de 1958 que parece haberse salvado del naufragio de los años y se escucha como el primer día (o casi). Por fortuna, el teléfono nunca suena. La campana de la verja se escucha de tanto en tanto y es, por lo general, algún vendedor de huevos o de plátanos, o quizá un negro de casi cien años que, por un pedazo de pan y un poco de aguardiente, sabe raspar las cazuelas de hierro y dejarlas como nuevas; además de que predice mi futuro. Cada viernes, recibo a una señora de Corralillo que se encarga de limpiar (más o menos) la casa y de preparar la comida (más o menos) de la semana.

A pocos pasos observo que la luz comienza a extinguirse hasta que el patio vuelve a quedar sumido en la oscuridad. El invernadero ya no sirve ni para sembrar tomates (y eso que ahora sí tendrían más valor que las orquídeas). El invernadero se ha convertido en lugar donde guardar los trastos viejos, es decir, los más viejos de todos los trastos, los que no caben en la casa. De modo que la luz puede ser una ilusión óptica. También reconozco que tengo los ojos cansados, con cataratas quizá, y eso provoca que vea luces donde no las hay, así como oscuridades donde se prenden las luces. Existe, además, el fenómeno de los fuegos fatuos. Los cadáveres de los gatos (¿se llamará *cadáver* al cuerpo muerto de un gato?) también debieran de provocar esa luz de la materia en descomposición.

¿Que si ahora prefiero regresar a casa? Por supuesto. Se hace tarde. Otro día a punto de terminar en este pequeño mundo en el que vivo, acaso el único sitio aproximadamente perfecto en medio de la colosal imperfección del mundo. (No sé por qué hablo de la imperfección del mundo, cuando conozco únicamente esta isla perdida, Llave del Nuevo Mundo, Antemural de las Indias Occidentales.) Sin embargo, no me muevo del lugar. Algo me retiene,

una inquietud, un recelo, lo que dentro de unos minutos llamaré premonición. El silencio ahora tiene algo de... ¿excepcional?, ¿definitivo?, ¿serán las palabras justas? Nada se escucha. La calle en silencio: ni actores de telenovelas, ni temas irremediablemente ampulosos, ni orquestas inevitables de salsa o de reguetón o comoquiera que se llame esa música creada para la impotencia. Descubro un breve movimiento entre las matas; se ha partido alguna rama, supongo, o se ha asustado una iguana o ha echado a volar algún pájaro inquieto, un sijú platanero. Me acerco aún más al antiguo invernadero. Intento hacer el menor ruido posible. La puerta está cerrada con candado. Ver la cadena, el candado bien cerrado, no me tranquiliza. Doy la vuelta, por el costado que da a la otra calle, y en efecto, el lado posterior ha perdido los vidrios, incluso algún tramo de la estructura de hierro. Ha desaparecido un antiguo colchón de *La Casa Life,* que servía de parapeto. Entro a la oscuridad del invernadero. Quizá mis ojos vean mejor en la oscuridad, así que no prendo la linterna. Sé que los ratones se asustan y huyen. En el lado derecho, sobre el suelo, un colchón y, sobre los muelles visibles, el brillo de un cuerpo humano. Y es como si el jardín se dividiera en dos y yo quedara en el lugar equivocado. Tengo la intención de regresar a la casa, olvidarme del jardín, del invernadero. Sólo me atrevo a cerrar los ojos. Siempre pienso que si no veo la realidad, los problemas dejan de existir. Contengo también el aliento. Un insecto vuela y se posa en mi frente. Muevo apenas la mano de la linterna y el insecto reanuda el vuelo. Queda en mi frente el efecto de las patas invisibles. Si huyo, si regreso a casa, puedo quizá deshacer el hechizo de cuanto está por ocurrir. La rutina borrará cualquier impertinencia del futuro. Ahora mismo, en el presente, no hay nada: tengo los ojos cerrados. Abrirlos será reconocer la realidad de un colchón destruido y el cuerpo de una persona sobre él. No obstante, me inquieta no escuchar ninguna resonancia, respiración, movimiento, la palabra de un sueño, nada. Nada. Hay olor a jazmines, a humedad, a tierra y a jazmines, a galán de noche, a frutas podridas: lo habitual. Reúno el poco valor que tengo (el valor que nunca he tenido) y abro los ojos. Hay un cuerpo, claro que hay un cuerpo humano que se distingue próximo,

sospechosamente inmóvil. Como estoy asustado, miro hacia los rincones llenos de trastos del invernadero. ¡Cuánto tiempo que no entraba aquí! Y si pienso esto es porque estoy asustado. Prendo otra vez la linterna. Ilumino poco a poco cada rincón con el haz de la luz tristona. Mi verdadero objetivo está cerca. Retraso el viaje de la luz. El colchón se ve peor de lo que imaginaba; nada queda de la antigua seda, de la guata que alguna vez cubrió los muelles. Descubro los pies sucios. Jóvenes, pies jóvenes a todas luces, entre otras cosas porque, a pesar de la tierra acumulada en ellos, dan la impresión de que han andado poco por el mundo. El gastado pantalón de kaki, negro o verde oscuro, palidece con la luz de la linterna. Permito que la luz remonte hacia el torso blanco, de músculos dibujados con cautela y vellos discretos, de desarrollo reciente. Hay zumbido de moscas que huyen y regresan. No encuentro ninguna herida de bala ni marcas de forcejeo, señales de estrangulamiento. Sí veo, casi debajo de la tetilla, un grupo de pequeños lunares rojos que conforman un diminuto arco de las Antillas Menores. El detalle permite que no me sorprenda por la cara que veo, por la boca, la nariz, los ojos abiertos, fijos como si miraran al techo. Y de pronto, no entiendo, me digo que no es posible.

El buen amigo

Por qué hago gala de la felicidad si nunca he sabido en qué consiste. Fui (soy) feliz y fui (soy) desdichado como cualquiera. No viví grandes tragedias; tampoco grandes satisfacciones. Ignoro si el momento más doloroso de mi vida consistió en que me impidieran estudiar arquitectura o historia del arte. O la breve incursión de seis meses en una granja-cárcel en Güira de Melena. Al fin y al cabo, una carrera o un encierro tampoco hacen la felicidad —o la infelicidad—. El resto constituye el desfile de los días melancólicos, sin brillo, sin contrastes, donde los tormentos verdaderos han escaseado tanto como los placeres. Sospecho que mi pasión por la lectura y la música no fueron más que el subterfugio con el que intenté sortear una soledad que.

Detener petulante discurso. ¿Adónde conduce?

¿Que cómo conocí a Luis Manuel? Ambos éramos adolescentes, esa edad en que la amistad se confunde con el amor. Tendríamos catorce años y estudiábamos inglés en la escuela nocturna de la Sociedad Caribeña. Antes, habíamos coincidido en la academia de Briseida Miranda y, a partir de mil novecientos sesenta y tantos, cuando se expropiaron las escuelas privadas, en la gran escuela que inauguraron en el antiguo Cuartel de Columbia con el teatral (y falso) nombre de Ciudad Libertad. Pero en ninguno de estos dos últimos lugares nos hicimos amigos. Nos conocíamos, nos saludábamos, nada más. Fue en las clases de inglés del profesor Dwayne en donde pudimos intimar. Luis Manuel era mi opuesto y por tanto mi igual. El lado diferente de mí mismo. Había nacido en una familia muy pobre (y numerosa) del reparto Redención. Era el menor de seis hermanos, cuatro varones y dos hembras. Los tres hermanos mayores trabajaban en el aserradero que estaba frente a la Agencia Ford; las hembras estudiaban, una, en la normal de kindergarten; la otra, en la escuela de secretariado; el padre vendía pasteles con un carro tirado por un mulo; la madre se ocupaba de la casa. Una familia «decente», que decía mi padre. Tenían todos el afán de salir adelante con sus vidas. A mis padres les gustaba aquella familia trabajadora y les pareció bien mi amistad con Luis Manuel. Lo consideraban una compañía benéfica. Era un muchacho ágil, despierto, sanguíneo, a quien le encantaba el deporte (sobre todo la pelota), mientras que yo, dado a la pereza y a las ensoñaciones, podía estar horas bajo un árbol, sin moverme. Cuando nuestra amistad se consolidó, pasábamos juntos casi todo el día. Cada tarde, después de clase, nos íbamos a casa a balancearnos en las hamacas del patio o a encerrarnos en mi cuarto a escuchar en la radio a Casey Kasem en la WQAM cuando daba el top de los 40 hits. En las noches despejadas, se escuchaba como si se transmitiera desde ahí mismo, a dos pasos, desde el Obelisco. Había una canción de Joan Baez que había entrado en el top de Casey Kasem y que Luis Manuel ponía todo su empeño en «sacar». Lo escuchaba repetir:

Now, I don't mind, I'm chopping wood

And I don't care if the money's no good...

Me gustaba aquel rasgueo de guitarra, la repetición de un compás hasta que saliera bien; la voz que desentonaba y hacía silencio y buscaba el tono preciso; las palabras inglesas, a veces mal pronunciadas. El proceso era arduo y divertido. Luis Manuel admiraba la música country norteamericana. En realidad, le atraía cuanto tuviera que ver con Estados Unidos. Como casi todos en aquellos años, se refería a ese país como el Norte, a secas, un punto cardinal para designar una tierra de promesas, donde los sueños se cumplían. Sin haber estudiado música, tocaba tan bien la guitarra que mi padre le regaló una que había pertenecido a mi abuela. Raro era el día en que no se sentara a «sacar canciones», como él decía; escuchaba varias veces una canción en la radio, y la reproducía luego con una facilidad asombrosa. Hacía versiones de Roy Orbison, Johnny Cash, Willie Nelson...

Intento precisar. Soy propenso a las digresiones.

Bebimos té negro de la Unión Soviética que vendían a granel y del que mi madre preparaba cantidades ingentes con limón y mucha azúcar. Yo leía la novela de un soldado, un comandante y un puesto militar sureño en tiempos de paz. Ignoro por qué, no sintonizamos la WQAM. Sobre las diez de la noche, mi madre apareció para pedir que apagáramos la música, que se retiraba a dormir. Reconocí que el silencio también era bueno, como la música. Y casi más duradero. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, sin decir la más elemental de las palabras, sin saber que el tiempo pasaba, que la noche se deslizaba hacia la madrugada. Luis Manuel se había echado en el suelo, sin camisa, con los ojos cerrados. Se veían más rojos que nunca los lunares que bajaban de su tetilla derecha y formaban algo semejante a un diminuto arco de las Antillas Menores. Su presencia era tan enérgica que se colaba en la lectura y yo, que debía hacer un esfuerzo para que no se confundiera con el soldado Williams (o mejor dicho, con Robert Forster), cerré por fin el libro. Esa noche lo notaba absorto, distante, preocupado, con la cabeza en otra parte. Además, salvo por las canciones y el aprendizaje del inglés, mostraba poco interés por

cualquier otra cosa. A través de las ventanas abiertas, la alta noche trajo el terral que hizo más notable el olor de los árboles, el sonido de las ramas de los mangos, más ensordecedoras las resonancias de tantos grillos. Sería aproximadamente la una de la mañana cuando anunció que se iba. No le pregunté qué pasaba. Lo conocía y sabía que era mejor dejarlo tranquilo. Sólo le aconsejé que se quedara, como muchas otras noches había hecho, que podía dormir en el sofá de la biblioteca. Me dijo que no, que necesitaba caminar, pensar y caminar, que la madrugada era buena para llegar a algunas conclusiones...

... ¿Conclusiones? ¿Fue ésa la palabra que empleó?

Dos días después, el domingo, llegó a casa temprano y me dijo que tenía que hablar conmigo. No podía ser en mi casa ni en la suya. Iríamos a un lugar despejado, a un parque, a la playa, por ejemplo. Sin saber adónde dirigirnos, echamos a andar calle Rubau abajo. Las calles disfrutaban del letargo propio del domingo. Hacía calor a pesar de que la hierba aún conservaba la humedad del rocío. Había un silencio fuerte como el olor del café. Sin darnos cuenta, llegamos al terreno de pelota del instituto. A lo lejos, dos muchachos practicaban boxeo. No había nadie más. Hacia las diez o las once comenzarían a llegar los muchachos y se formaría el pitén y la algarabía. Subimos las gradas. Nos sentamos en lo más alto. Decidí esperar a que Luis Manuel estuviera en condiciones de decir la primera palabra, y me puse a contar las perseguidoras que entraban y salían de la Quinta Estación de Policía. Estuvimos mucho tiempo sin decir palabra, hasta que dijo: Me voy. Y yo respondí fingiendo inocencia: Acabamos de llegar. Entre nosotros cualquiera sabía qué quería decir verdaderamente «Me voy». Y él, que se tomó en serio mi observación (me creía más ingenuo de lo que en realidad yo era), ripostó: Cuando digo «me voy» es que me voy de verdad, que me piro, que huyo de esta mierda de país, que salgo para Estados Unidos. De pronto, y como tuve demasiadas preguntas, no hice ninguna. Es una broma, afirmé para demorar lo que estaba a punto de escuchar. Qué coño broma, me voy pal carajo, no resisto más. Me fijé en que sería un buen día, no había ni una nube en el cielo. Los boxeadores se habían tomado un alto; estaban echados en la hierba; hasta nosotros llegaban las carcajadas. ¿Y cómo será eso? Será,

no te preocupes, yo sólo quiero saber si vendrías conmigo. Un grupo de cinco o seis muchachos entró al terreno con una pelota que se lanzaban los unos a los otros, improvisaron un juego. Los gritos espantaron a los gorriones de las ramas de los robles blancos. El sol dio de lleno sobre una pancarta de metal en la que se leía COMANDANTE EN JEFE, ¡ORDENE! Cerré los ojos. Continué viendo, como trazadas en fuego, las letras y la silueta del comandante que supuestamente saltaba desde un tanque de guerra. En realidad no se trataba de un comandante sino de un dios (Marte, digamos) y tampoco saltaba de un tanque sino de una cuadriga de fuego. No puedo decirte que sí sin saber los detalles, dije. Abrí los ojos y vi que me estaba observando con esa mirada suya de cuando algo lo divertía. Por supuesto, respondió y sonrió y se quitó la camisa y secó con ella el sudor que corría por su frente y su pecho. Será dentro de una semana, aclaró, de madrugada, desde un punto de la costa norte que no te puedo decir porque ni yo mismo lo sé. ¿Son personas de fiar?, pregunté. Tienes que confiar en mí. Confío. Pues tienes que decirme ahora mismo si te interesa. Quedé en silencio. Los jugadores de pelota se perdían entre tanta luz. Ya el campo de pelota se veía todo blanco. ¿Sí o no? Mañana te digo, respondí. Mañana temprano tienes que responder, recalcó con el tono perentorio que tan bien solía emplear. Tienes toda la noche para hablar con la almohada, *Pillow Talk!*

Las palmas, ay, las palmas deliciosas

No puedo decir dónde estaba la playa. No pregunté. Nunca supe. Tampoco me preocupé por averiguarlo. Cuando dejamos atrás Puerto Esperanza, era la una y diez de la mañana. Nos adentramos entonces por caminos polvorientos, abiertos a duras penas entre pinares, marabúes y palmas canas. Me supe completamente desorientado. O por lo menos, más desorientado que de costumbre. El mar no se veía, se adivinaba en el olor que llevaba y traía el terral polvoriento. Íbamos cinco personas en un Dodge bastante destartalado de la Segunda Guerra Mundial. El conductor, un mulato de unos treinta

años, al que llamaban Machete, no paraba de hablar; iba acompañado por su novia (o por lo menos eso decía: en realidad parecía su madre), una rubia teñida por lo menos veinte años mayor que él, con una sonrisa y un cigarro fijos en los labios excesivamente rojos, y un fuerte tufo a Violetas Rusas que emanaba de su escasa ropa y rivalizaba con el olor del salitre que llegaba de los mangles. Detrás, íbamos Luis Manuel, un cincuentón de cuyo nombre no me acuerdo y yo. Recuerdo que el cincuentón temblaba, se ahogaba y sacaba del bolsillo de su pantalón negro un dispositivo de salbutamol e inhalaba sin alivio visible. En silencio, Luis Manuel parecía observar el paisaje por la ventanilla y no mostraba la menor inquietud. Los tres íbamos vestidos de negro. Había sido una de las obligaciones para subir al bote: debíamos confundirnos con la noche de altar mar. Machete contaba la innumerable cantidad de veces que había hecho este viaje y que nunca, ¡nunca!, ha sido un viaje inútil, porque hasta ahora ninguno de mis viajeros (utilizó la palabra «viajero», semejante sutileza no la olvidaré) se ha visto estorbado por la policía. Hubo un momento, hacia las tres de la mañana, en el que el motor del Dodge se detuvo. Que no cunda el pánico, dijo Machete, y salió del carro y levantó el capó y vimos que se alzaba una nube de vapor. Y recuerdo que en ese instante salimos todos con el pretexto de estirar las piernas y me pregunté: ¿Qué hago yo aquí?, y tuve el momentáneo instinto de regresar, de hacer andando el camino de regreso aunque me demorara días en llegar a casa. De pronto me supe arrepentido de aquella aventura. Quería volver a mi cuarto, a mis libros, a mi música, a mi rutina. Y es que nunca hasta ese momento había consumado una acción que representara una ruptura tan definitiva. En medio del monte, con una máquina averiada, camino de una playa donde supuestamente nos esperaba un bote para atravesar la Corriente del Golfo y llegar a Cayo Hueso. Así como dicen que los moribundos repasan en pocos segundos el proceso de su vida, así repasé yo no mi pasado (breve), sino el futuro que supuestamente me esperaba en un país extraño. Sabía inglés, algo que tenía a mi favor, ¿bastaba con eso? Mi lado romántico aún tenía la ingenua idea de la patria. Todavía era capaz de emocionarme con los versos de José María Heredia frente

a las cataratas del Niágara:

¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, crecen,
y al soplo de la brisa del océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Ahora, pasados tantos años, estos versos me siguen pareciendo hermosos a pesar de su ingenuidad conmovedora (dudo. No sé si la ingenuidad es siempre conmovedora). ¿Dónde estaban las palmas, querido Heredia? ¿Qué necesidad tenían las cataratas de estar rodeadas de palmas reales, deliciosas o no? Buscar palmas reales en el Ontario sólo era otra forma de no entender nada y, sobre todo, de joder. Mi padre, que había estado exiliado en Nueva York durante dos años debido a su oposición al tirano Gerardo Machado, me contaba la sensación de desconsuelo que significaba para él pasear por una Riverside Drive completamente nevada y el breve consuelo de la caneca de whisky con la que pretendía contrarrestar el desamparo, y eso, decía, porque ya para esa fecha habían prohibido el vino Mariani, con el que se aliviaba José Martí, y que consistía en una mezcla de alcohol y coca. Entonces creí que sufriría lo mismo. Ignoraba que lo importante no estaba en la llegada sino en la travesía. Tampoco sabía, no podía saber, que nunca añoraría las palmas reales porque las tenía en el jardín del que nunca saldría. Aquella madrugada, en el momento en el que la máquina había quedado sin agua en el radiador y el motor casi se funde, si no di la vuelta y regresé andando fue por Luis Manuel, tan seguro de sí mismo, tan sosegado, dispuesto, impenetrable como el soldado Williams. Cuando Machete nos dijo que podíamos continuar viaje, me había vuelto a entusiasmar pensando en que la nostalgia también debía de tener su virtud, a pesar de la tontería de querer ver palmas reales alrededor de las cataratas del Niágara.

El carro nos dejó al pie de un camino arenoso que se abría paso

entre el manglar y la algarabía de los grillos. Anduvimos poco más de media hora hasta un abra cerrada como una pequeñísima bahía. Medio ocultas entre las uvas caletas, logré divisar a varias personas, incluida una mujer con un niño de tres o cuatro años, todos vestidos de negro y en actitud de espera —la angustia de la espera mezclada con la incertidumbre que parecía acrecentarse por el calor y los mosquitos—. Era noche cerrada, no se veían luna ni estrellas y eso nos convenía. También convenía el mar calmo, con movimiento manso. Las olas apenas provocaban un rumor agradable. Alguien dio instrucciones. No se podía hablar ni en susurros; nada de hacer movimientos bruscos; prender luces por efímeras que fueran. Cuando el bote apareciera por el lado oeste, nos dirigiríamos sin prisa, sin hablar, guardando las distancias. Se hacía preciso subir al bote sin precipitaciones. Hasta el más mínimo detalle estaba previsto para que no hubiera accidentes; había lugar para todos. Seríamos quince, contando al conductor del bote y a su ayudante. La capacidad del bote daba para veinte personas, de modo que ¡nada que temer! El bote tenía además un motor capaz de alcanzar cuarenta y cinco nudos. El motor sólo se encendería en el momento en que se supiera que no había peligro de encuentro con las lanchas guardafronteras. A partir de ese momento, sería «coser y cantar» (la frase —sartorial— es exacta).

Nunca alcancé a ver bote alguno. Supongo que serían las cinco de la mañana cuando nos vimos rodeados y encañonados por un grupo de soldados con boinas rojas. Nos dieron orden de que nos pusiéramos de rodillas y enlazáramos los brazos detrás de las cabezas. A empujones nos reunieron en un claro. Nos cachearon con cuidado y nos fueron esposando uno a uno. Luego nos condujeron en fila india por el mismo camino por el que habíamos venido hasta el lugar donde nos esperaban las guaguas de la policía. Y ahí fue cuando el cincuentón echó a correr. ¿Qué le pasó por la cabeza para, siendo un cincuentón torpe, salir corriendo por un manglar? Para colmo, se llevó la mano al bolsillo de su pantalón negro. Yo sabía que necesitaba el salbutamol. Los soldados no conocían el detalle. Tampoco es que a un soldado le haga falta conocer los detalles. Dispararon. El cincuentón abrió los

brazos y cayó primero de rodillas, luego de bruces, hasta permanecer en una inmovilidad perfecta.

No vi a Luis Manuel en todo este proceso. A pesar de que lo busqué con la mirada. Luego me percaté de que lo había perdido de vista desde mucho antes de que llegaran los soldados. No lo volví a ver hasta muchos años después.

No todos los caminos conducen a Roma

Lo volví a ver cuando ya había cumplido mi pena y, en cierta forma, me había «reinsertado» a la sociedad gracias al Sistema de Reeducación Penitenciaria. En el penal, luego de trabajar durante horas en labores agrícolas, se nos permitía a algunos elegidos (por buen comportamiento) dar clases de marxismo (con *Fundamentos de marxismo-leninismo* de F.V. Konstantinov, los *Discursos* de Fidel Castro y *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto Guevara) y clases de buen comportamiento social. Fui un alumno aventajado. Se me daban bien las abstracciones: base, superestructura, alienación, conciencia de clase, negación de la negación, plusvalía, «de cada cual según su capacidad a cada cual según su trabajo». Gracias a eso, salí de prisión antes de haber cumplido la totalidad de la pena. Me encontré a Luis Manuel una mañana de agosto posterior a 1982. Lo recuerdo porque en el Gran Teatro anunciaban el estreno de *Indiana Jones, en busca del arca perdida*. Yo iba por la Calzada Real, a la altura del antiguo colegio de La Salle, cuando lo vi venir con su cartera de profesor. Se le veía bien, mucho más fuerte, posiblemente entrenado en algún deporte, más Robert Forster que nunca. Alguien me había contado que finalmente se había graduado de ingeniería civil y que se había hecho profesor del Instituto Superior Politécnico. Vi que me miró y sonrió. No fue una sonrisa de saludo; tampoco de disculpa, de burla, de alegría. En realidad ignoro si fue una sonrisa.

El cadáver de tu enemigo

Y ahora es como si el jardín volviera a dividirse en dos y yo quedara por segunda vez en el lugar equivocado. En este caso, sospecho, la división tiene que ver no sólo con el espacio, sino además con el tiempo, si es que existen el uno sin el otro. De un lado estoy yo; del otro, mi joven amigo. Pienso que quizá esté ocurriendo lo que no ocurrió y debió ocurrir. ¿Que si lo hubiera matado? Nunca. A nadie. A él menos que a nadie. Toco el cadáver. No lleva mucho tiempo muerto. Aún no tiene lugar el *rigor mortis*. Lo desnudo. Trato de ser cuidadoso. Es indiscutible el verso «Y caí como cae un peso muerto». Corto el pantalón de kaki con unas tijeras de jardín. Es fácil limpiarlo bien con un paño mojado en abundante agua y vinagre. La frente, la cara, el cuello, el hermoso torso blanco, allí donde los lunares conforman el mapa de unas islas. Luego lo envuelvo en una de las viejas sábanas de hilo que fueron del ajuar de mis padres. Me echo a su lado. A lo largo de los años, he logrado preparar un largo discurso para este encuentro, con verdades y exageraciones que no dejan de ser verdades. En lugar de eso, me limito a cantar:

Just take what you need and leave the rest,
but they should never have taken the very best.

Lástima esta voz mía. En nada se parece a la de Joan Baez.

Por más que ha intentado alargar el proceso de su decadencia, el viejo equilibrista ya no hace equilibrios. Se ha jubilado con una exigua pensión (como corresponde a un oficio que, por más que lo ponderemos, carece de importancia), luego de más de cincuenta años de divertir a grandes y pequeños en circos de todo el mundo. El viejo equilibrista se ha retirado a un pueblo próximo a Tegucigalpa, que fue la ciudad que acogió su última función. Puede parecer raro que un equilibrista cubano termine en Tegucigalpa. También puede parecer raro que yo escriba este sentido recuerdo en otra ciudad llamada Maputo. Tanto el equilibrista como yo, que también lo fui (con menos talento, pero lo fui), hemos dicho siempre que donde anduviéramos por última vez sobre la cuerda floja, allí nos quedaríamos. De modo que lo de él en Tegucigalpa, como lo mío en Maputo, ha tenido que ver con el azar. O lo que es lo mismo, con ese secreto que se conoce como azar (palabra que, por cierto, viene del árabe y significa «flor»). Ahora el viejo equilibrista es un pobre funambulista jubilado, viejo, cansado y enfermo, en una pobre casita del sector de Lepaterique. A pesar de que la casita es pequeña, tiene jardín. Yo también lo tengo, acá, en mi lugar de Maputo. El equilibrista y yo, cada uno en su sitio, cuidamos cactus y flores. Él es tan viejo, se le ve tan viejo y tan feo, que los niños gritan Godzilla cada vez que lo ven pasar. Él no entiende por qué. En un tiempo, sin embargo (y no lo olvida), fue extraordinario tanto en la pista como fuera de ella. Lo conocí en esos años y puedo jurar que poseía una belleza que daba deseos de reír y llorar al mismo tiempo. Todos se rendían a su encanto: mujeres y hombres. Yo no me escondo para decir que lo amé. Iba al circo noche por noche. ¡Qué hermoso equilibrista, hombre hermoso y perfecto, especie de dios que hacía equilibrios sobre cuerdas! Y sin red alguna para mitigar la caída. Y nunca cayó. Y por eso

lo amábamos más, porque aunque en el fondo uno aprecia el trabajo de equilibrista por el deseo de verlo caer y deshacerse en el suelo, aquél nunca cedió a nuestra oscura aspiración. Con la armonía del cuerpo y los movimientos, sobre una exigua cuerda, fue capaz de vencer todas las leyes físicas, así como las leyes del amor. No es que para él no existieran las leyes, sino que las convertía en algo susceptible de desobediencia. Las marcas de golpes que podían verse en su cuerpo de viejo nada tenían que ver con el antiguo trabajo. Eran más bien eso que el tópico y la retórica popular suelen llamar los «golpes de la vida». Tampoco es que en rigor el lugar común, por común que sea, constituya una falsedad. La vida da golpes, ¡que si los da...! A veces muy fuertes. Verdaderos y duros (tan fuertes, yo no sé...), y es de suponer que nadie lo dude. De semejante paliza es difícil reponerse. Tanto el funambulista que amé y vive en Lepaterique, como yo mismo, en Maputo, de menor rango aunque no por eso menos entregado al equilibrio, sobrevivimos a una revolución (¿comunista?); a varios exilios, todos violentos; a múltiples catástrofes naturales; a dos de las tantas guerras de este mundo que no conoce la paz; a la muerte de los amigos, los amantes, las mujeres y los hijos. Incluso a la imposibilidad del amor —que sólo es posible cuando es imposible (¿querían otro lugar común?)—. Él y yo entendemos que, hechicería al fin, la vida es una mierda. Sobrevivir es excesivamente agotador. Así se dice el equilibrista solo, en su casita de Lepaterique. Así me digo yo en la mía de Maputo. Un agotador acto de valentía, solemos pensar cuando atendemos flores y cactus y los niños a mí me miran con indiferencia, como si no existiera y a él le gritan el nombre inexplicable: Godzilla. Entonces nos da por considerar que, al fin y al cabo, lo grandioso ha sido pasar cincuenta años en el aire, sobre la cuerda, bajo el redoble de tambores y música de Offenbach, con la única recompensa del aplauso breve, el plato de lentejas y el espejo ovalado en cuya imagen (invertida) se aprende (todos lo hemos hecho) a borrar la falsa sonrisa de los maquillajes que disimulan el miedo.

15

El vuelo de los pájaros

Para Montse Pascual
y Albert Tola

Imaginar que abre la ventana, la que está al fondo del salón. Justo, pues, que pueda ver los tejados, el inevitable laberinto de chimeneas, de antenas de televisión, de azoteas, a cuyas frágiles cornisas vienen a dormir, en la atardecida, las palomas de la ciudad. Justo descubrir que puede ver el feo patio de manzana que forman los edificios grises y rústicos de las calles Riereta y la Rambla del Raval. Ni un solo árbol, ni la más desolada palmera dignifican el mezquino ceniciento de los balcones, las paredes pobres y mal pintadas, la profusión de galerías, los cristales rotos de las galerías, repletas de muebles viejos y de tendederas. Por eso, en ciertas noches, únicamente en noches como ésta (en que por fin toma una resolución), se atreve a descorrer las cortinas de género crudo que ocultan la ventana. Tengamos esa idea. Imaginemos. La mentira nos acercará por fin a la verdad.

Como todo el mundo sabe (o debe de saber), la noche y el artificio de las farolas han logrado ennoblecer desde siempre la más zafia de las ciudades. Y no sólo ennoblecer, por supuesto, sino, además, despertar alucinaciones, propiciar los delirios de la ilusión, permitir el espejismo. La mentira conduce a la verdad aproximada: él ha creído durante bastante tiempo que eran alucinaciones los funámbulos de las madrugadas.

Suelen aparecer hacia las tres o las cuatro de la madrugada, luego de que se escuchan unas campanadas (que nunca se sabe de dónde

provienen), y se percibe el murmullo, el prolongado y monótono lamento que parece la plegaria de alguna religión desconocida. Se les puede ver por las azoteas, acompañados por el golpe de los pedazos de muro que caen a su paso, y el aleteo inquieto de las palomas asustadas. Algunas veces, como hoy, ha logrado distinguir un solo hombre. Otras noches, las más, alcanza a ver dos, tres, hasta cinco siluetas limitadas por las sombras, avanzando erguidas por los frisos y los remates de los techos, con los brazos en cruz para mantener el equilibrio, tan precario y peligroso como imponente. Para no ser visto, suele apagar la lámpara de lectura del salón. Permanece en la ventana hasta que los ve desaparecer por los rincones que llevan a la Rambla del Raval o hacia el mercado de Sant Antoni, hasta que siente extinguirse el largo gemido de la plegaria, y vuelven las palomas de la ciudad que se posan tranquilas sobre los capiteles, y, con ellas, cae despacio el entresijo de la noche, ese silencio de la noche barcelonesa que tiene algo de pueblerino y que se resiste a abandonar al feo patio de manzana del barrio de El Raval.

En cierta ocasión, hace un mes o dos, pudo ver de cerca a dos de los paseantes de las cornisas. Ocurrió una madrugada en la que conoció el arrojo de subir a la azotea. Hacía ya semanas que los había descubierto, que los veía en sus equilibrios asombrosos, como los aparecidos de las historias de su niñez, aquellos aparecidos de entonces, que él buscaba sin ver, y que ahora veía sin haberlos buscado. Eran dos negros jóvenes, reales, comunes, corrientes, de ojos grandes y miradas mansas y un par de sonrisas tímidas y un gesto de la mano que parecía un adiós. Casi sin darse cuenta, se descubrió saludándolos, inclinándose, sonriendo a su vez. Incluso creyó que eran dos negros conocidos, los mismos que vendían música y gafas de sol en la gran explanada de la Plaça dels Àngels.

No sabe por qué o quizá sí lo sabe y no pueda explicarlo: el paso de los vagabundos equilibristas suele dejarlo con nostalgia. No se trata (al menos eso cree) de la nostalgia habitual. Nada tiene que ver con la pena por la juventud o la ciudad perdidas. Parece provenir de otro tipo de tristeza, menos común, asociada no con lo que ha quedado atrás, sino con lo que aún no ha sido hallado, o quizá con lo que ya

cree saber que nunca encontrará. Se dice que tiene cincuenta años, a punto de cumplir cincuenta y uno, y la sensación de que ha envejecido demasiado deprisa, o lo que viene a ser lo mismo, que en realidad va a cumplir el doble de la edad que tiene. No sabe a qué se debe este sentimiento, tan colosalmente penoso, de autoconmiseración. Aunque siempre ha sido un hombre de sentimientos excesivos. Es cierto, también, que lejos, considerablemente lejos, ha quedado la familia y una ensoñación (no sabe si radiante) llamada La Habana. A tantos kilómetros de distancia, se halla (o debe hallarse) una calle sucia y tórrida, una casa de maderas deterioradas con un pequeño jardín. En la casa, hay (o debe de haber) estanterías repletas de libros. Y las tías complacientes que le acomodaron desde siempre la vida. Y algunos amigos, no muchos (aunque fieles). Ciertas historias de amor, y algunas otras hermosas de desamor (como debe ser). Y recuerdos. Demasiados recuerdos. Y muchas cosas por hacer, muchas cosas que ya nunca se harán. Muchas mesas a las que no se sentará. Muchos lugares que nunca visitará. Muchos cuerpos que no tocará. Por delante, en eso que suele llamarse «el futuro», no sólo cree percibir, como es natural, una incógnita, sino también un largo páramo de incredulidad que demasiado se asemeja a la desesperanza. Es como si pasado y futuro se hubieran desvanecido, no para dar paso a ese presente positivo y maravilloso que ensalzan algunas religiones, algunas filosofías optimistas, sino todo lo contrario, como si los tres tiempos (que se supone conforman la vida) se hubieran mezclado en un solo problema desalentador, que, borrando pasado y porvenir, dejaran una actualidad sola, incoherente y desprovista de sentido.

De ahí, pues (lo más probable), la nostalgia que vienen a provocarle estos funámbulos de las madrugadas del Raval. Conmovido, se dice que alguien tiene deseos y fuerzas para salir a las noches, para enfrentarse a ellas, para batallar con las sombras, para decidir un camino y recorrer el peligro de las cornisas en busca de algo que a él se le escapa, y que, por más vueltas que le dé, no alcanza a adivinar. Algo debe de ser hallado. Si no, ¿qué sentido tienen la búsqueda y el riesgo?, ¿para qué la hazaña?

Acaso por eso, esta noche ocurre algo que tal vez debió de haber

tenido lugar tiempo atrás, hace mucho. Nunca ha experimentado los relámpagos de las revelaciones, de modo que al principio no entiende qué sucede. Ahora está leyendo. Sí, se ha sentado, con un viejo libro traído de La Habana, en una cómoda butaca azul de seda gastada con cojines de un dorado desvaído, y ha acomodado los pies sobre un escabel (encontrado junto a un contenedor de basura) que amaneradamente imita los realces trasnochados de un falso rococó. El resto de la casa está a oscuras. Con debida precisión, la lámpara de lectura ilumina las páginas del libro. Ha sido un excitante recorrido por más de cincuenta páginas. El héroe, un hidalgo respetable con nombre de ciudad, un tal señor Guayaquil, decidió un buen día recorrer el mundo como una de esas golondrinas de mar que anidan en el Ártico, y en otoño migran hacia el sur. Un buen día lo abandonó todo, se convirtió en vagabundo y se fue a un parque cercano. Según el astuto narrador, reparó en la luna de las tardes (nunca había reparado en la luna de las tardes, y poco en la luna de las noches), y subió a un antiguo campanario sin campana y sin uso. Armado sólo con alpiste y migas de pan, atrajo a los extraños charranes del Ártico. Y comenzó a estudiarlos o a amarlos, que no es lo mismo. Él ha llegado a este párrafo preciso en donde el señor Guayaquil se encuentra en el campanario. No se sabe si da la bienvenida a las aves o si son las aves quienes saludan a Guayaquil. Las ha visto llegar, en bandadas. Y el antiguo hidalgo, ahora vagabundo, ha sentido miedo. Es evidente que ha sentido miedo, porque el miedo siempre es evidente. Ha cerrado los ojos para evitar la posible amenaza de los picos. Ha sido sólo una aprensión pasajera. Y el señor Guayaquil ha tratado de pensar en el mundo, imaginarlo como era visto por esos pájaros viajeros que van de un confín a otro, siempre hacia las antípodas. Aunque dedujo que quizá los pájaros jamás miraban el mundo, que los pájaros miraban hacia lo alto, o hacia los lados, hacia su propio camino. Y el mundo nunca era el camino de los pájaros, sino el aire.

Justo en ese momento de la lectura, se levanta, deja el libro sobre los cojines de la butaca y apaga la luz. En medio de la oscuridad, entre chimeneas y antenas de televisión, esta noche descubre un solo

hombre, un solo equilibrista, al que, ahora lo sabe, ha estado esperando. Una sombra que se recorta con nitidez en lo rojizo de este cielo bajo de febrero. El hombre parece alto: alcanza la misma talla de las chimeneas y las antenas de televisión. También se diría que es preciso y arrojado. A todas luces no le importa el peligro de la altura. Se mueve con rapidez, con destreza, y no huye del aleteo asustado de las palomas. Se detiene junto a una columna que nada sostiene, sin tocarla, como si la sola estructura de la columna ya fuera capaz de proporcionarle el equilibrio necesario. En un relámpago, gracias a una luz que no se sabe de dónde proviene, Donoso puede ver los rasgos exóticos del hombre, la piel de una blancura obstinada, el pelo negro, la frente vasta, los pómulos anchos, los ojos achinados. Y es como si el hombre también hubiera estado esperándolo, porque permanece junto a la columna unos segundos con los brazos en cruz y la sonrisa, mirando hacia la ventana, casi incitándolo con la sonrisa, preparándose quizá para el próximo salto.

El tramo que queda de escalera conduce a una puerta estropeada, abierta siempre a la azotea. Aunque no llovizna, es como si cayera una lluvia helada. Incluso le parece escuchar el golpe del agua sobre las baldosas. Hace frío, mucho frío, al menos para él, que nació en La Habana. El cielo, tan bajo, se puede alcanzar con las manos. Se acerca cauteloso al remate del edificio. Algunas palomas huyen espantadas. Abajo, oscuro como un abismo, el patio de manzana. El vagabundo, el equilibrista, continúa en su lugar, con su lejana sonrisa. Para no caer, él abre los brazos y recorre la cornisa, salvando cables eléctricos y tuberías de agua. Como si quisiera incitarlo, el equilibrista también avanza, con mayor decisión, y sus saltos tienen casi el valor de las acrobacias. Él, a su vez, se siente seguro y avanza cada vez con mayor rapidez, detrás de su guía, que de cuando en cuando se gira y le dedica una sonrisa de aprobación. Y la sonrisa, la aprobación, hacen que no experimente ningún miedo y eso es lo prodigioso. En la esquina en que acaba el edificio, da un pequeño salto para alcanzar la próxima azotea. Un salto elevado, preciso, elegante, que no hubiera esperado de sí mismo. La caída también es hermosa y segura, con esa gracia con que siempre han sabido descender los bailarines, como si al

caer se aprestaran para otro salto, como si el suelo no fuera más que el pretexto y el cuerpo, un pormenor. El salto lo envalentona. Sus pasos se vuelven amplios. Las palomas revolotean a su alrededor y tampoco lo asustan. Ya no lo asustan. Tampoco lo atemoriza el abismo del patio de manzana. No lo ve. Como los pájaros, sólo mira hacia el aire. El próximo salto es de mayor envergadura. Las cornisas se transforman en territorios seguros. Resulta hasta divertido escapar por ellas hacia no se sabe dónde, hacia cualquier lugar por lejano o exótico que parezca. Llega el inevitable momento: no tiene que saltar. El recorrido mismo es un gran salto. Debajo, lo sabe, está la Plaza del Pedró, y la otra plaza de Salvador Seguí, y la calle de Sant Pau, y el Teatro del Liceu, y el mercado de la Boquería, y la iglesia del Carme, y las Ramblas, como no podía ser menos, con ese largo entramado de ramas de plátanos, desnudas y negras, a la espera de tiempos mejores.

Imaginemos otras sombras. Mujeres y hombres se alzan, saltan de las azoteas hacia el cielo próximo de invierno.

Se diría que remontar los aires, los helados vientos del Norte, es como entrar en el silencio. Y ahora, en este instante, siente una repentina alegría. Se diría que, de pronto y finalmente, la realidad se ha hecho comprensible como una buena novela. Comprueba que todo ha terminado por convertirse en un hecho evidente y sabe la importancia de semejante descubrimiento. Así, junto con la revelación, o gracias a ella, Barcelona parece que apaga sus múltiples luces doradas. Imaginemos la ciudad como un mapa antiguo que poco a poco se desdibuja a lo lejos.

Un día comprendió algo evidente, que todo llega en esta vida. Algún filósofo habrá desarrollado una idea semejante con palabras abstrusas que significan lo mismo. A pesar de supersticiones, horóscopos, barajas, golpes de dados, pronósticos, caracoles y ofrendas, hubo un día en que la Mujer Barbuda (se comentaba que en realidad era un Hombre Barbudo) alcanzó las alturas de la filosofía y se dio cuenta de que todo llega en esta vida. Entre esas cosas más o menos definitivas, la hora de morir. Había pasado la vida de ciudad en ciudad, de feria en feria, como una rareza, como una reliquia, como un monstruo, como algo supremo, como algo irrepetible, como un milagro. Al final, sin embargo, se percató de que no era tan diferente como los demás creían: era una mujer (o un hombre) con barba, sí, ¿y qué?, también ella era mortal e intuyó que había llegado el momento de morir. En los últimos años tampoco sirvieron para mucho su gordura ni su barba contraproducente; tampoco fueron útiles los vestidos de tafetán verde olivo con cintas de terciopelo, que tan ridículas la hacían lucir (lucir ridícula era el modo que ella —o él— tenía de ser elegante). Entre acontecimientos adversos, circos virtuales y guerras reales en todo el mundo (guerras falsas o guerras que en ocasiones provocaba ella misma), ya el circo (su circo) carecía de predicamento. Poco a poco se fueron apagando los brillos ostentosos de sus apariciones entre banderas, aplausos, bufones, redobles, fanfarrias, himnos. Ya no había público, de manera que hubo por supuesto que recurrir a las ovaciones alevosamente grabadas en las cintas de un antiquísimo magnetófono soviético (¿de la era de Stalin?). La Mujer Barbuda creyó aprender algo tan simple como que la vida es un paréntesis absurdo entre la nada y la nada, que todo pasa en la vida y que es dificilísimo mantener un personaje desde el nacimiento hasta la tumba sobre el podio de un mismo éxito. Conoció algo que, de tan

simple, era arduo de entender: eso que llaman los «altibajos» de la existencia. (La palabra «existencia» tenía un toque decisivo que a ella —a él— la asustaba.) Incluso creyó tener la certeza de que al final no valieron la pena aquellas hormonas que la llevaron al triunfo y alejaron a los hombres (en sentido real y figurado) y atrajeron a las mujeres. Sus amores (escasos) fueron engendros, como ella o como él. ¿Quién podía sentirse atraído por una mujer con barba? O peor: ¿quién podía sentirse atraído por un hombre que parecía una mujer con barba? Y, sobre todo, en un circo de mala muerte. ¿Quién si no un desacierto de la naturaleza podía amar a otro desacierto de la naturaleza? La Mujer Barbuda no sólo supo que iba a morir, constató asimismo que lo necesitaba. Y llamó a los payasos, a los trovadores (también payasos), a los funambulistas, a los acróbatas, a las rumberas, a los magos, a las modelos desaparecidas de los magos, a los comedores de candela (ya sin candela), a los cocineros, a los domadores de leones, incluso a los leones famélicos. Y se despidió sin lágrimas, con el discurso más breve de su vida, como corresponde a una mujer (que podía ser un hombre) con el sagrado atributo de una barba. Habló de todo lo grande que habían vivido juntos —en un intento de ocultar lo pequeño—. Dijo, repitió, lo de siempre: que estaba por llegar la absolución de la historia, que la historia los pondría en su lugar (nunca nadie supo qué había querido decir con eso). Se desplomó días más tarde, en una calle de La Habana. Enfermeros vietnamitas y médicos azerbaiyanos intentaron reanimarla sin éxito. Ningún periódico publicó la esquela. Una cubana que podía ser cubano, con más de noventa años, gorda y con barba, había dejado de ser noticia en un mundo que giraba con frenesí.

16

Faluca sobre el Nilo

La diabetes causa sensibilidad alterada.

MANUAL MERCK

Al recuerdo persistente de
mi amiga Marta Abreu Carvallal

Justo en esa casa que se ve al final de la calle que sube en cuesta, vivió Malina hasta su muerte en 197... Ahora no sé quién vive ahí. Sus padres también murieron, la familia se desperdigó, como casi todas las familias cubanas. Sus hermanos se fueron: unos, a California; otros, a Nueva York. La casa siempre fue (lo sigue siendo) bastante rara en este lado de Marianao. Se eleva sobre un peñasco que da al río Quibú y tiene un sótano volado, sobre pilastras, ventanas que se abren al río, a las casitas que se levantan (o se caen) bajo el puente, y a un palmar que, cuando baja el sol, parece verse a lo lejos. Si el viento sopla del suroeste, los mosquitos no te dejan vivir y se siente con intensidad el olor de los albañales que desaguan al río.

Malina tenía su cuarto en el sótano. Mi amiga se refería a él como la Catacumba. Había insistido a sus padres en que la dejaran dormir allí debajo. Y como los padres la consentían, limpiaron la antigua carpintería, la pintaron, la acomodaron, le pusieron el mejor ventilador de la casa (para espantar el olor y los mosquitos), al tiempo que Malina colocó sus libros, la gran cama de hierro, el buró de estilo renacimiento español con la máquina de escribir Underwood (sin cinta; se escribía sólo con copias de papel carbón) y aquellos afiches

de las que calificaba las películas de su vida: *Besos robados, Lawrence de Arabia, West Side Story, Los paraguas de Cherburgo,* además de una foto gigantesca de Greta Garbo en *La dama de las camelias*. Nos reuníamos casi todas las tardes en aquel cuarto. La mayoría de las veces estudiábamos allí. También hacíamos pequeñas fiestas que en rigor no eran tales: sólo cinco o seis amigos, un poco de música de la radio, una jarra de ponche y una ensalada rusa que constituía la especialidad de la madre de Malina. Verdadera generosidad si se tiene en cuenta que Malina no probaba comida alguna que no estuviera regulada. Mi amiga padecía una enfermedad crónica. Durante su primera adolescencia, no se supo (o no se quiso saber) que padecía la enfermedad. Vivió años sin tratamiento alguno, así que el mal hizo grandes estragos y cada día su cuerpo acusaba los resultados de la batalla interior. Lo cierto es (y esto la aterraba) que, entre otras cosas, había ido perdiendo poco a poco la visión. En la intimidad, usaba espejuelos de cristales gruesos. Tenía siempre las mejillas encendidas y una sed que la ponía extremadamente nerviosa. A pesar de aquello, ¡qué divertida Malina! ¡Cómo se burlaba de sí misma, de su extrema delgadez, de los espejuelos de «lechuza», del corte de pelo a lo Mireille Mathieu que se hacía a sí misma frente al espejo enorme de la puerta del escaparate! Quiero ser pintora, queridito, declaraba con seriedad. (Me llamaba así, queridito, con un tono que ella llamaba *Desayuno en Tiffany's)*. Y al instante se tapaba la boca con el abanico de cartón de la farmacia Sorondo. Seré la única pintora ciega del mundo. Si Cuba tiene una bailarina ciega, ¿por qué no va a tener una pintora ciega?

Pasábamos el tiempo leyendo, cantando, divirtiéndonos. A Malina y a mí nos entretenían (y nos hacían sufrir) las novelas rusas. Disfrutábamos tanto de Chopin como de Procol Harum, de la música barroca, de los paisajistas franceses. Y, por supuesto, algo que nos hacía aún más cómplices: nos gustaban los mismos chicos del instituto. Era mi única cómplice en un Estado que consideraba la homosexualidad como una traición patriótico-ideológica. Y como no podía ser menos, ambos odiábamos el régimen militar en que nos había tocado vivir, un estado que obligaba a la permanente posición de firmes, la mano derecha en el corazón, los ojos fijos en la patria o

en la muerte. Si el presente es de lucha, el futuro es nuestro, apuntaba Malina (casi en un susurro) cuando entrábamos cada mañana en el instituto.

Casi dos años antes de la muerte de Malina en la Quinta Covadonga, tuvo lugar una desgracia nacional. El 6 de octubre de 1976 el vuelo 455 de Cubana de Aviación que cubría la ruta Guyana-Trinidad Tobago-Barbados-Jamaica-La Habana fue derribado por una bomba cuando salía del aeropuerto de Bridgetown. En el avión viajaban los veinticuatro miembros del equipo cubano de esgrima que regresaban de los Juegos Centroamericanos y del Caribe. Nueve días después del suceso, se celebró el sepelio de las víctimas en el monumento a José Martí de la Plaza de la Revolución. Según la prensa, asistió un millón de personas. Al frente y, como era inevitable, el primer secretario del Partido Comunista de Cuba y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, comandante en jefe Fidel Castro, quien pronunció un discurso acorde a la situación. Como muchas otras a lo largo de su extensa historia de poder y discursos, la frase con que finalizó esa tarde se hizo célebre y repetida luego hasta el cansancio: «Cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla».

Siempre que convocaban una concentración masiva en la Plaza de la Revolución o en cualquier otra plaza, Malina y yo corríamos a escondernos en la Catacumba. A ella le daban miedo las multitudes; a mí, terror. No tanto las multitudes fiesteras, carnavalescas, como las políticas, las fanatizadas (y también un poco carnavalescas, dicho sea de paso). Por regla general, hacíamos acto de presencia (los miembros de la Juventud Comunista tomaban nota de los asistentes), saludábamos, conversábamos, nos hacíamos ver, y en el primer descuido, fingiendo que Malina necesitaba beber agua, huíamos, desaparecíamos en la Catacumba. Allí pasábamos las horas en que la multitud ovacionaba al comandante en jefe y gritaba consignas. Oíamos en el viejo tocadiscos Crown de Malina los pocos discos de música de que disponíamos. A Malina le encantaba escuchar una y otra vez el *Álbum blanco* de los Beatles, que alguien le había regalado camuflado en una carátula de la cantante de lieder Iris Burguet. Discutíamos por los Beatles: yo los detestaba (hasta hoy), ella me

llamaba idiota separando la palabra (idi-ota) con énfasis en la «o». Cuando le explicaba que prefería a Patsy Cline, Malina me miraba inexpresiva tras el grueso cristal de los espejuelos y me preguntaba qué tenían que ver los Beatles con Patsy Cline. Suspiraba. Se pasaba la mano por la frente, acomodaba su pelo cortado que llamaban medieval. Me declaraba cursi sin remedio. Cantaba los primeros versos de «Crazy» con voz aflautada y ademanes exagerados. Reíamos. Entonábamos a dúo «Blue Bayou» al modo Roy Orbison. A Malina le gustaba que después le leyera en voz alta. Como cada vez se le hacía más difícil la lectura, me obligaba a estar horas sentado en una butaca, frente a ella, en una sesión de lectura que sólo interrumpía la madre de Malina para traernos vasos de un té helado y negro. Por esos días leíamos un librito que habíamos encontrado en la calle, entre las pertenencias de alguna familia que se había marchado a Estados Unidos, o al Norte, como se decía con la alegría de quien maneja con familiaridad la Rosa de los Vientos. Entre ropa vieja, sillas destartaladas, maletas vacías, encontramos un ejemplar de *Carne de quimera,* con la firma del autor y una fecha: Enrique Labrador Ruiz, 1948. Como Malina llamó a ese descubrimiento «providencial», nos pusimos a la tarea de leer los «novelines neblinosos» como si hubiera en ellos algún mensaje secreto.

La tarde de octubre en la que aproximadamente un millón de personas repudiaban lo que comenzaban a llamar el Crimen de Barbados, no hicimos lo de siempre. Había en Malina como una felicidad oculta. Deseos irreprimibles de reír. Cierta condición exaltada de hablar. La ansiedad apenas disimulada por el artificio de la expresión circunspecta.

Hablemos, dijo y se acomodó en el suelo, bajo la gran foto de Greta Garbo más refinada que nunca, vestida de blanco, con camelias en las manos. Te ruego que hablemos de algo verdaderamente trascendental. Hizo una larga pausa, como si meditara, a sabiendas de que esa actitud solía desesperarme. Muy bien, hablemos, hablemos, hablemos, repliqué para echarle a perder la pausa, cosa que solía encolerizarla. Dame tiempo, respondió, déjame ordenar las ideas, necesito bóveda. Sacó de debajo de la cama una caja rectangular,

como de zapatos, de zapatos gigantescos. La acomodó en sus muslos y puso ambas manos sobre ella como algo sagrado. No cabía duda: habría podido ser una buena actriz, con aquella innata sabiduría para marcar los silencios y la eficacia de sus cadenas de acciones. Como sabes, dijo, tengo una enfermedad congénita llamada diabetes mellitus tipo 1..., consiste en una destrucción masiva de ciertas células en el páncreas. Echó la cabeza hacia atrás. Miró al techo, algo que imaginaba en el techo. Esa ausencia de una célula del páncreas, ese exceso de azúcar en la sangre..., y ya es mala suerte nacer en el país del azúcar y tenerla hasta en la sangre, ese exceso de azúcar en la sangre, digo, destruye los vasos sanguíneos, por eso me estoy quedando ciega, por eso mis riñones un día dejarán de funcionar, y cuando los riñones dejen de funcionar, no te quedará más remedio, queridito, que ir al hospital, probablemente a la Quinta Covadonga, a ver cómo me intuban en una cama *fowler* y saber, por las informaciones médicas, que se paralizan todos los órganos de mi cuerpo en un acto de rebeldía final que los especialistas nombran con una frase horrenda: «fallo multiorgánico». Otra pausa. Otra mirada al techo con el objetivo de enfatizar la que lanzó luego sobre la caja. Levantó la tapa de la caja. Se ajustó los espejuelos. Miró a su interior con una sonrisa que no supe interpretar. La cerró de nuevo y se quedó inmóvil, la sonrisa inmóvil, los ojos cerrados. Me concentré a mi vez en la fotografía de Greta Garbo. Pensé que Malina había sido hermosa en su primera adolescencia, y que poco a poco había ido perdiendo la belleza; con sus dieciocho años ya parecía una mujer de treinta: piel deslucida, ojos enrojecidos, labios resecos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó lejana, como si llegara desde otro lugar. Me ha llegado, óyeme bien, queridito, de alguien que sabe de lo que habla, me ha llegado una sorprendente noticia: ¡en Egipto no existe la diabetes! En ese instante climático tocaba mirarme y sí, en efecto, me miró. Como quien descubre la más importante de las revelaciones. Se irguió, alzó la barbilla, abrió mucho los ojos: mirada desafiante, sonrisa desafiante, manos alzadas como si pidiera orden, tratando quizá de indicar que no debía adelantarme a los acontecimientos. Hay algo en el clima de Egipto que regula el funcionamiento del páncreas, que

impide que se destruyan las células que provocan la diabetes, y no es, escúchame bien, no es lo más importante. Como se comprenderá, yo estaba en el más riguroso silencio. No me sentía capaz de interrumpirla, de mover un músculo. Hubiera preferido no estar allí en aquel momento, así que mi inmovilidad y silencio tendían a la búsqueda de la invisibilidad. Lo trascendental es que en el valle del Nilo los diabéticos, incluso los avanzados como yo, se curan, el mal se revierte y desaparecen por completo los males, incluso la falta de visión, o lo que es lo mismo, en cuanto llegue a Egipto veré mejor que antes. Suspiró artificiosamente. Trató de explicarme la dificultad que entrañaba para nosotros vivir en Egipto. Es una república, como ésta, aunque supongo que menos caótica, o igual de caótica..., a mí me da igual, tú, la gobierna un hombre llamado Anwar el-Sadat, que es un nombre sonoro y eso no me lo vas a negar, tendremos que aprender el árabe egipcio, aunque para empezar con nuestro inglés podemos defendernos, viviremos al principio en la falda de la montaña de Muqattam, y en cuanto empecemos a trabajar y ganemos dinero, libras, porque en Egipto se vive con libras egipcias, mira qué elegantes, nos mudamos a un barrio mejor, y si quieres te puedes hacer musulmán, y entre nosotros, vas a vivir en permanente sobresalto porque mira que son lindos esos árabes, tú, qué hombres tan lindos, así como aparentemente hoscos, y yo seré una gran pintora, ¿qué te parece?, una paisajista *of course,* como Chartrand, aunque nada de paisajes cubanos, nos olvidamos de Cuba, paisajes del Nilo, grandes lienzos sobre paisajes del Nilo, y no sé si te interesará, pero podremos hacer viajes por el río sobre esos barquitos que tienen una sola vela... Abrió la caja y sacó de ella tres libros. Mira lo que he conseguido, *Viaje por el Nilo,* del barón de Gonzenbach, *Viaje a Oriente,* de Gustave Flaubert, y esta maravilla, en inglés, así que la lectura requiere su esfuerzo, de un aventurero británico que recorrió medio mundo y entre otras cosas descubrió los orígenes del Nilo, por allá abajo, por Tanzania. Me pasó los libros. Los dejé en el suelo sin mirarlos. Estuve a punto de preguntarle qué plan tenía para salir de Cuba y llegar a Egipto, si por barco o por avión. Preferí mantener el silencio. Comenzaba a caer la noche. El cuarto se oscurecía y el viento

comenzó a llegar con los mosquitos y los olores de otro río más próximo, el Quibú.

Por fortuna, la madre de Malina apareció para encender las luces. Me traía, además, un vaso de té frío. Se acabó el discurso de Fidel, indicó la madre. ¿Qué dijo?, pregunté tontamente. No me miró, no me hizo caso, preguntó en cambio: ¿Por qué no han prendido el ventilador? De lejos llegaban los acordes del himno nacional. Me puse de pie. Intenté ayudar a Malina, que despreció mi mano y se levantó de un salto. ¿Te vas?, me preguntó. Es tarde, respondí, voy andando hasta el Obelisco. ¿Qué te parece lo de irnos para Egipto?, y noté en su voz baja (con miedo a que la oyera la madre) un cierto tono de desaliento. La mejor de las ideas, Malina, dije, nos vamos de este horror y te curas, ¿qué más se puede pedir? Ella sonrió. Sabía que podía contar contigo, me susurró al oído mientras me abrazaba. Nos vemos mañana en el instituto, dije.

La Calzada Real estaba a oscuras. Anduve lento hasta la calle del General Lee y me perdí por entre el barrio Buen Retiro, que estaba silencioso, medio vacío, hermoso como siempre, y hasta un poco melancólico. Aunque quizá no fuera melancolía, sino la confianza de que por fin terminaba aquel viernes interminable de octubre.

Poco a poco y al final de su vida, el señor R. ha logrado el recuerdo de lo que no puede recordar. Es raro, por supuesto, a pesar de que sabemos que la memoria tiene ese y otros caprichos aún más complejos. Las mejores tardes son aquellas en las que se va solo hasta El Arenal, la playa de Palma, y no sabe por qué evoca, con tanta claridad, los años aquellos en que esta playa era apenas un hermoso litoral sin construcciones turísticas y se podía creer que era la playa virgen más antigua del mundo. Hay días en los que baja lento hacia Es Baluard y recuerda, con una crudeza que lo asombra, el jarrón japonés que se destrozó durante la «semana sangrienta» del mayo anárquico de París, hace más de un siglo. Se dice que es duro sentir un temblor, una explosión (o algo parecido) y ver cómo cae el jarrón con el paisaje pintado en la satisfecha porcelana. O distinguir a lo lejos la hermosa y terrible erupción del Mont Pelée, y luego el largo paseo entre las ruinas calcinadas de Saint Pierre. El señor R. dice (bueno, no lo dice, lo piensa en voz alta) saber que lo hirieron en la batalla de Megido y que lo recuerda como si acabara de ocurrir; él era del bando de los turcos y, cobarde al fin, se puede vanagloriar de haber peleado con valentía. Otras noches, ya de retirada, se echa en la cama; sabe que regresa a Francia, por febrero, tras la Ofensiva de Cataluña y resulta que ya no lo sorprende la crudeza del invierno en las márgenes del Ebro, las noches en el campo de Gurs, a la espera de lo más difícil, sobrevivir. Cierra los ojos. Contempla los quebrachos colorados durante la guerra del Chaco. Jura (se jura a sí mismo) que ha contado los muertos en la Corriente del Golfo, porque él también se ahogó en una balsa en medio de la mar inhóspita, tratando de alcanzar Cayo Hueso. Y en las noches de luna llena, en la mejor de las primaveras, vuelve a escuchar la Corriente del Golfo, y sabe de las balsas destrozadas, de cómo los que huyen caen al mar como maniquíes rotos. El

señor R. se dice que atesora más recuerdos de los permitidos. Es lo único que atesora, si vamos a ser justos. Yo sólo, piensa cuando deambula por la calle Aragón, tengo el recuerdo de todos los que no tienen recuerdo. Y en un bar bebe una cerveza helada y se sabe de nuevo ante un muro, con los ojos vendados en el momento en que alguien grita la palabra ¡Fuego!, y, con el primer sorbo de cerveza, supone que algo sucede (o no sucede) y se desploma sin vida en el polvo.

17

Soldado ruso

«¿Así que haber descendido al infierno no me ha servido de nada?», gritó Esteban.

El siglo de las luces, ALEJO CARPENTIER

Para Adis Barrio,
que estuvo en Berlín
y me contó esta historia

Estoy en Berlín desde hace tres días en mi primer viaje fuera de Cuba. Hasta este instante (acaso por el cambio de horario, de clima, de atmósfera; acaso por cierta resistencia de mi sensibilidad, de mis prejuicios o porque sea cierta la superstición de que el cuerpo llega antes que el alma) no había visto realmente la ciudad. Sólo ayer, en la tarde, comencé a tener conciencia de que estaba en Europa. A pesar del frío, abrí las ventanas del cuarto del amigo que me hospeda por unos días. Me intrigó el pequeño y hermoso cementerio que se ve desde allí, una tumba llena de flores frescas, demasiado luminosas bajo la oscura llovizna. Bajé. Di la vuelta a la calle. Entré al cementerio y sentí júbilo. Sé que suena extraño. No es difícil entender que lo hermoso (aunque tenga que ver con la muerte) provoca júbilo. Me aproximé a la tumba con flores; vi un nombre en la superficie negra del mármol: Marlene (1901-1992). Me dije: Sé que me esperas siempre fiel, bajo el farol, frente al cuartel... Y estuve allí mucho tiempo, bajo la llovizna, no sé cuánto, con el recuerdo improbable de una mujer bellísima, con sombrero de copa, sentada sobre un tonel de vino.

Y es ahora, a las cuatro y cinco de la tarde, cuando entro a este parque, que la ciudad me vuelve a sorprender con sus mensajes. Tengo por fin la certeza de que hui de Cuba y la vaga idea de cuánto he dejado atrás. Aquello que conformaba mi vida es por el momento una imagen imprecisa, como la tarde, como este parque cuyo nombre ignoro y que es un bosque o la ilusión de un bosque, porque el invierno ha desnudado las ramas para que la nieve llegue a la tierra sin estorbos. Los pocos paseantes van con prisa, seguramente aturdidos. Un poco porque el invierno llegó de pronto según dicen, y un mucho porque hace apenas un tiempo derribaron el muro que durante veintiocho años dividió la ciudad. Los pocos paseantes van aislados en sus gabardinas, calzados con botas negras, como si regresaran de una guerra excesivamente dilatada. Me dan deseos de gritarles: Por favor, deténganse, un solo instante, yo también vengo de la guerra, a pesar de que como pueden ver no lleve gabardina, sino este abrigo de nylon verde que no abriga lo suficiente, y cubro mis pies con estos viejos mocasines de alguna tela que intenta simular la piel de ante y que está siempre húmeda y deja un mal olor persistente. ¿Vengo de la guerra? En rigor, no estuve nunca en la guerra; ignoro qué son las trincheras, las emboscadas, los movimientos tácticos, la infantería, la fuerza anfibia, los aviones de caza, los campos minados. No sé qué significa la guerra si me atengo al modo descarnadamente manifiesto de las batallas convencionales. Ahora bien, ¿no habrá ofensivas (devastadoras) que tienen lugar de manera discreta, prácticamente indistinguible de la cotidianidad? O para ser más preciso: ¿no habrá batallas con apariencias de vida normal? La Habana que dejé atrás se diría una ciudad castigada por innumerables bombardeos, y que yo sepa o recuerde ninguna flota de aviones descargó bombas sobre ella. Nunca. Que yo sepa o recuerde. El bombardeo habanero, si lo ha habido, no llegó de lo alto ni de lo bajo, sino del centro. No del cielo, tampoco de la tierra. La espera y la tristeza tienen a ratos la fuerza de una bomba de hidrógeno. Por supuesto, no es exactamente así —pero casi—. De modo que por encima de que no vaya vestido de negro, con bufanda, guantes y gorro, también vengo de la guerra, queridos paseantes, así que

considérenme uno de los suyos, por favor, uno más, superviviente, si es que la supervivencia no implica otro modo de estar muerto.

Calles de Berlín; edificios de la avenida Unter den Linden; puentes del río Spree —aguas color acero—. Cuando desayuné, tomé la decisión: me dirijo a un lugar que añoré desde mi adolescencia: el museo de Pérgamo. Siempre me atrajeron las civilizaciones desaparecidas, el rastro que dejaron quienes marcharon a la guerra, a las interminables guerras de siempre, y al final terminaron devastados. Me gusta constatar lo imbéciles que somos los seres humanos. Árboles despojados de verde; cielo próximo; impresión (inédita en mí) de que, si doy un salto, puedo tocar este cielo rojo.

Junto a uno de los puentes del río, en una esquina sin nombre, encuentro a una chica con indudable aspecto andino y dos trenzas negras que casi le llegan a la cintura. Vende bufandas, bolsos, chalecos de colores, lana de alpaca (eso dice). Me detengo a mirar las piezas de lana, y la miro de soslayo; descubro esa seriedad que tienen los andinos y que puede proceder de tanta altura, de esas comarcas amenazadas por las presencias de Dios y el diablo. Soy cubano, digo. Y no sé por qué digo semejante impertinencia, en busca de qué complicidad. Me arrepiento de inmediato. Ella sonríe apenas (¿es una sonrisa?). No me mira. ¿Va a comprar? No. Ah. Adiós, camarada del Altiplano.

Es bueno alejarse por esta calle ancha, de nombre impronunciable, por la que, según mi mapa, debo seguir hasta el museo. Comienza a nevar. No sé describir lo que veo, mucho menos lo que siento. Para describir la nieve hay que haber nacido en estas tierras. Para quien viene del sol, éste es un espectáculo imposible. Miro hacia lo alto. Descubro el cielo morado, la lluvia que no es lluvia. Saco las manos (sin guantes) de los bolsillos del abrigo de nylon, las alzo para atrapar los copos.

Casi en la entrada del museo, una adolescente baila al son de las panderetas que una anciana golpea. Pienso: Deben de ser gitanas, del sur, de Transilvania. Las dos son morenas, van vestidas con trajes como de retales en colores y tienen esos ojos grandes, desvergonzados, provocadores de los gitanos. La adolescente se mueve con gracia, baila

bien, como si algo importante le fuera en ello. Tiene el pelo casi blanco de la nieve que cae. Un poco más allá hay un soldado. Es todavía joven, veintitantos años, belleza viril que sólo puede ser rusa. Pienso en Aliosha, el protagonista de *La balada del soldado,* una película que vi con veinte años en el cine Alpha. Alto, rubio (lleva una boina empapada), cuerpo magnífico, torso trabajado bajo la chaqueta sin camisa, un cuerpo que las evidentes penurias todavía no han ultrajado. Ni siquiera lleva zapatos; trozos de tela lo resguardan de la nieve. Insisto, es hermoso a pesar de que parece acabado de llegar del sitio de Stalingrado. Algo inflamados, sus párpados se cierran y abren constantemente sobre los ojos enrojecidos. Tiene los labios rotos, a causa quizá del frío. Y un aspecto de profundo cansancio. Frente a él, ha colocado una tarima sobre la que expone medallas al valor, banderitas rusas, fotos de Lenin (vivo y muerto), pisapapeles con la hoz y el martillo, estrellas de tela roja, un diminuto busto de Stalin, el trozo de una piel animal sobre la que se ha dibujado un mapa de Siberia, la réplica en madera de un kaláshnikov. *«Es kostet nur einen Frame»,* exclama en alemán y provoca sonrisas de condescendencia en los presentes. Le sonrío yo también. Me devuelve la sonrisa (Aliosha: *La balada del soldado),* y canta, en ruso. Sé por experiencia que las baladas rusas son tristes y parecen lamentar despedidas, agresiones, batallas y fracasos.

Ahora mismo, si andan por Montmartre, cerca de la Rue Feutrier, próximos al Soleil de la Butte, y tienen la curiosidad de acercarse, me verán sentado en la calle, frente a la estatua. De todas las estatuas humanas de la ciudad, la que prefiero está aquí, en esta calle, al amparo de unos olmos. Él es un joven de blanco, con maquillaje blanco, arrodillado dentro del baúl negro y sin adornos. El joven es lejanamente mestizo, con el pelo de enlucida lana ensortijada y labios blancos y gruesos. Tiene siempre los ojos cerrados. Puede estar mucho tiempo sin mover un músculo, en tenaz postura de pensador o alucinado. En otras ocasiones he conseguido llegar con anticipación y lo he visto aparecer con el baúl y el traje de un blanco luminoso, como de Pierrot. Antes de acomodarse dentro de la gran caja y exponer su perplejidad inmóvil a todas las miradas (las interesadas, las burlonas, las indiferentes, las impías) sus movimientos son lentos, de premeditada pereza; parece que llegara de una dimensión y se dispusiera a entrar en otra; o como si no viniera de ningún lugar y careciera de la ilusión de llegar a otro. Se detiene algunos minutos ante el baúl. No sé si reza o medita. A veces sonríe. Luego de semejante ritual, cuando ya se ha convertido en la estatua arrodillada dentro del baúl, sí es verdad que alcanza la imagen perfecta del abandono y la paciencia. Cierta tarde, alguien me dijo que el joven es cubano. Y precisaron: de La Habana. Habanero como él, estoy sentado ahora mismo en el suelo, junto a los tachos de basura (me podrían ver, si tuvieran la curiosidad de acercarse), próximo a él, en la Rue Feutrier. Y como él permanezco inmóvil, a la espera de algo que ignoro. ¿Se puede entender esta fascinación? ¿Se puede entender qué significa una circunstancia que nada promete, sin deseos, sin expectativas, sin preguntas y, por tanto, sin respuestas? El frío es intenso. Se ven pocos viandantes. Tanto el joven

blanco y arrodillado como el obstinado admirador que soy permanecemos en actitud de quieta despedida. Allí está él; aquí estoy yo. Como si los dos esperáramos lo que sin duda no se producirá. Tarde en la noche, cuando decide abandonar la actitud de estatua, desisto de seguirlo. Seré sincero: no quiero saber dónde vive, a quién saludará, qué cerveza beberá antes de echarse en la cama a descansar las rodillas. No quiero saber quién es el joven que se oculta detrás de la espera, dentro de un baúl. Permanezco pues aquí mientras cae la llovizna rojiza y la calle relumbra como todas estas calles durante los otoños de París.

18

Yo sé que nunca besaré tu boca

Para Eugenio Ballou

Tres días antes de salir para siempre de Cuba, fui a despedirme de mi amigo Ñico, Ñico Cabrerizo. Secretamente, también quería pasear por Marianao con la certeza y la mirada de que lo hacía por última vez. Marianao, el lugar donde nací y crecí y fui (creo) bastante dichoso. Me dio gusto encontrarme frente al antiguo colegio El Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús; allí estudió mi hermana y mi primera novia. Anduve por el gran Mercado que visitaba con mi padre las mañanas de domingo, en busca de pescado fresco, y que ahora parecía el vestigio de una civilización arrasada. Me detuve bajo las presuntuosas marquesinas del teatro Principal, ahora un cine de mala muerte, un chinchero, como se decía con palabra apropiada. Recordé la panadería El Roble, demolida, donde había una solar y una parada de guaguas, con un gran cartel en el que se leía ¡CUBA, PRIMER TERRITORIO LIBRE DE AMÉRICA! Me dio gusto, o quizá sea mejor decir que me dio nostalgia, el gusto de la nostalgia, intentar descubrir en el horror actual de mi ciudad la belleza de lo que imaginé alguna vez como el centro de mi mundo, que era, como se comprenderá, el centro del universo.

Cabrerizo vivía en la calle 138, antiguamente llamada San Severino, próxima al monumento al coronel Baldomero Acosta, en la misma casita, legada por su madre y donde ella murió hacía seis años, casi octogenaria. Era una de esas casitas tristonas, presumidas, de la

aristocracia obrera de la textilera de El Pocito, que intentaban revelar que sus dueños ganaban más dinero que cualquier otro obrero de los alrededores. Tenía un portal no demasiado amplio, columnas dóricas y hasta un pequeño frontón de logia masónica. En una esquina, grabado en lozas sevillanas, se podía leer: Villa Carmela. Daba gracia y también grima que la tosca casita tuviera el optimismo de llamarse así, Villa, en medio de aquel barrio olvidado de Dios (lugar común con el que Cabrerizo se refería siempre a su barrio). Me llamó la atención lo despintada que estaba y las puertaventanas cerradas a cal y canto. Toqué a la puerta. Se demoraron en abrir. Cuando estaba a punto de volver a tocar, escuché el cerrojo y el crujido de las bisagras, la puerta se abrió lenta —un poco nada más—. Me sorprendió un fuerte y oscuro olor a humedad, a sudor y a Bálsamo del Tigre, antes de descubrir la cara de una muchacha (que no conocía) y se asomaba con cautela. Parecía joven, con los ojos negros, la nariz aplastada y el labio discretamente leporino. Diga, dijo. Buenas tardes, respondí con excesiva ceremonia, con ironía, cosa de darle a entender la importancia de las buenas maneras. Ella no pareció darse cuenta, o no le importó, y se me quedó mirando con los ojos ariscos, entre cansados y recelosos. Diga, repitió con la voz inquietante de los fañosos. Soy amigo de Ñico Cabrerizo, voy a hacer un largo viaje y quiero despedirme. Ñico está enfermo. ¿Alguna enfermedad contagiosa, algo tan grave que me impida verlo? No supe si suspiró o lanzó un resoplido de molestia. ¿Cuál es su nombre?, preguntó con tono de condescendencia. Le dije todos mis nombres y apellidos, con la confianza de que se sintiera impresionada. Abrió la puerta, se hizo a un lado para permitirme la entrada. Me pareció que entraba a una cueva. El calor allí tenía algo de inmóvil y de material. Como las puertaventanas parecían cerradas de por vida, faltaba luz y júbilo. La sala estaba recogida; el olor a humedad y a bálsamo, sin embargo, le otorgaba una sensación de abandono. No era así como la recordaba en tiempos de doña Mela, la Carmela de la Villa, madre de Cabrerizo, aquellos años en que llegábamos de la Playa de Marianao y la vieja nos tenía preparada una sopa de cebolla con un buen chorro de brandy, siempre Fundador, que alejaba cualquier posible borrachera.

En aquellos años (tan sólo diez años atrás) era una casita, si no alegre, al menos vivida, limpia, luminosa, en la que había siempre un silencio de milagro y un fuerte olor a agua de colonia 1800. Doña Mela había vivido tiempos mejores. Tuvo una juventud de cierta opulencia en una finca llamada La Granada, en Artemisa, donde se cultivaba piña que salía desde el puerto de El Mariel hacia New Orleans. Ella se las arreglaba para poner al mal tiempo buena cara. Una persistente optimista. Y, además, adoraba a su hijo, le gustaba el camino que había escogido (ella hubiera hecho lo mismo de haber podido: no cantaba mal) y vivía para Lucas, su nieto, el único nieto, un huérfano de dieciséis años que era, como se suele decir, la alegría de la casa. Y precisamente una foto de Lucas fue lo primero que me devolvió a aquellos años de dicha. Un *close-up* del muchacho: el pelo crespo mal dominado por una gorra de béisbol con la A del equipo Almendares; ojos despiertos, jodedores; y aquella sonrisa que era, para quienes lo conocieron, lo más importante de todo. Sin embargo, un búcaro de pared bajo la fotografía, con rosas frescas, guajiras, de jardín, me devolvió al presente. ¿Me puede decir su nombre? Repetí quién era como si hablara con una sorda. Le tendí la mano. Ella se limitó a pasar sus dedos agotados por la palma de la mía, e intentó un gesto de amabilidad que mejor hubiera ocultado. El señor vendrá enseguida. Me dio gracia que dijera «señor», cuando hacía siete años que se suponía habían sido suprimidas, por decreto, las clases sociales. Y no se trataba de ironía, mucho menos de sarcasmo. Su tono tenía ahora algo amable. Siéntese, por favor, si espera unos minutos.

A Cabrerizo lo conocí a principios de aquel diciembre de 1954 en que le dieron a Hemingway el Nobel de Literatura. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en un antro de la Playa de Marianao llamado El Jibarito. Era entonces un hombre de cuarenta y cinco años que parecía apenas salido de la adolescencia: pequeño, delgado, casi imberbe y tímido, muy tímido. Hacía la «tercera voz» del *night club*. La tercera voz quería decir que aparecía en la pista más allá de las tres de la mañana, cuando el público se hallaba ebrio y harto de desconsuelos, luego de que una hermosa mulata, a la que llamaban «La novia de Buenos Aires», desahogara sus tangos con voz quebrada, y de que un

bolerista viejísimo, largo y flaco, a quien anunciaban como «el Jilguero de Monjarras», se sentara al piano y gimoteara un rosario de boleros de Agustín Lara, con voz algo peor que la del veracruzano. A Cabrerizo lo presentaban por su apellido, Cabrerizo, y el sobrenombre del «Hidalgo del Bolero». Y bastaba la aparición de aquel hombrecito de esmoquin blanco con solapas negras, la voz rara, áspera, aguardentosa, la luz de un seguidor y el acompañamiento de El Gallego, un guitarrista negro (parecía un negro bozal) bastante bueno, para que yo me sintiera feliz. Al parecer, era yo el único bendecido por la felicidad. A semejante hora, contribuían a la felicidad los vasos de Bacardí que ya tenía entre pecho y espalda y el desánimo (o la soledad) que me provocaba El Jibarito, con su aspecto más de circo que de night club y aquella retahíla de tangos y boleros tristísimos. Cabrerizo, «el Hidalgo del Bolero», no tenía excesivo éxito. Luego de la tanguera y de aquel remedo de Agustín Lara, el público se hartaba del sentimiento y se olvidaba del show, y bebía y fumaba y conversaba como si no existiera aquel pobre hombre que «daba la vida» (como repetía con una mueca de angustia) en la pista de El Jibarito. Yo, en cambio, me dejé cautivar. Por alguna razón que me gusta calificar de misteriosa, le presté atención. Aunque cálida y melódica, Cabrerizo carecía de una gran voz. Sin embargo, no era la voz, ni siquiera los boleros bien escogidos de su repertorio lo que me conmovió desde el primer día, sino aquella concentración que ponía en cada canción, como si le fuera la vida en ello, algo que tenía que ver con un espacio estrecho en el que todo estuviera en juego, algo demasiado importante, digo yo, entre la vida y la muerte. Su gran momento lo constituía el bolero «Nunca», la maravillosa canción con letra del yucateco Ricardo López Méndez que otro yucateco, Guty Cárdenas, musicalizó y cantó muy bien. Con cierta sabiduría, Cabrerizo no la prodigaba en exceso. Lo cantaba a veces, alguna noche más dolorida que otras, cuando menos lo esperabas. Luego de varias noches en El Jibarito, comprendías que existía un ritual. El cantante hacía una pausa, bajaba el micrófono. Gallego, el guitarrista, que no solía levantar los ojos de las cuerdas, miraba al cantante. Éste, que se sabía mirado o más bien increpado, fruncía el ceño y afirmaba con

pesadumbre, como si quisiera decir que no y al propio tiempo no pudiera hacer otra cosa. Gallego parecía jugar un poco con las cuerdas, improvisaba, hasta que poco a poco ibas sintiendo la introducción del bolero, sus acordes. La pequeña voz de Cabrerizo se escuchaba más desolada que nunca:

Yo sé que nunca besaré tu boca,
tu boca de púrpura encendida...

Y te percatabas entonces de por qué no prodigaba aquel bolero. Te hacías idea de cuánto dolor se escondía detrás de aquella voz.

Yo sé que inútilmente te venero,
que inútilmente el corazón te evoca...

La primera vez que conversé con el Hidalgo del Bolero, yo estaba en la barra de El Jibarito bebiendo una copa de ginebra con licor, ese trago que, ignoro por qué, llaman Alaska. Una pausa en el show permitía que las parejas se desahogaran bailando en la pista. Recuerdo que por los altavoces sonaba la Orquesta Casino de la Playa con su «Bruca Manigua». A través del inevitable espejo que al otro lado del mostrador dispersaba la realidad, me vi a mí mismo con correcto pelo engominado, el bigotico pretencioso, mi traje de dril y mi corbata roja, aparentando ser mayor de lo que era, fingiendo ser un hombre hecho y derecho. Y vi el gentío, la soledad del gentío, y me pregunté qué hacía yo allí, con mis diecinueve años cumplidos y la certeza de que al día siguiente me tocaba madrugar para entrar a mi aula de Teoría del Derecho en la Universidad de Santo Tomás de Villanueva (con la alegría, eso sí, de que pronto llegarían las vacaciones de Navidad). Pensé en Glorita, la novia a la que había abandonado por cansancio. Pensé en Doris, la cuarentona desesperada, esposa de un directivo de la filial cubana de la Standard Oil, el hombre ocupado por antonomasia, que pasaba la vida entre La Habana y Cleveland, lo que permitía a su mujer recibirme (sabía Dios a cuántos más) y darme lecciones definitivas de cómo hacer feliz a una mujer. Entonces escuché una voz que me preguntaba: ¿No tienes otro lugar mejor

donde beberte un trago? Me volví y descubrí a Cabrerizo bebiendo un vaso de aguardiente sin hielo, como si fuera agua. Si usted supiera, dije con voz de quien está de vuelta de todas las cosas, en este lugar me siento como en casa. Cabrerizo sonrió antes de mirarme con curiosidad. Fue la primera vez que pensé que aquel hombre tenía un destino trágico. La sonrisa nada tenía que ver con los ojos. Su mirada no engañaba. O por lo menos no *me* engañaba. A pesar de mis diecinueve años, poseía imaginación suficiente como para descubrir bastante bien la desdicha. No sé si reírme, confesó Cabrerizo, o si compadecerte. Me llamó asimismo la atención que la voz de hablar nada tenía que ver con la de cantar. Puede hacer las dos cosas, contesté, de hecho yo mismo me río y me compadezco. Le gustó mi respuesta. Afirmó, sonrió y se irguió un poco, como si quisiera alcanzar mi estatura. Eres joven para estar aquí, esto es un sitio para desahuciados. Cualquier lugar es bueno para aprender. Si tú lo dices... Además, me gustan mucho los desahuciados y los boleros, y su voz y sus boleros, y ese guitarrista, el mejor guitarrista negro que he escuchado en mi vida. Gracias, hablas de tu corta vida. Cierto, mi corta vida. Creí notar un alegre toque de coquetería en su voz. Un lejano e infructuoso deseo de seducir. Bueno, yo estoy diciendo la verdad, me gusta su modo de entregarse al bolero, me conmueve su verdad. Bajó la cabeza. Pareció buscar alguna respuesta en el aguardiente. Suspiró. ¡Mi verdad...!, ¿estás estudiando psicología? Soy estudiante de derecho. Serás un buen abogado, no cabe duda.

Allí, en la barra de El Jibarito, nos hicimos amigos, un cantante de casi cincuenta años y un estudiante de diecinueve. Después de que Cabrerizo terminaba su actuación, alrededor de las tres de la mañana, bebíamos algo, conversábamos un rato, hablaba yo sobre mis conquistas sexuales (convenientemente exageradas) que él escuchaba con interés (convenientemente fingido). Casi siempre era yo quien hacía un mayor gasto de la conversación. Él se limitaba a sonreír y a hacer algún apunte. Una noche me enseñó una foto de su sobrino, de Lucas, y me dijo que era la única razón de su vida. Le pregunté si tenía hermanos y me dijo que no. Entonces, ese sobrino... Se volvió hacia Plinio, el barman, y le ordenó un tequila con triple-sec, un

margarita estilo Cabrerizo, ya sabes. Y así pasaban las noches. Yo hablaba y hablaba; él escuchaba y bebía, hasta que se despedía con el gesto y la sonrisa agotados. Lo veía alejarse en su viejo Rambler Nash de 1949, al tiempo que yo regresaba andando hasta la casa que compartía con varios compañeros de la universidad en el reparto Náutico. Ya el Coney Island estaba cerrado a esa hora y figuraba un paisaje de *Crónicas marcianas*. Aún había vida, sin embargo, en la Playa de Marianao. La Playa no descansaba. Los night clubs abrían hasta que el sol caía decidido sobre la arena de los balnearios, y la enorme botella de Terry Malla Dorada de La Concha brillaba en medio del mar. A esa hora de la madrugada, las parejas casuales (incluso los tríos casuales) se perdían por entre las casuarinas y las uvas caletas. Yo me detenía a desayunar en El Yankee, un *coffee trailer* a un costado del Casino Español, donde vendían el mejor café con leche y los mejores *hot-cakes* de La Habana. Luego, me dejaba tocar por algunas de las putas que se amontonaban en la entrada del reparto, y me iba a dormir el sueño asombroso de quien tiene la certeza de que los diecinueve años duran para siempre, imperturbables como la botella de Terry Malla Dorada.

Ñico Cabrerizo no era un cantante cualquiera de boleros. Sorprendía su cultura musical y que fuera, por ejemplo, un amante de la ópera. De hecho, había sido su primera ambición, antes de advertir que su poca voz de barítono de nada servía sin micrófono. Nunca hubiera podido conmover hasta el último de los espectadores del teatro Auditorium, solía explicar sonriente, sin asomo de queja o resentimiento. Entonces, continuaba revelando, un día que andaba de paseo por la calle San Rafael, y porque tenía sed, entré al bar del hotel Royal Palm y pedí un daiquirí. En una esquina descubrí a un negro que tocaba la guitarra, un negro tan negro que tenía los ojos amarillos y parecía cimarrón, le decían, le dicen, El Gallego porque se llama Ulloa Pazo, y descubrí que tocaba la guitarra como nadie, con una melancolía alegre que me conmovió, y fui y le dije: Quiero que me acompañes, y él respondió: Canta, y yo canté lo mejor que me quedaba entonces, porque yo admiraba a Rabagliati, mi ídolo de entonces:

Flor de Yucayo, la bella,
al nacer me ha copiado
Yumurí en su cristal.

Y todos los que estaban en el bar nos aplaudieron, y así comenzó el dúo de El Gallego y El Hidalgo del Bolero, ahí comenzó nuestra andadura juntos que ya lleva más de veinte años. El Gallego no es mi guitarrista ni yo soy su cantante, somos hermanos, no de sangre, sino de la vida, que es más importante que la sangre. El Gallego llegó a ser tan importante en la vida del bolerista que gracias a él apareció Lucas, el pequeño dios de los Cabrerizo.

Me impresionó ver a Cabrerizo en una viejísima silla de ruedas (después supe que había sido de su abuelo), envuelto en mantas a pesar del calor asfixiante de la casa, con el escaso pelo blanco sucio y revuelto, la barba crecida, los ojos oscuros, carentes de vigor, la boca hundida porque había perdido los dientes. Me impresionó que se llevara las manos a la cara con el evidente propósito de que yo no reparara en lo deplorable de su estado. No sólo me provocó compasión, sino además cierta culpa. Lo había abandonado demasiado tiempo y ahora reaparecía para despedirme, con la certeza de que nunca volvería a verlo. No existía una razón concreta que explicara la razón de por qué me había apartado de él. Quizá la desidia. Quizá la falta de estímulos de una ciudad que había cancelado sus noches y regresado poco a poco a un estado de moralina religiosa. A veces creía que mi abandono tenía que ver con algo que se llama el instinto de supervivencia: por un lado, los Cabrerizo parecían una familia con *jettatura:* en los últimos años habían conocido casi todas las tragedias; por otro, estaban marcados por su pasado batistiano. Bueno, hablar de pasado batistiano puede que sea exagerar un poco, sería mejor hablar de la malaventura (batistiana) de Lucas. Me puse de pie con toda la ceremonia de que fui capaz e intenté que mi sonrisa no revelara mi conmoción. Fui a inclinarme para abrazarlo, y la chica del labio leporino me detuvo con un gesto enérgico y una frase inverosímil: No se le acerque, no soporta la proximidad de las personas, además tiene las defensas bajas. Ñico, exclamé, cuánto tiempo. Sí, replicó él, cuánto

tiempo, demasiado tiempo. ¿Cómo estás? Cabrerizo me miró, probó una sonrisa fracasada y trató de cantar:

Ya no tengo corazón,
llegaste tarde...

La del labio leporino hizo un gesto de desesperación. Estoy bien, exclamó Cabrerizo, soy feliz. Su voz había perdido la gracia de antaño, arrastraba las eses como un anciano, la ironía, sin embargo, le salió perfecta: no parecía ironía. ¿Qué estrella se va a caer?, preguntó. Ya las estrellas no se caen, querido Ñico, ahora todas son fijas, además: nadie las mira. Se agitó, tembló bajo las mantas como si llorara o riera. En su caso, las dos acciones parecían la misma. Levantó un brazo y ordenó: Teto, tráenos dos tragos de aguardiente. No, dijo la muchacha, el médico lo ha prohibido, si quiere café o té o manzanilla... Cabrerizo hizo un gesto de impaciencia. Qué más da lo que diga el médico, Teto, a ti te conviene que muera pronto. A mí no me conviene nada, dijo la chica, yo creo en Dios y ahí terminan mis conveniencias. Ya no bebo, mentí para apoyarla. Perfecto, Teto, trae café, nuestro amigo es ahora un hombre decente. Las mantas volvieron a agitarse. Sonreí. Siempre fui un hombre decente. Es cierto, dijo, todos en El Jibarito éramos decentes en aquellos años. Cerró los ojos. Yo no cerré los míos y fue como si lo hiciera. Volvía a ver la casa como cuando vivían doña Mela y Lucas. La casita bien puesta, limpia, con un cierto gusto clase media baja, pero gusto al fin, puesto que hasta los adornos de porcelana no eran de la Sears ni de la Quincallera. Doña Mela había vivido algunos años en Nicaragua, cuando la presidencia de Manuel Antonio de la Cerda, y eso, además de una colección espléndida de blusas bordadas y de polleras *prêt-à-porter,* le daba cierto aire de mujer con experiencia de la vida. En aquellos años (y en otros años) haber vivido fuera de Cuba confería un añadido de elegancia. Doña Mela siempre estaba de buen humor. Cantaba, tocaba el piano; a veces iba a El Jibarito a escuchar a su hijo. Su mayor tesoro, Lucas, el nieto que no era nieto y daba lo mismo. La aparición de Lucas en aquella casa siempre fue un misterio para mí. Sabía que no era hijo de Ñico Cabrerizo; sabía que doña Mela no tenía

más hijos que Ñico Cabrerizo; sabía que no existían otros familiares, que Ñico y su madre eran los últimos de una pequeña familia. Además, no había más que ver al adolescente para comprender que nada tenía que ver con la anciana y el bolerista. Sólo lo vi dos veces. La primera, él tenía catorce años y llegaba de un juego de pelota, con sus *spikes,* su traje blanco de rayas azules y la gorra que siempre parecía quedarle pequeña, entre la maraña del pelo encrespado que no le gustaba recortar. Tenía el cuerpo desarrollado de un chico de dieciséis. Y la piel limpia, color tierra, los ojos grandes y los labios gruesos y sonrientes del cuarterón. Se daba más aire a Mulato Lindo que a los Cabrerizo. Tampoco parecía un huérfano. Se le veía todo lo feliz que puede ser un adolescente. Juguetón, inquieto, deportista, ocurrente, de inteligencia práctica y rápida. Quería entrar en la Escuela Naval del Mariel; nada le gustaba más, decía, que el ejército y el mar, de manera que sería capitán de la marina de guerra. El problema era que doña Mela no quería oír hablar de la Escuela del Mariel, mucho menos de que el nieto anduviera por mares que, sólo quince años atrás (¡quince años!, más o menos la edad de Lucas), estuvieron plagados de submarinos nazis. «Habrá guerra otra vez», reiteraba con vehemencia, «habrá guerra, y lo digo yo que las he vivido todas. No estoy dispuesta a perder a mi nieto en una guerra. Nadie gana las guerras. Todos somos perdedores.» Reíamos, por supuesto, las palabras de doña Mela nos hacían reír seriamente, como si la risa fuera el modo eficaz de conjurar su sospecha. Y hubo guerra, solté de pronto, sin explicación alguna, como si Cabrerizo y la chica del labio leporino, llamada Teto, participaran de mis pensamientos. Al menos él no pareció sorprendido. Dijo que sí, que siempre había guerra, que no cabía duda de que aun cuando las personas no se mataran de manera evidente, se mataban igual, sin balas y estrategias, guerra igual, ya saben, con otras formas y otras muertes. Teto trajo dos incómodas tazas de café con sus platicos desgastados. El primer sorbo me hizo sonreír: había puesto aguardiente en lugar de café. Háblame de tu vida, me pidió Cabrerizo, que pasó por alto mi sonrisa. No le conté la verdad. No le dije lo difícil que se había vuelto mi vida desde 1959 a la fecha. No mencioné el desastre de la familia, que mis

padres vivían en Union City desde 1962, que mi hermana pasaba trabajo en Madrid, esperando la autorización para entrar en los Estados Unidos. Tampoco le revelé que en pocos días saldría para México, con el propósito de no regresar. Preferí narrar una serie de hermosas mentiras que no enturbiaran nuestro último encuentro. Cabrerizo me escuchó hundido en la silla de ruedas. Por su expresión no supe si daba crédito a lo que estaba contando. Después de todo, la situación no favorecía que mi tono fuera convincente. Hubo un largo silencio. Pensé qué otra maravilla imposible podía inventar para entretenerlo. Y en medio de la inquietud por llenar el vacío de la conversación, cometí un error. He vuelto varias veces a Playa Cajío, dije, y al instante alcé las manos con el deseo de borrar las palabras. Demasiado tarde, demasiado tarde. Me puse de pie. Tuve miedo. Fui cobarde. Me puse de pie. No quería afrontar las consecuencias de haber mencionado Playa Cajío. No quería ver la expresión de mi amigo ni cuanto tuviera que decir al respecto. Quizá todos, alguna vez, hemos tenido la mezquindad de odiar a la víctima que nos echa en cara su tragedia. Lo cierto es que sentí un irrefrenable deseo de huir, de dejarlo allí, solo, con la única compañía de una extraña muchacha y con las consecuencias de mis palabras. Bastante tenía con mi vida, con mi viaje sin regreso, concluí para animarme. Extendí, pues, mi mano. Cabrerizo no respondió. Teto, la chica con el labio leporino, negó con la cabeza en lo que interpreté como un gesto de desencanto. La compadecí. Ahí te quedas con el desamparo y la enfermedad, pensé, y no sé por cuánto tiempo: yo me largo. Cabrerizo no podía saber que nunca volvería a verme, que yo me iba lejos, para siempre, *canturreando mi poema más triste*. Me dije que tampoco es que le quedara mucho de vida. Aquel hombre de la silla de ruedas estaba iluminado por la oscuridad de la muerte. A esas alturas, la generosidad no tenía lugar, y si en Cuba todo, desde lo más grande hasta lo más pequeño, se había convertido en un sálvese-quien-pueda, estaba permitido que le diera la mano y escapara de Villa Carmela, como mismo había hecho, poco tiempo atrás, el Gallego guitarrista, que (en el más riguroso silencio) se fue hasta Boca de Camarioca y se largó en un bote rumbo a Cayo Hueso. Como hizo doña Mela, que un

buen día y sin previo aviso pasó de un sueño a otro. Como hizo el propio Lucas. Porque su desaparición, la desaparición de Lucas, fue el preludio de cuanto estaba por llegar. Así que salí rápido a la calle San Severino. Me deslumbró el sol polvoriento de la última tarde. La muchacha quedó en la puerta. Supe que en mi espalda se concentraba su mirada de contrariedad.

Porque a Playa Cajío fuimos un lunes de agosto de ocho o nueve años atrás. Lucas acababa de cumplir diecisiete años, y doña Mela organizó un pícnic para celebrarlo, aunque al final ella no pudo ir por una de sus habituales crisis de espalda. Salimos a las cinco de la mañana en el Rambler Nash. Decidimos ir un lunes porque era el día que El Jibarito permanecía cerrado. Bajamos por la carretera Central hasta Punta Brava, y luego hacia el Guatao, Corralillo, San Antonio de los Baños y Güira de Melena. Llegamos a la playa cuando comenzaba a amanecer. Playa Cajío era entonces una playa bonita, más bonita que la mayoría de las playas del sur de la isla, por lo general abruptas, bajas y pantanosas. El baño mismo, el mar (oscuro y seco) no era de los mejores. Tenía, eso sí, un aire salvaje que nos hacía creer que éramos los primeros seres humanos que llegaban a aquel lugar. Sensación que prevaleció incluso cuando vimos salir el sol por entre los mangles, por entre el horizonte que parecía compuesto de mangles y las bandadas de gaviotas y pelícanos, y comenzaron a llegar los pescadores que faenaban durante la madrugada. Como era lunes, sólo estábamos los tres en la playa. A ratos llegaba algún viejo pescador que desaparecía luego entre los arbustos. En cuanto llegamos, Lucas se quitó la ropa y se lanzó al agua. Entendí que había pasado tiempo desde la vez que lo vi aparecer en la casa de la calle San Severino, con su traje de pelotero, la gorra y los *spikes*. Se había hecho un hombre. Su cuerpo era alto, de músculos fuertes y suaves, bien definidos y elásticos. Su piel se había oscurecido y su cara ya no era la de un niño; se habían curtido los rasgos y asomaba la sombra negra de la barba y el bigote incipientes. Advertí asimismo que olía fuerte: el sudor de sus axilas se iba por encima del talco Aseol que compartía con su tío. Sólo los ojos y la sonrisa mantenían cierto asombro, como si el mundo lo aturdiera y lo hechizara. Fue uno de los mejores días de nuestra

amistad. Nadamos, comimos, cantamos, reímos. Me pareció divertida la relación entre un bolerista y un admirador de Elvis Presley. Yo, por suerte, me hallaba cómodo entre los dos. A mediodía, comimos los sándwiches preparados por doña Mela, con mortadela y jamón del diablo, las aceitunas sin hueso, los trozos de queso blanco y las Coca-Colas que se mantuvieron frías en el termo. A escondidas de Lucas, Cabrerizo y yo consagramos las Coca-Colas con líneas de Bacardí. Quedamos adormilados sobre la arena terrosa. Cabrerizo descansó apoyado al tronco de un cocotero. Lucas se acostó y acomodó la cabeza en los muslos de su tío. Cabrerizo le acarició el pelo áspero, el cuello, la frente. Lucas se durmió. Vi que mi amigo suspiraba y cerraba los ojos. Durante un segundo eterno tuve la ilusión de que Cabrerizo conocía algo diferente a la nocturna desolación de sus boleros.

Meses después de aquel día de playa, Lucas desapareció. No se supo de él en todo un largo mes. Cierta tarde de agosto de 1958, se presentó en Villa Carmela un soldado que había sido herido en una escaramuza en las cercanías del central Chaparra. Traía un mensaje de Lucas. Por él supieron que el muchacho había respondido al llamamiento de Batista para integrar lo que se conocía como «casquitos», un ejército de la reserva, escasa y rápidamente entrenado para enviar a las zonas más conflictivas de la provincia de Oriente. Conocí la mala noticia en la barra de El Jibarito, una noche en que Cabrerizo cantó los boleros más conmovedores en medio de un público cada vez más indiferente. Recuerdo que, ni antes ni después, volví a escuchar «Yo sé que nunca besaré tu boca con tanto sentido del fracaso».

En La Habana, adondequiera que fueras aquel año, sentías la incómoda sensación de que estabas viviendo algo por última vez, que pronto todo cambiaría, que nada, nunca, volvería a ser lo mismo. Era raro porque al propio tiempo tenías la sensación contraria, de que la realidad inmutable iba por el único camino posible. Estábamos al borde de una catástrofe, y, aunque se presentía, la vida parecía seguir el ritmo habitual. Caminabas por la calle, como de costumbre, y como de costumbre ibas a comer a los restaurantes famosos, o te perdías por

las calles Galiano o San Rafael, y veías las multitudes de compras, entraban y salían de los almacenes Sánchez Mola, La época, Fin de Siglo, El Encanto... Las tiendas adornaban sus escaparates para la próxima Navidad. En El Bazar Inglés, por ejemplo, habían puesto un Santa Claus gigante que se reía sin parar, en medio de una algarabía de villancicos en inglés. En cualquier esquina, el cartel de una modelo al borde del mar, bebiéndose una cerveza Cristal, suspiraba y decía: «Si no fuera por Cristal...». Algún teatro anunciaba *El largo viaje de un día hacia la noche*. La prensa deportiva ponía a Napoleón Reyes a la altura de los dioses. Victoria de los Ángeles estrenaba *Manon* en Pro Arte Musical. Radio Centro exhibía *This is Cinerama* con gran éxito de público. En cada esquina podía escucharse a Dean Martin cantando «Return to Me» o la «Patricia» de Pérez Prado. Sí, en La Habana de aquel noviembre, cada cosa daba la impresión de continuar en el orden (o el desorden) habitual. Por un lado, importaba tanto que los alzados se estuvieran acercando a la capital, como que Estados Unidos hiciera detonar una bomba atómica en un atolón de las Islas Marshall; por otro, un mal presagio se cernía sobre la ciudad. Comías en un restaurante, ibas al cine, caminabas por una calle, con el presentimiento de que la vida, tal y como la conocías, estaba a punto de terminar. Vivíamos (o vivía yo; no lo sé) entre la rutina y el desastre. Aquella tarde de noviembre, por ejemplo, después del almuerzo, me senté como casi todas las tardes en un banco de hierro del parquecito que había frente a la casa, con su pequeña pérgola, al borde del mar. Había nubes oscuras y bajas que se confundían con bandadas de pájaros negros. Que el mar se viera picado no afectaba el horizonte de los barcos areneros o de algún crucero hacia Veracruz. Un grupo de niños jugaba en los arrecifes. A lo lejos, en los balnearios, descubrí a los bañistas más tercos, aquellos que no aceptaban la cercanía del invierno. Podría jurar que me rodeaba el silencio, castigado a ratos por los gritos de los niños. La brisa iba cargada con el olor de la lluvia posible, de la tierra húmeda, de la sal, de las algas lejanas. La noche próxima, la serenidad de la tarde, los niños despreocupados en los arrecifes, los pocos bañistas y el olor de la brisa me hicieron pensar que nada tenía de sano que a mis veintitrés años, y

con la vida que supuestamente tenía por delante, me rondara el pesimismo. A todas luces, yo no participaba de las ilusiones de un cambio político. Lo más probable consistía en que mi familia, profundamente conservadora, tuviera que ver con el miedo que profesaba yo por los cambios sociales y políticos. También yo aspiraba a que lo desconocido se mantuviera siempre desconocido, que el camino por el que andábamos, con sus tropiezos o no, se mantuviera como el camino único. También era cierto que si las cosas se torcían en Cuba, como recalcaba mi padre, tenía la posibilidad de irme a Nueva York, a Buenos Aires, a México, a París. Me sabía con fuerzas, preparado para cualquier contingencia. No estaba en cambio preparado para pelear, por nada, ni siquiera por mis convicciones. Mis preferencias consistían en vivir, simple y alegremente, con todos los sentidos despiertos, vivir a partir de una serie de verdades imperturbables. Y en medio de semejante consideración, vi aparecer el Rambler Nash de Ñico Cabrerizo.

Me sorprendió. Nos habíamos visto en El Jibarito hacía sólo unas horas, nunca había venido a mi casa, aun cuando me había traído hasta el reparto durante alguna noche de excesos. Corrí hacia él. Me sorprendió su aspecto avejentado. Un hombre diez años más viejo, más cansado. Te necesito, dijo. No pregunté. No respondí. No dije ni «Buenas tardes». Subí al carro, me senté a su lado, en silencio. Cabrerizo conducía con los ojos entrecerrados y las manos temblorosas. Me llamó la atención que, bajo el smoking del show, con solapas satinadas, llevara una camisa de pijama azul con abetos rojos. Salimos de El Náutico, tomamos la rotonda del canódromo y subimos por el Gran Bulevar del reparto Biltmore, con sus mansiones impresionantes y sus jardines bien recortados. Al llegar a la calle Galvis, doblamos a la derecha y nos internamos por un camino sin asfaltar. Junto a un gomero frondoso, vi una garita militar con una estrella pintada en una valla de zinc y bandera cubana que ondeaba excesivamente. Nos detuvo el soldado de guardia con gesto y saludo militar. Era un muchacho joven de piel oscura y aspecto tosco, fusil Garand en bandolera. Cabrerizo buscó en algún bolsillo interior del smoking y le entregó un papel que el soldado leyó sin demasiada

atención. Alzó una barrera y, sin mirarnos, hizo un ademán enérgico, como si dejara pasar a una compañía de infantería. Pasamos dos garitas más y entramos a un descampado en el que había cinco barracones de madera y techos de tejas. En la puerta de cada uno había un soldado con su arma y su uniforme amarillo. Se prendieron reflectores de luz amarilla que enfatizaron las sombras y me percaté de que era tarde, de que pronto sería de noche. Cabrerizo aparcó el Rambler junto a unos jeeps. Apagó el motor y se quedó un momento contemplando las llaves como si no supiera qué hacer a continuación. Descendí rápido del carro y fui a abrirle la puerta. Por alguna razón, no daba risa aquel hombre en chancletas, con un pantalón de pana marrón, camisa de pijama y smoking negro con solapas de satén. Pequeño, disminuido, desorientado quizá; ridículo, no. Se nos acercó un hombre alto, el capitán Paredes, dijo, con las manos enguantadas y bata de médico. Soy..., somos..., comenzó a balbucear Cabrerizo. El capitán Paredes lo interrumpió con un gesto y una sonrisa inapropiada. Lo sé, lo sé, vengan por aquí. Entramos en uno de los galpones. Había varias enfermeras y algunos jóvenes soldados. En una de las paredes, una lejana foto de 1940: Fulgencio Batista, de frac, con su banda azul de presidente constitucional. El capitán Paredes abrió una cortina blanca y nos invitó a pasar.

Era un largo, silencioso espacio, con olor a limpio, iluminado por haces de luz azul que le otorgaban un artificio dramático. Del techo colgaba una bandera cubana. Había diez o doce camillas sobre las que reposaban los cuerpos, desnudos y muertos, de diez o doce soldados. Por más que me empeñé, no pude evitar mirarlos. No importaba la raza: todos tenían la expresión tranquila, los ojos casi cerrados y el color inanimado de la muerte. Algunos ya mostraban los costurones del forense que acentuaban la juventud y la vitalidad de la que hasta hacía poco habían hecho gala. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, los cartelitos blancos en los dedos gordos del pie derecho les conferían un toque de indulgencia. No sé si la muerte los rejuvenecía: parecían niños entregados a un juego extraño. En la quinta camilla de la izquierda, estaba Lucas. Aún no tenía costurones en el pecho ni en ningún otro lugar, salvo un redondel negro en la frente, como un

cráter diminuto. Alguien había tenido la decencia de juntarle las manos sobre el vientre. Miré su hermoso cuerpo indiferente; su pelo encrespado y revuelto; las pestañas oscuras, como de azerí; los labios cárdenos, aún vivos, cuyo único asombro provenía de la ausencia de saliva; el pecho joven, terso, con dos tetillas abultadas, del mismo color de los labios; las piernas largas y musculosas. Sólo se echaba de menos la mirada, entre lánguida y vigorosa. Acaricié leve su brazo. Cabrerizo lo besó en la frente y dijo algunas palabras ininteligibles, sin llorar, sin aspavientos, únicamente con un leve temblor en los hombros y las manos. Me percaté de que el doctor Paredes nos había dejado solos. En el galpón sólo estábamos diez o doce muertos y nosotros dos, con algo de grosero e inoportuno.

De pronto, tuve deseos de regresar al descampado. De regreso a la puerta, las enfermeras hicieron un considerado silencio. Sonreí, dije adiós. La noche se agrandaba gracias a los reflectores que la asediaban desde todos los puntos. Supe que mi cuerpo proyectaba dos o tres sombras. No sé si había un soldado que fumaba recostado a la pared. Escuché el ladrido lejanísimo de un perro. Tal vez no lloviznaba. El piso estaba húmedo. Miré el cielo impaciente de noviembre, con olor a temporal. Las nubes punzó descendían rápidas hacia la tierra. Me sentí intranquilo. Sereno. Contento. Triste. Cansado. Lleno de vitalidad.

Tuve deseos de desaparecer y reaparecer en otra región lejana, retirada, de la Tierra. Algún día tendría que comenzar el viaje. No cabía duda, un mundo estaba a punto de terminar y otro (inevitablemente desconocido) exigía la dureza del comienzo.

Et j'arrive du paradis.

«Le spectre de la rose».
THÉOPHILE GAUTIER

Para Alicia Alonso, *in memoriam*

Fueron años difíciles —aunque tuvieron su gloria— aquellos en que hubiéramos querido vivir en el bosque. El único bosque conocido, el único al que podíamos asomarnos. Soñábamos con caminos de árboles gigantes (¿arces, tilos, hayas, álamos?, ¿cuáles eran, son, los árboles de Baviera?). Una sola tumba de cruz gótica que anunciara la única muerte, y, como es lógico, la traición y la locura. Ansiábamos transitar una y otra vez el trecho sombrío. Nada importaba que los árboles fueran en realidad telones pintados, tules viejos, ensombrecidos con colores o manchas, que los fuegos fatuos se encendieran con el brillo escaso de una luz de utilería. Era el bosque. El único al que podíamos asomarnos. Y ya para entonces (qué extraño) soñamos con la inmortalidad. Y como en cualquier bosque, como en cualquier lugar, se escuchaba un cello, el sonido del viento entre las ramas, algo de frío y una melodía de misterio, un cello. A nadie sorprendía que apareciera una reina y su corte de malvadas. O simplemente una corte de mujeres traicionadas. Sólo buscaban la venganza. De nada valía defenderse. Aunque, en algún momento, como en las buenas historias, aparecía siempre ella, la doncella, la misma, impalpable y hecha de brumas, para la salvación. La doncella inefable de las leyendas. Sus ademanes de muerta, su aspecto de reina verdadera, nostálgica y triste y por lo mismo segura de sí, nos reafirmaba en el enigma de la inmortalidad. No veíamos una mujer sino una sombra. La danza tenía mayor intensidad que la vida. No sabíamos por cuánto tiempo, pero lo pequeño se volvía grandioso. Qué rara felicidad se desprendía de aquel aire poblado de fantasmas del único bosque al que podíamos asomarnos. Y luego de aquel

acenso que terminaba en descenso (a los infiernos), salíamos a La Habana. Algo se había perdido: algo debía ser recuperado. Camino de regreso: de la verdad a lo falso, qué poco valía un álamo del parque Central, frente a los tules pintados. Qué poca realidad los cuerpos reales. Sólo existía otra curiosa posibilidad: escapar por otros laberintos, buscar una región encantada hasta que volviera a encenderse de tules, fuegos fatuos y artificios. Habíamos llegado hasta allí y todo era justo y hermoso, y hasta lo injusto y lo terrible y lo diabólico terminaban siendo necesarios. Habrá siempre que aclarar que si no enloquecimos, fue también por aquella bailarina y aquel bosque.

19

Historia de la tía Edda y el enviado de Dios

Hacía dos semanas que Rasiel no aparecía por casa de la tía Edda. Dos semanas en las que se levantaba de madrugada, limpiaba el cristal de los espejuelos, atisbaba a través de la ventana, alzaba con mucho cuidado la cortina, miraba la calle oscura, negra, las farolas sin luz, las casas apagadas como si estuvieran en guerra. Además, la tía Edda había cumplido ochenta y cinco años, que para ella eran muchos (más de los que merecía), puesto que en la Isla significaban el doble, así que había cumplido ciento setenta años, el fenómeno humano, la mujer más longeva del mundo asomada con inquietud a la ventana, a la espera de un muchacho joven y divino. Con miedo a la ausencia, a otra ausencia, a la oscuridad de la calle, de la ciudad. A la oscuridad había que sumar la opacidad cada vez más evidente de sus ojos, cansados ya de mirar, observar y mirar lo mismo siempre, la lenta destrucción de cada cosa y la sensación inexplicable de estar fuera del mundo, sin mundo, sin pasado, sin presente y, por supuesto, sin futuro. Porque, además, había ese largo silencio. Un silencio que debía de sobrevenir cuando los enemigos se tomaban un descanso durante la batalla, eso que llamaban tregua, para tomar fuerzas y recargar las armas. Es algo que ella suponía, nunca había estado en otra guerra que aquella (tan anunciada y que nunca estalló) en la que habían vivido años y años, y en la que no había enemigos concretos. No había soldados, bazucas, tanques de guerra, bombas, cazabombarderos. Había enemigos, por supuesto. El enemigo estaba ahí, al alcance de la

mano, aun cuando nada se veía desde la ventana.

Y fue así que, en cuanto amaneció aquel lunes por la mañana, convencida de que Rasiel no volvería, la tía Edda echó un último vistazo a la casa, una pequeña accesoria, frente a la zanja, a un costado de la antigua calle Medrano. Repasó sin demasiado interés las cosas que dejaba, bastante pocas (siempre lo fueron), sólo que ahora hasta carecían de valor sentimental. ¿También el sentimiento le había sido arrebatado? Bueno, tal vez. Ni le importaba ni tenía tiempo de lamentos. Sólo había recogido el carné de identidad (por si le sucedía algo, que tuvieran con qué identificarla), dos o tres fotografías, una piedra de El Cobre y un retal de satén (había sido blanco) de su vestido de novia.

La tía Edda vivía en la misma accesoria desde 1953, desde su boda con Bibiano Acosta. Entonces ella tenía dieciocho años y él veintidós. Hacían una hermosa pareja, y no porque lo dijeran los demás, sino porque ella misma se daba cuenta y se sentía orgullosa como si se hubiera casado con un latin lover. Además, ahí estaba la fotografía de la boda, posaban junto al altar mayor de la parroquia de San Francisco Javier, en la que ella y Bibiano se parecían a Rossano Brazzi y Joan Fontaine. Como Bibiano era un apasionado del cine, se había hecho soldado y disputado y conseguido un trabajo de proyeccionista en el teatro del Cuartel de Columbia. Ella había estudiado dos años en la Escuela Normal de Kindergarten, sabía tocar bastante bien el piano, y logró una plaza de auxiliar en la escuela Mesa y Domínguez. Fueron felices. O como decía luego Bibiano, cuando su páncreas estuvo a punto de reventar, y le daba por las máximas asociadas al recuerdo: Fuimos felices porque en aquellos años no nos importaba ser felices. Tuvieron dos hijos. El mayor, Alejandro, nació en 1955; Ignacio, el menor, tres años después, en 1958. A pesar de que vivían pobremente, vivían bien. Tenían lo justo y hasta un poco más de lo justo. Y si no tenían más era porque no querían, no lo necesitaban, la felicidad estaba allí y no hacía falta completarla. Además (y esto es importante) no envidiaban a nadie. Se podían hojear un instante las crónicas sociales de *El Diario de la Marina,* y luego mirar la zanja, la antigua vía del tren de Samá, el camino de jagüeyes hacia la bodega del Chino,

para darse cuenta de que no había necesidad alguna de vestir de noche y aparecer en aquellas crónicas cursis. La accesoria disponía de dos cuartos y un patio en el que hasta crecía una mata de naranja. Tenían cocina de gas (resistió cincuenta años), un frigidaire blanco (resistió cincuenta años) y una osterizer (resistió cincuenta años) para los batidos de guanábana y mamey. Los hijos iban a la escuela que ella limpiaba. No tenían televisor (nunca lo tuvieron), no les hacía falta. Cada noche se acicalaban y andaban las cinco o seis cuadras que los separaban del cine de Columbia para disfrutar de las series: *Flash Gordon, Marte ataca a la Tierra* y *Flash Gordon conquista el universo*. Los fines de semana se iban al campo o a la playa, en dependencia del tiempo. A veces, se iban a la calle San Rafael, caminaban desde Galiano hasta Prado, sólo para mirar los escaparates iluminados de las tiendas. Para esos viajes, ella preparaba tamales y galleticas. Meses antes de que aquel barbudo con aires de Napoleón entrara en La Habana, Bibiano compró, a plazos, un Pontiac sedán de 1939. Tenía casi veinte años, es cierto, no obstante Edda se sentía como María Luisa Gómez Mena. El carrito se veía bien, recién chapisteado, con asientos nuevos; sabía coger una velocidad justa y resultaba la coronación de una familia sin ambiciones. Gracias a él (y a Bibiano, que se desvivía por mantenerlo a punto), llegaron al valle de Viñales, a una playa llamada La Mulata, al valle del Yumurí y conocieron la Catedral de los Campos en Santa María del Rosario. Fueron meses dichosos, a pesar de que la situación política se iba poniendo cada vez peor y parecía que los norteamericanos le habían negado el apoyo a Fulgencio Batista. El propio Batista ya se iba desentendiendo de Cuba. En Columbia había cierto desasosiego que Bibiano traía a casa. El cuartel continuaba con sus jardincitos recortados, la limpieza tediosa de sus calles, la corrección de sus postas y aquel polígono inmenso que llevaba hasta la casa de la familia presidencial. También el cine continuaba su programación. Edda recuerda la última película que vieron, Dirk Bogarde y Yoko Tani, *El viento no sabe leer*.

Limpió los cristales de los espejuelos. Bajó los escalones que separaban el portal de la calle. Había una vecina barriendo la acera. Edda sonrió. La vecina gritó: ¿Adónde vas, madrugadora?, te advierto:

no hay nada que comprar, ni aspirinas... Edda sintió, en efecto, la intensidad de la mañana, el aroma de la hierba húmeda, la brisa transparente, aún no calcinada; vio que las calles y las paredes apenas sugerían el brillo que tendrían más tarde, a las doce del día, cuando casi no se las podría mirar. Agitó la mano, como si se desprendiera de algo, un adiós que además podía significar: Voy a ver qué resuelvo. Resolver: el verbo mágico. Y optimista. En rigor, ya no había nada que resolver. ¡Ay, hija...!, respondió la vecina. Y supo cuánta queja, cuánto fracaso había en aquellas dos palabras (¡Ay, hija...!) y en el silencio que las siguió.

El Primer Mandatario, el señor Castro, entró en La Habana el 8 de enero de 1959. Hizo una entrada grandiosa, teatral. No era una persona, sino un personaje. Luces, música, emotividad verbal, grandilocuencia, cursilería de signo diferente a aquella de las fiestas del Country Club. Como era de esperar, las multitudes lo recibieron eufóricas. Tenía treinta y tres años, recalcaban, la edad de Cristo. Decían que era alto y buen mozo, que sabía hablar, un seductor. Una de las maestras de Mesa y Domínguez le dijo a Edda: Tu rey viene a ti; él es justo y trae la salvación. Edda sonrió y pensó: Veremos en qué consiste la salvación. Con Bibiano acuartelado, ella no estaba para Biblias. A Edda, además, no le pareció buen mozo ni seductor. Notaba en él un cierto aire de matón de barrio. Y no hizo caso a la «Buena Nueva». Se encerró en la casa con sus hijos. Prendió la radio y conectó CMBF, Radio Musical Nacional, *ofreciendo música y sólo música*. Meses después, el Cuartel de Columbia dejó de ser el Cuartel de Columbia y no hubo cine, y a Bibiano, un simple soldado, lo licenciaron, lo enviaron a casa y perdieron la felicidad porque comenzaron a preocuparse por ella. La tía Edda, por suerte, siguió trabajando en la Escuela Mesa y Domínguez, que pronto cambiaría su nombre por otro que olvidó. Los niños casi no se percataron de lo que ocurría, y si se dieron cuenta no lo hicieron notar: los niños a veces tienen una gran capacidad de simulación. Ella hizo una hoguera en el patio para quemar los uniformes, las condecoraciones, los diplomas, algunas fotos de ella y Bibiano. Había una en la que aparecían en un banquete por el Cuatro de Septiembre. El polígono se había llenado de mesas

largas, veinte comensales en cada una, espléndidamente servidas, con moros y cristianos, lechón, yuca con mojo, plátanos fritos y frituras de malanga. Las cervezas Hatuey tenían una sobreetiqueta que rezaba: SALUD, SALUD. VIVA EL 4 DEL 9. Sobre un estrado, Paulina Álvarez, la Emperatriz del Danzonete, y la Gran Orquesta Típica («Cuando la brisa de invierno se cuela, por mi ventanita...»). El presidente Batista, El Hombre, El Mulato, seguido por los fotógrafos, se acercaba a las mesas y departía con todos. La tía Edda pensó que tenía algo hermoso, con aquel aspecto de aplomo, de seguridad y de taíno bien rasurado, pelo engominado, vestido de dril y fuerte olor a agua de colonia. En la fotografía Bibiano le estrecha la mano y Edda, tímida, sonriente, sobrerito de velo y guantes, espera su momento. Fueron tiempos dichosos, ¿quién lo duda?, sólo que los tiempos dichosos no precisan fotografías, decía Bibiano. Así que la tía Edda quemó cuanto tuviera que ver con aquellos años de Batista y de Columbia. No dejó rastro, salvo en la fragilidad del recuerdo. Lo hice más por Bibiano que por mí, al fin y al cabo, yo todavía me comportaba como una mujer sin miedo, aún no sabía qué era el miedo, esa sensación de que cualquier insignificancia te puede destruir. Tampoco fue cosa de que el miedo apareciera de repente. Se trató, como siempre, de un lento proceso, como el salitre y las polillas. Luego de ser licenciado del ejército, hubo meses en los que Bibiano no consiguió trabajo. La tía Edda no sabía si en realidad no conseguía o no buscaba. Se le notaba desanimado, no sonreía apenas. Salía cada mañana vestido de punta en blanco y regresaba por la tarde maltrecho y con aliento a cerveza. Casi a principios de 1961, Bibiano encontró trabajo en el Hogar Clínica San Rafael Arcángel, un hospicio para niños pobres, enfermos de poliomielitis y escrofulosis. Llevaban el orfanato los hombres buenos de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Dios. Bibiano se encargó de traer los suministros que la orden compraba en la Plaza de Marianao o directamente a algunos campesinos de Punta Brava, Bauta y Guanajay. Usaba el Pontiac y por fin comenzaba a sonreír. Edda también iba a veces a ayudar. El padre Óscar le permitía meterse en la cocina, ayudar a las cocineras. Alejandro e Ignacio corrían por los jardines, se subían a los árboles: les encantaba tumbar mangos y

guayabas. A ella le satisfacía que los hijos jugaran con aquellos niños deformados por un capricho celestial. Le parecía bien que supieran que semejante dolor también tenía que ver con Dios y con la felicidad.

Todo seguía igual y todo estaba destruido y trató de no dejarse llevar por la melancolía ante los palacios devastados de Buen Retiro. El mismo olor de los jardines se mezclaba ahora con el de las aguas albañales. El tiempo campaba a sus anchas. El tiempo avanzaba sobre la inmovilidad. La Habana explotaba, no por las bombas (que nadie lanzó), sino por otras bombas, las acumuladas por el relente, el salitre, la carcoma, la implosión de paredes y de techos. Años y años de parálisis. Hacía mucho que Edda no subía por aquellas calles y fue como si volviera a un pasado en el que hubiera estallado un futuro de devastación.

El primer día que la tía vio al muchacho, estaba allí en la puerta, joven y lindo. Ella ni siquiera dio las buenas tardes ni preguntó qué deseaba. Quedó paralizada, muda, mirándolo, sintiendo una emoción que hacía mucho no sentía y que creyó que ya nunca iba a sentir. No se parecía a sus hijos y sí se parecía a sus hijos. A sus hijos en los años setenta o algo así, porque aquel muchacho andaba aún por la adolescencia. Puede que aquella semejanza nada tuviera que ver con el muchacho y sus hijos, sino consigo misma, con su soledad, con su fragilidad —no sabía explicarlo—. Eran treinta años de encierro en aquella casa, tan vieja como ella. Además, ¿no es verdad que todos los jóvenes se parecen? ¿No me invita a pasar?, y lo dijo con descaro, y Edda tardó en reaccionar, respondió: No, no sé quién eres y hay un asesino suelto. Él se echó a reír y ripostó: ¿Es usted lectora de Agatha Christie? Ella negó con la cabeza. Y el muchacho volvió a reír y entonces preguntó: ¿Tengo pinta de asesino? Ella, por su parte, afirmó con la cabeza y dijo con seriedad: El mejor asesino es el que no tiene pinta de serlo. Y sin transición agregó: No compro nada, si es que vienes a vender. No soy vendedor. ¿Qué quieres entonces? Saludarla. ¿Por qué? ¿No me conoce?, ¿no le recuerdo a alguien? Edda volvió a decir que no. Soy Rasiel, el nieto de Alba, su prima de San Antonio de los Baños. Entonces Edda suspiró, lo invitó a que pasara primero por su belleza, porque la belleza parece siempre inofensiva, u ofensiva de

un modo diferente a la agresión; segundo, porque consiguió lo que quería, intrigarla con lo de «la prima» Alba de San Antonio de los Baños. Siéntese. Y lo hizo en una de las butacas que compraron con Bibiano en Orbay y Cerrato para el matrimonio, y que ya habían perdido las rejillas y estaban calzadas con cojines de retales, hechos por Edda. Bien, exclamó sin sentarse, dime ¿quién es Alba?, ¿qué prima es ésa?, no tengo familia en San Antonio. El tal Rasiel se puso serio. ¿Se olvidó usted de su familia? Hijo, a mis ochenta y cinco años, lo mejor que tengo es la memoria. Alba es la hija de su tío Domingo. ¿Domingo? Por favor, a lo mejor estoy equivocado, ¿es usted la tía Edda? Soy Edda, lo de tía vino mucho después, cuando los jóvenes perdieron la educación; ya ni siquiera soy tía sino abuela Edda. ¿Edda Herrera? Exacto. Entonces no me equivoco; Domingo Herrera, su tío, es mi bisabuelo; su prima Alba, mi abuela. A través de la ventana, Edda vio que el sol se ponía detrás del jagüey de la bodega del Chino. El silencio habitual llenaba la calle. Miró al muchacho y se sentó a su vez en su sillón de siempre. Rasiel no era alto; sí delgado; tenía el pelo largo, encrespado, recogido en un moño alto; la barba, discreta y oscura, confería un cierto aire descuidado a la cara de ojos y boca grandes. Llevaba tatuajes en el cuello y en los brazos. Estaba sentado allí como si le correspondiera por derecho. A Edda la preocupó (y le gustó) no sólo la mención de la familia imaginaria, sino el tono de burla, la sonrisa irónica, los gestos falsamente afectuosos. Entonces, y para conjurar la preocupación, adoptó una nueva estrategia. Mi tío Domingo debe de haber muerto, ¿no?, hace tanto que no sé de él... Rasiel echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Yo no lo conocí; murió de la caída de un caballo. Ah, mira, ¿mi tío montaba a caballo? Mi abuelo se dedicó toda su vida a los caballos, tía Edda. Y de mi prima Alba, ¿qué me dices? Mi abuela también murió. Ah, no sabía. Leucemia. ¿Y quién es el hijo de Alba, tu padre o tu madre? Mi padre. ¿Y tu madre? El muchacho se encogió de hombros. Se fueron, dijo. ¿Adónde? Se fueron. Pobre muchacho, qué sólo estás. No, estoy bien, me gusta la soledad. Sí, a mí también. Edda se levantó, encendió la lámpara, una luz amarilla y triste a la que de inmediato acudieron las polillas. Con tal de que no se vaya la luz..., dijo. Rasiel respondió

que también le gustaba la oscuridad. Pues estarás en tu elemento, respondió Edda, hay un apagón tras otro. Él replicó que le gustaba la oscuridad buscada, no la impuesta. La tía Edda convino en que así era siempre, que lo impuesto... Pero Rasiel la interrumpió: ¿Se acuerda de Carola? Edda tuvo la certeza de que nunca había conocido a nadie en su familia con ese nombre. Nunca conocí a nadie que se llamara Carola. En cambio, replicó que sí, cómo no, me acuerdo perfectamente, Carola, la pobre Carola, la dulce Carola, cantaba muy lindo. Rasiel se echó a reír, afirmó y la miró divertido. Vive en Nueva York. Ah, sí, contestó insegura, falsa, molesta consigo misma. Supe que se había ido de Cuba. Como los buenos actores, Rasiel permitió una pausa justa, suspiró, miró al techo y exclamó: Su hijo Ignacio la visitó en Nueva York. ¿Qué hijo, qué Ignacio? ¿Quién va a ser?, Ignacio, Nacho, su hijo, el hijo menor de Bibiano Acosta y Edda Herrera. Hasta aquí llego, decidió Edda. De pronto ya no era un juego. De pronto, en medio de la sarta de mentiras, aparecía un nombre, una ausencia verdadera. La herida y el dedo que la tocaba. *(Contempla la herida, pero no la toques...)* Hasta aquí llego, dijo. ¿Qué sabes tú, mocoso, de mí y de mi hijo? Se incorporó a sabiendas de que su agilidad lo sorprendería. Se incorporó. Se está haciendo tarde, es mi hora de comer algo, leer y acostarme a dormir. Ten la amabilidad de marcharte. Ya hablaremos de Carola otro día. Rasiel permaneció unos segundos más en la butaca. Edda tuvo miedo de que no fuera a levantarse nunca. Pero él se incorporó con pereza y le rogó que lo dejara regresar, que le perdonara la mención de Ignacio. Nunca más lo haré, dijo.

Edda se había bañado, había tomado una sopa con un pedazo de pan y sentado en uno de los sillones del portal, intentando espantar el letargo y concentrarse en una novela de Raymond Postgate, titulada *Veredicto de doce*. Avanzaba noviembre y no hacía calor, tampoco frío. El tiempo de ciclones quedaba atrás y el cielo continuaba nublado, como pegado a la tierra; a veces caía una llovizna que apenas humedecía la calle. Un vecino pasó, la advirtió: Llega un Norte, abríguese bien, tía Edda. Tuvo deseos de replicarle que ya ni los nortes llegaban a Cuba, y que, además, ella no era su tía. Sólo sonrió, por

supuesto. Hacía más de cincuenta años que no se decía lo que se pensaba y se limitaba a sonreír. ¡Qué buena esa tía Edda, tiene una sonrisa para todos!

El muchacho subía por la cuesta de la antigua bodega del Chino, con el aire risueño, desenfadado, como si la realidad careciera de importancia. Edda sintió una mezcla de alegría e inquietud. Le pareció desamparado, alguien que no sabía qué hacer con su vida. Fingió que no lo había visto. Pasó sin darse cuenta las páginas del libro. Rasiel subió los tres escalones que separaban el portal de la acera y se recostó a la baranda. Buenos días, tía Edda. Ella lo miró simulando sorpresa. Buenos días..., ¿cómo me dijiste que te llamabas? Rasiel, soy Rasiel, el nieto de Alba. Bien, Rasiel nieto de Alba, pasa, por favor, siéntate en ese sillón que, como ves, es de hierro y muy incómodo, aunque supongo que será mejor que estar de pie. Él la obedeció con el aire de burla que a ella tanto le gustaba. Mira, Rasiel, dijo Edda, no puedo ofrecerte nada porque no tengo nada, mi cocina está vacía, no tanto como yo, pero vacía, quizá puedo hacerte un cocimiento de cañasanta porque tengo una hermosa mata en mi patio, nada más. No vengo a comer, exclamó él entre risas. No, no, lo sé, escúchame, no tengo nada que ofrecerte, el problema es que tampoco tú tienes nada que ofrecerme, nunca tuve un tío que se llamara Domingo, le gustaran los caballos o no, nunca tuve prima alguna, ni Alba ni ninguna otra, hembra o varón, ni por parte de madre ni de padre, tampoco sé quién es esa Carola que vive en Nueva York, de modo que te ruego que olvides las mentiras y digas simplemente qué quieres de mí. Rasiel la observaba entre condescendiente y triste. Lo lamento, dijo. ¿Qué lamentas? No tiene importancia. Por favor, no me trates como a una vieja tonta, ¿estás pensando que perdí la memoria?, ¿es eso lo que crees, que tengo una enfermedad de esas que deja la cabeza hueca? No, no, no se ofenda. No me ofendo, no es ofensivo padecer una enfermedad, esa o cualquier otra, la verdadera enfermedad mía es justo lo contrario, recordar y recordar y recordar, el problema es que me acuerdo de cada detalle con una precisión molesta, que me duele, ¡ojalá hubiera perdido la memoria! El muchacho se había puesto serio, se balanceaba solemne en el sillón de hierro. A ella le pareció que

recorría con la mirada la calle vacía, hacia la esquina de la antigua bodega del Chino. Comenzó a llover con fuerza. Edda vio cómo la tierra de la zanja de inmediato se convertía en fango. Siempre quisimos irnos de Cuba, pensó, y aquí estamos, aquí, en Cuba, estoy yo; dos de ellos se pudrieron en el panteón de los Hermanos Hospitalarios en el Cementerio de Colón, el otro anda por las Montañas Rocosas; yo, en cambio, estoy sentada en este portal, mirando la lluvia, frente a la Zanja que pronto se desbordará (el agua correrá por las calles: las alcantarillas están tupidas), acompañada por un muchacho lindo que afirma ser hijo de la prima que nunca tuve. Bibiano dejó la vida intentando buscar otra vida. Me marchito, exclamaba, y la verdad es que no podía escoger un verbo mejor. Mi marido se convirtió en otro hombre. Cada año que pasaba por su cuerpo significaba una catástrofe. Le dio por beber. El padre Óscar hizo cuanto pudo por ayudarlo. Fue inútil. Entonces, el accidente de Alejandro significó el fin. Nada pudo salvar al pobre Bibiano. Ni siquiera Ignacio, que había cumplido dieciocho aquel año y estaba muy unido a su hermano. Mi marido bebió más que nunca y el páncreas no aguantó y cayó muerto en el parqueo de San Rafael. A sólo siete meses de la muerte de Alejandro. ¿Qué decías?, preguntó Edda. Nada, tía, no hablé, pensé que estaba usted dormida, respondió Rasiel. No soy de sueño fácil, cierro los ojos porque me arden. El aguacero se hizo fuerte. Tuvieron que refugiarse en la sala. Antes de entrar, Edda comprobó que ya el agua corría por la calle como si estuviera pasando un ciclón. Y esto sí no es de ahora, concluyó, estas inundaciones vienen desde los tiempos de la Fiebre Amarilla. El sonido de la lluvia sobre el techo siempre provocaba nostalgia en Edda. Algunas gotas caían en la sala: al tejado se le rompían las tejas. Cuando haga buen tiempo, si usted quiere, dijo Rasiel, puedo subir y sellar esas tejas. Ella no respondió. Se abrazó al libro como si tuviera frío. Miró la foto de sus hijos, en trusa, en el Casino Español. Rasiel siguió su mirada. Para evitar que comentara sobre la foto, Edda hizo una proposición. Sobró un poco de sopa del almuerzo, si quieres... No se preocupe, tía, comí antes de salir. ¿Dónde vives? Por ahí, donde me coja la noche. No tienes aspecto de vagabundo. Me cuido por no

parecerlo. Eres un joven extraño. No, tía Edda, no soy extraño, sólo intento vivir con la mayor libertad posible. ¿En Cuba?, ¿libertad en Cuba?, perdona que me ría, ¿qué edad tienes? Cumpliré diecinueve el 13 de abril. Ya veo, eres ingenuo, perdona el tono de indulgencia, puedo ser tu abuela, la indulgencia es uno de los defectos de la vejez. Es simple, aclaró él, creo que si no hay libertad ahí afuera, debe de haberla aquí dentro. Y se tocó la cabeza. Ay, eres joven, zanjó ella, y perdona la condescendencia, y levantó una mano como cuando quería calmar a los alumnos del kindergarten. ¿Y piensas que puedes vivir siempre así, con la libertad retenida dentro de tu cabeza? No, no, un día me iré. ¿Adónde? Quiero hacer un viaje por el mundo, como Darwin. ¡Ah! Yo también alguna vez quise hacer un viaje por el mundo. ¿Y por qué no se fue? Edda dejó el libro sobre una repisa, se asomó a la ventana y le pareció que la lluvia amainaba. ¿Por qué no me fui? Sintió la intensidad de la mirada de Rasiel y la espera de su respuesta. ¿Has oído el dicho «el hombre propone y Dios dispone»? No creo en Dios, dijo él. Yo tampoco, respondió ella. La lluvia, el golpeteo de la lluvia cayendo sobre las tejas vencidas. ¿Qué quieres de mí?, preguntó Edda sin mirarlo. Usted es mi única familia. No te conozco, Rasiel. Ya me conocerá. No somos familia, lo sabes. Lo seremos. Mi familia se acabó hace muchos años, reconoció ella. Por eso estoy aquí, dijo él, yo estoy solo, usted está sola, es una cuestión de supervivencia. Quiero que cuando escampe, te vayas. Me iré, no se preocupe, sólo que a diferencia de los otros hombres de su vida, volveré.

¿Y si nos hubiéramos ido de Cuba? ¿Valdrá la pena imaginar otra vida posible? ¿Cómo habría sido la vida si aquella generosa reclamación del general Morales-Smith hubiera prosperado? Ahora estaríamos en Miami, en Hialeah, en una casa sin pretensiones, aunque con jardincito. Alejandro no habría muerto. Bibiano tampoco. Ignacio no se hubiera visto en la obligación de hacer lo que hizo. Iríamos de vacaciones al cañón del Colorado. Yo hubiera perfeccionado mi inglés y hubiera conocido Nueva York y las cataratas del Niágara.

O no. Puede que nada de lo anterior hubiera ocurrido. Puede que

se hubieran quedado en un pueblito perdido de La Florida, cultivando tomates como el propio general, que pasó de una vida de lujos a envasar tomates (salió huyendo, no tuvo la previsión de poner a salvo su dinero). Después de esos momentos de fantasía, la tía Edda se burlaba de sí misma. Era pueril, ridículo, imaginar cómo habría sido la vida de haber tomado cualquier otro camino. Le parecía un recurso desesperado suponer siempre lo que pudo ser y no fue. A veces la divertía, cierto, pasaba horas paseando por la Quinta Avenida de Nueva York, por los Campos Elíseos, por la Perspectiva Nevski. Sólo que esas pequeñas fugas la dejaban con una inevitable sensación de fracaso. Sobre todo cuando se sentaba en el portal y contemplaba la calle que en sesenta años sólo había variado en el número de grietas y baches.

¿Por eso la ilusionó la llegada de aquel joven hermoso? Puede que la palabra «ilusión» no fuera la justa. El gusto que le provocaba verlo allí, comiendo lo que ella cocinaba, conversando, leyendo los libros que ella le recomendaba, no contenía esperanza alguna. Había olvidado qué significaba esa palabra. Lo cierto es que el joven fue entrando en su casa, se fue acomodando. Edda lo permitió. Lo justo sería decir que ella abrió la puerta. Rasiel estaba lleno de vida y de sueños y se parecía, sin parecerse, a sus hijos en los años setenta. Cuando hablaba del futuro, Rasiel no terminaba pensando que era pueril o ridículo. Con su sola presencia, el muchacho ponía en jaque la soledad de tantos años.

Aún recuerdo aquel amanecer del lunes 7 de abril de 1980. Me despertaron las sirenas y descubrir que Ignacio no había venido a dormir. Con veintidós años, eran muchas las noches que no venía a dormir. Tenía una novia que vivía en Miramar, cerca del Coney Island, una niña linda como él, encantadora como él, de buena familia como él. Estudiaban juntos el primer año de ingeniería civil. No me preocupó la ausencia de Ignacio; sí, el incesante ir y venir de las perseguidoras, las sirenas de las perseguidoras. Algo grande sucedía en La Habana. Me vestí. Salí al portal. No había amanecido. El cielo, sin embargo, estaba cubierto por las luces azules de las perseguidoras. Un helicóptero daba vueltas por encima de nuestras cabezas, tan bajo que

con más luz hubiera sido capaz de ver la cara de los tripulantes. ¿Qué pasa? Y entonces la vecina me dijo sólo tres palabras: Embajada de Perú. Y yo no supe de pronto qué relación tenían la madrugada, los policías, el helicóptero y la embajada de un país de Suramérica. La tía Edda aún recuerda aquellos días de incertidumbre y miedo; cómo Ignacio llegó varios días después con un salvoconducto que le permitía regresar a casa para comer, bañarse, cambiarse de ropa, dormir. Olía mal, estaba sucio, demacrado y tembloroso. Durmió veinte horas seguidas. Tuvieron suerte, en la calle sólo se reunieron diez o doce personas para gritarles traidores, gusanos y algún insulto más o menos agresivo. Los vecinos tuvieron la decencia de no sumarse al repudio. Ella intentó comportarse lo mejor que pudo. Cerró puertas y ventanas y sólo fue capaz de preguntarle a su hijo: ¿Estás seguro de lo que haces? Y él por toda respuesta la abrazó y la besó en la frente. Si yo tuviera tu edad, lo hubiera hecho igual, reconoció ella. Ni siquiera pensó en la soledad en que la dejaría. Le dio gusto saber que su hijo escapaba de una tierra de terror y delación. Un día avisaron a Ignacio de que se presentara en el puerto de El Mariel. Ella lo despidió tranquila. No te preocupes por mí, pidió, cumple con lo que tienes por delante, intenta ser feliz. Luego supo que lo subieron a un pesquero de Fort Walton Beach, que llegó a Cayo Hueso y que se estableció en Miami por un tiempo, hasta que decidió alejarse más, hasta las montañas frías de Montana.

Edda se detuvo en la calle Steinhart. Necesitaba descansar. Por un momento temió que las fuerzas no le alcanzaran. No supo qué hacer. Acaso regresar fuera la opción más inteligente. Cuando se vio en la Calzada Real, el sol daba de plano sobre el asfalto y la calzada parecía de azogue. En la parroquia de San Francisco Javier de los Quemados, se sintió por fin a salvo y segura. Por dentro (también por fuera) la parroquia había cambiado poco en sesenta años. Estaba casi vacía. Sólo un anciano oraba arrodillado frente a la imagen de una Virgen de la Merced cubierta de flores blancas. Edda se sentó en uno de los bancos negros, limpió los espejuelos y se supo aliviada. No vio al cura; lo prefirió. Había tomado algunas decisiones importantes (no regresar nunca a la casa, por ejemplo) y necesitaba dejar que se enfriaran en su

cabeza para conocer su verdadera voluntad. Dijo: Padre, ayúdame a entender, y su voz resonó en la nave. En los años sesenta, Edda venía a misa cada domingo. Luego sucedió lo que sucedió y sólo vino en momentos puntuales. Había decidido que su cuarto también era la casa de Dios; dondequiera que hubiera un suplicante, ahí estaba la casa de Dios. Debía reconocer, sin embargo, que a su alrededor todas las casas de Dios se caían a pedazos y sólo las iglesias mantenían el alma. Recordó aquel sábado de marzo de 1976. Aunque hubiera preferido borrarlo de su memoria, el recuerdo volvía una y otra vez, a veces en los momentos más imprevistos, en medio de la indecencia de los días, como si quisiera reforzar en ella la conciencia de que...

... ya nada en la vida seguiría siendo la vida...

... en la parroquia de San Francisco Javier de los Quemados sentí que no había lugar para mi salvación y mi seguridad. Hacía muchos años que había desistido de la misa de domingo. La tarde del sábado 6 de marzo de 1976, cuando mi hijo Alejandro, con sólo veinte años, murió aplastado por un camión de cerveza cuando regresaba de un juego de pelota, supe que no había nada que hacer, que había muertes anteriores a la muerte. ¿Qué haría yo en una iglesia? ¿Con qué cara miraría a Dios? ¿Con qué cara me miraría Él? Si nunca antes se había mostrado ni dicho una palabra, en las nuevas circunstancias menos razones tendría para hacerlo. Estaría abochornado, en deuda conmigo. Yo, en cambio, nada le debía. Perdí la fe; quizá no sea ésa la frase apropiada, en realidad perdí la confianza en la justicia divina, no hay justicia, todo está organizado (o desorganizado) por la confusión y la idiotez de los hombres. Ver a mi hijo muerto me hizo entender muchas cosas por las que ni siquiera me había preocupado. Allí, en la camilla donde tuvimos que lavarlo y vestirlo, tan lleno de vida a pesar de la muerte, se disiparon de golpe los misterios. Siempre me había inquietado el hecho de que no hubiéramos podido marcharnos de Cuba. Hicimos lo posible y no pudimos. A partir de 1968, montarnos en un avión e irnos a Miami, a Maracaibo, a México, a Buenos Aires, a Manila, a cualquier lugar. Ésa fue la obsesión de Bibiano y también la mía. Los muchachos estudiaban, crecían, se hacían hombres, mientras nosotros escribíamos cartas, buscábamos dinero, indagábamos cómo

legalizar la línea de parentesco que nos conducía a El Ferrol. Lo hacíamos en silencio, el modo más eficaz de abandonar aquel país del que poco a poco iban desapareciendo las cosas elementales, incluidos el futuro y, por tanto, cualquier ilusión.

Pasó diciembre. Otra Navidad sin celebrar. Habían prohibido la Navidad, el día de Reyes, nada quedaba de los antiguos mitos. Los nuevos, los mitos impuestos, nunca llegarían a incorporarse de verdad a la vida cubana, como sucedió con aquel calendario de la Revolución francesa. Pasó enero y febrero. Rasiel se aparecía a veces con una botella de vino dulce, espantoso, llamado Viña 95; en ocasiones, traía un mango o algunas guayabas. Había momentos mágicos en los que se aparecía con dos pedazos de pan. Ella le guardaba algo de lo que cocinaba. En ocasiones, llegaba con un olor intenso a establo; como si hubiera dormido sobre la paja de algún chiquero. En esos casos, ella invocaba el calor, tan intenso el bochorno, y le calentaba un cubo de agua, para que se lo echara por encima, y le lavaba la camisa. Luego de bañarse y comer, solía quedarse dormido en el sillón de hierro, con un sueño profundo, como si no hubiera descansado en días. En esos momentos, le recordaba a Alejandro, a Ignacio, que dormían sonrientes, como si estuvieran despiertos. A veces la tía Edda (sobreponiéndose a sus prevenciones) le preguntaba: Por favor, hijo, ¿de dónde vienes? Y él se limitaba a hacer un gesto vago, que podía indicar el resto de la ciudad, del país o del mundo. Hijo, ¿qué haces de noche? Y él alzaba los ojos como si no recordara. Cuando ella se sentía desprotegida y preguntaba: ¿No tienes familia?, él respondía: Usted es mi única familia. Y a ella esa frase siempre la sobresaltaba. Mi única familia. Sí, en efecto, la frase la inquietaba, la hacía sentirse dominada por una fuerza que la ataba a algo. Y ya tenía miedo a sentirse atada. La asustaba. Rasiel le daba alegría y la asustaba. Y no debía sorprenderla. Cuando él se la quedaba mirando, ella evitaba la mirada. Ya se sabe cuánto unen las miradas. Y de cuánto es capaz una anciana (que ha sido madre y no sabe si tiene nietos) por un joven desamparado.

Miró el botafumeiro junto a la imagen de san Francisco. Quiso decir una oración que había olvidado. El anciano que oraba ante la

Virgen de la Merced se irguió con trabajo, se santiguó, bajó la cabeza y salió por la puerta que daba al pasaje González. A Edda le pareció que los pasos sonaban en el artesonado. Miró incluso hacia lo alto. Luego, fue un silencio demasiado intenso, como si Marianao se hubiera quedado vacío. Señor, tú también te lavaste las manos. No fue una pregunta, ni siquiera un reproche, sino una afirmación como cualquier otra, como decir: «Hui de mi casa». Se quitó los espejuelos. Los dejó a su lado, sobre el banco. Estaba cansada, tenía hambre y recordó que no había desayunado, ni siquiera el cocimiento de cañasanta de cada día. Le pareció que Rasiel se acercaba, aunque sin espejuelos no había posibilidad de ninguna certeza. Esperó. Nadie se acercó. No había nadie más que ella en la parroquia. Rasiel no vendría más. Lo sabía. Nadie tuvo que decírselo. Lo supo siempre. Su ambición estaba más allá del muro que rodeaba la Isla. Como la de cualquier cubano. No había un alma que quisiera estar allí. Ni la de ella, que soñaba con volar a lo alto o hundirse en la tierra. Estaba cansada. Ochenta y cinco años que verdaderamente serían ciento setenta años. Su cuerpo pedía que se echara allí mismo, sobre el banco. Se echó sobre el banco. Lo hizo con alegría, como una niña. Nunca antes se había acostado en el banco de una iglesia. Espero que a Papá Dios no le parezca una falta de respeto. Si se enfada será bueno, porque supongo que algo dirá, aunque sea una mala palabra. Se acomodó. Él no tiene moral para ofenderse, ¿verdad, Padre, que usted no tiene moral? Creyó que alguien la llamaba. Quienquiera que sea, que espere, ahora estoy descansando. Se sentía tan serena y tan cómoda, echada allí, con los ojos cerrados, que no valía la pena responder.

And sometimes I wonder
Just for a while
Will you ever remember me?

«Once I was»,
TIM BUCKLEY

Debo contarlo porque ha sido el gran momento de mi amor, la primera y única vez que fui capaz de abandonarme en el silencio y la impalpabilidad del amor verdadero. Yo no existía: sólo él. Era la noche y tocábamos guitarras. Bebíamos, o no bebíamos; aspirábamos polvos blancos de buena calidad y soñábamos sueños intranquilos que eran tranquilos y también de buena calidad. Noche mansa, la recuerdo, aquella del Wolf River. Estábamos cerca de Memphis, o eso creo, y cantábamos soñando, que es el mejor modo de cantar y aún mejor de imaginar nuestros sueños tranquilos. Y luego Jeff, el rubio Jeff, celebró la vida con su belleza y con su voz. Era algo que hacía siempre, sin proponérselo, un atributo y yo lo amaba por eso y porque parecía un dios efímero, abandonado a su suerte. «Hallelujah», Leonard Cohen, aquella plegaria, toda la tristeza quedó en el cajón de la guitarra. Exultantes, felices, tuve otra revelación, como siempre que cantaba Jeff. No pude reprimir el deseo, el sigilo del Wolf River, con sus aguas turbias y no tan calmas, y la noche que respiraba aires de noche de mayo, a punto de ser abril. Jeff me dijo: Voy al río. Lo dijo con su belleza y con su voz, casi cantando —aunque no cantara—. Y yo lo seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo dejar que se alejara? ¿Cómo soportar que se alejara? ¿Alguien tiene idea de cómo es el amor cuando ha dejado de ser una estampida de palabras y de gestos elocuentes? ¿Alguien sabe cómo es cuando requiere del secreto? Lo vi entrar al agua. Keith dijo luego que lo vio entrar vestido. Yo, en cambio, recalco: Iba desnudo, lo sé, lo vi entrar así al río barroso, y por eso tuve

que seguirlo y nadar a su lado. Estábamos en primavera, pero estaban heladas, como era de esperar, las aguas del Wolf River. Y nadamos. Reímos. Cantamos. Hay siempre idéntica felicidad en las aguas de cualquier río turbio. El sueño se prolongaba más allá de sus propios límites. Dejamos de hallarnos cerca de Memphis o de cualquier otra ciudad. Descansábamos sobre las aguas detenidas del río que es el mismo río, que será siempre el mismo río, Wolf River, donde dicen que nos perdimos, cuando la verdad es que Jeff cantó «Hallelujah», y allí quedamos serenos y encontrados. Para que después hablen de suicidio y repitan, los escépticos y siempre sabios, que es imposible, que la dicha del amor es imposible.

20

Playa Baracoa,
en casa de la tía Emma

Leo creyó que estaba en una fiesta y fue entonces cuando despertó. De regreso a la realidad, la persistencia de la impresión: estaba en una fiesta. Escuchó voces juveniles, risas, algarabía festiva, propia de los que tenían la vida por delante. Tocó la almohada, la sábana que no usó y se descubrió sonriendo, con deseos de saltar de la cama, bajar hasta la playa (y eso sí que tenía todas las trazas de un verdadero acontecimiento), nadar un rato en el mar temprano. Recordó que estaba en casa de la tía Emma. Incluso en el sueño, en la fiesta del sueño, lo había sabido. Se hallaba en el cuarto de siempre, el de los altos, el único de la segunda planta, con sus grandes ventanales abiertos a todas las brisas y a las copas de las guiabaras y las casuarinas. Había llegado anoche. Accidentado viaje hasta Bauta, andando por el borde de la carretera cinco de los veintinueve kilómetros que lo separaban de ese otro pueblo, Playa Baracoa. Y tuvo suerte, porque un conocido motorista de Rosamarina se conmovió y lo llevó hasta la casa. (Y no quiso cobrar.) A pesar del cansancio, cuando se acostó, lo regocijó el olor potente de la playa, el silencio vivo de la noche, el grito de lo que pareció una lechuza, el rumor de las olas contra la orilla de pésima arena y arrecifes peligrosos. Hacía tiempo (mucho) que no disfrutaba de ese silencio que en realidad era una manera que tenía la playa de hacerse evidente. Las olas (su murmullo, su olor) yendo y viniendo; el crujir de las tejas; las maderas de la casa que crujían como una goleta a la deriva. El momento, pensó, en que

Dios se apaciguaba después de tanta ira, resentimientos y malentendidos. Salió de la cama desnudo y descalzo. Se asomó a la mejor de las ventanas, la que daba al mar. A unos cuantos metros se abría la playa, si es que se podía llamar así a la cala ajustada entre salientes, con los pilotes de lo que fue un muelle. Las playas del oeste de La Habana, de Jaimanitas hasta El Mariel, eran por lo general malas playas, bastante feas, que tenían por eso mismo gran encanto. Para empezar, solían ser solitarias. A ciertas horas, estaban felizmente abandonadas y las arenas casi negras se poblaban de cangrejos pequeños (algunos no tan pequeños). El sol remiso comenzaba a poner realidad en las cosas. Aún se apreciaba en el mar el tono de la noche, a pesar del leve brillo en las crestas de las olas frágiles y en la arena, el breve brillo de un rosa suave. Y corría brisa y el mar estaba en calma y se podían ver en el horizonte los barcos areneros, los cargueros rumbo a sabía Dios dónde. Y se hacía intenso el revoloteo de las gaviotas en busca de los peces muertos que la noche trajo a la orilla. Y había nubes oscuras y nubes que brillaban. Nubes altas que no anunciaban lluvia y sí mucho calor. En el centro de la cala, cinco muchachos, en traje de baño, sentados ahí, en ruedo, con una guitarra y una botella que se pasaban de mano en mano, como los cigarros. Cuatro hombres, una mujer. Las espaldas, los torsos desnudos, húmedos, limpios, recibían los primeros rayos de sol. Conversaban con ánimo, reían, cantaban, volvían a reír.

Leo pensó que cada cosa en el mundo se estaba colocando en su justo lugar. ¿Tendría por fin la ocasión de saber a qué atenerse? Habían sido meses duros, de mucho miedo. Atrás quedaba la tortura interminable de los últimos quince días. Ahora, pensó, tocaba vivir. Era mejor una mala noticia que ninguna noticia. Así que a vivir mientras se pudiera. O quizá a continuar sobreviviendo. Hasta donde diera el tiempo y ese camino forzoso. Al final, siempre habría un cartel con letras torpes: *cul-de-sac*.

La tía Emma ya estaba en pie. Solía dormir tres o cuatro horas. Se escuchaban los pasos imperceptibles, ligeros, por la planta baja. Hasta Leo llegaba un fuerte olor a café. La vio bajar hacia la playa, como siempre, con el pelo blanco cerrado en moño bajo, casi pegado a la

nunca; la bata color azul claro; los zapatos blancos, como de niña; y los escarpines, los mismos de cuarenta años atrás, aunque parecieran acabados de comprar en una hipotética Sears de la Calzada Real. Llevaba en la mano un gran vaso de café tapado con un platico de postre. Los muchachos la recibieron con aplausos. Como siempre, la tía Emma sonreía. Los muchachos bebieron café, conversaron con la tía. Ella regresó con el vaso vacío y la cara satisfecha. Leo le dijo adiós desde la ventana. Ella no lo vio. Entonces él se aseó, vistió lo primero que tuvo a mano, bermudas, una camiseta maltrecha con letras medio borradas que decían SE APRENDE QUE MATAR ES ANSIAS DE VIVIR... Bajó las escaleras de tablones y encontró a la tía trajinando en la cocina. Cuando escuchó sus pasos, ella se recostó al fregadero y abrió los brazos. Leo no pudo reprimir la sonrisa. Pocas como ella, en las verdes, en las maduras, en las podridas. La única que conocía su enfermedad porque era la única que estaba cerca y la única capaz de aliviarlo y comprenderlo. La abrazó, la levantó del suelo. La tía exclamó con satisfacción: Muchacho, me vas a matar. La cabeza de ella apenas llegaba al pecho de él. Frágil, delgada, fuerte, con expresión de eternidad. Olía a naranja, a café, a arena húmeda, a sargazos. A pesar de que vivía sola, acababa de cumplir ochenta y ocho años. Nací en 1906, solía repetir con tono festivo, el mismo día en que murió Mercedes Matamoros. Destacaba la coincidencia porque también ella había escrito sonetos, o eso decía, sonetos de amor que guardaba en una libreta que nadie había visto jamás. Te tengo un desayuno de rey, dijo y señaló a Leo la mesa para que se sentara. ¿De rey con corona o sin corona? De rey todopoderoso: tuviste la gran suerte de que ayer me trajeran leche en polvo y un poco de azúcar prieta, estuve quince días desayunando cocimiento de cañasanta sin azúcar, así que fíjate si eres un rey. Le sirvió al sobrino el café en una incómoda taza de tres patas que perdía equilibrio si no la agarrabas como si la vida te fuera en ello. Emma calentaba rebanadas de pan viejo en la sartén de hierro (la misma de su ajuar de matrimonio). Cuando las trajo en un plato, dejó también la mantequillera con una mantequilla evidentemente casera. ¿Y esa mantequilla?, la voz de Leo tenía el necesario tono de admiración. La tía se echó a reír. Explicó

que no era exactamente mantequilla, sino una receta que encontró en un antiquísimo libro de alquimia, publicado en Ginebra, en el siglo XVIII, a partir de la sangre de las gaviotas de los lagos. Los dos rieron. Aunque esta vez la risa pareció forzada, sin júbilo. Reconoció que Carmita, la maravillosa mulata filipina del Callejón de los Perros, le había traído un poco de leche de vaca (de vaca de verdad, afirmó, como si él no fuera capaz de creerle) con una nata tan espesa que, según aclaró, le dieron deseos de llorar (de alegría). Y ahí tienes, mantequilla, toda una *délicatesse* en tiempos de miseria, como cuando eras niño, ¿te acuerdas?, te encantaba la mantequilla de maní, marca Peter Pan, venía en una lata y tenía un dibujo del niño que volaba por los aires..., siempre tuviste buen gusto, Leo, es una pena que te hayas quedado aquí. (El «aquí» siempre poseía un tono fuerte y tan amplio como la isla.) Tía Emma, ¿para qué hablar de lo que pudo haber sido y no fue? Ay, eso es un bolero, querido, en la voz inolvidable de María Luisa Landín. Sí, respondió él, son inolvidables, el bolero y la Landín. Y otra vez la risa sin satisfacción, como para cumplir con lo que cada uno suponía que el otro esperaba. Y quedaron en silencio. Y no supieron qué hacer. Nada tenían que decirse aquella mañana en la que únicamente aspiraban a la concordia. Lo único valioso parecía ser el recuerdo, y el recuerdo sólo lograba empeorar el presente. La tía Emma pasó un paño por la encimera. Leo comió el pan con mantequilla, bebió el café con leche con la sensación de que era el primer desayuno de su vida.

Nueva York. Le vino a la mente el nombre de la ciudad que en una época se hallaba en el centro de su deseo. Nueva York, dijo, y el nombre quedó flotando en algún lugar por encima de sus cabezas. Nueva York, afirmó la tía Emma como si pudiera leer sus pensamientos. ¿Cómo habría sido la vida si se hubiera ido a Nueva York? ¿Qué otra cosa podría contar ahora? Nunca, nunca sabré cómo habrían sido los caminos que había detrás de las puertas que no abrí. La mañana se hacía más densa a cada segundo. Desde la playa, las risas organizaron una pregunta inevitable. Tía, y esos muchachos, ¿qué esperan?, ¿qué hacen? La tía levantó un vaso hacia la luz, intentando comprobar su limpieza. ¿Leíste el periódico?, preguntó

ella. ¿Qué periódico?, no hay periódico tía, a lo sumo una hoja parroquial. ¿Leíste la hoja parroquial?, se corrigió ella. No me lo digas, respondió él con algo que pareció ironía, ya sé la noticia, se sobrecumplió la producción de fibras de henequén. A ella le gustaba el sarcasmo del sobrino y por eso recalcó: Pues sí, querido, esos muchachos están ahí celebrando que pronto habrá abundancia de sogas en las ferreterías cubanas. Y tras un segundo de duda, agregó: Ay, Dios, ahora no me acuerdo si todavía existen las ferreterías. A Leo también le gustaba el humor de esa mujer de ochenta y siete años que había vivido toda su vida en una casa de madera, junto al mar, con un marido bueno, Miguel, Miguelito, que la dejó viuda a los cincuenta. Lo único reprochable de Miguelito fue lo menos reprochable: haber tenido un hijo fuera del matrimonio porque Emma no podía tenerlos y él no estaba dispuesto a aceptar semejante destino. Ahora Miguelito Jr., Miguelito el otro, el hijo, el bastardo, era capitán de yates en Saint Pete, Florida, y se encargaba de que Emma tuviera las medicinas a tiempo y no se muriera definitivamente de hambre. ¿De verdad no has leído el periódico? No, tía, prefiero ir directamente a la parroquia. Él bebió otro sorbo de café con leche y cerró los ojos. ¿Qué dice? *Él,* y ella apuntó con tono casi declamatorio, *Él,* e hizo una larga pausa, *Él,* repitió, y sí, el pronombre llevaba todo un énfasis, como si la tía estuviera a punto de hablar del Dios de los hebreos, *Él* dijo en su discurso de cumpleaños que retiraba la guardia fronteriza y que a partir de este momento todo el que quiera puede salir de Cuba sin problemas, no hay horizonte, Leo, ha decretado que por el momento se acabó el horizonte, mañana no lo sé: hoy, hoy mismo y mañana y pasado, no existe el horizonte por decreto presidencial. ¿Como si abrieras las puertas del cementerio y dijeras a los cadáveres: Sí, queridos y pacientes muertos, hay resurrección? O lo contrario, Leo, como si dijera: Levántense, muertos, que no hay resurrección, pueden irse a deambular por el mundo, que muertos van a seguir. Leo intentó asimilar la noticia. Catorce años atrás había sucedido lo mismo y ciento veinticinco mil cubanos huyeron del Archipiélago. Leo pudo ahora explicarse la exaltación que encontró en el viaje desde Marianao hasta Bauta y de Bauta hasta la playa. La tía lo estaba observando con

ojos entrecerrados. ¿En qué mundo vives, Leo? No sé, tía, en otro, estoy leyendo un libro bellísimo que se titula *Cayo Canas,* ése es el mundo en que vivo. Haces bien, hijo, y hablando de mundos, yo empecé *El mundo de ayer,* y mira que nunca me había gustado Stefan Zweig, pero este libro es otra cosa, nada de María Antonieta ni de Fouché, sino el mundo, tu mundo, nuestro mundo, que se va al infierno..., mejor dicho, que se descubre en el infierno. Tía, no tenemos remedio. Nunca lo hemos tenido, Leo, ningún remedio, nadie nos preparó para la lluvia de azufre, nadie nos aclaró que el asunto era de patria o muerte, tampoco nadie nos preguntó si nos interesaban la patria o la muerte, como si no hubiera otras posibilidades, como, por ejemplo, la vida en otro lugar, *sin patria pero sin amo*. Leo miró a su tía con expresión de sorna y se dispuso a hacerle una pregunta. Ella lo contuvo: Ay, Leo, ¿tú sabes la hora que es? Volvió a extenderse entre ellos el largo silencio. Desde la playa llegó el rasgueo de la guitarra y una voz, un canto que no fueron capaces de identificar. Llegaron anoche, dijo la tía, cuando tú dormías y trajeron una balsa.

Leo salió al portal trasero. Estaba inmóvil el viejo rehilete de colores con el que la tía Emma quería disfrutar de la ilusión de los vientos. Bajó a la playa descalzo. Se dijo (con ironía): Quiero sentir que las arenas de las playas son suaves. Las arenas de la playa, sin embargo, no eran suaves. Comprobó que, al menos en este caso, se trataba de una frase libresca. Arena gruesa formada por pedazos de conchas y piedras. Sólo un faquir andaría con gracia por aquí, dijo. La pleamar traía algas y peces muertos hasta casi al borde de la casa. La casa de la tía Emma continuaba siendo una de las más hermosas y de las más ocultas de un poblado llamado Playa Baracoa, al norte de Bauta. Había que saber llegar a ella; de lo contrario podías perderte en un laberinto de caminos arenosos. En cambio, si salías felizmente del pueblo, como quien iba hacia la boca del río Banes, y encontrabas un mojón que no lo era, sino una roca con forma de zapato viejo, al pie de una ceiba, y si seguías andando por un camino de casuarinas, la encontrabas sin falta. Es probable que te hubiera sorprendido su aspecto de casa de muñecas. Y eso que estaba bastante deteriorada, con las maderas sin pintar y el techo a dos aguas, de tejas negras,

castigado por los alisios, el salitre, el sol y los aguaceros (que a veces eran lo mismo), y sobre el que descansaba el único cuarto de los altos, el cuarto que su tía había dicho siempre que era el suyo, el de Leo, su sobrino preferido, «el intelectual de la familia», como ella recalcaba con una mezcla de broma y admiración. Una delicia el puntal alto, las numerosas ventanas, el portal corrido para comodidad de las brisas. La casa estaba rodeada por hierbas requemadas y diez o doce guiabaras retorcidas. Había también algunos cocoteros medio calcinados por las tormentas de octubre. Y la ceiba vieja, semejante a un largo campanario en ruinas. Leo se detuvo junto a la piedra cuadrada donde hacía años sacrificaban los cerdos de Navidad. La acarició. En esa época..., intentó decirse y no terminó la frase. Llegó a la orilla y saludó a los muchachos, que le devolvieron el saludo como a un viejo amigo. Beber, cantar, no dormir, dedujo Leo, lograba que cualquier lobo estepario fuera bienvenido. Pensó continuar hacia la orilla. Le hicieron señas de que se acercara. Leo lo hizo con turbación. Se veían tan jóvenes, tan sanos, tan hermosos, que sintió que no tenía derecho a acercarse, que estaría fuera de lugar, como el aguafiestas destinado a echarles en cara lo efímero de la juventud, la salud, la hermosura que ahora mismo conformaban su mayor fortuna. Buenos días, dijo. Buenos días, respondieron sonrientes, y alzaron las manos. Uno de los chicos alzó la guitarra; era un chico rubio que recordó a Leo uno de sus ídolos de juventud, el Mickey Mantle de la temporada de 1955 en que, a pesar de todo, los Dodgers de Brooklyn vencieron a los Yankees de Nueva York. Le brindaron ron. Leo declinó con el pretexto de que era temprano y se percató de que sus escrúpulos de aguafiestas habían sido excesivos, de que en ese preciso instante aquellos jóvenes no estaban en condiciones de recibir otro mensaje que no fuera el de su poderoso y altivo presente. No había aguafiestas tan poderoso que pudiera derribar la fiesta de la juventud. Y se serenó. Recordó por un momento su propia juventud, años sesenta, años difíciles en los que ser joven conducía a algo inevitable y demasiado peligroso. Entonces, observar a los viejos, la nostalgia de los viejos, le provocaba irritación. No le gustaba que en su familia le hablaran de la buena vida de los años cuarenta y cincuenta. En efecto,

le había tocado un tiempo de milicias, de banderas, de delaciones, de misiles, de invasiones que, aunque nunca se producían, destruían igual. Aun en medio del horror, se miraba a los espejos y se sabía eterno. Nada, nadie, podía echarle a perder semejante certeza. Sonrió tranquilo. ¿Qué esperan?, e infundió a la pregunta el tono adecuado, el tono de Pueden-confiar-en-mí. Esperamos poco, dijo la única chica del grupo con voz dulce, sólo esperamos el atardecer. Era blanca, achinada, con poca ropa y el inesperado detalle de unas uñas largas, perfectamente pintadas de rojo. Si salimos ahora, razonó un mulato alto con cara de niño, en dos horas estaremos como puercos de Nochebuena. Los demás se burlaron. ¿Puercos?, ¿Nochebuena? El joven rubio parecido a Mickey Mantle rasgueó las cuerdas y entonó:

El lechoncito, ¿cuándo volverá?
La Nochebuena, ¿cuándo volverá?

Rieron. Se habría dicho que no iban a parar de reír. Leo admiraba la capacidad de desternillarse sin motivo, y, sobre todo, por un motivo que nada tenía que ver con el humor. Ese modo de hablar de la tragedia como si fuera una comedia ¿era sabiduría, frivolidad, humor, choteo o evasión? Aprovechó que estaban inmersos en su propio regocijo y los observó uno a uno. Veinteañeros fuertes, saludables: el rubio, dos trigueños (ella era trigueña), un mulato y un negro. Todos hermosos, cada uno a su manera, con esa hermosura categórica que daban los veinte años, y el deseo (también hermoso) de doblegar la firmeza del mundo. ¿Quieres venir con nosotros?, preguntó el negro al que los demás llamaban Chocolate, tenemos espacio para uno más. Ahora fue Leo quien rio. No se lo aconsejo, sería como cargar con un muerto, me echarían al mar al primer contratiempo. No somos tan malos. No se trata de maldad o bondad, sino de supervivencia. La chica miró a Leo e hizo un gesto con la cabeza que él no supo interpretar. Ésa es la palabra, exclamó, su-per-vi-ven-cia, la palabra que explica lo que hacemos a diario en esta gran balsa que se llama Cuba. El chico trigueño la señaló con el dedo y exclamó: Por fin salió nuestra poeta. Nuestra escritora radial, rectificó el negro al que todos llamaban Chocolate. Váyanse a la mierda, respondió ella, fingiéndose

ofendida, en el fondo encantada, y puso su mano derecha en el corazón y saludó. Leo se dio cuenta de que el chico trigueño tenía los ojos casi verdes. Una vez estuve a punto de irme al Norte, confesó Leo. Los demás lo miraron serios, como si no entendieran o no fueran capaces de creerlo. ¿Qué pasó?, preguntó alguien, no supo precisar quién. Eh, socio, ¿y qué haces aquí?, sonsacó el negro al que llamaban Chocolate. Leo se encogió de hombros. La vida, supongo. ¿La vida?, ¿qué vida?, di más bien la muerte. Yo tenía diecisiete años en 1959, estudiaba en un buen colegio, La Salle, en Marianao, frente al ayuntamiento, y era bastante buen estudiante, sobre todo buen estudiante de inglés, mi padre, que era jefe de la sala de cirugía del Hospital Militar, quiso que yo saliera de Cuba lo más pronto posible, mi padre tenía la idea de que con los rebeldes había llegado el comunismo a Cuba... Sabio tu padre... Y no quería que su hijo se educara en el comunismo, me sacaron billete en el ferry que salía de La Habana rumbo a Cayo Hueso... ¿Cómo?, lo interrumpió el rubio parecido a Mickey Mantle, ¿había un ferry desde La Habana a Cayo Hueso? Leo sonrió, movió la cabeza vehemente, y aclaró: No, no uno, tres o cuatro al día, alguno hasta el puerto de Miami, si no recuerdo mal. Notó la perplejidad en esas caras que desconocían la pequeña historia de Cuba. Para ellos todo comenzó con la llegada de Fidel a La Habana. Lo demás era silencio. Sólo sabían lo poco que les habían dicho. Entre las armas del poder, había una importante: el olvido. La vida siempre comenzaba con el Máximo Líder. Y con él terminaría. *Primero se hundirá la Isla en el mar...,* solía gritar en sus infinitos discursos. Y al final, ya ni era necesario hacer hincapié en el olvido, porque el hartazgo se encargaba de provocar el olvido, la voluntad del olvido. No saben vivir de otro modo a como han vivido, pensó Leo. Odian este pobre archipiélago como si tantos desastres provinieran de un accidente geográfico. Cuba era entonces un gran país, dijo Leo y se ruborizó. La única muchacha del grupo hizo un gesto de contrariedad con el que quizá intentó expresar: Me-da-lo-mismo-si-esta-mierda-fue-un-gran-país. ¿Y por qué no te fuiste?, quiso saber el trigueño de ojos verdes. Mi madre, reconoció Leo. Las madres todo lo joden, exclamó el mulato alto con cara de niño. Madre patria y madre revolución...,

cantó el rubio parecido a Mickey Mantle. Leo creyó reconocer una canción de la Nueva Trova, sobre Vietnam o sobre el Congo, daba lo mismo: sobre la muerte. Sí, aceptó Leo, ellas creen que te salvan y te hunden para siempre. ¡Ésa es buena!, afirmó el negro al que todos llamaban Chocolate. No me fui y aquí estoy, atestiguó Leo y alzó la mano como si necesitara dar fe de su presencia, de su materialidad, aquí estoy, aquí me quedé con ganas de vivir en Nueva York, y ya es demasiado tarde, ya no hay Nueva York. Ah, pues yo me hubiera ido igual, reconoció la única chica del grupo, a mí no hay madre que me detenga. Rieron una vez más. Buena eres tú, comentó el rubio de la guitarra, parecido a Mickey Mantle. Además, ¿quién sabe dónde está tu madre? Se está riendo del coño de la tuya, respondió la chica con toda la dulzura de que fue capaz. Más risas. Y otra vez más risas. Leo preguntó: ¿Dónde está la balsa? Y volvieron a reír. La misma imperturbable risa. La que atasca cualquier dilema. Se encogieron de hombros.

Leo no supo cómo no la ha visto antes. Un feo armatoste, una simple plataforma de madera pintada de azul-piscina, sobre gomas de camión entre los manglares. Hacia la tierra de la libertad, dijo el negro al que todos llamaban Chocolate. Hacia la tierra, insistió el rubio de la guitarra parecido a Mickey Mantle, nos vamos por *a bridge over troubled water*.

Desde la casa se vio bajar a la tía Emma. Traía una cesta y una imagen fuera de lugar y tiempo: anciana pulcra, vestida de blanco, con escarpines blancos y vieja cesta de paja, con asas de tela, cubierta por un paño a cuadros rojos y blancos. A Leo le pareció el personaje secundario de cierta película de Joshua Logan. Traigo pan, muchachos, gritó la tía Emma exactamente como el personaje secundario de la película de Logan. El sobrino se preguntó de dónde habría sacado tantos panes; el pan en esos tiempos era como cualquier otro alimento: un artículo de lujo. Ella lo miró como si quisiera decir: No averigües. Y repartió los panes con tanta solemne alegría que pareció una sacerdotisa. Hay que alimentarse, aconsejó la tía Emma, nadie sabe cuánto tiempo estarán en el mar. Cinco o seis horas, abuela, nada más, dijo la única muchacha del grupo, los guardacostas

norteamericanos están recogiendo a los balseros en cuanto abandonan las aguas territoriales.

El mar estaba frío y sucio y daba lo mismo. No se veían los pequeños peces de siempre, aunque se presentían. El fondo, de algas descompuestas, parecía fango. Hacía mucho que Leo no se daba un baño de mar y reconoció una satisfacción antigua. Frente a él, una inmensidad verde, azul o blanca, iluminada por el primer sol, se confundía con un cielo en el que se iban disolviendo las pocas nubes de la noche. Da miedo, lo sorprendió la voz de la muchacha. Leo la descubrió seria, inmóvil de cara al horizonte. Daba miedo, por supuesto. Por toda respuesta, Leo se volvió de espaldas, de cara a la orilla. Da miedo, replicó. Y la chica captó el mensaje, sonrió y lo señaló con un dedo. Se hundió en el agua. Leo hizo lo mismo. Nadó pegado a los sargazos de la orilla. A pesar de que tenía los ojos abiertos, sólo descubrió una oscuridad enorme, recorrida por el tamo aún más denso de las ovas muertas. Cuando salió a la superficie, volvió a sentir la sensación de eternidad de los quince años. Por un brevísimo instante, recordó la fuerza de su padre sacándolo del agua y lanzándolo hacia lo alto, para rescatarlo otra vez. Leo fingía que se ahogaba; su padre fingía que lo salvaba. En la orilla, la madre con su trusa azul de faldita fingía que se asustaba. No jueguen así. Y en realidad estaba encantada. Todos estaban encantados. Fue hace más o menos cuarenta años, en aquella misma playa. El negro al que los demás llamaban Chocolate corrió hacia la orilla y se lanzó al agua. Nadó bien hacia donde estaban Leo y la chica. Desapareció y emergió desplazando el agua. La piel negra brillaba. Tenía el pelo duro cubierto de gotas de agua que también brillaban. ¿Dónde aprendiste a nadar tan bien?, preguntó Leo. Ah, dijo el negro al que llamaban Chocolate, es que soy de Jaimanitas, el patio de mi casa daba al mar, crecí en la playa, en realidad no soy negro, ¿sabes?, es el exceso de sol... Y rio su propia gracia y se aboyó y cerró los ojos y se dejó estar allí sobre el agua como si no hubiera dicho nada, ni hubiera nadie a su alrededor.

En algún lugar Leo había leído que era bueno saber que se estaba enfermo, que era un acto de justicia que el hombre viviera con

intensidad su última experiencia. Recordaba que su madre, en sus últimos días, pedía que la llevaran al Parque de los Chivos. Nunca antes había visto Leo una expresión de placidez como aquélla, cuando estaba allí, sentada en su silla de ruedas, mirando a los niños jugar, admirada de que las raíces de los jagüeyes levantaran las aceras. ¿Te sientes bien?, preguntaba él. Ella afirmaba con una sonrisa breve. Algunos años atrás, desde Nueva York y unos meses antes de morir, su amigo Otto (quien padecía la misma enfermedad que Leo ahora) le había escrito una carta donde decía que nunca antes se había sentido tan libre y feliz. Leo nunca supo qué pensar de la carta. ¿Sería verdad? ¿Sería un simple consuelo? En cualquier caso, ahora Leo estaba tranquilo, casi contento. Con la prodigiosa sensación de flotar en el agua.

Oye, cuando dije que podías venir con nosotros, estaba hablando en serio, dijo el negro al que llamaban Chocolate, tenemos espacio para uno más. Y te agradezco, respondió Leo, sé que lo dijiste en serio..., y yo te recuerdo que estoy viejo, más viejo de lo que te imaginas, no llegaría vivo a Cayo Hueso, y aun en el supuesto de que llegara, ¿qué haría con esta edad en un país como ése? Quiso decir más cosas y no supo o no pudo, sólo agregó: Me toca morirme aquí. El negro al que todos llamaban Chocolate soltó una carcajada breve y ruidosa. Eso es gracioso, amigo, has dicho algo gracioso, y alargó la segunda «o» como si dejara caer la palabra. Y agregó: Aquí no hay donde caerse muerto. También Leo rio la ocurrencia y recalcó: Bueno, es verdad, me puedo morir de pie. Sólo los cristales se rajan, los hombres mueren de pie, agregó la muchacha. Los hombres, los héroes. Todos somos héroes. Que vivan los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan. Oye, sí que eres viejo, tú, más viejo de lo que imaginaba. Leo sintió un chapoteo. El mulato con cara de niño y el trigueño también habían entrado al agua. Improvisaron una pelea en la orilla. Cayeron abrazados al agua. Cada uno trataba de sumergir la cabeza del otro. Leo buscó con la mirada al rubio parecido a Mickey Mantle y lo vio, guitarra en mano, cojeando por el camino que subía hacia la casa. Marchando, vamos hacia un ideal, dijo Chocolate. Leo esperó unos segundos, nadó un poco, miró al horizonte con falsa

preocupación. Comenzó a salir del agua con la cabeza en alto, de cara al sol. Recogió el libro y continuó por el trillo. En un costado del portal trasero, bajo el rehilete, había un barril donde la tía recogía el agua de lluvia. Leo se percató de que había un erizo aún vivo junto a la puerta. Se echó por encima unos cuantos cubos del agua fría y densa, que despejaba y espantaba el calor durante unos segundos. La tía se asomó al portal y le lanzó una toalla. Leo entró a la sala y vio al rubio parecido a Mickey Mantle sentado en uno de los sillones. La guitarra descansaba sobre otro sillón. El chico sonrió. La tía dijo: Necesitamos tu ayuda, Leíto, este muchachón se ha hincado con un erizo y yo no veo bien. Leo terminó de secarse; fingió calma. El sol pasaba a través de las lucetas y formaba dibujos de colores. Le gustó la sensación fresca que sentía ahora en la piel. Tomó un escabel y se sentó frente al chico. Déjame ver. El joven rubio parecido a Mickey Mantle levantó un pie grande y sucio. Aquí no se puede ver nada, tía Emma, este pie está lleno de tierra. El rubio mostró su dentadura y, sin saberlo, fue la viva imagen del bateador; sólo le faltaba la gorra de los New York Yankees. Riendo todavía, la tía trajo una palangana de peltre con agua limpia, un trozo de toalla y una aguja de coser. Perfectamente estéril, dijo. Leo limpió bien los dos pies del joven, porque, según explicó con seriedad, si dejaba el otro pie sucio continuaría cojeando. Pie duro, de piel encallecida, propia de quien solía andar sin zapatos. Miró con sumo cuidado la planta del pie; descubrió el punto negro de la punta del erizo. Lo tengo. Hurgó con la aguja. Logró sacar la púa y algunas gotas de sangre. ¿Te duele? Mickey Mantle sonrió y negó bajo su imaginaria gorra de pelotero. Leo limpió aún más el pie. Limpió sin necesidad toda la pierna, hasta la rodilla. La pierna, con viejas heridas y picadas de mosquitos. ¿Quieres gasa?, preguntó la tía. Leo se sorprendió. ¿Tienes gasa? No, hijo, no tengo gasa, tengo ropa vieja, blanca y bien hervida y lavada, sí. No hace falta, tía. Un poco de alcohol y de yodo, sólo eso.

Improvisaron el almuerzo con pan viejo, una tortilla grande de cebolla que hizo la tía Emma y una limonada. Por suerte, reconoció la tía, hay una vecina que cría gallinas, buenas ponedoras. Leo comió con ellos. El muchacho trigueño repartió un poco de ron para las

limonadas. La tía Emma aconsejó que no bebieran demasiado, que corrían el peligro de ir a parar a los Jardines del Rey. Hubo risas y bromas: el mulato con cara de niño no sabía dónde estaban los Jardines del Rey. Leo preguntó qué harían cuando llegaran a Estados Unidos. Y volvieron a reír. Lo que importa es hoy, el mañana de hoy mismo, respondió la chica. Y aplaudieron. Nuestra poeta. Leo la señaló con el dedo a modo de aprobación. Eres hermosa e inteligente, pensó, y tienes la vida por delante. El rubio parecido a Mickey Mantle tomó la guitarra y rasgó las cuerdas. Un rasgueo que poco a poco organizó una melodía. Cantó con voz áspera:

If you miss the train I'm on
You will know that I am gone
You can hear the whistle blow a hundred miles
A hundred miles, a hundred miles
A hundred miles, a hundred miles
You can hear the whistle blow a hundred miles.

Fue justo el momento que eligió Leo para alejarse hacia la casa. Sospechó que tendría lugar alguna ceremonia que no le pertenecía. Subió al portal trasero y se acostó en el suelo, junto al erizo. No tuvo tiempo de pensar ni de escuchar. Se dio cuenta acaso de que el rehilete continuaba inmóvil.

Estaban todos echados en la arena, a la sombra de las casuarinas. Quizá miraban, entre las ramas, un sol y un cielo que iban perdiendo vigor. La tarde caía en medio del cerrado silencio de la cala. Un silencio que parecía definitivo. La sombra de la casa se alargaba hacia el sureste. Las olas rompían con menor fuerza en la orilla. El rehilete estaba inanimado. Salvo el mar, todo parecía detenido. Incluso los cinco muchachos estaban inmóviles. Desde el portal trasero, Leo los vio como cinco náufragos. Ya tenían el aspecto, el cansancio, la inseguridad y las ropas desgastadas de los náufragos. En el manglar, la balsa no parecía a punto de zarpar sino rescatada de algún desastre. Leo entró a la cocina para beber agua. También él sentía un enorme cansancio. En la sala, la tía Emma se había quedado dormida en el sillón con el abanico recostado al pecho. Leo bajó con su libro a la

playa. No pensaba leer, aunque sabía que un buen pretexto lo protegía de algo; no sabía de qué. Tampoco quería romper la calma. Se sentó, pues, en la piedra cuadrada donde hacía muchos años sacrificaban los cerdos de Navidad. Tal vez nunca antes se había sentado en la piedra que de niño le provocaba un horror que luego se convertía en felicidad, cuando los cerdos ya estaban asados, con olor a ajo, limón, orégano, cebolla y los pellejos crujientes sobre la mesa. Le gustaba bajar con el libro. Sólo que había veces (bastante escasas, por cierto) en que la realidad tenía más poderes que un libro. En el horizonte descubrió la simple sombra de luz de un barco arenero. Quiso imaginarse el otro lado del Golfo, los cayos, Cayo Hueso con sus casas blancas, de madera y los amplios jardines. La calle Duvall, la avenida Truman, la calle Olivia, los turistas de un lado a otro, tomando foto a los papagayos, a la casa de Ernest Hemingway, al mojón de las 90 Millas. Playas disfrutadas, en este preciso momento, por personas completamente ajenas a que un grupo de muchachos se disponía a subir a una balsa para llegar hasta ellos, en busca de algo que los bañistas de Cayo Hueso tenían casi sin percatarse. Como casi todos los recuerdos que Leo guardaba de lugares lejanos, que no fueran de La Habana, también estos sobre Cayo Hueso tenían el color, la textura, el orden, la brillantez de las fotografías de *The National Geographic Magazine* o de *Selecciones del Reader's Digest*. De niño, solía preguntarle a su madre por qué habían nacido en La Habana y no, por ejemplo, en Londres, Viena, París, Nueva York o Estambul. Ah, hubiera sido tan bueno nacer en Estambul. O en Cartagena de Indias. O en Nebraska. En una de las revistas había visto, siendo muy pequeño, un reportaje sobre Eagle Rock, en Scotts Bluff, Nebraska, y decidió que en realidad le hubiera gustado nacer allí, o cerca de allí, en un lugar desde el cual pudiera ver la roca cada vez que se le apeteciera. La madre por lo general sonría desconcertada. ¿Qué podía responder a eso? Hay cosas que no se pueden cambiar, hijo. Ella misma sabía, sin embargo, que el niño no se contentaba con eso. Entonces hablaba de Dios, del destino, largo monólogo sin lógica que él no se preocupaba por entender, ni siquiera por escuchar. Ahora miró al joven rubio que se parecía a Mickey Mantle, acostado junto a su guitarra, y tuvo deseos de pedirles

a todos que no se fueran, el mar, el peligro del mar..., cualquier tormenta..., por supuesto: no valía la pena tanto riesgo. Veintitantos años atrás estuvo a punto de subir a un bote que salía por una playa cercana a Bahía Honda. Le avisó un amigo. Pedían mil quinientos pesos a la salida y mil quinientos a la llegada. Leo llegó a pagar la primera parte, desempolvó un pantalón y una camisa negros. Y no se presentó la madrugada prevista. El día antes se fue al antiguo Miramar Yacht Club (rebautizado Patricio Lumumba), se sentó en una de las grandes butacas de madera, frente al mar. Estuvo mucho tiempo allí. Cuando se hizo de noche, se fue hasta el Coney Island, que estaba atestado de gente.

El negro al que llamaban Chocolate fue el primero en desperezarse. Dio unas cuantas palmadas. Los demás se incorporaron. A Leo le llamó la atención los movimientos lánguidos, el silencio, la apariencia de cansancio. Abandonó la piedra donde sacrificaban los cerdos de Navidad. Intentó una sonrisa. ¿Ya es la hora, muchachos? Su voz sonó falsa y se dio cuenta de que su risa carecía de verdad. Nos vamos, dijo el mulato con cara de niño. ¿Tienen agua suficiente? Agua, bastante agua y pan tostado, respondió la muchacha con su voz dulce; a Leo volvieron a sorprenderle las uñas rojas. Hasta tenemos dos botellas de té con azúcar. Y una botella de ron. Cuidado con el ron, dijo Leo con la sonrisa que creyó más convincente. El mar, de por sí, provoca alucinaciones. Sacaron la balsa del manglar sin mucha dificultad y la dejaron en la orilla. El trigueño trajo dos larguísimas varas también escondidas en la maleza. Subieron las mochilas a la balsa. Mickey Mantle guardó la guitarra en un estuche y se la dio a la muchacha. La tía Emma bajó haciendo señas desde la casa con aire de Rosalind Russell. Traía una panetela en un plato de metal, cubierta por un paño. La muchacha tomó la panetela y le dio un beso. El mulato alto con cara de niño la alzó en brazos en medio de las protestas de la tía. Nuestro ángel, abuela, dijo el negro al que todos llamaban Chocolate. No soy tu abuela, replicó la tía afectando malhumor. Deberían llevar un botiquín, aconsejó la tía. Frase que tuvo la virtud de ahuyentar el mal ánimo. Rieron de verdad, con ganas. Esto es Cuba, abuela, exclamó Mickey Mantle, yo nunca he visto un botiquín. El muchacho

trigueño dijo: No tenemos botiquín, tenemos un farol. Subieron a la balsa. Chocolate y Mickey Mantle quedaron en la orilla y empujaron la balsa al mar. El trigueño y el mulato con cara de niño afincaron las varas en la arena y remaron. La muchacha se había sentado de espaldas a la orilla, con la guitarra sobre los muslos. Chocolate y Mickey Mantle entraron al agua. De dos brazadas alcanzaron la balsa y subieron, con tal agilidad, que Leo pensó que cuanto habían hecho en su corta vida era sólo una preparación para ese instante. La balsa se movió, primero torpemente, hasta que los muchachos afincaron bien piernas y brazos y remaron con destreza. Poco a poco, se fueron alejando de la orilla. Leo los vio concentrados. La tarde se reducía a unos cuantos cúmulos rojos.

Iban abrazados, en silencio. Se detuvieron sólo dos momentos: frente a la gran piedra donde sacrificaban los cerdos de Nochebuena. También se detuvieron en el portal trasero, para que la tía diera un golpe al rehilete. Lo hizo girar. Cuando no corre viento, se inventa, dijo. La noche estaba a punto de llegar. El calor no cedía. Aún estaba el erizo sobre el suelo de madera. ¿Sabes lo que conseguí, sobrino?, preguntó la tía cuando entraron a la cocina. Sorpréndeme, respondió Leo. Abrió el armario y mostró una guanábana enorme, tan grande que daría para varias champolas. Tía Emma, dijo Leo, ¿sabes desde cuándo no veo una guanábana?

Para ver la batalla
hay que ser su mártir...

Tratados en La Habana,
JOSÉ LEZAMA LIMA

Se llamaba José y alguna vez anduvo por los arrabales, se cubrió de la lluvia con un periódico y resultó más asombroso que un árbol en medio del desierto. Nunca se perdió por los pantanos del Mississippi ni por las calles acechantes de Cristianía, ni por el París que sí conoció su entrañable Cemí. Quizá José soñara con los Paraísos artificiales; para él, sin embargo, no hubo ni lo uno ni lo otro. Después de brevísimas jornadas secretas, volvía siempre a la casa modesta de la calle Trocadero (demasiado nombre para calle tan grosera). Se ausentó poco. Casi no se ausentó. Siempre estuvo en su butaca renacimiento español. Supo, por supuesto, qué significaba la fatiga de llegar de lejos y el dolor del exilio, la patria del exilio, que diría su gran amiga María Zambrano. Había espejismos (o hechizos) más arduos que los viajes. También había destierros útiles y buques fantasmas y cárceles sin rejas, con celadores poderosos e invisibles. Para José ahí estaba la casa, como si dijéramos la casa eterna, un estilo para combatir el tiempo. Con sólo tres puntos se resolvía el equilibrio de la realidad: la foto de Rosa, la del Coronel y la presencia de María Luisa, que iba del café al té frío mientras decía en voz alta el salmo 23. Secretamente, José supo que él mismo era la prueba de que alguna vez hubo otra vida, otro modo de vivir y reconoció que era el vestigio de algo desaparecido para siempre. Tenía la casa, el sillón, las fotos, los cuadros y los libros. Mientras aspiraba polvo de belladona, descubrió que Marco Polo no salió nunca de Venecia. También tuvo la certeza de que todos hemos estado alguna vez en Xanadú.

21

Estrellas propicias

Para Yolanda Izquierdo,
en La Habana o en San Juan

Cras autem videbo vos

Había contado cinco amaneceres la tarde en que llegué a un batey sin nombre, pasando Ojo de Agua, como quien va hacia Margarita. Me sentí satisfecho. Significaba que había andado con suficiente ligereza. También pensé que alguien me daría de comer y de beber sin preguntarme quién era ni de dónde venía. El caserío estaba compuesto por pequeños bohíos o caneyes, en redondel, y en cuyo centro se alzaba un mástil con lo que treinta años atrás debió de haber sido una bandera cubana. Las puertas y las ventanas, rotas por el tiempo, se abrían hacia pequeñísimos espacios vacíos, donde se descubría acaso una silla vieja, un anafe, una escoba de palmiche, algún bastidor de alambre y zapatos rotos y cubiertos de fango. Nada que fuera de utilidad. Lo único valioso fue que, al tropezar con una piedra, brilló, descubrí una navaja sevillana bastante bonita y no tan sucia, en cuya hoja había una inscripción que me sonaba conocida: *«Cras autem videbo vos».* Un intenso hedor impedía acercarse a los bohíos. No había olor a café, a comida, a trabajo, a sudor. No había la menor señal de vida. Salvo algunas chivas y perros esqueléticos, sin esperanza, que andaban por entre las casas y ni siquiera se percataron de mi presencia. Busqué alguna pila de agua y no la encontré. Quise encontrar alguna señal que me indicara en qué momento aquel caserío

había sido un caserío y tampoco lo encontré. No pude acceder a los bohíos: resultaba insoportable el olor a podredumbre. Por detrás, me topé con las carroñas de dos caballos muertos y otra de un animal que no supe identificar. Tuve la idea absurda de que quienes vivían allí habían sido sorprendidos por una noticia terrible y habían huido. Preferí alejarme de aquel lugar muerto. Además, venían nubes bajas, negras, rápidas y supuse que caería un aguacero. Un camino indicaba hacia el norte, hacia La Habana, y por allí seguí mi viaje.

La tormenta no se desató. Hacia la tarde, las nubes negras se deshicieron en figuras urgentes; el sol de noviembre volvió a humedecer los campos. Cuando esto ocurría, sentías una fuerte tristeza: el agua y el viento te dejaban siempre un deslumbramiento, de limpieza, de alivio, de bálsamo sobre el cuerpo. Cuando el sol es despiadado, esperas la piedad de la lluvia. Y no, no llovió. Y sin saber cómo, encontré una antigua edificación de piedra, un cuadrado (supuse que cabrían cinco o seis hombres), con las paredes rotas, cubiertas de hiedras, calabazas silvestres y troneras mohosas. Desde una de ellas vi que me observaban. Escuché un grito: «¡Alto, quién va!». El miedo me detuvo. Quedé inmóvil sin saber qué hacer. Dos muchachos, que eran el mismo multiplicado por dos, salieron, uno por cada lado, altos, delgados, con una piel tan blanca que dejaba entrever una oscuridad próxima en la ascendencia familiar; el mismo pelo ensortijado y negro; idéntico color pardo en los ojos y labios carnosos (cuya única diferencia radicaba en la sonrisa o la ausencia de ella); iban sin zapatos, con camisas de holán (es un decir) y pantalones bombachos, como de otra época. Aparte del susto, cuando los vi aparecer creí que estaba sufriendo una treta del campo, de las cosas, como si las circunstancias se hubieran convertido en espejos. Nunca había visto un par de jimaguas (en Isabela, que yo supiera, no los había). Todos nosotros, los hermanos Aguají, nos parecíamos bastante; sin embargo, insisto, no se trataba de que los dos muchachos se parecieran: eran la misma persona desdoblada. No me maten, supliqué medio en broma medio en serio (¿de dónde salía mi vena teatral?). Uno se echó a reír, el otro escupió hacia las adormideras. ¿Qué haces por aquí?, preguntó uno de ellos, no sé cuál. Como no respondí,

dijeron que me habían hecho prisionero y estaba en la obligación de responder. Huyo de mi casa, dije. El más serio de los jimaguas reconoció que ellos también. Lo habían abandonado todo. Iban en busca de... la fuente de la juventud eterna, comentó el que sonreía. La fuente de la verdadera vida, replicó el que siempre estaba serio. La libertad, repitieron ambos. Y me pareció que había un tono de solemnidad en aquellas voces iguales.

La muerte de Pedro Infante

Quizá deba explicar que dos meses antes de cumplir los quince años abandoné casa y familia y salí al camino, que en Cuba es un modo literario de hablar de la carretera Central. El camino había sido construido por Gerardo Machado veintitantos años antes de mi partida. Salí de casa un 15 de noviembre de 1958. Ése fue un año importante para nosotros: los Tigres de Marianao se hicieron con el campeonato de béisbol en la Serie del Caribe, que se celebró en San Luis, Puerto Rico. ¡Ah, qué años cincuenta aquellos!: conflictivos, trágicos, divertidos, dichosos, una verdadera locura. Mi padre, por ejemplo, hablaba de la guerra de Corea como si Corea estuviera un poco más allá del río Zaza. Se hacía famoso Elvis Presley. En cambio, en mi casa, continuaba escuchándose La Sonora Matancera y a Cristina, Esperanza y Graciela, el trío de las Hermanas Lago. La Cuba de aquellos años era peligrosa, pero al menos parecía sencillo abandonar por propia decisión las casas familiares y desaparecer para siempre. Había cuatro explicaciones para todo el que desaparecía: te habías unido al ejército de Fulgencio Batista; te habías «alzado», palabra que acá siempre se utilizó para quienes tomaban las armas contra el poder establecido; te había asesinado uno de los dos bandos o te habías largado para México o Estados Unidos. Ayudaba que no hubiera censos rigurosos, ni documentos de identidad, mucho menos una policía secreta tan próspera como la que hubo después. Tenías que ser hijo de *alguien* como Charles Lindbergh para que se preocuparan por tu ausencia. Yo no era hijo de Charles Lindbergh. Mi

padre se llamaba Agustín (como el de Hipona) y se dedicaba a pescar, como todos los hombres de La Isabela; mi madre se llamaba Palmira (nombre de ciudad arrasada) y atendía la casa y vendía pescado con idéntica desidia, porque lo suyo era cantar, imitar a Rosario García Orellana. Yo era el más pequeño de seis hermanos, todos machos. Los Aguají. Así nos llamaban en el pueblo. No sé por qué. O quizá sí: porque éramos rubios, pecosos y teníamos los ojos de un verde limoso, como las aguas del río Sagua que desembocaba en el mar, cerca de nuestra casa. El apodo caló tanto entre nosotros que en casa nunca se comió aguají, a pesar de esa carne buena que tiene. Hubiera sido, supongo, un acto de canibalismo. Como nací el 13 de abril, mi nombre verdadero, hasta el día de hoy, es Justino Mártir. Siempre me llamaron Justo el Aguají. Para mí era preferible: el nombre siempre me ha parecido la forma más sutil de las profecías.

Los Aguají vivíamos en una casa marinera construida cuando se fundó La Isabela (184...), con maderas de júcaro, sobre el mar, erguida (bueno, tampoco demasiado erguida) sobre trece pilotes, bajo la cual se abadernaban los botes de pesca. Todos mis hermanos se iban con Agustín, mi padre, a pescar mucho antes de que amaneciera. Todavía yo era un niño (un niño consentido, según ellos), así que me dejaron ir a la escuela algún tiempo más, aun cuando a veces me llevaran a faenar los días en que mi padre sospechaba, por no sé qué luna o marea especiales, que se aproximarían cardúmenes de róbalos que se vendían bien en la lonja. El mar nunca me gustó. Quizá la razón fuera que casi vivíamos dentro de él, lo observábamos, lo escuchábamos, sufríamos los embates de su violencia en ocasiones más frecuentemente de lo que hubiéramos deseado. Mis hermanos adoraban el mar como a una mujer y hablaban de él en femenino. Mi madre lo aceptaba como se acata la sucesión de las noches y los días y el misterio de la vida, que para ella, como se comprenderá, no encerraba ningún misterio. Yo, en cambio, había noches en que ni siquiera podía dormir. Me inquietaba aquel «susurro» que decían los cursis, el golpe de los botes contra los pilotes o cuando chocaban entre sí, bajo nuestra casa, como un eco irreal. Me asustaban los cangrejos que arañaban por el piso de madera; el aleteo, el graznido de las

gaviotas que llegaban a la ventana de la cocina. La agitación desesperada de los peces voladores. Nunca me acostumbré a aquel olor a algas muertas, brea, carroña marina; ni a la sensación áspera que el salitre dejaba en la piel antes de destruirla del todo. Tampoco al horizonte, por el que a veces veía pasar algún barco como si se desplazara entre un abismo y otro abismo. Y lo que más me disgustaba eran los baños de mar. Tus pies pisaban el misterio. El agua te rodeaba con sigilo. Los peces te cercaban sin cautela, como si quisieran hacerte notar que eras el intruso. El salitre se pegaba a tu piel y en unión con el sol te dejaba una costra de caliche. Tanto los días de calor como de brisa, incluso los días en que soplaban los nortes, sentías aquella otra presencia del mar, que lo trascendía y traspasaba las murallas más fuertes. Agustín, mi padre, que tenía cincuenta y tres años, parecía a punto de cumplir los ochenta; el sol y el salitre lo habían convertido en algo semejante a un rompeolas; la piel tenía la reciedumbre del cuero curtido; se le había caído el pelo y la frente parecía extenderse por toda la cabeza; los ojos daban la impresión de dos grietas por las que no se filtraba ninguna luz. Para colmo, había perdido los dientes y, en su lugar, lucía un exceso de encías ennegrecidas. Lo más llamativo de mi padre (y en esto mis hermanos se le iban pareciendo poco a poco) eran los pies, grandes y fieros como garras de cernícalo. También mi madre se iba asemejando a una estatua de sal, dura como una estatua o un mascarón de proa. Sus ojos, de quien habíamos heredado el verde sucio, empequeñecieron, se enrojecieron y se alejaron; los párpados parecían conchas y la piel se abatía, se llenaba de pecas y pecas como un pergamino escrito en arameo. Pronto empecé a temer que me sucediera lo mismo. A los doce años, noté que las plantas de mis pies no sufrían los dientes de perro de la orilla. En una ocasión me descubrí corriendo sobre ellos. Fue una revelación. Me senté allí mismo y miré las plantas de mis pies. Se habían puesto duras como pedernal. Pasé mis manos por ellas y no sentí el roce de las manos; en cambio sí supe que arañaban mis dedos. Por ahí comenzaba la dureza, por las plantas de los pies. Luego se iría extendiendo por todo el cuerpo, hasta la cabeza. Ese hallazgo me dio la medida de que no quería ser pescador, ni pasar la vida como mis padres y hermanos,

frente al mar, casi dentro de él, a merced de sus voluntades (imposibles de calibrar), convertido en la bita de una chalana, o en un animal inmóvil como los moluscos. O los mascarones de proa.

Un mediodía de 1957, lo recuerdo bien porque mi madre se dolía de que hubiera muerto Pedro Infante, me escapé de clase. En mi colegio Nuestra Señora de los Dolores (¡qué buen nombre para aquel colegio!) celebraban el Día del Árbol; eso quería decir que luego de las clases de álgebra y de la merienda (pan con guayaba, agua con azúcar prieta y trozos de tamarindo), nos llevaron al campo próximo a sembrar arecas, jagüeyes y otros árboles cuyos nombres ignoraba. Con el cansancio de no haber dormido bien y de haber sufrido, más que otras veces, las clases de álgebra, decidí escabullirme, cosa nada difícil para mí, que me había entrenado en el difícil arte de pasar inadvertido. Arte que consiste en clavar la mirada en el suelo, moverte con suma lentitud y estar convencido de que eres una sombra. Salí, pues, como una sombra. Como una sombra (feliz) me paseé por aquel campo de mediodía que parecía la continuación luminosa del río Sagua. Tanta luz impedía mirar de frente y mantener los ojos abiertos. Domitila, la profesora de religión, quería hacernos creer que tanta luz y tanto sol tenían que ver con la cercana presencia de Dios, que Dios adoraba esta isla y por eso casi no podíamos enfrentarnos al «ciclorama de la campiña» (así decía: era poetisa, componía décimas y sonetos místicos). Yo siempre opiné lo contrario, a pesar de que nunca tuve el valor de contradecirla. Todo paisaje de costa, al menos en este lado de la Tierra, tiene un aspecto calcinado y provoca tal opresión en el pecho que siempre me pareció lo más alejado de Dios (salvo que Dios fuera un hijo de puta). Te pongas como te pongas, el ahogo será estimulado por ese viento inmóvil como una pared encalada. Caminé por el borde del río. El olor a légamo daba gusto. Había caballos, fulgores con forma de caballo, que abrevaban en él. Cinco o seis mujeres lavaban contra las piedras blancas. Luego, para ocultarme y no acercarme demasiado al pueblo, a la costa, me desvié hacia el cementerio. Un lugar maravilloso, la verdad, el cementerio, digo. Sobre todo a esa hora en la que no había nadie, ni siquiera el sepulturero, que también se dedicaba a la pesca. Era el espacio más

arbolado del pueblo, el único donde podías respirar y olvidarte del mar omnipresente. (Al menos, eso creía yo.) Un espacio que tendía al rectángulo, ceñido por un muro de piedras, portón de hierro y cruz forzosa. Un camino de falsos laureles conducía a una capillita de madera que alguna vez debió servir para las honras fúnebres, aunque yo nunca vi abierta aquella puerta, atrancada siempre con un mohoso candado Yale & Towne. Había diez o doce tumbas de cierta decencia; luego un espacio de montículos con cruces sin nombres. Y era bonito no sólo pasear por el camino de laureles, sino mirar también los montículos de tierra con rosas, claveles y girasoles. El aroma a tierra húmeda y la sombra fresca del cementerio daban deseos de vivir. Había además perros jíbaros, cerdos y gallinas que merodeaban por allí. Fue uno de aquellos perros sin dueño, por cierto, el que despertó mi alarma y me hizo acercarme hacia el lado suroeste del cementerio, donde estaba la fosa común. El perro sin pelo, casi chino, pasó a toda velocidad por mi lado con un hueso en la boca. Un hueso que supuse humano, y eso que yo sabía poco de anatomía. Hasta unos meses atrás aquel lado que llamaban la fosa común era un montículo, más grande que los demás, con una losa de piedra y unas palabras que sólo muchos años después entendí: *«Cras autem videbo vos».* Había varios perros merodeando por los alrededores de la losa. Un cartel en el tronco de una palma decía: NO PASE. TRABAJO. Pasé, por supuesto, con la alegría con que pasamos por encima de las prohibiciones, y encontré un hoyo enorme atestado de huesos humanos. Sería la primera de una larga cantidad de veces que vería el proceso hacia el polvo en que nos convertiremos. No puedo explicar ahora, después de tantos años, la impresión que me provocaron los huesos de aquellas manos, de aquellos pies, los cráneos amarillo terroso, las cuencas vacías, las bocas de tres o cuatro dientes. Puedo afirmar, en cambio, que esa tarde tomé la resolución de abandonar a la familia y salir al camino (la carretera Central). La verdadera razón quizá fue descubrir que éramos náufragos, que estábamos destinados a morir ahogados, puesto que aun en tierra, sepultados en santa tierra, cada uno de los huesos estaba cubierto de moluscos, de hierbas de tortuga, de sal marina y hasta de estrellas de mar.

Ánima sola

Como quiero decir la verdad, reconozco que en aquellos años éramos casi felices y no lo sabíamos. Siempre tiene que pasar el tiempo, mucho tiempo, para que te des cuenta de que alguna vez rondaste la dicha. Aquello de «los paraísos perdidos» y cosas así. Por ejemplo —y esto es importante—, aún llegaban los Nortes cargados de lloviznas rápidas y torcidas. Y tenías la ilusión de que respirabas. Y todavía existía en Cuba una temporada que podía llamarse invierno. Un breve periodo en que parecían llegar la cordura, el silencio, las ventanas cerradas, la apariencia de cierta elegancia, y las personas sonreídas, que dormían a gusto, se cobijaban, se abrigaban, vestían mejor que el resto del año y hasta se permitían el lujo de pensar y sentir un poco de nostalgia. Es difícil de explicar a un cubano de hoy (si es que los hay) cuanto sucedía entonces, hacia noviembre, luego del paso de los ciclones, que dejaban el cielo bajo y el sol atenuado y nubes como bandadas de yaguasas gigantescas. Incluso en Isabela, aquel pueblo abandonado por los dioses, tenían lugar esos cambios. Los pescadores se veían en la obligación de suspender numerosas faenas porque el mar se enfurecía y los peces parecían evaporarse. Había una regla no escrita de pescar mucho en verano y dedicar diciembre, enero y febrero a remendar redes, jamos y velas, embrear los botes, poner a punto los aparejos, reponer cabos y cuerdas de Manila.

Elegí para la huida una noche de principios de noviembre. No fue difícil. Si en mi familia algo se daba de maravilla, incluso más que comer y pescar, era dormir. Tanto mis padres como mis hermanos se echaban en sus catres y comenzaban a roncar antes de cerrar los ojos. Recogí pocas cosas. Días antes, me había deshecho de algunos libros y de ropa inservible. En un pequeño zurrón puse un cepillo de dientes, un pantalón, una camiseta con un rótulo de ron Bacardí: CUBA IS GREAT. THERE IS A REASON, un ejemplar de *Atalaya* que había confundido con una *Biblia,* y (muy importante) un ejemplar de la *Geografía de Cuba* de Leví Marrero que robé de la biblioteca de la escuela. La casa de madera crujía como de costumbre. Cualquier viento, por platanero

que fuera, la hacía chirriar semejante a un velero en medio de un turbión, de modo que mis pasos se notaron como cualquier brisa. Estaba seguro, por el contrario, de que lo único que despertaría a mi familia sería el silencio absoluto. Bajé los peldaños que me separaban de la calle. Me alegró la llovizna que no sólo me animaba, sino que alejaba además cualquier encuentro inoportuno. Me orienté en sentido contrario al mar, hacia el sur, hacia la carretera. Los callejones oscuros se veían recorridos por ese habitual viento negro de noviembre que en realidad es rojo. Había tres farolas en el pueblo y sólo una estaba prendida y formaba un límite aún más sombrío que la oscuridad. Anduve pegado a las paredes de las casas. El pueblo olía a sueño. A sueño y mar. Pasé el pequeño parque frente a la iglesia. La lluvia creaba charcos en los que nada se reflejaba. La alcaldía, la Logia Caballero de la Luz y el cuartel de bomberos estaban como siempre, cerrados a cal y canto. El cine, asombrosamente parecido al templo de los metodistas, anunciaba una película de Donna Reed y James Stewart. Un pedazo de teja de zinc salió volando sobre los techos. Dejé atrás las últimas casas. Pasé los potreros. No tomé por el camino que justo conducía a la calzada que me llevaría a la Central por miedo (del diablo son las cosas) a que alguien estuviera haciendo a esa hora el camino contrario. Decidí, pues, bordear el río Sagua y en algún momento me desviaría hacia Rancho Veloz. Entre Isabela y Rancho Veloz habría alrededor de cincuenta kilómetros. No era mucho, contando que para llegar a La Habana habría más de trescientos. Ya habría momento de alcanzar terreno asfaltado y avanzar con mayor rapidez. Confiaba en mi orientación y en el libro de Leví Marrero. Siempre, desde pequeño, tuve una visión cartográfica de la realidad. Me decía que si hubiera nacido siglos y siglos atrás, podía haber sido el primer viajero o el creador del primer mapa. Ni siquiera tenía que orientarme por las estrellas, y eso que ellas siempre estaban ahí para cualquier duda. Bueno, no siempre, que aquella noche de mi huida no había ni una. El cielo no se veía, como la tierra y el viento. En realidad, el viento parecía una extensión del cielo y la tierra. Creí que escuchaba disparos; también pensé que podían ser truenos de alguna tormenta. Pasé sin percance los potreros, las tierras de nadie, me

adentré en un pinar que conocía bien y salí a un descampado donde se decía que los catalanes ahorcaban a los mambises durante la guerra del 95. Había la leyenda de que los mambises muertos reaparecían en espíritu buscando a los verdugos para hacerles lo mismo. Por eso ya no había catalanes en mi pueblo. Nunca creí en la vida futura, sí tenía por el contrario la sospecha del eterno vagabundear de las ánimas. Pasé con terror el descampado, mirando a uno y otro lado. *Ánima sola, ánima de la paz y no de la guerra, tú que vagas por el purgatorio, sola y abandonada...* Tan aterrado estaba que hubo un momento en que tropecé y caí al suelo. Cerré los ojos, a la espera de una voz mambisa, de un reclamo. Y, como era familia de mi familia, creo que me quedé dormido. Cuando desperté estaba amaneciendo (una manera de hablar). Todo se hallaba igual de oscuro y supe que había dejado de llover.

Subí lomas, bajé lomas. Comprendí que subir lomas no te hermana con nadie más que contigo mismo. Me perdí por bajíos interminables o palmares que daban la impresión de ser el mismo palmar; decidí que en Cuba no había palmares, sino un solo palmar brevemente interrumpido. Como era época de zafra azucarera, eludí convenientemente los cañaverales, las tierras cultivadas, los bateyes, las pesas de los ingenios, las líneas del tren y los caminos trillados. Por algo el monte siempre había sido sagrado. Me alimenté con huevos de gallinas jíbaras, con alguna lechuga robada por las noches y sobre todo me mantuve enérgico gracias a las cañas que caían de las carretas y de los trenes y quedaban tiradas en las serventías. En una ocasión encontré una jutía medio muerta, la desollé, la asé en una hoguera improvisada; la comí con tanto gusto que no la olvidaré jamás. Atravesé montes, descansé a la sombra de guayabos, ocujes y salvaderas. Bebí agua de las charcas, apartando guajacones, y en ellas me bañé. Desperté en medio de una nube de cocuyos y creí que había una lluvia de estrellas. El invierno se portaba bien, o se portaba mal, según se mirara; quiero decir, lloviznaba poco y la temperatura soportable tenía algo de frío y de húmedo, perfecta para andar por los campos. Volví a dormir entre raíces de jagüeyes y varentierras abandonados.

Los jimaguas

El momento en que llegué al torreón y encontré a aquellos mellizos tan mellizos no desaparece (ni desaparecerá) nunca de mi memoria. Los jimaguas fueron (y son) imprescindibles para saber el destino final de aquel viaje. Al principio pensé que había sido una suerte encontrarme con ellos. Dado como soy (o era) a mentir sobre la realidad y a intentar siempre descubrir un aviso superior en cuanto iba aconteciendo, creí topar con algo simbólico en el hecho de haberlos encontrado en una edificación antigua, de piedra, posiblemente de principios del siglo XIX, levantada acaso para controlar la cimarronada. Entendí que había un símbolo detrás de la asombrosa semejanza física, como si cada uno fuera la imagen del otro en un espejo que devolvía, en cambio, el pequeño detalle de algún misterio del que el otro carecía.

(Más tarde llegué a la conclusión de que, como decía mi padre, «mejor solo que mal acompañado», y que no hay que andar viendo mensajes o alegorías —la desesperación por «entender»— en una realidad que tiene bastante con ser lo que es. Pero éste es otro asunto.)

Indiscutible que con ellos el tiempo volaba y el camino se hacía más llevadero. No les podía negar la capacidad de divertirme, aun cuando se enzarzaran en discusiones interminables, incomprensibles para mí. A pesar de haber nacido del mismo vientre y casi a la misma hora, había entre ellos lo que suele llamarse un «mar de fondo». Cuanto razonaba el uno, venía inmediatamente contradicho por el otro. A mayor vehemencia en los argumentos del uno, mayor vehemencia en la respuesta contraria del otro. Luis a secas, por ejemplo, no era partidario de llegar a La Habana: A mí me gustan los campos, la vida libre, las montañas, repetía, con tono de predicador. Luis Salvador, por el contrario, pensaba que La Habana era la Tierra Prometida, y lo explicaba así, con esa pasión bíblica, sin fondo de ironía, las ciudades son el único lugar justo, las calles, los carros, la vida desordenada que conduce a la vida ordenada y civil. Yo, dos años más joven que ellos, me entretenía con sus discusiones y al mismo tiempo aprendía, hacían que se abrieran ante mí preocupaciones que

nunca había tenido, ideas en las que, como es natural, jamás había pensado. Y a veces (muchas veces) me atormentaban bastante.

La única diferencia notable entre ellos tenía que ver con el enojo y su supuesto contrario, la alegría. No había otro modo de distinguirlos, salvo un pequeño secreto que pocos sabían y del que, según ellos mismos me contaron durante el viaje, había sido la madre la descubridora. Jamás delató ella el pormenor para no perder la autoridad, tampoco la gozosa dignidad de saber distinguirlos aun antes de que abrieran la boca y esbozaran la sonrisa o la mueca correspondiente, con ira o sin ella. El secreto consistía en una marca diminuta, un lunar imperceptible que Luis, Luis a secas, tenía en la sien derecha, confundida casi con la patilla. Luis fue el segundo en nacer. Llegó cuatro minutos después que Luis Salvador; tardó largos segundos en llorar. A la madre el susto la hizo percatarse de inmediato de aquel detalle útil, la mancha, pequeña, leve, casi imperceptible, junto a la oreja. Ahora tenían diecisiete años. Dudaban por tanto entre la puerilidad y la hombría. Como aún la prisa no se había adueñado definitivamente del mundo en aquel 1958 que fue uno más en la encrucijada del siglo xx, era parsimonioso pasar de la niñez a la juventud. Ellos saltaban del juego a la gravedad en lo que cerrabas y abrías los ojos. Tenían, como ya he dicho, mal repartido el sentido del humor. Mientras Luis Salvador, el mayor, se burlaba de todo, se divertía con todo, de cada cosa hacía un juego de palabras y (lo que es mejor) un juego de ideas; el otro, Luis a secas, se mostraba poco dado a las risas, no entendía de bromas, era severo, solemne, irritable, incluso violento. Ambos decían (nunca supe si era verdad) que habían nacido en una finca llamada Tierra Santa. La habían comprado los abuelos en 1917 (año nefasto), y la habían convertido en una de las principales productoras de piña en la zona de Chambas, en el noroeste del Camagüey. Decían que la finquita tenía además árboles de aguacate, mango y mamey que también se vendían a buen precio, así como un huerto y un platanal que atendían las necesidades domésticas. Un camino de palmas de cuarenta metros conducía a la casa de pinotea, con portalón de veinte sillones, salón, comedor, cinco habitaciones amplias y techo alto, protegido con tejas. Según Luis

Salvador, nadie conocía Tierra Santa como él. Según Luis a secas, una rigurosa mentira, porque nadie conocía Tierra Santa como él. Luis Salvador hacía hincapié en el sembrado de piña, en las disciplinadas hileras de largas hojas hurañas, como un ejército de lanzas (así las describía), que hacia septiembre, cuando comenzaban las lluvias que anunciaban ciclones, olían de manera especial y se coronaban de dorado y verde. A Luis a secas, más que el sembrado de piña, le encantaba recorrer los campos sobre su potro criollo. Me sentía como un cosaco, recalcaba. Hacia el final de la finca, se agrupaban los mangos y los aguacateros, así como los bohíos de las familias de algunos aparceros del padre, y, más allá, el tramo de hierba con el gran abrevadero de piedra, para que pastaran las bestias. Luis Salvador se divertía con cualquier cosa; lo divertía más alejarse hasta la laguna, rodeada de granadas, donde comenzaban las lomas que bajaban hacia Florencia. ¿Y por qué se fueron del paraíso?, preguntaba yo cuando notaba el gusto con el que describían la finca. Por eso, respondía Luis Salvador con un tono de tristeza que me llamaba la atención, porque en el Paraíso no se puede vivir. Y Luis a secas se volvía hecho una furia y recalcaba: Porque el paraíso es un infierno y éramos privilegiados y no consentíamos en ser los únicos habitantes del paraíso, la tierra entera será un paraíso, había que subir a la montaña, la lucha... Y se quedaba ahogado. Nunca terminaba la frase.

Andábamos, nos escondíamos, comíamos lo que podíamos, dormíamos y, como era de esperar, pasaban los días y las semanas. El sol subía por oriente, bajaba luego por occidente, y se perdía tras los árboles con idéntica presteza. (Ya era al menos una ventaja no «disfrutar» del triste crepúsculo del horizonte marino —*Arturo y su púrpura regia*—.) Íbamos por los campos, bordeábamos la carretera Central sin acercarnos demasiado a ella. Nos ocultábamos cuando sentíamos los cascos de algún caballo o veíamos venir carretas y guajiros. Robábamos frutas, hortalizas, alguna que otra gallina. Los jimaguas tenían un modo discutible de conseguir comida de verdad, quiero decir cocinada: cuando algún mediodía divisábamos un bohío y la prometedora columnita de humo, uno de ellos iba a la puerta, pedía

agua fresca; el otro se acercaba por la cocina y robaba lo que encontrara. En numerosas ocasiones esto no salió como debía. Más de una vez, tuvimos que escapar ante el imprevisto guajiro con el machete previsto, del que sólo nos salvábamos gracias a que la juventud siempre tiene la velocidad (y la eternidad y la belleza) de los dioses. Y claro está, hubo ocasiones en las que no pudimos comer la bazofia robada: es falso, créeme, el mito de que todas las guajiras cocinan maravillosamente. En algún momento nos sorprendieron durmiendo sobre los cañamazos y debimos escapar medio dormidos, como si corriéramos en sueños, de enemigos reales. En ocasiones, se oían disparos. No dejo de pensar en lo que pensarían de nosotros con aquel aspecto que teníamos. Un chico de quince años pecoso y algo perplejo, con un pantalón roto y un *pullover* en cuyo frente una marca de ron exaltaba a Cuba; y dos hombres, o casi hombres, absolutamente iguales, vestidos como si llegaran andando desde la guerra de la Chambelona. Sé que la perplejidad no sólo era mía; sé que éramos raros, que teníamos algo de inverosímiles por aquellos saos de Cubanacán y Macurijes, con olor a frutas podridas y a mierda de vaca.

Como ya he dicho, los dos Luises pasaban el día discutiendo. Por cualquier cosa. Por tomar un camino en lugar de otro, por dormir en un monte, por elegir una fruta y, sobre todo, por la estrategia de la supervivencia. En varias ocasiones llegaron a las manos. Recuerdo algunas de aquellas peleas y una en especial, la noche en que a Luis a secas se le ocurrió pegar fuego a los cañaverales, almacén o cualquier sembrado que encontráramos a nuestro paso. Es la táctica de la «tierra quemada», dijo con furia y los ojos entornados, la misma que usaron los mambises. ¿Táctica de qué?, gritó Luis Salvador, no seas idiota, te crees un general y no te das cuenta de que si lo hacemos nos caerá el ejército encima y los propios dueños y los trabajadores y sólo somos tres comemierdas con hambre que se encaminan a no se sabe dónde... Y Luis empujó a Luis Salvador, se lanzó sobre él y se enfrascaron en una pelea que no supe atajar. Al final terminaron magullados y sin dirigirse la palabra durante dos o tres días.

Pienso que a Luis nunca se le ocurría algo verdaderamente creativo. Cuanto salía de su cabeza parecía concebido con el afán de

destruir, como si la verdadera satisfacción llegara justo de la catástrofe y la ruina. Un día en que Luis a secas se había alejado con el propósito de cazar una jutía, Luis Salvador me contó que todas las noches, los padres se reunían en el portalón de la casa con los aparceros y sus mujeres, a la oscura claridad de un quinqué. La madre colaba el café dulce y claro de la noche, con la borra del desayuno, para que no alterara el sueño. Hablaban sobre cualquier cosa, sobre el precio del quintal de piña, sobre el modo más eficaz de trasladar las frutas hasta La Habana para que fueran embarcadas hacia San Francisco y Barcelona. También les daba por recordar tiempos pasados con los que inevitablemente se sentían más a gusto, o contaban historias de los muertos que aparecían en los caminos, aquellos seres difusos, de ojos brillantes y manos de súplica, que rogaban un poco de agua. Una noche, hace dos o tres meses, mi hermano desapareció de la reunión, yo me temí lo peor y nada dije, y, en efecto, al cabo de un breve tiempo descubrimos que ardía el almacén de la piña, y no hubo que ser demasiado inteligente para descubrir quién había sido. Mi padre se puso como loco. Yo corrí en busca de mi hermano. Esa misma noche abandonamos la casa para siempre.

Nos hallábamos en el Canal de Roque aquel amanecer en que divisamos un Willy del ejército y una escuadra de soldados. Parecían reponer fuerzas al borde de una zanja. Nos escondimos. Los soldados de Batista tenían mala fama. O tal vez no fuera mala fama, sino la justa de cualquier soldado que sabe que si no mata, lo matan. Con quince años no tenía la menor idea de ejércitos y rebeldes. Desconocía que el bien y el mal se asemejan más de lo que sospechas. Subimos a un jagüey, el árbol poderoso que parece una garita, ancho y fuerte, cómodo para sobrevivir. Desde allí, los soldados desnudos parecían niños inocentes. Se refrescaban en el agua, cantaban, jugaban entre ellos, rellenaban las cantimploras. Se veían jóvenes como Luis y Luis Salvador. Al cabo de un tiempo salieron del agua, fumaron, conversaron, fingieron peleas de boxeo, se dieron nalgadas. Entre risas. Quizá se hubieran salvado de alguna emboscada. Vi los cascos verdes que les daban el nombre, «casquitos», y las Colt de 45 mm. Cuando el sol se hizo fuerte, los soldados se vistieron, se ajustaron las

armas, los cascos, subieron al Willy y se alejaron por el camino que probablemente condujera hacia Cárdenas.

Decidimos imitarlos. Nos desnudamos, nos refrescamos en el agua del Canal. Recuerdo ese momento como uno de los instantes (brevísimos) en los que crees tocar la felicidad. Tienes la respuesta a todas las preguntas y al mismo tiempo no sabes en qué consisten las preguntas ni la respuesta. Al misterio lo aclara el misterio. El día no se presentaba lluvioso. Había nubes y sol. El monte se veía de un verde intenso. Aún permanecía el olor de la noche, del rocío, del musgo de la zanja y quizá de los soldados. Una mañana perfecta de finales de noviembre. Luego, quedamos echados sobre la hierba, en silencio, acaso pensando cada uno en su viaje, en el destino y el viaje, y también en lo que hubiéramos querido hacer en nuestra vida. Cuando eres tan joven, tienes la ilusión de que puedes decidir el camino. Para la inocencia no existen las encrucijadas. Oímos disparos. Oigo disparos, dijo Luis a secas. Pueden ser truenos, respondió Luis Salvador. Yo mentí, dije que no había oído ni lo uno ni lo otro, que hacía años que no recordaba una mañana tan linda y tan tranquila. Luis se irguió, me miró con el ceño fruncido y exclamó: Aguají, tú eres un poco maricón. No jodas, Luis, dijo entre risas Luis Salvador, nadie es un poco maricón. Bueno, entonces el niño Justo Aguají es maricón del todo, los hombres no hablan así, ¿qué es eso del día lindo? Vete a la mierda, repliqué, hay días lindos porque me sale de los cojones. ¡Buena respuesta!, zanjó Luis Salvador. Volvimos a echarnos. Volvimos al silencio. Quedamos dormidos. Nos despertó lo que pareció el chillido de un gavilán. Luis Salvador se desperezó. Se estiró con voluptuosidad o con alegría. Se le veía seguro, satisfecho de sí mismo. Tengo hambre, dijo como si en realidad revelara que se iba a comer el mundo. Hizo una pausa y declaró: Voy a alistarme en el ejército. Luis a secas se sentó con toda la calma de que era capaz. ¿Tengo que reírme de la broma?, preguntó. Luis Salvador lo miró, alzó los brazos y dijo: Ríete si quieres, me da lo mismo, no es una broma. Tú sabes que tú y yo tenemos un acuerdo, ripostó Luis a secas. ¿Un acuerdo?, ¿qué acuerdo?, yo no firmé ningún acuerdo, y diciendo esto volvió a entrar al agua de la zanja que ahora brillaba por el sol del

mediodía.

Tantos días por aquellos montes. Descansábamos poco. De pronto, ignoro por qué, teníamos prisa. Una especie de sagacidad cartográfica nos hacía intuir por dónde íbamos. (¿Debo aclarar que el libro de Leví Marrero desapareció?) Bordeábamos pueblos, encontrábamos brazos de río, frutales. Descubrimos una montaña. Bueno, sé que exagero, no era una montaña sino una loma, un discreto accidente geográfico de apenas doscientos metros de altitud; como era de esperar (cubanos al fin), no estábamos para poner la realidad en su justa medida, sino para exaltarla y de paso disfrutar del error, así que la saludamos como a una montaña. A pesar de la poca altura, resultó difícil de escalar. Una ladera rocosa y con henequén que nos hizo penoso el ascenso. Llegamos a la cima y tuvimos dos sorpresas: nos encontramos en una antigua ermita y frente a un paisaje que sólo puedo catalogar de asombroso: un inmenso valle (lo creímos inmenso), con las inevitables palmas y caseríos desparramados. ¿Cómo se pudo construir aquella ermita? Tampoco necesitábamos una respuesta demasiado precisa. Era un espacio de piedra negra con una cruz en piedra negra, sobre una peana de piedra negra. Nada más. Había un fuerte olor a tierra, a raíces, a guano de murciélago y a lluvia seca. Allí permanecimos dos días y dos noches y tuvo lugar el acontecimiento que dio el giro definitivo a nuestro viaje.

No soy el guardián de mi hermano

Si es verdad que Dios se halla más presente cuanto más absoluta es su ausencia, entonces me acerqué a La Habana con Dios detrás, siguiéndome los pasos. Última etapa de mi viaje, la que más duró, y la que más trabajo supuso. Fue incluso el momento en que llegué a arrepentirme de haber huido y en el que eché de menos la rutina de la casa de La Isabela, sobre tablones, frente al mar. Hubo un momento en el que casi estuve a punto de regresar: cuando sucedió lo que sucedió en la ermita. Varias veces estuve a punto de caer en manos de soldados o de rebeldes, ya no lo sé, porque no es fácil distinguir entre

un hombre armado y otro hombre armado. Tuve miedo. Verdadero miedo. No hablo de ese pequeño desasosiego que sientes por cualquier insignificancia, sino algo categórico, que sabes que te marcará para siempre. Un miedo como una premonición, algo ubicuo, como el calor de la isla. Un miedo que lo abarcaba todo, del que no podías huir, y que tenía especialmente que ver con cuanto sucedería a partir de aquel año, para siempre, para el resto de tus días, como si el futuro sólo estuviera formado de amenazas y peligros.

Fue un alivio saber que llegaba a la Sierra del Grillo. A pesar de todo, me acercaba a La Habana. Poco a poco, con mucho empeño. Avanzaba diciembre con sus cielos pesados, que casi se unían con la tierra. A lo lejos se veían los irónicos campanarios de las iglesias iluminados, a la espera de la Navidad.

Días interminables. Escondido en el monte. Escuchando pasos, ecos de conversaciones, rechinar de carretas, pasos de bestias. Noches también interminables, sin pegar ojo, a la espera del hombre armado que gritara mi nombre y me disparara en la nuca. Pasé tres días dentro de un pozo olvidado a la espera de que terminara de pasar una columna de soldados. Me acerqué peligrosamente a un caserío. Necesitaba cambiar de ropa. La mía estaba empapada, sucia de tierra y, sobre todo, de sangre; y aunque me hubiera gustado mantener aquella sangre conmigo (para siempre, para el resto de mi vida), sabía que no podía: no sólo tenía aspecto de vagabundo, sino de vagabundo asesino. Por eso, con todo el sigilo del que fui capaz, me acerqué cierta madrugada al caserío. Las calles, si es que se les podía llamar así a los trechos de piedra entre las casas, apenas alumbradas, tenían cadenas de papel y banderitas en colores y saludos al Niño Rey. Fui por detrás, por los patios abiertos. Había ropa en las tendederas. Vi un pantalón y una camisa enganchados a una soga y pensé que podían servirme. Los halé y envolví. En ese instante escuché una voz de mujer: ¡Ladrón! Eché a correr. No sé de dónde salieron dos hombres disparando al aire. Pero yo tenía quince años y, a pesar del cansancio y del hambre, fui más rápido que ellos y me perdí. Entré a un cañaveral, que es la versión pobre del laberinto de Creta. Perderse dentro de un cañaveral es espantoso (quien haya estado en uno sabrá

lo que digo), que no por gusto para cortar caña traían esclavos del Calabar. Las hojas de la caña te cortan como cuchillas. Las vainas están llenas de guates creados especialmente por Dios (o quien sea) para que se claven en tu piel y te hagan la vida imposible. También, por fortuna, acumulan enorme cantidad de hojas secas, de modo que alguien como era yo entonces se puede esconder bajo tanta broza y pasar inadvertido. Al final los hombres no entraron al cañaveral, no sé si porque no supieron dónde me escondía o porque prefirieron pasar de largo y no someterse a la experiencia.

No podía olvidar a Luis Salvador. En realidad no podía olvidar a ninguno de los dos Luises. Ya sabía que Luis Salvador, o su imagen, estaría siempre en mi vida (como ha sido). ¿Por qué tuvo Luis Salvador que hablar otra vez de su ingreso en el ejército? ¿Por qué Luis a secas se vio en la obligación de echarle en cara la decisión y decirle que eso lo convertiría en asesino? Hasta ahora mismo recuerdo aquella noche como si estuviera ocurriendo. Los dos hermanos se pusieron de pie. Frente a la gran cruz de piedra negra de la ermita, alumbrados por la escasa luz de la luna, parecían dos dioses que dirimían conflictos demasiado antiguos. En principio, ninguno hizo nada contra el otro. Se observaron. Sólo se observaron. Inanimados, las piernas abiertas, las manos ligeramente hacia delante. Dispuestos, no sé si con miedo, salvados y en peligro, dos imágenes exactas de no haber sido por la sonrisa de uno y la mueca del otro. La ermita pareció reducirse. Sentí frío. No podía cerrar los ojos, que era siempre el modo en que yo intentaba desaparecer. Nada podía hacer salvo estar allí, frente a ellos, a la espera. Eres mi hermano, dijo Luis Salvador y pareció abandonar la actitud defensiva, suspiró, se miró las manos como si las descubriera. Eres mi hermano, repitió Luis a secas y mostró la navaja sevillana que yo había encontrado en el batey sin nombre, pasando Ojo de Agua. Luis se inclinó y Luis Salvador se irguió, se volvió de espaldas. Un rapidísimo movimiento, casi imposible de precisar, y la hoja sucia de la navaja entró varias veces en la espalda de Luis Salvador. Varias veces, insisto, sin premura, sin desesperación, sin saña, casi con ternura. Luis Salvador quedó inmóvil. Los segundos se prolongaron como minutos. Cayó al suelo de

piedra. Luis a secas se aproximó a una de las ventanas, como si necesitara respirar. Luego se echó junto a su hermano.

Diciembre de 1958

Salí de la ermita. Enfrenté a la noche que mostraba una luna amarilla, en cuarto menguante. El viento húmedo traía olor a tierra y eso me gustó. Pronto llegaría un nuevo año. Sería, tenía que ser, el primero de un largo tiempo de prosperidad.

Se dice que Luis XVI, en la página del real diario correspondiente al 14 de julio de 1789, escribió una sola palabra: Rien, *Nada. Mi padre, que no era rey, que tampoco tenía diario y vivía muy pobremente junto al Cuartel de Columbia, en La Habana, pudo escribir lo mismo una mañana de enero de ciento setenta años después. La historia cambia; los candores, las perplejidades, la ignorancia son las mismas, y mi padre, que no era rey, fue igualmente guillotinado.*

22

Cómo conocí al sembrador de árboles

Para Silvia Rodríguez Rivero,
por *El sembrador de árboles*

Hace muchos años, tiempo después de haber abandonado La Habana para siempre, Eladio se fue a vivir al barrio de El Raval. Barcelona podía vanagloriarse de un barrio como aquél, que poseía (quizá aún poseyera) ese ambiente de suburbio propio de los grandes puertos en los que Eladio tuvo la oportunidad de vivir —y que no habían sido pocos—. Allí se hallaba en su casa y al mismo tiempo en el mundo. Fue feliz durante todo un año en la calle Riereta, lo que significa decir que lo perturbaban pocas cosas. Se sentía cómodo entre nativos y viajeros llegados de lugares distantes. Era una calle como las otras del barrio, con el aire venerable de haber sido un lugar de putas y putos, árabes y africanos, latinoamericanos y chinos, con viejas tiendecitas de catalanes de toda la vida, y la suciedad y el peligro propios de los barrios inseguros, alegremente despreocupados. Vivía en un antiguo edificio del siglo XVIII. Una construcción de paredes anchas, húmedas, con escaleras tortuosas y empinadas. Le gustaba el artesonado del techo, el color tierra de los muros, las puertas estrechas como de celdas monacales y las ventanitas de los cuartos por las que no entraba el invierno, aunque tampoco la primavera (el verano sí, porque el verano no entra por las ventanas). Disfrutaba del olor de las comidas que comenzaban a llegar de lugares diversos: un solo y prodigioso aroma (exuberancia de curry) que lo alegraba tanto como el grito lejano de los niños, los acordes de alguna bachata, o alguien

que repetía (con torpeza) un ejercicio de piano. Un silencio bullicioso (o al revés, como se quiera). A Eladio lo asombraba entonces, como un milagro, su propia serenidad.

Compartía piso con una amiga argentina, Lucha, así le decían y así la llamó él; jamás supo su verdadero nombre y dio por sentado que se llamaría Luisa. Había nacido en San Salvador de Jujuy, en el Norte Grande. Más joven que Eladio, Lucha apenas rebasaba los cincuenta, a pesar del empeño que ponía por lograr aspecto de anciana. Se ganaba la vida cantando tangos; también boleros, habaneras, valses peruanos y cuecas que convertía en tangos, acompañada por un bandoneón antiquísimo que no tocaba del todo mal. A pesar del tango y del bandoneón, leía a Lacan y tenía una inconveniente pinta de montonera. No es que hablara de política o pareciera preocupada por la justicia social o se declarara amiga del pueblo y todas esas monsergas para fingir buen corazón y enmascarar la envidia. Eladio nunca la oyó declarar que andaba «por la cintura cósmica del sur»; ni le escuchó decir poemas de Mario Benedetti o fragmentos de Eduardo Galeano. No la oyó cantar a la muralla que debía ser cerrada al sable del coronel y abierta al mirto y la hierbabuena. Nada de eso. Por alguna extraña razón, siempre parecía que en cuanto terminara de cantar se iría a lanzar cócteles molotov contra el Círculo Ecuestre. Se presentaba en varios tugurios de El Raval y del barrio Gótico. A veces se agenciaba un espacio en la plaza Real. Los dueños de los cuchitriles le daban una miseria; los consumidores le dejaban propinas en una copa azul; en la plaza Real, cuando se sentaba en el suelo con su bandoneón, recogía el dinero en una boina de partisana. El espacio que ambos compartían en el enorme palacio era mínimo, con los inconvenientes que conlleva la antigüedad: techos demasiado altos, cañerías podridas, retrete de cadena, algún ratón y las ventanas, como ha sido dicho, de monasterio en las cumbres de los Pirineos. Con lo que Lucha ganaba se podía pagar un alquiler aceptable todavía en aquellos años; también se ocupaba de comprar la comida. La electricidad era robada, como Dios manda. A cambio, Eladio lo tenía todo a punto: limpiaba, cocinaba, lavaba los extraños trajes de vieja combatiente, aquellas camisas de hombre de colores oscuros y

charreteras rojas. El acuerdo (tácito) resultaba ventajoso para ambos. Lucha cantaba de noche, mientras Lucio dormía; él limpiaba, cocinaba, leía, paseaba, contemplaba (siempre tuvo alma de flâneur) mientras ella dormía. Coincidían de siete a ocho de la tarde, cuando Lucha aparecía en la cocina con aspecto de quien acababa de aprender el milagro de la resurrección. Eladio nunca quiso preguntarle si aparte de beber tenía adicción a los «Paraísos artificiales». Siempre supo evitar las preguntas innecesarias. Además, Lucha andaba por la casa (las pocas horas que estaba en ella) como si regresara de las nubes y se encaminara otra vez hacia ellas. Vivía en las nubes, o lo que es lo mismo, no entendía la realidad. Casi siempre volvía sola. En los escasos amaneceres en que regresaba con algún camarada, se habría dicho que ambos ignoraban por qué estaban allí.

El piso era el último de la finca (habría podido escribir *penthouse* o ático, aunque habría sido ridículo), se asomaba al dibujo de los techos ennegrecidos, como en un lienzo de Braque. A lo lejos, se divisaba la cúpula de la iglesia de San Agustín Nou. Lo más próximo tenía que ver con un patio interior con ventanitas monacales, troneras, tragaluces, perforaciones que daban fe de la variedad racial del barrio. A Eladio lo fascinaban las ventanas. Siempre había sido sensible al hechizo de las ventanas. Tras ellas se desarrollaban tantas y tan diversas historias que a veces pasaba horas sin recordar que tenía vida propia. Se le hubiera podido acusar de *voyeur,* aunque nunca miró con morbo la vida de los otros. Los miraba como se hizo desde siempre con las grandes creaciones humanas. Con idéntica admiración con la que cualquiera se detiene ante el *Cristo* de Velázquez. Le encantaba, por ejemplo, una señora (¿polaca, húngara o búlgara?) que lavaba y lavaba, no paraba de lavar, con un pañuelo a la cabeza y la tendedera siempre repleta de ropa, como si albergara en su casa un batallón de soldados. Había un sij de turbante rojo, que se asomaba a la ventana con aire imperturbable, que Eladio asociaba (su única referencia a ese respecto) con Rabindranath Tagore. Había otra anciana que leía sentada en una butaca desvencijada, y cuando descubrió la mirada del hombre, puso una cortina en la tronera. Eladio lo lamentó por ella. Un viejo alemán arreglaba siempre el mismo reloj —eso imaginó, eso

quiso imaginar—. Un conocido travesti, bastante viejo, cocinaba desnudo, sólo vestido con un mandil. El ajetreo de la cocina de un restaurante colombiano podía ser inquietante (y oloroso). Y, en especial, lo atraía un jovencísimo paquistaní al que veía ducharse cada día y que le recordaba a Franco Merli caracterizado por Pasolini para *Las mil y una noches*.

Deambulaba por las calles sin propósito. Ése había sido siempre otro de sus grandes placeres. Ir de aquí para allá como quien busca algo. Con la sorpresa, ya se sabe, del encuentro con algún jardín, un árbol extraño, una mujer que canta en el parque vacío, un hombre con un paraguas bajo la lluvia. Analizar una pared, el mapa de las murallas, la madera de una puerta *sagrada* (había sido ése el modo habitual en que llamaba a las puertas viejas: también le gustan las puertas). Un clavo oxidado, la hoja de un almanaque de noventa años atrás. Esa pasión comenzó en La Habana alrededor de sesenta años atrás, cuando Eladio aún era un adolescente. A veces no iba a clases, se escabullía del portalón de la escuela y tomaba una guagua cualquiera, la primera que pasara; se bajaba en la esquina menos pensada. Sin plan previo. Andaba con la fruición de no saber adónde iba. Miraba las casas y las calles como si acabara de llegar de algún lugar muy remoto. Como para encontrar no hay que andar buscando, encontraba cosas. Recordaba un *Diario de la Marina* de mil ochocientos y tantos que encontró en el portal de una casa vacía, a un costado de la Fragua Martiana; en él se describían esclavos en venta con la precisión digna de un escritor costumbrista. También recordaba un libro en perfecto estado de conservación que apareció entre los escombros de la tienda Alkázar: *La prostitución en La Habana,* Dr. Benjamín de Céspedes, Establecimiento Tipográfico de O'Reilly N.º 9, 1888. Halló otras cosas que no podía llevarse, como los anuncios borrados que la intemperie devolvía. Le daba gusto descubrir rótulos antiguos que anunciaban tiendas inexistentes. Las aceras de las calles habaneras Galiano, San Rafael, Monte, Reina, estaban repletas de estas inscripciones inservibles. También le gustaba encontrar objetos olvidados, o el camino irregular entre dos muros a punto de venirse abajo. Y sentir olores exóticos, o cuando menos que él imaginara

exóticos en un instante de extrañeza. Admirar la supervivencia de los jaramagos que se alzaban entre las grietas de las ruinas. Entrar a las ruinas. Levantar, con la imaginación, las paredes, las puertas, las ventanas de las ruinas. Poner cortinas y muebles allí donde sólo existía polvo, moho y hedor. Llenar la tierra baldía del antiguo patio con lilas, pensamientos, palmeras, álamos, laureles, mangos, aguacates, limoneros, palmas reales... Era un flâneur, eso lo supo después. Un gastrónomo de los ojos, que diría Balzac en célebre frase tan grotesca como precisa.

Cada día, después de vagar por El Raval, Poble Sec, Ciutat Vella, el Barrio Gótico y alguna que otra aventura por la Barceloneta o La Mina, solía llegar a la Biblioteca de Cataluña con la sensación de que había trascendido el pequeño espacio y tiempo que le había sido concedido. La extraordinaria biblioteca había sido un hospital. Eladio se decía que continuaba con idéntico propósito: salvar vidas. Sus paredes se habían comenzado a levantar antes de que las tres carabelas zarparan hacia las Indias equivocadas. Allí se sabía, se creía, protegido. En aquellos años era todavía un inmigrante sin papeles. «No tener papeles» significaba (significa) carecer de realidad. Tenía, digamos, la dudosa «ventaja» de que era blanco, de ojos claros, de que cumplía ciertos «parámetros», hombre-de-los-nuestros-decente-inofensivo. Si no hablaba, podía camuflarme. Sobre un nigeriano o un libio, llevaba esa pobre ventaja. Si bajaba la mirada, se confundía con las paredes. Nadie le preguntaba qué hacía allí. Se volvía invisible. Saber que pasaporte y visado habían caducado lo hacía sentir como el funambulista torpe o viejo que carece del don de las cuerdas y los equilibrios. En la biblioteca, por suerte, nada había que temer. Existía un inexplicable supuesto de que en los «templos del saber» no concurre la maldad, mucho menos la ilegalidad. Tampoco había nada que temer en los jardines del antiguo hospital. Todos eran lo mismo. Estudiantes bellísimos, es decir, luminosos; mendigos dignos y no menos luminosos. Alegre o triste, el jardín no perdía la heredada virtud hospitalaria. En él se reunía un grupo de lo más exótico: un chico joven le dijo que había llegado andando desde Pristina (no lo creyó); un magnífico rumano, que hacía malabares frente a la estación

de Francia, descansaba en una vieja colchoneta; había también una señora con aspecto de gitana de Transilvania que tenía el hábito de recoger periódicos atrasados... No todos eran extranjeros sin papeles; la pobreza y las drogas no conocen de fronteras —ese invento romántico—. Un joven blanco dormía en un rincón y a veces despertaba hablando en catalán. Es de Igualada, repetía, como quien daba información importante, una chica con rastas que reconocía a su vez haber llegado de Berga. A Eladio le gustaba sentarse junto a un anciano que leía sin parar.

A veces, Eladio pensaba que su entusiasmo por la caminata sin otro sentido que la caminata, el viaje por el viaje, comenzó cuando tenía doce o trece años en la calle de su infancia. Esa calle fue durante un tiempo el centro del mundo. El suceso, su nacimiento (trascendental para él, como se puede suponer), tuvo lugar en el Hospital Militar de aquella ciudad, Marianao, La Habana, donde nació hace tantos años que no quería (ni necesitaba) calcularlos. La calle, llamada Rubau, era una de las más hermosas que él hubiera visto. Se dirá que la adornaba con el recuerdo —y será verdad—. Su belleza venía de los árboles. Los almendros de la India, los flamboyanes, los falsos laureles, los jagüeyes enormes, con raíces tremendas, despedazaban las aceras y unían sus copas para formar una crujía húmeda, oscura, por la que se filtraban apagados contornos de luz. Mientras el resto del barrio ardía en el fuego de la tarde, en la calle Rubau podías sentir cierta paz y descansar y refrescarte. En ciertos lugares, un poco de sombra equivale a mucho júbilo. Por las tardes, cuando los soldados llegaban del cuartel, que estaba ahí, a dos pasos, pasando el Instituto de Segunda Enseñanza, los vecinos sacaban sus sillas a las aceras; sillones de rejilla, sillas desplegables, africanas, butacas de moaré, comadritas, bancos, escabeles, cajas vacías de cerveza..., y se sentaban en el único lugar amable de Marianao. Cada cual con abanico. Todo tipo de abanicos: de varillas, de farmacia, sevillanos, japoneses, chinos, de papel crepé, de encaje y lona, trozos de cartón recortado. No se conversaba, por supuesto. Se comentaba el tiempo, la posibilidad de que ese año se complicara la temporada de ciclones (se cumplían diez o doce años de aquel devastador de 1944). Alguien decía: Qué horror

la música de Bill Haley y los Cometas. El rock and roll es prueba de que el mundo se acaba. Ya la música no es lo que era. Otro decía lo contrario. O quedaban en silencio, sin reflexionar, sintiendo cómo caía la tarde, más oscura que nunca en la calle Rubau. Alguno preguntaba si sabían en qué había parado el pleito de X contra Z. Palabras, frases, informaciones y largos silencios, vacíos silencios y palabras inútiles. Para los niños casi en la adolescencia, esa hora de la tarde parecía la ideal para huir hacia la antigua línea del tren, para las colinas del General Lee, para el Parque de los Chivos, para los campos que rodeaban la vinagrera. Aunque a él le gustaba la antigua casa de Máxima Drake, situada en la misma calle Rubau, hacia arriba, en Buen Retiro, casi llegando a aquella otra calle con nombre de cónsul norteamericano, Steinhart. No olvidaba la casa. Ahora sabía que el arquitecto había tenido fantasías «góticas». En aquellos años, era un castillito abandonado al que Eladio llamaba el Castillo de Otranto, por una novela radial, de misterio, que pasaban por la emisora CMQ a las tres en punto de la tarde, después de que el almuerzo acentuara el calor y la desidia. Le gustaba ir solo. De todos modos, hubiera dado lo mismo: nadie quería acompañarlo. Los amigos decían que preferían hacer un pitén. Y corrían con las pelotas, los guantes y los bates al terraplén del instituto, o a los solares que había junto a la casa de la profesora Walkiria. Él sabía que no lo acompañaban porque no les gustaban las ruinas, sobre todo a la precisa hora en que la tarde se convertía en noche, mucho más inquietante que la noche cerrada. Eladio también tenía miedo. Sólo que le daba gusto tener miedo y sabía sobreponerse. En aquellos años aún el miedo tenía algo de gozoso. Años después, el miedo se convirtió en otra cosa. El Castillito de Otranto era una casa de tres plantas, más alta que ancha, y no tan grande como parecía a primera vista. Su gran encanto (su gran enigma) consistía en el jardín y el patio descuidados, donde crecían árboles y enredaderas y flores silvestres y donde decían que se daban los mameyes más dulces por la sensata razón de que bajo el árbol, entre sus raíces, aseguraban que Máxima Drake había ordenado enterrar a su esposo. La gran puerta de madera aún se conservaba ajustada a las bisagras. El salón recibidor tenía el techo intacto, con su

yeso casi blanco, con adornos herméticos (siempre supuse que había un mensaje oculto en aquellos adornos) y un redondel en el centro donde sin duda hubo una lámpara de lágrimas. A partir de ahí, un desorden de piedras, árboles, lianas, maderas, muebles, pedazos de cristales, paredes, un dintel intacto, una portilla deshecha, marcos y enseres oxidados de cocina. Varios gatos habían encontrado el refugio ideal. Había peste a tierra, maleza, orine y mierda. Antes de llegar al patio, se levantaba una pequeña galería de cristales, sin cristales, donde se conservaba la mesa de pino que sin lugar a dudas no perteneció a la familia. Luego, tres o cuatro escalones conducían a lo que debió ser un patio —que se había convertido en monte.

Cierto día, Eladio lo recordaba como si acabara de suceder, la noche lo sorprendió entre aquellas ruinas. En la antigua galería, bajo un montón de piedras, había encontrado un pequeño guante cuya mugre no impedía adivinar el hermoso dibujo del encaje negro. Semejante insignificancia lo había hecho feliz. Fue capaz de comprender que a partir de aquel guante podía deducirse la historia de la familia. Se quedó un rato por allí, un poco absorto, acaso a la espera de algo más, cuando sintió ruido en el patio y vio una luz que parecía salir de la tierra. Se asustó, por supuesto. Conocía el significado de la expresión «fuego fatuo». En su familia se hablaba de esos fuegos y en clase la profesora de química orgánica había intentado darle al fenómeno una explicación racional. Buscó rápido la mata de mango en cuyas raíces se suponía enterrado el señor Drake, y descubrió aliviado que se encontraba en el extremo contrario al de la aparición de la luz, de modo que si era la presencia de algún muerto, sería inevitablemente de otro. A pesar del miedo, o gracias a él, bajó los escalones de la galería hacia el patio. Sigiloso, sin hacer ruido, intentó avanzar por la maleza. Parecía difícil pasar inadvertido. Estaba bastante oscuro y el monte siempre encontraba su manera de hacerte caer, de provocarte, de ponerte trampas. Los pájaros se habían recogido en las ramas de los árboles, y a su paso había chillidos y batir de alas. Además, el miedo que sentía emitía otra luz que lo hacía visible. Es el lado contraproducente del miedo, que lo convierte todo en presencia palpable. Se detuvo con la intención de regresar. No lo

hizo. No hubiera sido capaz de explicar la razón. El ruido se intensificó. Un sonido como si alguien estuviera cavando la tierra. Por su parte, la luz se hacía cada vez más inmediata; las hojas de los laureles próximos brillaban con un resplandor blanco. Estudió bien el camino que le faltaba para alcanzar un adecuado punto de vista y cerró los ojos. Caminó con los ojos cerrados. Una proeza. En el instante en que se supo en el lugar justo, abrió los ojos. Allí, frente a él, en un claro abierto en la maleza, había un hombre inclinado sobre la tierra. Un anciano con aspecto descuidado. Iba descalzo y con las ropas raídas. A su lado, un viejo farol de guardavía. No se percató de la presencia de Eladio o no le importó. Abría un hoyo en la tierra con un viejo cuchillo. Vio de perfil sus mejillas hundidas y una barba que carecía de orgullo. Cuando consideró que había cavado lo suficiente, extrajo matojos de un saco, algo que le pareció una pequeñísima mata de aguacate. Introdujo las raíces en el hoyo y las cubrió con la tierra que había cavado. Apisonó la tierra con las manos. Alzó el farol para observar mejor el resultado. Sólo entonces volvió la cabeza, miró a Eladio y esbozó una sonrisa.

Un día de noviembre amaneció lloviznando y Lucha no regresó a casa. Su cuarto estaba abierto e intacto, tal y como Eladio lo había dejado después de su partida la noche anterior, la cama hecha y el vaso de agua tapado con un platico de postre. No le preocupó demasiado, aunque debía reconocer que ella nunca faltaba después de sus actuaciones, sobre todo porque se agotaba mucho, la voz se le resentía y necesitaba reponer fuerzas. Preparó el desayuno, lo dejó sobre la mesa de la cocina y se fue despreocupado a caminar. Esa mañana se encaminó al Museo de Arte Contemporáneo. En su plazoleta se podía admirar la muchachada haciendo acrobacias con los patines. Siempre lo sedujo que en medio del desastre la juventud mantuviera la esperanza. Pensaba que aquel espectáculo daba fe de lo invencible que era el ser humano. Estuvo allí casi toda la mañana, acompañado por una anciana gorda, de sonrisa sin dientes y sombrillita blanca, que con seguridad pensaba lo mismo. Luego subió por la calle de Elisabets, como si le importara lo que veía. Regresó a la casa. Al parecer quería engañarse a sí mismo. Pretendía fingir que

Lucha podía faltar, ausentarse tres o cuatro días, un mes. Una mujer de cincuenta años, libre de compromisos, podía darse el lujo de vivir con la intensidad que le diera la gana. Quizá hubiera encontrado un montonero de cualquier lugar, argentino, marsellés o catalán, porque aunque los montoneros tienen patria son también de cualquier lugar. Lucha no estaba en casa. Ninguna señal de que hubiera regresado. Todo estaba en su lugar: una manera de recalcar el impacto de la ausencia. Abrió unas latas de sardinas, hirvió unas papas y cortó una cebolla morada. Un almuerzo frugal. No tenía cabeza para más. Se echó en el colchón y esperó. Trató de leer. Sobre las dos de la tarde, salió y paseó por la Rambla del Raval. Trató de encontrar a Lucha en cada mujer. Fue a los tugurios en los que cantaba, cerrados a esa hora, puertas bajadas, candados puestos. Recorrió la plaza Real. Se sentó un rato en el murito de la fuente. Vio a un viejo que solía pararse en una esquina con una marimba, y a quien había visto conversar con Lucha en alguna ocasión. En cuanto vio que Eladio se acercaba, fingió que no lo veía, recogió la marimba y se alejó por el lado de la calle Ferrán. Intentó seguirlo, pero lo perdió de vista a la altura de la calle de Avinyó. No se aventuró hasta la Plaza de Sant Jaume. Evitaba por todos los medios encontrarse con la policía, con los *mossos,* con cualquier cuerpo represivo, a pesar de que consideraba que a veces cualquier cuerpo es un cuerpo represivo. Bajó por la calle Escudellers. Pasó por un casal donde había ido en alguna ocasión en busca de ayuda, hasta que se hartó de no encontrar ayuda alguna y sí, en cambio, una chilena que, con sólo seis años en Cataluña, se empeñaba en hablarle en catalán. Como de costumbre, no sabía adónde iba. Buscaba a Lucha y eso sí tenía todas las trazas de la novedad.

Pasaron semanas. Lucha no volvió. Eladio no llamó a la policía. No estaba en condiciones. En primer lugar, y como ha quedado dicho, no sabía el nombre de Lucha. Además, él había llegado a Europa con la enfermedad crónica llamada miedo. Casi se sentía incapaz de recordar en qué momento adánico de su vida no lo padeció. Vivir con la sensación permanente de la amenaza, el par de ojos, el *big brother* que observa cada uno de tus movimientos (los más insignificantes), y anota lo que haces, y luego va a por ti, a castigarte por cualquier

detalle (incluso por el detalle que nada tiene que ver con el verdadero detalle), no, no es algo que se cure con medicamentos o terapias, mucho menos con que te digan: «Eres libre, por fin eres libre». Signifique lo que signifique esa palabra, «libertad». No llamó a la policía. No estaba en condiciones. Ignoraba la cantidad de noches que se fue a los tugurios donde Lucha cantaba. Ella brillaba por su ausencia. Nadie parecía extrañarla. Las noches continuaban su rutina alcohólica en aquellos lugares. Una cantante nueva, una negra hermosa, de ojos verdes, cantaba en francés. Y no lo hacía mal. En el fondo, pues, los dueños estarían satisfechos con la desaparición de Lucha. Dejó de ser un flâneur. Ahora no caminaba por placer; no miraba por placer. Eladio ahora buscaba a Lucha, y vivía en un sobresalto, como si se aproximara a un precipicio. No llamó a la policía, en cambio, huyó de la «escena del crimen». Una madrugada cogió un saco, echó un cepillo de dientes, una bufanda, una linterna, el único libro que le interesaba conservar y abandonó la casa. No podía permanecer allí por más tiempo. ¿Y si venía la casera a cobrar el alquiler? ¿Y si se daban cuenta de que Lucha había desaparecido? ¿Y si venían a buscarla? ¿Y si lo acusaban de su desaparición? ¿Y si a Lucha la hubieran asesinado?

La primera noche que durmió en los jardines de la Biblioteca Nacional de Cataluña, el hermoso malabarista rumano le hizo un lugar en su colchoneta. Estaba tan cansado que cuando se dejó caer allí le pareció que nunca había estado tan cómodo y perdió al instante la noción de realidad. No soñó o eso supuso. Durmió como un ángel, si es que los ángeles encuentran tiempo para dormir. Antes del amanecer, comenzó a caer una lluvia que tuvo la virtud de mantenerlos encerrados allí, sin visitas inoportunas. La lluvia como algo justo para quien, como Eladio, comenzaba a vivir a la intemperie. Allí estaba, durmiendo aún a su lado, el rumano; el senegalés que había atravesado el Sahara; la gitana de Transilvania; el joven blanquísimo de Igualada; el anciano que leía *Gargantúa y Pantagruel,* la chica de Berga... «Un sudario de ceniza por la llovizna adiamantado», dijo con la mejor entonación que pudo. Un negro anciano que no había visto antes agregó Lucas, 24:31. Una mujer

joven, hermosa, vestida de negro, con un impermeable también negro, se acercó con un gran termo de café y una caja de croissants. A Eusebio le llamó la atención el orden, la serenidad con la que bebieron el café y comieron aquel pan. La chica de Berga casi se desnudó, tomó una pandereta y salió a la lluvia. Movió la pandereta e improvisó una sardana, que es un baile folclórico en el que parece que está prohibida la sensualidad.

Se adaptó rápido a su nueva vida. Sólo tres cosas lo perturbaban un poco: no poder comer cuando deseaba, no cambiarse de ropa y no tener acceso a una buena ducha, de esas de plato ancho, como las de su niñez, en la casa de Marianao. Comían cuando podían. Iban por las noches por detrás del mercado de la Boquería a ver qué rescataban. Y sí, reunían algunas frutas maduras en exceso. Sus compañeros se quejaban por la falta de placeres: añoraban el jamón pata negra, las aceitunas negras de Aragón, el pan de payés, el aceite de oliva virgen extra, el buen tinto. Como se comprenderá, Eladio carecía de esos refinamientos. Después de casi cincuenta años en Cuba, toda una vida, una larga noche sin esmeros, ¿qué delicadeza de gourmet podía quedarle? Los buenos sabores los olvidó o no los conoció. A veces se aseaban en los baños de El Corte Inglés o de la FNAC. Cierto, pensaba Eladio, te adaptas a todo (que nos lo digan a los cubanos) y al cabo de unos meses ni reparas en la falta de ducha. Asimismo cierto que el estómago se reduce o se encoge o yo qué sé (que nos lo digan a los cubanos) y el hambre, la verdadera, ese pesimismo del estómago, sólo aparece en momentos extremos y logra saciarse con el trozo de pizza que alguien ha dejado en el plato de una de aquellas terrazas de las Ramblas. Alguna madrugada accedían a alguna casa desocupada. Entonces lograban ducharse (la gitana de Transilvania solía llevar un jabón en la mochila que parecía del tiempo de los fenicios), y descansar de la intemperie. A veces, en las peores tardes de diciembre, hasta encendían el fuego en una chimenea abandonada. Eladio decía a sus compañeros que iba a la iglesia, a rezar, cuando en realidad intentaba revivir su destino de flâneur, que ya, todo hay que decirlo, no le producía el mismo placer. ¿El miedo? El miedo y la búsqueda. El flâneur carece de propósito y de temores. No hay flâneur posible en

medio de la búsqueda y la espera. Y Eladio ahora sí se sabía sin armas contra el miedo. No tenía armas para aparecer como un rostro en la muchedumbre. Se notaba su lado homeless. Sospechó incluso que apestaba, sobre todo por el uso de aquella ropa que no podía lavar. La lluvia o la humedad acrecentaban el olor a sucio de la ropa. El pelo y la barba crecían. La delgadez hacía aflorar arrugas que nunca sospechó. Los zapatos se habían roto y los llevaba atados con un lazo. Vestía un abrigo excelente, que encontró en un contenedor y que le quedaba dos o tres tallas grande. El bolso con las tres o cuatro cosas que se llevó de la casa se fue vaciando hasta que sólo se quedó con la vieja linterna china. Continuaba escudriñando en el intento de encontrar a su compañera de piso. Aunque se decía que ya Lucha no le preocupaba, se descubría buscándola. Quería verla en cualquier mujer con aspecto de montonera, y eso era algo que, en la Barcelona que poco a poco se iba abriendo paso entre todas las Barcelonas posibles, no parecía difícil. Lucha no apareció. Nunca. El piso fue habitado por un joven matrimonio de musulmanes. Tenían un hermoso aire de cuento de *Las mil y una noches*. Ella se cubría la cabeza con pañuelos blancos. Hasta donde Eladio supo, usaban los enseres, los muebles. Decidió no pasar nunca más por la calle Riereta. Y lo cumplió.

A partir de cierta tarde se acostumbró a pasear por el parque de Montjuïc. Desaparecer en el bosque se convirtió en un nuevo modo de gozar con la mirada. Por lo demás, el miedo allí parecía ser una desesperación compartida: todos se perdían y reaparecían entre los árboles, con pasos clandestinos, miradas furtivas y sonrisa de miedo. ¡Un lugar raro el parque de Montjuïc! Hermoso y horrible al mismo tiempo, con algo de clandestino. En la atardecida, el parque se transformaba. La ciudad se encendía a los pies de Eladio y él se sabía el verdadero dueño de la ciudad. Aprendió a evadir a los vigilantes (que tampoco eran muchos) y dormía mirando las estrellas que sólo allí podían verse con tanta claridad, como a través de un telescopio.

Una tarde noche de octubre llovió mucho. Un aguacero con ráfagas, descargas eléctricas y exceso de agua. Fue hermoso. Incluso para él, que no iba preparado para la lluvia y que debió esconderse en el hueco de la vieja muralla de no sabía qué castillo. Un gato y él, dos

seres empapados que buscaban refugio en las imperfecciones de un muro. Horas y horas de lluvia interminable. Como si en lugar de hallarse al borde del Mediterráneo, se encontrara en las costas del Caribe. Dos o tres horas lloviendo. Hubo un momento en que debió quedarse dormido con el gato sobre sus piernas. Por lo menos, creyó que tenía los ojos cerrados y una sensación agradable, como si se desplazara por la atmósfera cargada del bosque, como si se hubiera convertido en una evaporación sobre la humedad densa que recordaba otras humedades lejanas. Supo que no necesitaba sentarse, acostarse, recostarse en el muro. Podía estar allí tan efímero como una racha de viento, contemplando la realidad (o lo que así suele llamarse) desde la distancia. No supo a qué hora dejó de llover. Ni siquiera supo si dejó de llover. Dejó el gato protegido por la muralla y anduvo por el camino enfangado. La noche se había cerrado. No había estrellas. El cielo rojo parecía un odre a punto de romperse. No llovía y se diría que continuaba lloviendo. Como supuso que los guardias del parque no andarían por allí con tiempo tan malo, encendió la linterna para no perder el camino. Árboles y arbustos brillaron al tacto de la luz amarilla de la vieja linterna china. Caminó un poco aún bajo el extraño efecto de aquella ausencia de materialidad. En un claro encontró un tojo espinoso, joven, que el agua y el viento habían arrancado de la tierra. Se detuvo allí. Todavía podía verse la tierra removida donde había estado el arbusto. Dejó la linterna sobre unas ramas y se arrodilló. Escarbó bien. A pesar del cuidado que puso en el trabajo, se hincó en las manos y los brazos. Volvió a poner el tojo en su lugar. Entonces escuchó un sonido a sus espaldas. Alguien se acercó. No tuvo miedo, no se incorporó. Volvió la cabeza. Había un niño allí, mirándolo, con esa mirada de los niños en la que se puede descubrir la fuerza con la que están fijando una imagen para siempre. Eladio no supo si alzó la mano para saludarlo, sin embargo estaba seguro de haber sonreído.

Somos como las nubes, pero reales, concretos:
un hombre, un perro, una vaca, un sombrero...

«Fábula»,GASTÓN BAQUERO

En las banderas rojas se ha escrito una severa advertencia: Los tigres no son bienvenidos. Y con esa tranquilidad los vecinos se echan a dormir. Entonces los callejones de la aldea se permiten desaparecer en ese despeñadero en que se convierte la noche. Las casas se esfuman, dominadas por el sueño y la confianza. El único despierto soy yo. Sólo yo me convierto en vigilante, a la espera de cualquier bestialidad o de cualquier catástrofe. Se me da bien esto de la espera: no soy exactamente un hijo de este reino; vengo de lejos, de una isla remota donde esperar era (y es) el único modo de resistir. En esa negrura que me rodea está la salvación ahora, lo sé. Los campos, es decir, el presente y el futuro, cuanto somos y seremos, los recuerdos, las aspiraciones, los sembrados, los libros, las canciones y las bestias que nos hacen y harán sobrevivir, se hallan a mi alrededor. No los veo; los escucho, los huelo, los sueño, los intuyo. Conozco a mis vecinos, de manera que percibo un sollozo y tengo la certeza de que a alguien lo sobresalta una pesadilla. También, cuando me sorprenden una risa o el llanto de un niño o la voz esperanzada de algún amante, comprendo que todo va bien y me dedico a mi labor. En el instante en que alguien grita, me detengo y, para que todo vuelva a la normalidad, escribo y digo dos o tres palabras, las más hermosas que se me ocurran —por ejemplo: «astro», «mistral», «caracol», «estrellademar», «onixlabrado», «mapamundi», «bitácora»—, y al instante el silencio vuelve, tan denso como la noche. Mis compatriotas reponen las fuerzas sobre colchones de paja y trapos, no por pobres sino por tradicionales. No digo «compatriotas» en el sentido de compartir la patria. A pesar de mi vejez, o justo por ella, no me permito la ingenuidad de los mitos románticos. Digo

«compatriotas» porque somos capaces de compartir la seguridad, el peligro y cierto desengaño mezclado con la esperanza. Vivimos en la misma aldea y disfrutamos de idéntico paisaje. No soy feliz: tampoco infeliz. Como buen desterrado, aprendí a vivir en los patios, en los techos de la aldea, en el estrecho lugar que dejan la oscuridad y el brillo rapidísimo del amanecer. Debo responder a la gracia de la hospitalidad, por eso estoy aquí, para velar y comprobar que los tigres comprenden el mensaje. Tengo asimismo, como se puede deducir, otras aspiraciones: también alzo banderas blancas que destaquen en las sombras. En los montes no sólo hay tigres que acechan. Hay caminantes que vienen de países muy crueles, de largos viajes sobre el mar, en balsas efímeras como la vida, y perdurables como la muerte. Por experiencia sé que quienes huyen necesitan lavarse las heridas, beber, comer y, sobre todo, echarse en un rincón. Pues sí, la verdad, hay días en que es indispensable descansar.

RAZÓN FINAL

Aunque este libro ha sido escrito entre Barcelona, Miami y Palma de Mallorca, la mayoría de sus historias vienen de La Habana. Como he logrado sobrevivir a mi infancia y a mi adolescencia (Flannery O'Connor, «Naturaleza y finalidad de la narrativa»), puedo escribir, si quisiera o pudiera, hasta el día de mi muerte (que sé lejano). Me regocija pensar que la escritura de este libro es fruto de carecer de casa y andar de un lado para otro; así como me entusiasma descubrir los modos desesperados y acaso ineficaces con que intenté salvar la catastrófica historia del desplazamiento, también de la fijeza, del desarraigo (que es un modo de arraigo), de todo un pueblo. Es decir, que escribía sobre mí, aunque no sólo. Un pueblo, el mío, enfermó de espera y terminó desesperado. Más allá de los cubanos, son pocos los que conocen (o quieren conocer) el sufrimiento de Cuba durante los últimos sesenta años. Sin embargo, y porque debo ceñirme a una cierta honradez, reconozco que a pesar de que he intentado escribir sobre un país y su diáspora, al final sólo puedo repetir con Montaigne: «Éstas son mis fantasías, y no intento mostrar con ellas las cosas, sino sólo a mí mismo» (Montaigne, *Los ensayos,* capítulo XXVIII, «De los libros»).

Necesito agradecer especialmente al profesor, traductor y amigo David Lisenby (del William Jewell College) y, como siempre, a Elsa Nadal, más que una hermana, siempre en el mismo palacio de la 20th Terrace de South Miami. También, por supuesto, a familiares (mi madre, mi hermano, mis sobrinas, Alfredo Alonso...) y amigos, los verdaderos, es decir, los únicos: ellos saben a quienes nombro en este silencio.

Palma de Mallorca,

invierno de 2020

Cómo conocí al sembrador de árboles
Abilio Estévez
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Ilustración de la portada: © Silvia Rodríguez Rivero, *El sembrador de árboles*
© Abilio Estévez, 2022
Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022
ISBN: 978-84-1107-202-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!